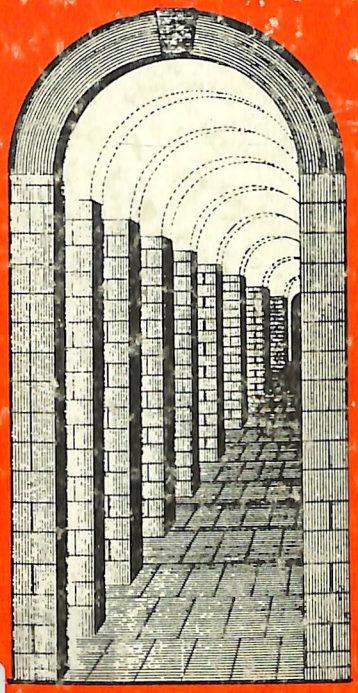
LA RUPTURA DE LA NACIÓN

Víctor Manuel Durand



LA RUPTURA DE LA NACIÓN
Víctor Manuel Durand

29117
NAM – INST. INV. SOCIALES

IDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Donación, abril-92

LA RUPTURA DE LA NACIÓN

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

VÍCTOR MANUEL DURAND

I F

LA RUPTURA DE LA NACIÓN

Historia del Movimiento Obrero Mexicano desde 1938 hasta 1952

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MEXICO, 1986

214
D

Primera edición: 1986

DR © 1986. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. 04510 México, D.F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en Mexico

ISBN 968-837-401-6

A mi amiga
Marcia Leticia

DS.029117

AGRADECIMIENTOS

Este estudio fue posible gracias al trabajo de los compañeros del Instituto de Investigaciones Sociales que participaron en el proyecto "El desarrollo, la productividad y la estructura social" y especialmente los que elaboraron las cronologías del movimiento obrero: Mercedes Gaitán, Guadalupe Cortés, Angélica Cuéllar, Antonio Rivera, Jesús Rivera y Virginia López, a todos ellos expreso mi reconocimiento por su valioso trabajo que, espero, podrá ayudar a otras interpretaciones de la historia del movimiento obrero mexicano.

También quiero agradecer a todas las personas que leyeron las primeras versiones y me hicieron valiosos comentarios; los que, sin duda, ayudaron a enriquecer este estudio; en especial a Sergio de la Peña, José Eduardo López Latorre, Gerardo Fulgueiras, José Luis Reyna y Aurora Loyo. Estoy en deuda también con María Marcia Smith, sin cuya ayuda y compresión nada podría emprender ni terminar. Finalmente reitero mis agradecimientos a Esthela Abad que mecanografió los varios borradores y el original.

INTRODUCCIÓN

El cardenismo es el periodo que ha recibido la mayor atención de los estudiosos de la historia contemporánea. Ese interés tiene razones fundamentales pues en aquellos años la sociedad mexicana vivió experiencias históricas que apuntaban hacia la posibilidad de un México democrático, justo y nacionalista, apegado a los principios emanados de la Revolución Mexicana. Pero también es cierto que el cardenismo es importante porque esa posibilidad fracasó rotundamente y una década más tarde el país mostraba una cara muy diferente: el capitalismo salvaje había echado raíces en el sistema económico, la desigualdad social y política crecía en forma alarmante, la irracionalidad de las nuevas obras de infraestructura y de las inversiones industriales era evidente y un régimen autoritario se había adueñado del país.

¿Qué había pasado? ¿Por qué una posibilidad histórica, con la cual la mayoría de la sociedad estaba de acuerdo, había dado lugar a otra tan diferente? La mayoría de los estudiosos del cardenismo ha señalado los límites del régimen y también ha mostrado cómo a partir de la expropiación petrolera el gobierno cardenista dio un giro de casi 180 grados y de apoyar y apoyarse en las organizaciones populares, pasó a limitar su acción y a poner trabas a su desarrollo. Pero nadie que conozca el cardenismo, con alguna profundidad puede afirmar que en diciembre de 1940, cuando el general michoacano entregó el poder, la sociedad mexicana ya tenía su futuro definido y que las fuerzas populares habían sido derrotadas. Por lo contrario; el futuro era incierto y la sociedad mexicana tenía en su seno fuerzas sociales poderosas que luchaban por proyectos sociales diferentes, desde los más democráticos hasta los fascistas. Es decir, que al final del cardenismo la posibilidad democrática y popular no se había consolidado, pero tampoco había sido derrotada; por lo tanto, los dos elementos que parecen dotar de enorme importancia al periodo estuvieron vivos hasta el final.

Pero tal vez lo más relevante de esa doble importancia es que el cardenismo continúa ejerciendo una enorme influencia sobre el presente. El general Lázaro Cárdenas y su régimen aparecen siempre como el lado positivo, co-

mo la conciencia de la posibilidad de ser fieles a los principios de la revolución. Es un modelo que todos los gobiernos posteriores abandonaron, derrotaron, pero a pesar de ello siempre lo conservan como su ideal demagógico; es por ello una importante fuente de poder ideológico, en su compromiso con el pueblo y con la democracia.

El cardenismo como fuente de legitimidad de esos gobiernos —que, de hecho, son su negación— les impide desprenderse de ese pasado y les obliga a declarar su intención de llegar a ser cardenistas, populares y democráticos. La factibilidad de esa intención está en el pasado. Para volver a ser cardenista hay que corregir los desvíos, hay que corregir el curso de la revolución, hay que adoptar el desarrollo compartido o la alianza para la producción.

Al apropiarse del cardenismo como fuente de legitimidad ideológica, el Estado mexicano ha derrotado más de una vez a ese régimen. Cada vez que lo invoca, lo derrota de nuevo; pues siempre lo hace para justificar la realidad actual y para alejar cuanto pueda todo lo que el cardenismo significó. Pero al mismo tiempo que lo derrota, anteponiendo su imagen a su realidad, lo repone como una posibilidad en la conciencia de las masas. De esta manera, el cardenismo es actual y actuante, no se entiende el presente si no se entiende aquél.

El Estado no es el único aunque sí el que, más eficazmente, ha intentado apropiarse de la herencia cardenista; una parte importante de la izquierda también lo ha intentado y durante mucho tiempo ha permanecido atada a su recuerdo, soñando en rehacer las alianzas de aquel entonces y luchando inútilmente para hacerlo realidad. El movimiento obrero más importante de la década del setenta, la Tendencia Democrática del SUTERM, estuvo profundamente inspirado en el cardenismo y siempre vio la posibilidad de su triunfo mediada por su capacidad para aliarse con el Estado.

En su competencia con el Estado para ser heredera del cardenismo, la izquierda siempre llevó la peor parte, pues era obvia la posibilidad de que le robaran las banderas y la mantuvieran al margen de las masas; pero también la propia izquierda se impidió hacer la autocrítica de su actuación durante ese periodo, hacer la crítica al periodo mismo y con ello revisar su situación actual.

Por lo anterior, me pareció que era de la mayor importancia poner en claro cómo fue que la posibilidad —abierta durante el cardenismo— de un desarrollo nacional, popular y democrático terminó derrotada y dando lugar a una realidad muy diferente: un desarrollo dependiente del imperialismo americano, altamente desigual, profundamente autoritario y por todo ello antipopular.

Para poner en claro los cambios en la realidad mexicana a que hemos aludido, seleccioné el periodo histórico comprendido entre el año de 1938 y el

de 1952. Es decir, partí de la expropiación petrolera que, por una parte, marca el auge del movimiento social durante el cardenismo y al mismo tiempo es ápice de la política reformista del régimen; pero, por la otra, da inicio al cambio en la correlación de fuerzas sociales. A partir de entonces, las fuerzas populares y en especial las organizaciones obreras empiezan a perder terreno con la derrota del movimiento de los mineros del carbón en 1952, último movimiento que defendió el programa nacional popular. En este último año la realidad social, económica y política había perdido todos sus matices cardenistas. La derrota total se había consumado. A partir de entonces, sólo viviría como ideología con su contradictoria productividad.

A lo largo de esos quince años busco las causas, los motivos o las razones que fueron orillando a las fuerzas progresistas a su derrota total. Entre esas causas, procuro destacar los errores, los desaciertos que cometieron las organizaciones populares y los principales líderes de esas organizaciones. Es decir, busco un enfoque crítico de los actores de la izquierda; intento contribuir a la autocrítica poniendo en claro cuál fue su responsabilidad en el desarrollo del proceso.

Por ese motivo, puse mucha atención en la acción desarrollada por Vicente Lombardo Toledano, quien durante esos años fue el líder más importante del movimiento popular. Sus ideas, sus concepciones de la realidad mexicana, fueron centrales en el proceso de todos aquellos años. Lombardo Toledano expresó de una manera organizada en su programa lo que era el cardenismo, al mismo tiempo que actualizaba los principios contenidos en la Constitución de 1917; pero, sobre todo, logró el compromiso de las masas para llevar adelante sus ideas y sus programas. En esa unión entre programa y masas radicó, durante esos años, la fuerza de la izquierda en México.

De la misma manera que el cardenismo, o como una parte importante de él, el pensamiento de Lombardo también fue incorporado al discurso ideológico oficial y al de las organizaciones populares mediatizadas por el Estado; también parte de la izquierda lo conservó, lo dotó de actualidad y lo mantuvo como un tema de polémicas aún encendidas.

En el estudio de las causas de la derrota, traté de erradicar cualquier tipo de determinismo economicista, social o político; procuré, en cambio, un enfoque global que permitiera ver el proceso en su conjunto; para ubicar dentro del mismo y con la mayor precisión posible a cada uno de los actores, busqué la explicación de su especificidad; tomé en cuenta tanto sus determinantes internos como los derivados del conjunto, que por lo demás es cambiante. Para ello diferencié distintos planos en el análisis: el político, más simbólico de los acuerdos, de las declaraciones, los discursos y las acciones dentro del Estado; el institucional, sobre todo de las organizaciones populares, sindicatos y partidos políticos y su acción y reacción frente al plano político; el social, constituido básicamente por los movimientos de masas; junto a estos planos estudié también el propiamente económico en

sus términos más generales y sus consecuencias sobre la posible acción de las fuerzas sociales, es decir, procuré ver cómo los cambios en la estructura económica abren o cierran posibilidades de acción de las fuerzas sociales y no como determinaciones mecánicas rígidas sobre lo político o lo social.

En la presentación de los resultados de la investigación, procuré ceñirme a la cronología del periodo, para lo cual elaboré tres capítulos: El cardenismo como antecedente (1938-1940); La segunda guerra mundial y el fracaso de la unidad nacional (1940-1944); La derrota del programa nacional popular (1944-1952). En cada uno de esos capitulos quise rescatar los resultados obtenidos en cada plano del análisis, cuyo hilo conductor fue la lucha de las clases sociales.

Así, en el primer capítulo destaco cómo después del periodo de intensas reformas (1934-1938) y sobre todo después de la expropiación petrolera, la lucha de clases se torna más intensa, las clases sociales se reagrupan en polos casi antagónicos y dan mayor intensidad al conflicto y a la propia continuidad del proceso. En este periodo hago hincapié en la transformación del PNR en PRM y en la formación orgánica del pacto entre las fuerzas populares y el Estado, pacto que tendría importantes consecuencias para el movimiento obrero y para el popular. Por otra parte me preocupé en mostrar el cambio en la correlación de las fuerzas sociales que se manifestó a lo largo de la sucesión presidencial.

El segundo capítulo se inicia con el análisis de las modificaciones económicas que produjo la segunda guerra mundial en México. Destaca el impulso indirecto, pero fundamental, a la producción industrial y los cambios que ésta ocasionó dentro de los sectores de la burguesía: el desarrollo del sector industrial, el deterioro del comercial y sus consecuencias para el establecimiento de un nuevo modelo de acumulación. A continuación, se presenta el análisis de la política de unidad nacional del presidente Manuel Ávila Camacho; se mostrará cómo y por qué fracasó en los distintos planos en los que el mandatario la trató de implantar, fundamentalmente en el parlamento y en las organizaciones clasistas. Dentro de la misma temática de los esfuerzos del Presidente por realizar un nuevo pacto social entre las clases, se pone atención en la creación de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP). Cuya existencia se debe a políticos ligados al mandatario y, sin lugar a dudas, fue el hecho político más importante de todo su periodo. Obviamente, se analizan también las consecuencias en el parlamento, en el propio partido oficial y también en las organizaciones obreras. De la misma manera que en el capítulo anterior, se muestra y se trata de explicar cómo las organizaciones de izquierda continúan perdiendo terreno dentro de la correlación de fuerzas; queda claro cómo son marginadas de todas las instituciones del Estado y del partido oficial. También se analiza los conflictos dentro de las organizaciones obreras, en las cuales el choque con las burocracias sindicales se hace cada vez más agudo. El capítulo se cierra con un análisis de los principales movimientos obreros de

1943 y 1944, la vitalidad del movimiento social y la forma en que rebasa la política de unidad nacional que suponía su sacrificio, al mismo tiempo que generan mayor poder de negociación para los líderes de las organizaciones, desplazados de las instituciones oficiales, dando con ello mayores posibilidades de independencia al movimiento obrero en su conjunto.

En el capítulo tercero, dedicado al programa nacional popular, se estudia el pensamiento de Vicente Lombardo Toledano, sobre todo el programa que define para la posguerra y que llamo nacional popular para destacar sus aspectos centrales: el desarrollo nacional antimperialista, con beneficios para todo el pueblo, sin sacrificios sectoriales y con un gobierno democrático de amplia participación popular. El estudio se basa en los discursos pronunciados entre 1944 y 1947, procuro mostrar su matriz teórica, su concepción de la realidad mundial, latinoamericana y nacional. En esta última se detalla el análisis de los amigos y los enemigos del proletariado, la estrategia que debía seguirse para imponer el proyecto y las tácticas específicas de las luchas. Intento mostrar los cambios que durante esos años sufrió su pensamiento y las razones de ello. Este capítulo, aunque rompe la narración histórica del proceso, es indispensable, pues sin conocer el proyecto lombardista es muy difícil interpretar el comportamiento posterior, no solo de Lombardo y de la izquierda, sino también de la derecha, en especial, del imperialismo, que se opone a la realización del proyecto. El omitir esta presentación nos podría llevar a interpretaciones erróneas y a continuar las muchas afirmaciones infundadas que sobre Lombardo se han hecho.

En el capítulo sobre la derrota del programa nacional popular, presento el desarrollo de la última fase de la derrota. Al igual que el segundo capítulo, se inicia con un análisis de las transformaciones obreras que produjo la posguerra y de cómo el modelo de desarrollo contenido en el proyecto lombardista va cediendo su lugar a la instauración del capitalismo salvaje. En la segunda parte del capítulo, se analiza la lucha de clases a partir de la sucesión presidencial de 1946, de la que se destacan los compromisos contradictorios de Alemán con Lombardo Toledano, por una parte y con el imperialismo por la otra. Si en el primero se comprometía a apoyar el programa nacional popular, en el segundo se comprometía a marginar de su gobierno a la izquierda y en especial a Lombardo. A continuación se señalan las divergencias entre el programa lombardista y el imperialista que pregonaba el retorno al libre cambio y a la no industrialización del país; es decir, su total incompatibilidad y la manera en que las fuerzas sociales se agrupaban alrededor de esas propuestas. Dentro del análisis de la lucha de clases se presenta el estudio sobre la creación del Partido Popular, la crisis de la CTM, la formación de la UGOCEM y con ella la reorganización del movimiento sindical y el traslado de la lucha del terreno de las organizaciones al de los movimientos sociales. El capítulo se cierra con el estudio de los principales movimientos y la imposición del "charrismo" al movimiento sindical, con lo cual culmina la derrota del movimiento obrero.

En la conclusión, se analiza la derrota con la intención de determinar sus consecuencias posteriores sobre el movimiento obrero y sobre la sociedad mexicana en su conjunto. Se muestra cómo la posibilidad de una nación unificada, abierta por el cardenismo, es clausurada por los gobiernos de Ávila Camacho y sobre todo de Alemán. En lugar de aquel proyecto, surgió una nación rota, dividida en un sector que la mantiene y la reproduce con su trabajo colectivo, pero que es marginado de los beneficios del desarrollo económico y de la política; y otro sector que usufructúa todos los beneficios, pero que es incapaz de realizar el más mínimo sacrificio por la nación; siempre está dispuesto a abrazar las causas del imperialismo, la negación de la nación, y en contra de las causas del pueblo. En fin se muestra lo que verdaderamente quedó y cómo el cardenismo nunca más será realidad dentro del capitalismo mexicano, salvo como ideología que continuará siendo productiva políticamente mientras el pueblo crea que aquel proyecto que el Estado mexicano derrotó, puede ser repuesto por ese mismo Estado.

CAPITULO I

EL CARDENISMO COMO ANTECEDENTE

El periodo presidencial del general Lázaro Cárdenas constituye uno de los grandes momentos históricos de nuestro país, pues, durante él, se gestan movimientos sociales de gran envergadura, además de cambios muy importantes en las estructuras económicas y en las instituciones políticas e ideológicas. En este sentido, se puede afirmar que el cardenismo constituye el fin del periodo ascendente de la Revolución Mexicana que toma su cauce contrarrevolucionario después de Cárdenas. Entre 1935 y 1938, periodo en el que se produce el conflicto con Calles y se forma el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), las fuerzas sociales se reacomodan dentro de la estructura del poder económico y político de la sociedad, rompen la marginación y manipulación de las clases populares que imponían los anteriores gobiernos y dan lugar a un intenso proceso de participación de los distintos sectores de la sociedad mexicana en la definición y en la toma de decisiones de la política gubernamental. Posiblemente, el sector que menos participó en este proceso fue el indígena, sin embargo, la reforma agraria, la educación y la promoción de sus comunidades les abrieron canales de participación que ciertamente operaron de manera muy desigual en las distintas etnias pero que mostraron un cambio que antes no se había emprendido y que después se cancelaría. Lo anterior permite afirmar que, por primera vez en la historia del país, la sociedad se integraba como una nación; es decir, la política y la economía se veían como el producto de la participación del conjunto de las fuerzas sociales.

Dicho concepto de nación no implica, de ninguna manera, que la dominación de clase y el carácter de clase del Estado hayan desaprecido; por el contrario, sobre ellos se construye la participación, como un proceso intenso y abierto de la lucha de clases dentro de los ámbitos del Estado en su sentido amplio. Es decir, tanto en la sociedad política como en la sociedad civil. Es, precisamente, por la intensidad de la lucha de clases que éstas se po-

larizan; cada medida gubernamental, cada reforma, no sólo es ampliamente discutida sino también combatida. La sociedad se integra, fundamentalmente, en el conflicto, en el regateo de los intereses de clase y en la lucha por imponer la hegemonía de una de ellas en los más distintos ámbitos de la economía y en las instituciones. El reparto agrario, la organización de la producción agropecuaria, las relaciones obrero-patronales, la administración de las empresas del Estado, la educación, la religión, la relación con el imperialismo y en especial con las compañías petroleras, y la organización de las distintas fuerzas sociales son —entre otros— los terrenos donde se desarrolla la lucha de clases que involucra al conjunto de la sociedad.

Dentro de ese periodo reformista, la clase obrera desempeñó un papel fundamental que le permitió desarrollar ampliamente sus organizaciones y convertirse en una pieza fundamental de la política. Es por ello que el conocimiento de esas organizaciones se hace indispensble para entender su desarrollo posterior.

Como es bien conocido, el movimiento obrero llega al cardenismo dividido pero independiente del Estado; pues, salvo la Cámara Nacional del Trabajo que intentó formarse como organización obrera con la protección de Abelardo L. Rodríguez, el resto de las organizaciones estaba libre de la tutela estatal, unas porque les parecía la línea correcta, como la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM), la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM) —ligada al Partido Comunista Mexicano (PCM) —y los grandes sindicatos de electricistas, mineros y ferrocarrileros; mientras que otros organismos como la Confederación Revolucionaria de Obreros de México (CROM) y, en menor medida la Confederación General de Trabajadores (CGT) eran independientes no porque así lo desearan sino debido a que el Estado los rechazaba como posibles aliados.

La división del movimiento obrero y su independencia del Estado se manifestaron plenamente en el proceso de selección del general michoacano como candidato a la presidencia y en la formulación del Plan Sexenal. Mientras la CROM continuaba su alianza con Plutarco Elías Calles, pensando que el maximato no había terminado y suponiendo, por tanto, que Cárdenas sería un instrumento del "hombre fuerte", la CGOCM y la CSUM encontraban en el Plan Sexenal elementos de crítica como para oponérsele.

Vicente Lombardo Toledano sostenía, en 1934, que el plan era demasiado general y que las resoluciones concretas eran una minoría que de ninguna manera garantizaba las reformas necesarias para la construcción de un régimen revolucionario y democrático para el país; el Plan constituía, en su entender, un obstáculo para tales propósitos.[1] La CSUM iba más lejos cuando

[1] Samuel León: "Alianza de clase y cardenismo (junio de 1935-febrero de 1936)", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales,* núm 89, julio-septiembre de 1977, UNAM, México, pp. 54, 55. En el excelente artículo de Samuel León el lector podrá encontrar una acertada evaluación de las fuerzas sociales en el periodo indicado en su título.

afirmaba que el Plan Sexenal era un programa fascista —en la medida en que consideraban que la intervención del Estado en la economía de un país capitalista era una característica del fascismo— en consecuencia consideraban que el triunfo de Cárdenas significaría un avance del fascismo.

Sin embargo, el curso de los acontecimientos durante 1935, primer año de gobierno del general Cárdenas, modificó las posiciones de esas organizaciones obreras: la intensificación del reparto agrario y la preferencia por la organización colectiva de los ejidos, aunada a los deseos del presidente de unificar sus organizaciones y la tolerancia a sus movimientos reivindicativos motivaron que el "hombre fuerte" de la revolución abriera sus ataques contra Cárdenas, acusándolo de sostener una política socializante y de ser incapaz de mantener el control de la clase obrera. Ante las declaraciones de Calles, realizadas en junio de 1935, y frente al gran despliegue de actividad de grupos profascistas, principalmente los "Camisas doradas", el Sindicato Mexicano de Electricistas invitó a todas las organizaciones obreras a discutir la posición que el movimiento, en su conjunto, debería adoptar frente a las declaraciones de Calles. Comenzó así el proceso de unificación de las grandes organizaciones y su alianza con el general Cárdenas. Hasta el propio PCM —que había sostenido la tesis de "Ni con Calles ni con Cárdenas", basada en su concepción del Plan Sexenal como fascista— modificó su postura para colocarse al lado del presidente, a fin de derrotar a la reacción. El llamado del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) se concretó el 15 de junio de 1935 en la formación del Comité Nacional de Defensa Proletaria (CNDP). Formaron parte del Comité: la CSUM, la CGOCM, el SME, el Sindicato de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos de la República Mexicana (STMMRM), la Cámara Nacional del Trabajo (CNT), la Alianza de Uniones y Sindicatos de Artes Gráficas, la Alianza y Federación de Obreros y Empleados de la Compañía de Tranvías de México, el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFRM), y más tarde se incorporaron el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM), la Confederación de Asociaciones de Profesionistas y la Confederación Nacional de Trabajadores de la Enseñanza,[2] sin duda estaban representados la gran mayoría de los trabajadores organizados, pues sólo quedaban fuera la CROM y la CGT que continuaban fieles al callismo. Las organizaciones que formaron el Comité entendían que el criterio unificador era la necesidad de defender el nivel organizativo de la clase obrera y la perspectiva de preparar un congreso nacional que sentara las bases para crear un frente sindical único, lo cual sucedió en febrero de 1936 con la creación de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), sin embargo, en este corto lapso de tiempo se dieron acontecimientos fundamentales para el futuro de la clase obrera.

Dejando de lado a la CROM y a la CGT, cuya influencia en los destinos

[2] *Op. cit.*, p. 69.

del movimiento obrero era limitada, encontramos dentro de las organizaciones comprometidas con la unidad a tres fuerzas fundamentales: la más importante, la CGOCM, —dirigida por Vicente Lombardo Toledano y por el grupo de Fidel Velázquez— cuyas bases estaban constituidas por federaciones estatales, en especial la del Distrito Federal, que se habían desprendido de la CROM y de la Confederación Federal de Electricistas y similares; la CSUM, ligada al PCM, que influía en algunas secciones del sindicato ferrocarrilero, en el minero y en el petrolero, y en algunos sindicatos pequeños de distintas regiones del país que en conjunto sumaban un importante contingente sindical; finalmente, los grandes sindicatos de industria como electricistas, mineros, ferrocarrileros y petroleros.[3] Estas fuerzas sindicales agrupadas en el pacto de unidad mantenían distintas posiciones, fundamentalmente en lo relativo al control o hegemonía sobre la clase en su conjunto. Por un lado la CGOCM y la CSUM pretendían el control organizado de la clase, por otro, los sindicatos de industria —siempre dispuestos a la unidad —se mantenían independientes de las fuerzas en conflicto; pero, como es obvio, la pugna no dejaba de influir en sus bases, y esto creaba problemas a las direcciones. No obstante, las circunstancias imponían la necesidad de estar unidos.

La lucha de la reacción interna disminuyó con la expulsión del país de Calles, de sus seguidores más cercanos y del líder de la organización profascista "Camisas Doradas". Sin embargo, no dejó de provocar enfrentamientos como el de la huelga de la Vidriera Monterrey, en la cual, la burguesía de esa ciudad se enfrentó abiertamente al movimiento obrero y al Presidente; o como el desacato de las compañías petroleras respecto a los fallos del gobierno mexicano en sus conflictos con los trabajadores petroleros. A esta reacción interna, se unía el peligro nazifascista (que avanzaba rápidamente en Europa, amenazando directamente el orden internacional) que en el país ganaba adeptos, pues algunos movimientos sociales como el sinarquismo, asumían posiciones de esa índole. Así, ante el incremento real y potencial de la reacción, el PCM —siguiendo la línea dictada por la III Internacional en el VII Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en octubre de 1935 en Moscú— postuló la necesidad de formar el Frente Popular Antimperialista, con lo cual también coincidía Vicente Lombardo Toledano (quien también había asistido a la reunión de la Internacional).[4]

En noviembre de 1935, se formó el Comité Organizador del Frente, en él participaron: miembros del PCM, colaboradores de Vicente Lombardo Toledano, miembros del PNR pertenecientes a la llamada "ala cardenista" y algunas personas simpatizantes del PCM. La función principal de este Co-

[3] *Op. cit.*, pp. 52-57.

[4] Véase Vicente Lombardo Toledano, *El frente popular mexicano, antecedentes, situación actual y perspectivas,* documento original, febrero de 1937. Archivo.

Véase también el discurso pronunciado por Vicente Lombardo Toledano el 7 de noviembre de 1936 en el Palacio de las Bellas Artes.

mité era la de convocar a un congreso nacional del frente popular; en enero de 1936, se llamó a participar a obreros, campesinos y pequeña burguesía identificada en la lucha contra el imperialismo y la reacción. La organización del frente se dificultaba por la inexistencia de partidos políticos que defendiendo una ideología de izquierda —socialistas o comunistas (estos últimos se encontraban lejos de funcionar como un partido de oposición, pues carecían de una base social amplia) —o una ideología liberal democrática permitieran la unificación del frente. Por ello, para construirlo había que acudir a los sectores organizados sindicalmente como en el caso de los obreros o en forma corporativa como se pretendía organizar a los campesinos, y lo que era más grave, incluir en la alianza al PNR, único partido que funcionaba como tal pero que incluía en su seno no solo al "ala cardenista" sino también a sectores conservadores ligados al callismo y cuyo nivel organizativo ponía en desventaja a las otras organizaciones.[5]

De esta manera, la pugna entre el PCM y la CGOCM por lograr el dominio sobre las organizaciones obreras se anudó con la lucha por la dirección del frente popular, ambos procesos se desarrollaron en forma simultánea; sin embargo, la batalla principal se tendría que dar en la organización obrera pues su fuerza —sin duda la más importante dentro de las clases populares —sería fundamental para lograr la dirección. El PCM impulsaba su organización entre las bases —no sólo como una consecuencia de su cambio en la línea política (el apoyo a Cárdenas) sino también como resultado de las movilizaciones obreras y campesinas —logrando un rápido crecimiento. La táctica de formar células comunistas en los sindicatos de industria y en los agrupados en la CGOCM fue favorable porque aumentó la del partido en el movimiento obrero; pero, por otra parte, lo llevó al enfrentamiento con los líderes de esas organizaciones.

Lombardo Toledado acusó al PCM de no comprender el sentido que la III internacional había dado a los frentes y de que, en lugar de buscar la unidad de las fuerzas democráticas, intentaba aprovechar la coyuntura para incrementar su dominio sobre las organizaciones populares; de ahí que atacaba a los sectores más sindicalistas del movimiento obrero y principalmente al grupo de Fidel Velázquez, con lo cual provocaba, el enfrentamiento y la división en lugar de la unidad entre las fuerzas democráticas.[6]

Estos conflictos hicieron inevitable una pugna en el seno del CNDP que, en febrero de 1936, desembocó en una crisis durante la constitución de la CTM. Como es bien conocido, como secretario de organización fue electo

[5] Para un análisis detallado de la historia del Frente Popular, véase Ignacio Marván, "El Frente Popular en México durante el cardenismo", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales,* núm. 89, julio-septiembre de 1977, UNAM, México, pp. 9-23.

[6] Véase al respecto la carta que Lombardo Toledano escribe a Earl Browder el 15 de abril de 1937 en Valentín Campa, *Memorias de un comunista mexicano,* México, Ediciones de Cultura Popular —crónicas y testimonios—, 1978, pp. 239-358.

el candidato del Partido Comunista Miguel Angel Velasco,[7] pero Fidel Velázquez reclamó, para sí, dicha secretaría bajo la amenaza de dividir a la CTM. Ante la presión del grupo de Velázquez, el PCM cedió aduciendo la finalidad de conservar la unidad de la confederación; si bien es verdad que matuvieron a dos miembros del partido dentro del comité nacional, lo cierto es que el puesto era fundamental y al cederlo otorgaron mayor poder al grupo opositor. La actitud del partido puede ser comprendida, al menos parcialmente, si recordamos que en los primeros días del mismo mes de febrero se gestó el conflicto de la vidriera en la ciudad de Monterrey, conflicto que agudizó el enfrentamiento entre la burguesía y el gobierno del general Cárdenas y que convertía a la unidad en un elemento indispensable para poder continuar la lucha. Obviamente, para los fidelistas, que tenían intereses limitados al control de los sindicatos, la unidad no era tan fundamental y podía ser puesta en juego, tal y como lo hicieron, para lograr su objetivo.

En el mismo congreso en que nació la CTM, el proyecto de organización del frente popular sufrió importantes modificaciones. Electo secretario general de la CTM, Lombardo Toledano pudo fortalecer su lucha contra el PCM a fin de desplazarlo de la dirección del comité organizador del frente. Inicialmente obtuvo la aprobación de la CTM para acudir al congreso con proposiciones que pretendían: primero, que en el frente no hubiera hegemonías de ninguna fuerza política y segundo, demorar su constitución para desgastar la posición del comité organizador y la del PCM. De acuerdo a sus planes, durante todo el año de 1936 no hubo avances significativos. Las dilaciones de la CTM para la formación del frente permitieron la consolidación, dentro de la central, del grupo de Lombardo y Fidel Velázquez y el afianzamiento de otras organizaciones campesinas ligadas al "ala cardenista", las cuales fueron estableciendo la alianza con el gobierno por medio de su vinculación con el PNR; alianza que se estrechó con la decisión de estas organizaciones, aunada a la del PCM, de participar en las elecciones para diputados en 1937. Para tal efecto se formó el Frente Popular Electoral que permitió a las distintas agrupaciones presentar sus candidatos a diputados por medio del PNR, único canal posible para intentar un triunfo en las elecciones.

La decisión de la CTM de participar en las elecciones fue, en principio, criticada por los miembros del PCM que pertenecían al Comité Nacional de la Confederación, lo mismo que por algunos sindicatos que veían en esta decisión el regreso a los errores que había cometido la CROM. Para el PNR, el pacto electoral significaba la posibilidad de contar con las bases populares, de las cuales carecía, y con su participación limitar la posición de los militantes callistas que dentro del partido constituían un sector muy importante. En lo que hace a la CTM, la alianza electoral significó al principio un aspecto importante en su conflicto con el PCM y también con otros sindicatos que defendían la tesis de la no participación en la política electoral, dadas

[7] Miguel Angel Velasco, "El Partido Comunista durante el período de Cárdenas", *CELA*, Serie: documentos 2, s/f, FCPS, México, p. 21.

las experiencias de corrupción y de sumisión al gobierno que esta inscripción había significado en el pasado. Para Vicente Lombardo Toledano la participación en las elecciones fue un medio para fortalecer su posición dentro del gobierno y así limitar la acción del PCM en la propia central obrera. Se puede afirmar que la acción de Lombardo significaba, por una parte, una alianza con los cardenistas para combatir a los comunistas y, por otra, un cambio sustantivo en su reacción con el gobierno, pues la alianza implicaba el abandono de la línea de apoyo condicionado para poder presionar al gobierno en aquellos puntos donde la política reformista se detuviera; en otras palabras, el movimiento obrero lombardista perdía autonomía frente al Estado, pero ganaba terreno frente a los comunistas, cuya adhesión final al pacto reforzaba sus aspectos negativos, sin lograr nada positivo para la clase obrera.

La actitud de Lombardo se comprende mejor cuando recordamos la crisis que sufrió la CTM en mayo de 1937 durante la realización del IV Consejo Nacional. En esta reunión, la pugna entre los comunistas y los fidelistas alcanzó su punto más crítico; la actitud manipuladora y antidemocrática del secretario de organización (quien burlando la decisión de las bases imponía representantes de las federaciones estatales, desconocía a otras y creaba falsas representaciones) provocó el enfrentamiento con el mismo grupo que se opondría a la participación electoral. Como resultado de este conflicto, los sindicatos controlados por los comunistas y otros que también se oponían a las burdas maniobras de Fidel Velázquez abandonaron la CTM. De acuerdo con la opinión de Miguel Angel Velasco, miembro del PCM y del comité nacional de la CTM, los sindicatos que salieron de la central constituían la mayoría.[8] Esta crisis significaba, para Lombardo, la pérdida del control del movimiento; por lo tanto, su alianza con los cardenistas era indispensable para conservar su liderazgo; como también lo era su intento, por lo demás exitoso, de persuadir a los dirigentes de la III Internacional para que influyeran en el PCM en el sentido de cambiar su línea de acción frente a la CTM y con respecto al Frente Popular, lo que permitía supeditar al partido.

En este último sentido, es muy importante la carta que Lombardo escribió a Earl Browder, secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos y vicepresidente de la Internacional Comunista, en la cual acusaba al PCM de no comprender la realidad mexicana; de malinterpretar el sentido del frente popular al intentar *constituir* una organización maniatada al partido; de sabotear la labor de Lombardo para la consecución del frente al intentar presentarlo a él como un comunista que estaba de acuerdo con el partido y de mantener una actitud hostil en contra del grupo de Fidel Velázquez, *atacándolos* de corruptos y de reaccionarios; cuando, según la opinión de Lombardo, eran miembros honestos del movimiento obrero y su participación era indispensable para la unidad de la clase obrera. La actitud de los comunistas, concluía Lombardo, lo enfrentaba a tratar de conciliar;

[8] *Ibid.*, p. 27.

tarea cada vez más difícil, pues los comunistas en todo momento intentaban tomar los sindicatos de la CTM y mantenían una actitud oportunista de ataque y elogios contra los líderes, según fuese la actitud de éstos frente al partido; más aún, cuando las decisiones del comité nacional estaban en contra de sus intereses las trataban de bloquear y llamaban a sus cuadros a la indisciplina. En pocas palabras, Lombardo acusaba a los comunistas de trabajar en contra de la unidad y, por tanto, de favorecer el avance del fascismo.[9]

La política de Lombardo tuvo sus efectos en la reunión del pleno comité central del PCM, celebrada en junio de 1937, a la cual asistió Earl Browder. En esta ocasión, el partido acordó una mayor flexibilidad en su acción dentro de la CTM, volver a la unidad y facilitar la tarea de formar el Frente Popular Mexicano. La presión de Browder realizada dentro de un ambiente político nacional de gran tensión, dada la lucha de los sectores reaccionarios, llevó a que el partido decidiera, dentro de lo que denominó la política de unidad a toda costa, la reincorporación de los sindicatos en los cuales tenía influencia o control la CTM y, más aún, decidió —increíblemente— disolver las células comunistas que había creado *dentro* de los sindicatos, dejando pues manos libres a los lombardistas.[10] Obviamente, su participación en el Frente popular también se vio modificada, pues de pretender ser el elemento director, pasó a mantener una posición de apoyo acrítico a la labor de la CTM y del PNR. A partir de este momento, se inició la caída del PCM dentro del movimiento obrero, destruyó el trabajo que había logrado en los últimos años.

Pese a los deseos "unificadores" de Lombardo, las crisis de la CTM de 1936 y 1937 tuvieron repercusiones en la unidad lograda por la confederación; en 1936, el sindicato minero abandonó la CTM y en 1937 el SME y el STFRM hicieron lo mismo, Los petroleros *no abandonaron la CTM* debido a la proximidad de la huelga contra las compañías petroleras que los obligaba a intentar mantener su relación con las partes en pugna y así asegurar su apoyo; no obstante, su posición no dejó de ser atacada por el grupo de Fidel Velázquez, quien incluso llegó *a impedir la celebración de una reunión* al negarles el local, poniendo en peligro el éxito de su movimiento.[11]

La salida de los grandes sindicatos de industria, salvo ferrocarrileros que se reincorporó, redujo el control de la CTM a los sindicatos de fábrica, parte de los cuales pertenecían a la CROM y a la CGT. Esta situación creada por el grupo de Fidel Velázquez y apoyada por Lombardo debilitaba el poder de este último y de la misma confederación para la formación del frente, y, por otra parte, daba al PNR un mayor poder de negociación, de por sí fortalecido con el pacto electoral. Así pues, su triunfo sobre los comunistas

[9] Carta de Lombardo a Browder, *op. cit.*

[10] Véanse al respecto Arnoldo Martínez Verdugo, *Partido Comunista Mexicano, trayectoria y perspectivas*, 1971, Fondo de Cultura Popular, México, p. 44 y Valentín Campa *op. cit.*, 129.

[11] Miguel Angel Velasco, *op. cit.*, p. 28, nota de pie de página núm. 26.

redundaba en un mayor debilitamiento no sólo de Lombardo sino del movimiento obrero, en su conjunto, frente al Estado.

Obviamente, el debilitamiento del movimiento obrero restaba fuerza a la posibilidad de la alianza autónoma de los sectores populares, lo cual fue ahondado con la decisión del general Cárdenas de impedir que las organizaciones obreras incorporaran, en su seno, a los campesinos y a los trabajadores del Estado, sectores que debían organizarse bajo el estricto control y dependencia de este último. Así pues, la posición del PNR de no ser incluído en el Frente Popular en igualdad de condiciones con otras organizaciones sindicales y con el PCM, sino de incluir el Frente en su seno, con la exclusión del PCM, cobró plena vigencia y el 18 de diciembre de 1937, el presidente dirigió un manifiesto a la nación sobre la transformación del PNR, poniendo fin al proyecto comunista y lombardista de formar un frente bajo su dirección. Derrotados los opuestos no les quedaría sino declarar que la transformación del PRN en PRM constituía "el frente popular a la mexicana".[12]

El mismo día en que Cárdenas lanzó el manifiesto para la reformulación del PNR,[13] se publicó el laudo de la Suprema Corte sobre el conflicto petrolero; es decir, el momento era de fuerte presión antiobrera y antigubernamental por parte de las compañías y del imperialismo norteamericano; junto a esto, se incrementaban las presiones de la reacción interna contra la reforma agraria, contra los movimientos obreros reivindicativos y, en general, contra toda la política reformista; por lo cual, objetivamente, el momento era de unidad *pero nunca de sumisión* de los sectores democráticos en torno a la defensa del gobierno cardenista; así, el llamado del Presidente fue oído y apoyado por la burocracia cetemista que no tenía otra alternativa, pero sería exagerado decir que también fue apoyado por el movimiento obrero.

En marzo de 1938, pocos días después de la expropiación petrolera, se celebró la Convención constituyente del Partido de la Revolución Mexicana (PRM), el cual quedó formado por cuatro sectores: el obrero, el campesino, el popular y el militar. En el sector obrero participaron la CTM, la CROM, la CGT, el SME y el STMMRM; es decir, la CTM tuvo que compartir su posición con organizaciones que le eran opuestas como la CROM y la CGT y con los sindicatos de industria independientes. A pesar que el grupo de Fidel Velázquez logró aparecer al frente del sector obrero, es innegable que su influencia en el conjunto había disminuído y su dependencia del gobierno se acentuaba. El frente popular a la mexicana quedaba finalmente constituído; pero estaba muy lejos de asemejar a lo que sus principales iniciadores se habían propuesto.

[12] Vicente Lombardo Toledano, "El criterio de la CTM sobre el nuevo partido", *Política*, 16 de noviembre de 1963, México XVI, y el discurso de Hernán Laborde del 16 de septiembre de 1938, acta taquigráfica de Gregorio Martínez Dorantes.

[13] Véase *Política, op. cit.*, pp. XII.

En este sentido, es muy importante recalcar que la organización del nuevo partido político respondía a una necesidad objetiva de unidad frente a la reacción interna, frente al imperialismo y frente al fascismo; se trataba, pues, de una alianza prácticamente obligada por la situación política. Su constitución por cuatro sectores indica, más bien, su fuerte relación con los procesos anteriores del Frente Popular que con la definición de un modelo de cáracter corporativo de corte fascista.

Se debe destacar que los sectores no eran homogéneos ni mantenían una dirección única, por el contrario, cada organización mantenía su independencia y era autónoma para definir su política gremial; el pacto se centraba en el compromiso de no interferencia entre los sectores y en que ninguna de las organizaciones participantes haría política fuera del partido. Su creación es el logro del frente popular bajo el liderazgo del Estado y aquí radica su característica fundamental.

Al asumir el movimiento obrero la alianza orgánica con el Estado, bajo la dirección de éste, y en ese sentido supeditado, las organizaciones obreras, pero principalmente la CTM, ligaron su suerte a la del gobierno cardenista y a la de los gobiernos posteriores; la defensa de sus intereses pasaba necesariamente por la defensa del Estado, por lo tanto perdió su autonomía. Es cierto que sindicalmente continuaba independiente, pero, aún en este terreno, la situación política le marcaba estrechos límites.

Por otra parte, el pacto con el Estado generaría lo que los comunistas y sindicatos independientes denunciaban en 1937: que la participación en las elecciones traería al movimiento obrero el oportunismo y aventurerismo de sus líderes, el aumento de la corrupción y, lo que es más grave, el arreglo político con el gobierno para resolver los problemas de sus bases, a espaldas de ellas; éste pasó a ser más importante que el apoyo en sus bases, en su legitimidad, para la negociación con la burguesía y con el Estado. En consecuencia, a partir de la expropiación petrolera y de la formación del PRM, se abre una nueva etapa del movimiento obrero.

A partir de este momento, las actividades de la reacción se incrementaron rápidamente: las compañías expropiadas iniciaron una campaña contra el gobierno de Cárdenas y contra el movimiento obrero, promovieron el boicot internacional contra Cárdenas con la intención de trabar la comercialización del petróleo: retiraron a todo el personal de sus empresas para imposibilitar la producción, auspiciaron y financiaron el levantamiento del general Cedillo en contra del gobierno; retiraron todos sus fondos del país esperando que la descapitalización generara mayores problemas al gobierno y al mismo tiempo incrementara el descontento de la burguesía contra el gobierno. Las compañías extranjeras, en especial las mineras, presionaban para que se detuviera la política de nacionalizaciones. El sinarquismo, creado un año antes, incrementó su actividad aglutinando campesinos descontentos con las limitaciones del reparto agrario y promoviendo entre ellos un

fuerte rechazo a los comunistas y a los cardenistas. Los pequeños propietarios agrícolas presionaron para obtener del gobierno las seguridades necesarias de sus tierras. La burguesía industrial pidió mayor control sobre el movimiento obrero, dado que el alto número de huelgas y los fallos casi siempre favorables a los trabajadores hacían difícil su progreso. La burguesía comercial incrementó su especulación, echando gasolina a la hoguera de la inflación y creando, por lo tanto, un conflicto constante con las organizaciones populares y con el gobierno que intentaban poner un freno a la creciente carestía de la vida.

Por otra parte, en la situación internacional, los avances del nazifascismo en Europa, Asia y África, así como la guerra civil de España, generaban la oposición entre las democracias y el fascismo, oposición que poco a poco iba cobrando carácter de contradicción principal para todas las fuerzas democráticas. Para el movimiento obrero mexicano esta contradicción reforzaba la necesidad de fortalecer la unidad por medio de la consolidación del PRM. La doble determinación de la reacción, interna y externa, motivó que los líderes del movimiento obrero cobraran conciencia de la necesidad de limitar sus aspiraciones reformistas e incluso las reivindicaciones económicas de los trabajadores para lograr la unidad y al mismo tiempo disminuir la polarización de las fuerzas sociales internas. El gobierno del general Cárdenas seguiría el mismo camino: se detiene el ritmo del reparto agrario; se dan garantías a la propiedad privada en el campo; los movimientos obreros empiezan a ser limitados e incluso reprimidos; se dan garantías al capital extranjero en el sentido de que la política de nacionalización no avanzará más; la burguesía encuentra palabras y actos de apoyo por parte del Presidente; es decir, se pone fin a la política reformista y, al mismo tiempo que se accede a las presiones de la reacción interna, se intenta consolidar lo avanzado. Se puede decir que el reformismo se había agotado; ir más allá de lo alcanzado significaba entrar en un proceso más cercano a la Revolución Socialista, lo cual no era el objetivo de ninguna de las fuerzas sociales.

La CTM cede ante el Presidente en su lucha por organizar a los burócratas que trabajan en las instituciones del Estado y pese a que ellos votaron incluirse en la confederación, los líderes cetemistas aceptaron que fuesen organizados en forma independiente y sin relación orgánica con ninguna de las organizaciones obreras existentes. Así se crea la Federación Sindical de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE). Según el general Cárdenas, su política respondía a la necesidad de no favorecer a ninguna de las organizaciones existentes,todas ellas pertenecientes al PRM; pero la verdad es que buscaba limitar el poder del movimiento obrero asegurando así el control de los grupos populares. La creación de la FSTSE, como antes la CNC, daba organicidad al proyecto de Cárdenas de mantener separados a los trabajadores; en el mismo sentido operó la prohibición de sindicalizar a los trabajadores de la banca. El Estado impuso a la clase su división orgánica.

Dentro de la política de limitar el reformismo, Vicente Lombardo Tole-

dano sostenía que el carácter semicolonial y semifeudal de México y de América Latina hacía que la revolución socialista fuera imposible, pues primero se debía derrotar los elementos feudales y consolidar al capitalismo con la existencia de gobiernos democráticos, para lo cual era indispensable la unión de todas las fuerzas populares con los sectores democráticos de la pequeña burguesía y de la misma burguesía; ningún sector, por separado, podía realizar dicha tarea sin el apoyo del resto. La unidad con el gobierno era indispensable y para lograr el apoyo de la pequeña burguesía y de los sectores medios se debía apoyar la existencia de la propiedad privada, alentarla y defenderla en esa etapa del desarrollo del país.[14] Asimismo, cabe observar que dentro de la postura lombardista, se hacía cada vez más patente su interés por deslindar su posición del PCM, aclarando recurrentemente que ni él ni la CTM tenían ligas o compromisos con partidos comunistas nacionales o internacionales.[15]

Por su parte el PCM, dentro de su política de "unidad a toda costa", resaltaba la necesidad de la alianza popular, daba todo su apoyo al Presidente y al PRM, (al cual hasta pidió su inclusión), para luchar juntos contra la reacción y el fascismo; al igual que Lombardo Toledano, el PCM defendía la tesis de que se debería dar garantías y estímulos a la pequeña propiedad en el campo, pues de otra manera las fuerzas reaccionarias se fortalecerían.[16]

De esta manera, en la segunda mitad del año 1938, la CTM y el PCM coincidían con el gobierno de Cárdenas en la necesidad de detener el reformismo, de hacer concesiones a la reacción y de fortalecer la unidad de las fuerzas populares para hacer frente al fascismo. Sus intentos de consolidar lo realizado se verían dificultados por el empeoramiento de la situación económica del país y por la campaña para la sucesión presidencial de 1940, que movilizó a todas las fuerzas sociales.

El deterioro de las condiciones materiales.

La situación económica durante el cardenismo fue, en términos genera-

[14] Como un ejemplo, véase su discurso pronunciado ante el Congreso Constituyente de la CTAL el 5 de septiembre de 1938. Acta taquigráfica de Martínez Dorantes.

[15] Véase "El Criterio de la CTM...", *op. cit.*, p. XX. Este deslinde es una actitud casi permenente en sus discursos posteriores.

[16] Sobre la posición del PCM puede consultarse:

Hernán Laborde, *El enemigo es Almazán,* 1939, Editorial Popular, México.

Hernán Laborde, *Paz, trabajo, no violencia ni sangre,* 1939, Editorial Popular, México.

Hernán Laborde, *¡Unidos! tras un solo candidato para derrotar a la reacción,* 1939, Editorial Popular, México.

Hernán Laborde, "Para vencer en 1940, todos a la convención del PRM", *El Popular,* 1939.

"La rebelión cedillista y las tareas para derrotar la reacción y engrandecer a México", Resolución del Pleno del Comité Central del Partido Comunista Mexicano, verificado del 10 al 13 de junio de 1938, *El Comunista,* Revista mensual del PC, julio de 1938, núm. 2.

les, satisfactoria, no solo creció el producto nacional bruto a razón de 4.1% anual en promedio, sino que algunos sectores como las manufacturas y la construcción experimentaron índices de crecimiento superiores al 7%, siempre a precios constantes de 1950.[17] De la misma manera no se puede negar que las reformas introducidas durante el cardenismo, tales como la reforma agraria, la nacionalización del petróleo y de los ferrocarriles, la reorganización de la Nacional Financiera, la creación de la Comisión Federal de Electricidad, de los Almacenes Nacionales de Depósito y en general, la organización de las fuerzas sociales, fueron factores básicos del crecimiento económico posterior.

Sin embargo, a partir de 1938 se inicia una baja en el valor producido por el sector primario de la economía —agricultura, ganadería, silvicultura y pesca— lo mismo que en la minería y obviamente en el petróleo. Por otra parte, el incremento de las importaciones, 8.6% en promedio anual, más que proporcional que el de las exportaciones, 3.5%, va disminuyendo la capacidad para atender la deuda externa agravada con la deuda adquirida con las nacionalizaciones, lo cual va a tener como efecto las devaluaciones de 1938 y 1939.

Obviamente, las devaluaciones inciden en los incrementos de los precios internos, que de por sí tendían a la alta por la caída de la producción agropecuaria, se produjo así una mayor carestía de la vida de los sectores populares urbanos. La inflación creciente que pronto deterioró los salarios reales de los trabajadores ya no encontró respuesta en el movimiento obrero, cuyo número de huelgas disminuyó respecto a los años de 1936 y 1937, y menos aún en el gobierno, quien por intermedio de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje decidió, a finales de 1939, que no se podía elevar el salario mínimo para el período 1940-1941.

Objetivamente, las condiciones materiales de la economía impedían al gobierno mantener su alianza con los sectores populares con base en una mayor retribución de su trabajo o en el cumplimiento de sus demandas; ahora, la alianza debía mantenerse sobre elementos más abstractos como la lucha contra el fascismo que requería de las organizaciones una mayor cohesión interna y una mayor disciplina. De alguna manera, se puede afirmar que la lucha de los trabajadores se trasladaba de las reivindicaciones materiales, por medio de las cuales atribuían importancia a las organizaciones, hacia la defensa de principios generales como la democracia que al menos para la mayoría era extraña en la medida en que no era una experiencia vivida en sus propios sindicatos y menos en las organizaciones mayores.

El propio Lombardo Toledano declaró, en la entrevista que dio a los es-

[17] Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, 1971, Siglo XXI, México, p. 91.

posos Wilkie[18], que las bases obreras no estaban preparadas para tener una participación política, por lo cual tenían que confiar en sus líderes a quienes corrrespondía tomar las decisiones. Durante los últimos dos años del sexenio cardenista se evidenció que los requerimientos de cohesión y disciplina fueron insuficientes para mantener la unidad de la clase obrera, la cual sufrió importantes divisiones internas. La situación socio-política mostraba un camino difícil para que el proletariado pudiese mantener sus logros y, sobre todo, la correlación de fuerzas sociales lograda durante los años de intensas reformas.

La sucesión presidencial.

La elección de 1940 fue la primera prueba de que la correlación de fuerzas cambiaba a favor de la burguesía. La fuerte polarización de clases que provocó el intenso periodo reformista que vivió el país durante el lapso de 1935 al principio de 1938 llevó a la burguesía y a sus asociados a identificar dicha política como un ataque a sus intereses, llegaron a manifestar que su extinción como clase representaba uno de los objetivos de la política presidencial. Su interpretación estaba obviamente equivocada, pues fueron ellos, los burgueses, los que salieron más favorecidos con las reformas efectuadas y no sólo en lo económico, sino también en lo ideológico.

En lo económico, la burguesía industrial experimentó su mayor crecimiento desde la revolución; así, entre 1935 y 1940 se crearon 6 594 empresas, es decir, casi se duplicó el número de las anteriormente existentes; el número de obreros empleados en la industria pasó de 138 041 en 1935 a 389 953 en 1940; el promedio de obreros empleados por empresa subió del 19.96 a 28.74, mostrando obviamente un crecimiento del tamaño medio y posiblemente el uso más intensivo del capital constante.

De la misma manera, tanto el crecimiento de la población económicamente activa ocupada en actividades urbanas industriales, de comercio o de servicios, como el incremento de los salarios reales, generaron un ensanchamiento del mercado interno que era condición básica para el desarrollo industrial.

En términos legales, la industria se vio favorecida con la promulgación del decreto de 1939 destinado a fomentar la creación de industrias nuevas, para lo cual se otorgaban una serie de facilidades impositivas y de importación de maquinaria. De la misma manera operó la creación o modernización de instituciones bancarias del Estado para apoyar el desarrollo in-

[18] James W. y Edna Monzón Wilkie, *México visto en el siglo XX, Vicente Lombardo Toledano, teórico y militante marxista,* 1969, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, p. 331.

dustrial y agrícola del país. La propia reforma agraria, que si bien destruyó al sector latifundista de la "burguesía", su sector atrasado, creó las condiciones para abastecer la demanda de bienes de primera necesidad que influían en los costos de los salarios urbanos y por tanto en beneficio de los industriales al abaratar la fuerza de trabajo.

La burguesía comercial también se vio favorecida por el incremento de su actividad, la cual creció durante el periodo a una tasa anual promedio del 6.0% y, además, por el dinamismo del sector de comercio exterior que amplió, sobre todo, el renglón de las importaciones; éstas tuvieron una tasa de crecimiento del 8.6% en promedio anual, en tanto que las exportaciones crecieron a un ritmo del 3.5%. Finalmente, se puede asegurar que la banca también tuvo importantes incrementos tanto en los ahorros como en las cuentas de cheques.

En términos organizativos, la burguesía también recibió la atención del gobierno. Así, desde 1936, el gobierno hizo obligatoria la afiliación de los empresarios tanto industriales como comerciantes a las cámaras del ramo correspondiente y de éstas a una sola confederación: la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio e Industria; reconoció a la nueva confederación como institución autónoma de carácter público y representante general de esos sectores; les otorgó el estatuto de "organos de colaboración del Estado para la satisfacción de las necesidades relacionadas con la industria y el comercio"; el gobierno se reservó el derecho de designar representantes suyos en cada una de las cámaras y en la confederación. Finalmente, quedaba sujeto a la decisión exclusiva de la Secretaría de Economía cualquier asunto relativo a la creación de nuevas cámaras, aprobación de estatutos o su modificación y a la determinación de la jurisdicción de las cámaras.[19]

Así pues, al mismo tiempo que el gobierno alentaba la actividad económica de la burguesía, procuraba para ella una organización que si bien le permitiría su participación en las decisiones respectivas a sus campos, también permitiría al Estado su control o al menos su supervisión; de cualquier manera la obligatoriedad de la afiliación terminó por fortalecer a las organizaciones burguesas.

No obstante y pese a los beneficios recibidos por la burguesía, el aspecto político les era desfavorable: el creciente poder de los obreros, el apoyo que éstos recibían del gobierno en sus negociaciones con los patrones, la reforma agraria que según su particular punto de vista atentaba contra el sagrado derecho de la propiedad privada, lo mismo que las nacionalizaciones y la mayor participación del Estado en la economía les parecía una invasión a los terrenos de su exclusiva incumbencia, y, por lo tanto, se oponían tenazmente a la continuación de un gobierno de estilo cardenista. La defensa de

[19] Al respecto se puede consultar: Perez Treviño, *Una organización de clase de la burguesía industrial en México* (versión preliminar), IIS, UNAM, inédito, p. 6.

la propiedad privada y de la exclusividad de su actividad era mucho más importante para la burguesía que el proyecto del gobierno de cimentar en ellos el desarrollo nacional con independencia del imperialismo. Para los patrones era mucho más importante la ideología de la libre empresa, que la del desarrollo nacional con fuerte participación del Estado.

Dentro de los sectores populares también había grupos inconformes con la política cardenista, así, muchos sectores campesinos no estaban conformes con la lentitud de la reforma agraria que pese al gran esfuerzo realizado dejaba aún a amplios sectores de campesinos sin tierra; de igual manera, las organizaciones campesinas autónomas repudiaban la imposición de la organización impulsada desde arriba y lo mismo sucedía con la oposición a la educación socialista que iba en contra —de acuerdo con los curas y algunas organizaciones como los sinarquistas— de la religión católica. Dentro de la clase obrera, había muchos sectores no organizados sindicalmente que no recibieron los beneficios salariales que obtuvieron los organizados y dentro de éstos se encontraban importantes sectores descontentos con el autoritarismo de los líderes, por ejemplo algunas secciones de los ferrocarrileros y de los petroleros; de igual manera, las viejas y nuevas pugnas entre las centrales, como las existentes entre la CROM y la CTM, entre ésta y la CGT motivaron que tanto la CROM como la CGT se colocaran en contra del gobierno que siempre apoyó a la central lombardista; los sindicatos blancos, controlados por la empresa, en muchas industrias importantes: grupo Monterrey, General Motors, etcétera, creaban una masa dispuesta a combatir el cardenismo y sus organizaciones. Finalmente, algunos sectores medios que si bien habían recibido la satisfacción de sus demandas salariales y de empleo por parte del gobierno, se oponían a éste por su orientación ideológica izquierdizante, a la cual enfrentaban su defensa del catolicismo; otros se oponían por haberse dejado deslumbrar por la ideología fascista.

Dentro de los sectores medios cabe destacar la oposición que se fue creando dentro del ejército y de la burocracia política. Por un lado, continuaba presente la división entre el sector cardenista y el callista, este último esperaba la posibilidad de tomar la revancha en contra de los cardenistas que no sólo habían expulsado a sus principales líderes, sino también habían perdido varios gobernadores y diputados desaforados por el congreso.Por otro lado, se había generado un grupo que pretendía ser el factor de la unidad entre las corrientes opuestas y que, por lo tanto, pretendía tomar el mando y gobernar con base en la conciliación. Dentro del ejército también existía una fuerte polarización sobre todo de aquellos generales que se habían enriquecido después de la revolución y se habían convertido en caciques de importantes zonas del país; ellos también habían sido atacados y disminuidos por los cardenistas.

Dentro de este proceso de polarización de las clases debe considerarse de manera especial a la Unión Nacional Sinarquista. Esta organización fue crea-

da en 1938, patrocinada por el alto clero, por el grupo Monterrey y por la Confederación Patronal de la República Mexicana, perteneciente al mismo grupo.

La UNS pretendía derrocar al gobierno con la participación de los campesinos y mostraba una orientación francamente fascista. Logró su desarrollo más importante en la zona del Bajío, en donde —incluso— llegaron a ensayar la toma de algunas ciudades, específicamente la de León. De acuerdo con algunos autores, llegó a contar en esta época con medio millón de afiliados y poseía un alto nivel de combatividad, basado en el fanatismo religioso y en la reivindicación de sus mártires. Los líderes sinarquistas pregonaban que la sangre de sus mártires despertaría a los campesinos de su letargo y, así, a partir de abril de 1938, cuando fue muerto uno de sus fundadores, asesinado después de un mitin, se inició una verdadera lucha civil entre los campesinos sinarquistas y los reservistas (formados por campesinos armados leales al gobierno). "Casi diariamente, escribe Mario Gil, la prensa registraba algún choque sangriento, donde caían dos o tres campesinos de cada bando",[20] tan sólo en el estado de Guanajuato, durante el año de 1939, los sinarquistas "ganaron" 57 mártires. La violencia desatada en el campo por los sinarquistas contribuía de manera especial a la polarización de las clases no sólo entre los campesinos sino entre sus patrocinadores y el gobierno, quien al principio intentó reprimirlos cayendo en su juego de la búsqueda de los mártires e impulsando su organización cuasimilitar.

El conjunto de estas fuerzas sociales, algunas organizadas y otras en vías de organizarse o simplemente como masa que podía ser captada por las organizaciones mejor estructuradas, se fue constituyendo en una importante oposición al gobierno cardenista y a las organizaciones políticas y sindicales que lo apoyaban, lo cual dio como resultado una enconada lucha de clases con motivo de la contienda electoral.

Las fuerzas sociales en oposición se expresaban en tres proyectos para la sucesión presidencial; las fuerzas cardenistas intentaban dar continuidad al proyecto reformista por medio de la selección de un candidato ligado al ala radical del propio grupo; el nuevo grupo conciliador de la clase política, encabezado por la mayoría de los gobernadores de los estados y de los diputados, se orientaba por la selección de un candidato que, perteneciendo al gobierno, no estuviese tan comprometido con la política reformista y por lo tanto tuviera la capacidad para reconciliar a la clase política y a las clases sociales; finalmente estaban los que querían un cambio radical de gobierno y desplazar no sólo al ala cardenista sino a toda la clase política, incluyendo obviamente a los líderes sindicales; este grupo era encabezado por la burguesía, especialmente por la regiomontana, por algunos generales y contaba con el apoyo del imperialismo norteamericano, especialmente el de las compañías petroleras recién expropiadas.

[20] María Gil, *Sinarquismo, origen y esencia,* 1962, Ed. Olín, México, p. 68.

Los planos en que se desarrolló la lucha entre estos grupos son fundamentalmente dos: el primero se dió en el seno del Partido de la Revolución Mexicana y el segundo en la campaña electoral entre los diferentes candidatos alrededor de los cuales se fueron organizando las distintas fuerzas sociales.

La lucha dentro del Partido de la Revolución Mexicana o más propiamente dentro de la clase política se inició con bastante anticipación a la fecha de la elección. Durante el mes de noviembre de 1938 los gobernadores de los estados celebraron un pacto para oponerse a la candidatura del general Múgica, aparentemente el favorito de Cárdenas, y apoyar la candidatura de Manuel Ávila Camacho, secretario de la defensa del gobierno cardenista y reconocido como un general moderado dentro del gobierno y del ejército. La iniciativa del pacto fue de Emilio Portes Gil, ex presidente de la república durante el periodo del maximato y ex presidente del PNR, hombre ligado a Calles y a la reacción dentro de la clase. La labor de los gobernadores no fue pública, pues como dijera Marte R. Gómez, gobernador de Tamaulipas, a los esposos Wilkie: "la acción en México, la acción política, se desarrolla inicialmente en las cámaras. Así es que fue en el senado y en la cámara de diputados donde se constituyeron bloques en favor o contra Ávila Camacho que inmediatamente dieron tono a la campaña".[21]

Tanto el Presidente como el PRM y los líderes de la CNC y la CTM desautorizaron la actividad de los avilacamachistas, llegando incluso a señalarlos como derechistas que no se atrevían a postular un candidato derechista, conformándose con uno moderado, lo cual, dicho por Luis R. Rodríguez, presidente del PRM, parecía ser una reprobación del grupo y su candidato. Las declaraciones de los líderes, para que no se anticipara la campaña política, sólo surtieron efecto durante un lapso muy corto de tiempo; pues a finales de diciembre y principios de enero de 1939, se inició la formación de las organizaciones electorales pro Ávila Camacho y el 17 de enero renuncian a sus puestos en el gabinete los tres candidatos: Ávila Camacho, Sánchez Tapia y Múgica, abriendo definitivamente la contienda política dentro de las filas del partido oficial.

Antes de reseñar la lucha entre los grupos que apoyaban la candidatura de Ávila Camacho y de Múgica, pues la de Sánchez Tapia fue en verdad marginal, es pertinente recordar que nuestro ensayo se orienta básicamente a conocer el proceso que se produce en el seno de la clase obrera y que da cuenta de la correlación de fuerzas sociales de movimiento obrero y entre éste y las demás fuerzas sociales. En tal sentido es relevante el hecho de que, de acuerdo con Edwin Lieuwen[22], la candidatura de Vicente Lombardo To-

[21] James W. Wilkie, *op. cit.*, p. 120, citado por José Ariel Contreras, *México 1940: Industrialización y crisis política, 1978*, Siglo XXI, México, p. 15. De este excelente trabajo hemos recogido gran parte de la información sobre el periodo de la lucha electoral.

[22] Edwin Lieuwen, *Mexican militarism (The political rise and fall of the revolution arms) 1910-1940*, 1969, University of New México Press, p. 130.

ledano fue vetada por el sector militar del PRM. La afirmación de Lieuwen debe ser tomada con cuidado, pues el mismo Lombardo niega su intención de ser candidato; en ocasión de la celebración del Consejo Nacional Extraordinario de la CTM, celebrado del 20 al 23 de febrero de 1939, Lombardo afirmaba en su discurso: " Cuánto darían los políticos desplazados de la escena mexicana y muchos miembros de la burguesía nacional y todos los fascistas que en México viven, por que cometiéramos el error de postular a Lombardo Toledano a la presidencia de la República... Entonces perdería mi papel de Secretario General de la Confederación de Trabajadores de México y mi calidad de militante del proletariado internacional, para convertirme en un vulgar y advenedizo provocador de la rebelión de México".[23]

La información de Lieuwen y la de Lombardo Toledano no son contradictorias de hecho. Es posible que aún cuando la candidatura del líder cetemista no haya sido propuesta formalmente en el seno del partido, sí haya sido vetada de antemano por los militares conservadores del PRM, lo cual podría ser apoyado por la calificación que hace Lombardo del acto de postularse como una provocación a la rebelión en México. Como veremos más adelante, son los militares conservadores y otros partidarios de la reacción colocada fuera del partido los más interesados en dicha provocación para poder desatar la rebelión.

El desplazamiento de Lombardo o su no participación por la candidatura presidencial, dejó al movimiento obrero sin un candidato propio, tuvo pues que inclinarse por alguno de los secretarios del gobierno. Ideológicamente su compromiso debería haberse establecido con la candidatura de Múgica que representaba el ala radical del cardenismo y, por lo tanto, la continuidad de la política reformista y así lo esperaban los mugiquistas, pero el curso de los hechos mostraría lo contrario.

Por otra parte, el movimiento obrero y en general el movimiento popular se encontraba entre dos fuegos, por un lado, el facismo internacional que hacía necesaria la unidad nacional en defensa de las democracias y, por el otro, la reacción interna que exigía la lucha de clases para al menos asegurar los beneficios obtenidos durante el periodo reformista. La decisión estuvo orientada por el primero de los conflictos que, por lo demás, sobredeterminó todos los acontecimientos hasta el final de la segunda guerra mundial. Para las organizaciones de las clases dominadas se trataba de dos luchas contra la burguesía, pero, en el entender de sus líderes, la primera implicaba mayores riesgos para los intereses de la democracia capitalista, el primer país socialista de la historia y para la autonomía de los países amenazados por el dominio fascista. Estaban en juego, incluso, las condiciones de su lucha contra la burguesía y sus ideales para la superación del país dentro de

[23] Tomado de Rosendo Salazar, *La CTM*, 1972, Comisión Nacional Editora, PRI, México, p. 270.

la vía capitalista, dejando atrás las estructuras semifeudales y semicoloniales, por medio de la revolución democrático-burguesa. Se entendía así que había que defender primero la existencia de la nación y una vez garantizada ésta, renovar la lucha contra el enemigo interno. En pocas palabras la lucha contra el fascismo aparecía como la contradicción principal.

Por lo anterior, no resulta extraño que el movimiento obrero y en especial sus líderes fuesen más proclives a la política de conciliación de intereses, a la política de la unidad nacional, que al enfrentamiento directo con la reacción. La primera posibilidad estaba representada por la candidatura de Manuel Ávila Camacho, la segunda por la candidatura de Francisco Múgica. Sin embargo, el camino seguido por los dirigentes del movimiento obrero no dejó de tener importantes consecuencias incluso para su cohesión y para su proyecto de unidad nacional. Veamos pues como se dieron los hechos.

La lucha entre los dos precandidatos del PRM también se dio en las cámaras de diputados y senadores, ahí se consolidó el bloque mayoritario que apoyaba a Ávila Camacho. Mientras que en este bloque se daba la lucha por la dirección, los mugiquistas esperaban el apoyo del Presidente y de los sectores campesino y obrero. Sin embargo, pese a las declaraciones de los dos sectores de no contribuir al futurismo, se adelantaron a la convocatoria del PRM y llamaron a reuniones con el fin de decidir el candidato que cada unión apoyaría. Los mugiquistas, conscientes de que las reuniones se orientaban hacia Ávila Camacho, impugnaron el procedimiento como ilegal en la medida en que no respetaban al PRM y acusaron a Luis Rodríguez, presidente del partido, de incapaz; sin embargo, Lázaro Cárdenas declaró que la convocatoria de la CNC era legal y que nada se le podía impugnar. Con la venia del Presidente se iniciaba la cargada a favor de Ávila Camacho; obviamente la CNC y la CTM lo declararon su candidato, aduciendo siempre la necesidad de la unidad para poder enfrentar a la reacción.

Los partidarios de Múgica declararon que en efecto existía el peligro de la contrarrevolución y que éste estaba implícito en la propuesta de la "falsa unidad" que Lombardo Toledano y el PCM proponían, de la misma manera afirmaron que la adhesión a la candidatura de Ávila Camacho significaba una traición de los líderes al movimiento obrero, pues al apoyar a un candidato de derecha ponían en práctica una política de entreguismo, claudicación y traición al movimiento. Además, delataban las prácticas antidemocráticas de que se habían servido los líderes para obtener sus propósitos, acusándolos de administradores de la conciencia de las clases proletarias.

La posición de los mugiquistas, en parte coincidente con la que mantenían los trotskistas, era totalmente diferente a la de Lombardo Toledano y la del PCM. Los trotskistas afirmaban que en América Latina no existían naciones, sino subnaciones gobernadas por pandillas militares policiacas.

La burguesía nativa de estos países y la pequeña burguesía que le es totalmente subalterna, no eran ya factores de lucha antimperialista, nacionalista-revolucionaria. Esta tesis era válida para toda América Latina, inclusive México, país que tenía un gobierno bonapartista, es decir, un gobierno del ejército y la política al servicio del imperialismo.

Por tanto para los trotskistas los campos de la lucha se dividían así: de un lado el gran capital imperialista y la burguesía y pequeña burguesía, de otro lado las grandes masas laborantes oprimidas. Las únicas fuerzas antifascistas eran aquellas medularmente anticapitalistas, es decir, proletario revolucionarias... no podía existir más que una posición fundamental, de inflexible lucha contra el régimen burgués en su conjunto. La tarea central era la dictadura del proletariado, única que podía realizar las más simples medidas democráticas.

Es decir, se pugnaba por el enfrentamiento directo entre las clases tanto en lo externo como en lo interno, el enfrentamiento frontal era para ellos la única estrategia adecuada, de ahí que pactar con un candidato de centro o de derecha, como se calificaba a Ávila Camacho, significaba la claudicación y la traición.

Para los comunistas y los lombardistas la posición trotskista, compartida por los mugiquistas, significaba no sólo una estrategia equivocada, sino un servicio a la reacción en la medida en que rompía la unidad popular antimperialista y democrática; por lo cual, esa posición significaba la verdadera traición al proletariado. Es muy posible que esta asociación de los mugiquistas con los trotskistas haya sido un factor importante en el alejamiento de los líderes obreros y comunistas de la candidatura de Múgica. Para los partidarios de Múgica, Ávila Camacho representaba la derecha cardenista y en cierto sentido un candidato centrista, pero fundamentalmente un candidato perteneciente al bloque burgués y por lo tanto un enemigo al que se debía combatir. Para los comunistas y para los lombardistas, Ávila Camacho significaba un general que garantizaba la unidad del ejército, que posibilitaba la unidad democrática para enfrentar la contrarrevolución interna y la lucha contra el fascismo. La caracterización de centrista era rechazada aduciendo que tanto él como Múgica eran cardenistas y que su compromiso con la democracia y los derechos de los trabajadores era muy claro, según lo había expresado en sus últimos discursos. El PCM mantuvo, hasta un mes antes de la convención del PRM, una supuesta neutralidad sin pronunciarse por ninguno de los candidatos e intentando llamarlos a la unidad dentro del partido oficial. La CTM, por el contrario, apoyó desde temprano la candidatura avilacamachista.

La oposición entre los dos candidatos se resolvió cuando sorpresivamente el general Múgica renunció a su candidatura afirmando, el 13 de julio de 1939, que en un régimen como el actual, donde ya se había impuesto el con-

tinuismo, no era ni podía ser un candidato popular. Para ello debía entrar en el juego de corrupción y de componendas del régimen, a lo cual no estaba dispuesto. Además sentenciaba que con su renuncia quedaban en la palestra política dos fuerzas con una misma tendencia de ambigua conciliación, refiréndose a Ávila Camacho y al candidato Juan Andrew Almazán.

No deja de ser interesante que en su renuncia declarara que el Presidente había asumido una grave responsabilidad al no apoyarlo, lo mismo que hicieron las burocracias obreras; que señalara asimismo que se había impuesto el continuismo, como si su programa hubiese significado una ruptura con el reformismo cardenista y finalmente que después de su abandono se reintegrara al ejército como encargado de la zona militar de Michoacán. Es posible, que como dice José Ariel Contreras[24], en el momento de su renuncia la correlación de fuerzas dentro del PRM impedía afirmar que alguna de las candidaturas estuviese asegurada; pero también es cierto que el respaldo masivo de los gobernadores de los estados de la República, de los legisladores, de las centrales obrera y campesina más importantes y del sector popular, estaba orientado hacia la candidatura de Ávila Camacho; a lo cual había que agregar la oposición de los altos mandos del ejército a la candidatura de Múgica; en tales condiciones, era difícil que éste tuviera alguna oportunidad de triunfar dentro del PRM. Su posibilidad, si la tenía, estaba colocada fuera del partido oficial, en abierta oposición con el gobierno del general Cárdenas, lo cual significaba romper la unidad de la clase política y de las organizaciones de obreros y campesinos, a lo que Múgica no estuvo dispuesto; para él y para Cárdenas la derrota dentro del PRM era más que suficiente.

Desde el momento de la renuncia del candidato radical cardenista, el plano fundamental de la lucha electoral se desplazó al enfrentamiento entre Ávila Camacho y Juan Andrew Almazán. Desde fines del año de 1938, los grupos de derecha casi siempre encabezados por generales del ejército y auspiciados por la burguesía más reaccionaria y más específicamente por el grupo Monterrey, se dieron a la tarea de formar organizaciones político partidarias para enfrentarse al gobierno en la sucesión presidencial. Como ejemplos se puede citar que: el general Pérez Treviño formó el Partido Revolucionario Anticomunista, los generales Pablo González y Marcelo Caraveo crearon el Comité Revolucionario de Reconstrucción Nacional, el general Ramón Iturbe fundó el Frente Constitucionalista Democrático, el general Francisco Caso creó el Partido Nacional de Salvación Pública.[25] Todas estas organizaciones estaban marcadas por un fuerte anticomunismo y por un repudio a la política reformista seguida por Cárdenas, su ideología corría desde la abiertamente fascista hasta posiciones liberales de derecha contrarias a la participación del Estado en la economía, a la propiedad colectiva de los ejidos, etcétera.

Sin embargo, luego de un largo proceso de luchas internas entre la reac-

[24] José Ariel Contreras, *op. cit.*, p. 67.
[25] Edwin Lieuwen, *op. cit.*, p. 162.

ción y de contradicciones que fueron dejando al margen a algunos de los grupos, la candidatura del general Almazán se fue perfilando como la más importante entre la derecha. En este proceso de consolidación de la candidatura almazanista se fue gestando una importante participación de masas que alarmó profundamente al gobierno de Cárdenas y al PRM; y que contradictoriamente fue la causa de la derrota del almazanismo. Es de gran interés considerar esa participación por la presencia de sectores muy importantes del proletariado.

El movimiento almazanista, que representaba los intereses del grupo Monterrey, fue ganando la adhesión de importantes sectores de las clases medias así como de contingentes campesinos que aportaba, entre otras organizaciones, el sinarquismo. De la misma manera, recibió el apoyo de sectores del movimiento obrero cuyas pugnas con la burocracia cetemista eran evidentes y de otros sindicatos que se habían formado en el reciente proceso de industrialización o bien de algunos más antiguos que siempre fueron sindicatos blancos.

Entre los sindicatos opuestos a la CTM, aparte de la CROM y de la CGT que desde antes del periodo reformista se oponían a las organizaciones encabezadas por Lombardo Toledano y por el Partido Comunista, resalta la participación dentro del almazanismo de importantes sectores de los principales sindicatos nacionales de industria: mineros, ferrocarrileros, telefonistas, electricistas, tranviarios y choferes. En las federaciones estatales también hubo escisiones importantes, la Federación Regional de Obreros y Campesinos (FROC) del estado de Puebla se formó específicamente para separarse de la CTM y para afiliarse al bando almazanista; también otras federaciones como las del Distrito Federal, Morelos, Puebla, Aguascalientes, Michoacán y Jalisco se mostraron rebeldes a la CTM al formar el Comité Depurador y Unificador de la CTM, este comité pretendía acabar con la manipulación y el liderismo que tomaba el nombre de sus organizaciones para realizar pactos secretos. Estas organizaciones fueron duramente combatidas por la CTM, incluso con la represión. Lo mismo aconteció con la FSTSE que agrupaba a los trabajadores del Estado y que se dividió cuando un grupo formó el Frente Nacional Revolucionario de Trabajadores del Estado. Finalmente otros sindicatos —entonces de creación reciente, como el de la General Motors— se agruparon en torno a la causa de la burguesía industrial.[26]

Nos parece muy importante destacar la participación de estos sectores del proletariado, fundamentalmente los opuestos a la CTM, que luchaban contra las burocracias obreras, contra la corrupción que había generado el grupo de Fidel Velázquez y por tanto por una vida sindical democrática. Su lucha difícilmente podría ser identificada como derechista, lo que sí puede hacerse en los casos de la CROM, CGT y de los sindicatos blancos. Así

[26] José Ariel Contreras, *op. cit.*, pp. 73-89.

pues, la oposición obrera democrática era el resultado del autoritarismo de las burocracias obreras. Este aserto se comprueba al conocer que fue la participación de las masas lo que cambió al movimiento almazanista y no éste a las masas; el almazanismo, en este sentido, era un vehículo para expresar las reivindicaciones de las masas, bloqueado por el PRM.

La participación de las masas en el movimiento almazanista, lo convirtió en el único opositor con capacidad para competir por el poder con el partido gubernamental, al cual enfrentaba en su mismo terreno: la política de masas. Ante esta situación el general Cárdenas intentó, en abril de 1939, atraer al general Almazán al seno del PRM para que ahí se diera la batalla y evitar que la clase política y las organizaciones sindicales y campesinas se dividieran y acabaran por fracturarse, dando al traste con el sistema político creado por los gobiernos postrrevolucionarios. Sin embargo Almazán, confiado en el apoyo de la burguesía industrial que ponía a su servicio la prensa nacional y el dinero necesario, además de la seguridad que le brindaba la adhesión de las masas, rechazó los ofrecimientos de Cárdenas y de Luis I. Rodríguez, presidente del PRM, quien incluso renunció por ordenes del presidente —según dijo— para evitar todo cargo de parcialidad, dado que Rodríguez había mostrado fuertes simpatías por los sectores de izquierda del partido, incluso por el PCM; pero ni con el sacrificio de Rodríguez se conmovió Almazán, quien a diferencia de Múgica no tenía entre sus principios la lealtad al Presidente, ni a las instituciones políticas; su lealtad era para el capital.

La negativa de Almazán se consolidó cuando en julio del mismo año aceptó su candidatura para la presidencia del país, presentando al mismo tiempo un amplio programa de reformas económicas y sociales que, en realidad, no difería mucho del que sostendría el candidato oficial. Almazán llegó a acusar al PRM de haber plagiado su programa político. Sin embargo, existían algunas diferencias importantes: respecto al agro, Almazán proponía la pequeña propiedad privada; en lo referente a las relaciones con el movimiento obrero, él pedía organizaciones democráticas e independientes y terminar con el control que el gobierno ejercía sobre las mismas; recuperaba así la bandera de lucha de las organizaciones que se habían pasado a su bando.

El programa de Almazán era un excelente indicador de la influencia que habían ejercido las masas sobre el movimiento almazanista; los sectores de la derecha más reaccionaria y los grupos fascistas habían sido desplazados y la burguesía industrial tenía que ceder la dirección del movimiento a la creciente participación de los sectores medios. Un indicio tal vez exagerado de la radicalización paulatina del movimiento es la destacada participación, en el Consejo Nacional de la campaña pro general Juan Andrew Almazán, de Diego Rivera, dirigente trotskista y antiguo partidario de la candidatura del general Múgica. La campaña electoral de Almazán fue aglutinando a todas las fuerzas opuestas al gobierno por muy diferentes motivos, y por lo tanto su legitimidad ante la sociedad fue en creciente aumento.

El 24 de agosto de 1939 se realizó en la ciudad de México una concentración de los almazanistas que sumaron entre 200 000 y 250 000, en su mayoría obreros, empleados y otros sectores medios incluyendo importantes contingentes de amas de casa. A pesar de que los avilacamachistas intentaron demeritar el acto de masas, era obvio que el movimiento almazanista estaba ya en condiciones de enfrentar, con muchas probabilidades de éxito, al candidato oficial. La ruptura de las pláticas con Cárdenas mostraba que el nuevo candidato se había decidido por el enfrentamiento abierto como, de hecho, sucedió. La campaña electoral cobraba una importancia política sin igual en la historia de México.

La tensión dentro del grupo gobernante crecía proporcionalmente a los triunfos del almazanismo. A raíz de que la CTM dio a conocer en el mes de agosto el proyecto del Plan Sexenal, que en sus puntos medulares mantenía la política reformista del cardenismo, sus opositores se encargaron de presentarlo a la opinión pública como una muestra del totalitarismo del gobierno y de las burocracias obreras. De la misma manera, la adhesión del PCM a la candidatura de Ávila Camacho provocó la reacción dentro del PRM de quienes rechazan a dicho aliado; ante lo cual los comunistas, como Lombardo Toledano, reafirmaban que en ese momento no pretendían la abolición de la propiedad privada o implantar la dictadura del proletariado y que su objetivo era la unidad nacional contra la reacción. En las cámaras legislativas, las mayorías avilacamachistas marginaban a los antiguos legisladores mugiquistas que abiertamente se habían pasado al lado de Almazán y congelaban la iniciativa del presidente Cárdenas para reformar la Ley electoral y dar el voto a la mujer, pues les preocupaba la creciente participación femenina a favor de la causa almazanista.

Sin embargo, la labor más importante del grupo gobernante se dirigió al acuerdo con la burguesía industrial y a romper el soporte principal de los almazanistas. Dicha burguesía fue muy sensible a los discursos pronunciados por Ávila Camacho en la misma ciudad de Monterrey, en los cuales ensalzó el espíritu laborioso de los regiomontanos, afirmó que la ciudad era un ejemplo de lo que el genio mexicano podía lograr y que su experiencia debería ser repetida en el resto del país; y la verdad es que la burguesía empezaba a dudar de la eficacia de oponerse al gobierno con un movimiento que suponía una importante confrontación de clases, con la consecuente desarticulación de las instituciones que se habían logrado con los gobiernos posrrevolucionarios. El almazanismo se había convertido en un riesgo mayor que el gobierno debido a su compromiso con las masas. Después de la visita de Ávila Camacho, la prensa pagada por la burguesía empezó a dar muestras de gran simpatía por el candidato oficial y a desmentir que Almazán fuese su candidato. Para terminar la alianza con Almazán, la burguesía regiomontana creó el Partido de Acción Nacional (PAN) en octubre de 1939; por medio de él, se deslindó de Almazán al declarar una aparente neutralidad política: ni con Ávila Camacho ni con Almazán. La Unión Nacional Sinarquista, supeditada al mismo grupo, declaró, en septiembre de

1939, que no participaría en las elecciones para la presidencia de la República, pues no estaban dispuestos a llevar a un nuevo grupo al poder y que, por lo tanto, no apoyarían a ninguno de los dos candidatos. El cambio del grupo Monterrey fue asegurado con el compromiso que estableció con Miguel Alemán Valdés, gobernador de Veracruz y director de la campaña de Ávila Camacho; en el cual, a cambio de su "neutralidad", tendría la facultad de nombrar al gobernador de Nuevo León y al presidente municipal de la ciudad de Monterrey. El mismo Alemán se comprometió con Manuel Zermeño, dirigente nacional de los sinarquistas, a titular las parcelas ejidales en el próximo gobierno, a cambio de que la UNS no participara en las elecciones.[27]

Con estos acuerdos, el grupo gobernante asestó un duro golpe al almazanismo, pues le quitaba su apoyo financiero y el importante contingente campesino controlado por los sinarquistas. El propio Almazán se quejaría, más tarde, de la falta de apoyo financiero de la burguesía para su campaña. Pero tal vez el movimiento político más importante para la causa gubernamental fue el acuerdo establecido con el imperialismo americano.

Durante los dos últimos años del gobierno cardenista, las relaciones con el imperialismo americano fueron bastante tensas e influyeron de una manera determinante en la sucesión presidencial de 1940. Como es bien conocido, el conflicto giraba fundamentalmente en torno a la expropiación petrolera que sólo se resolvió cuando el gobierno mexicano logró el acuerdo con una de las compañías petroleras propiedad de norteamericanos, la Sinclair, en mayo de 1940; esto fue en plena campaña electoral y a escasos dos meses de las elecciones.

La presencia del fascismo en el ámbito internacional determinó, de alguna manera, que el imperialismo norteamericano emprendiera actitudes más drásticas contra México y que dificultara las relaciones entre los dos países. En los círculos más agresivos del imperialismo, los ataques contra México se encubrían con denuncias anticomunistas y se esgrimía todo tipo de amenazas.

En abril de 1940, un miembro de la cámara de representantes, el republicano Tomas Hennings, presentó un proyecto de resolución donde se exigía investigar las actividades y la política del gobierno mexicano en relación con los ciudadanos americanos. En la resolución se decía que México violaba el Derecho internacional al actuar ilegítimamente con respecto a los ciudadanos norteamericanos. Igualmente, se afirmaba que el Congreso podía adoptar todas las medidas que la constitución le permitiera para hacer que "México adopte un trato justo".[28]

[27] *Ibid.*, pp. 167 y 168.

[28] Anatol Shulgovsky, *México en la encrucijada de su historia*, 1968, Fondo de Cultura Popular, México, p. 429.

Al comentar la resolución de Hennings, el periódico *Washington Times Herald* escribía en su editorial que hubiera sido de gran interés para los mexicanos saber que, de acuerdo con la constitución, el Congreso norteamericano tenía derecho a declarar la guerra y a tomar medidas represivas. Según el *New York Times*, la resolución Hennings contaba con el apoyo del gobierno.

Shulgovski menciona otras iniciativas contemporáneas de agresión contra México: se puso a consideración del Senado americano la resolución Reynolds sobre la expulsión masiva de mexicanos residentes en los Estados Unidos, arguyendo que estos ponían en peligro la seguridad de ese país y privaban del trabajo a los obreros norteamericanos. En abril de 1940, un grupo de legisladores sometió al congreso la proposición de que los Estados Unidos se apropiaran de la Baja California como compensación por lo expropiado a ciudadanos norteamericanos.

Cabe resaltar un hecho importante provocado por la comisión Daise, creada en 1938 para investigar las actividades antinorteamericanas en los Estados Unidos, la comisión se manifestó en defensa de la democracia americana ante los comunistas mexicanos. En su actividad provocativa —escribe Shulgovski— esta comisión se valió de una serie de renegados del movimiento obrero y acudió a falsificaciones. La actividad de la comisión se desarrollaba en medio de una algarabía anticomunista que la prensa se encargaba de levantar. En abril de 1940, Daise declaró que en México se preparaba un complot comunista. La prensa reaccionaria norteamericana propagó ampliamente esta versión. En sus páginas se publicaba, en un tono sensacionalista, informes de que en México reinaba el caos, la anarquía; de que el gobierno de Cárdenas había perdido el control del país.[29] De acuerdo con el mismo autor, la campaña de prensa tenía por objeto preparar a la opinión pública norteamericana para posibles intervenciones agresivas contra México; la concentración de 100 000 soldados norteamericanos en la frontera con México se da como una evidencia del alto grado de tensión a que habían llegado las relaciones entre ambos países.

La calumnia contra México cobró tanta importancia que el presidente Cárdenas se vio en la necesidad de desmentir el supuesto complot comunista.

La intervención de los Estados Unidos en el clima político de las elecciones fue evidente. Como lo declaraban algunos almazanistas, ellos contaban con el compromiso del imperialismo para apoyarlos en la rebelión en caso de que se realizara fraude electoral. Sin embargo, de la misma manera que la burguesía mexicana, los imperialistas pensaron que la radicalización del movimiento almazanista por la creciente participación de las masas significaba mayores riesgos políticos que la negociación con el gobierno, ade-

[29] *Ibid.*, p. 429.

más la presencia del fascismo restaba entusiasmo a los imperialistas para envolverse en una batalla contra México.

La revista *Foreign Affairs* reflejaba los cambios en la política de los Estados Unidos cuando decía: "el giro que han tomado las relaciones mexicano-norteamericanas traerá consigo el aplazamiento, si no la completa suspensión del levantamiento hace mucho esperado, ya que éste no podría triunfar mientras el gobierno mexicano goce de la confianza de Washington. Los últimos acontecimientos incluyendo la Conferencia panamericana de ministros de relaciones exteriores, realizada en La Habana, mostraron que el régimen de Cárdenas y, según parece, el mismo gobierno que formara el presidente Manuel Ávila Camacho, después del primero de diciembre, gozan en la actualidad de esa confianza."[30]

La ruptura del bloque almazanista ocasionada por los compromisos contraídos por el gobierno mexicano con la burguesía industrial de Monterrey, con la Unión Nacional Sinarquista y con el imperialismo yanqui, impidió su reacción contra la derrota electoral; entre cuyas causas, obviamente, no se puede descartar la posibilidad de un fraude cometido por el gobierno de Cárdenas.

Dentro del almazanismo, varios fueron los grupos derrotados y muy distintas las consecuencias respectivas. Los elementos más reaccionarios, los fascistas que habían sido desplazados del primer plano por la incorporación de las masas, perdieron la oportunidad de incorporarse al nuevo gobierno y su reacción fue tan desesperada como ridícula. Dos ejemplos ilustran esto. En la conferencia que celebraron en el Jefferson Hotel de la ciudad de Dallas en la cual pensaban resolver el destino del almazanismo, Almazán reconoció su fracaso en las elecciones y decidió abandonar la lucha. Esta declaración desató una ola de protestas entre sus partidarios. Efraín Brito Rosado, conocido fascista, presidente del Congreso nacional almazanista, exigió que Almazán se retractara y que abiertamente se declarara presidente. "En caso contrario —declaró— Almazán debe suicidarse para que el pueblo nunca sepa de su vergonzosa cobardía. ¿Me oye?, le gritó Rosado, usted debe morir".[31]

Diego Arenas, otro connotado fascista, escribía más tarde un texto en el cual reflejaba toda la amargura que les había causado el cambio de posición del imperialismo yanqui, y del cual citamos los siguientes párrafos:

"Ya no desde un punto de vista moral, tan rudamente aporreado por Cárdenas y su partido; sino dentro de las normas rígidas del derecho, el Sr. Roosevelt, tan familiarizado con los problemas mexicanos debió haber comprendido que México entraba en un conflicto de orden legal interno,

[30] *Ibid.*
[31] *Ibid.*, p. 472.

ante el que una sincera y leal neutralidad de las naciones amigas imponía suspender las relaciones diplomáticas con el régimen que iba a nacer como fruto del fraude y que por tanto, tenía todas las características de una usurpación.

"Si el general Almazán faltó o no faltó a su deber al no encabezar una revuelta en México para la defensa del voto defraudado es una cuestión que solo compete a los mexicanos decidir.

"Pero no creo que pueda decirse mayor despropósito que el de a guisa de defensa, el gobierno norteamericano, argüye que, debido a la tardanza del general Almazán en crear una 'situación de hecho' los pobrecitos de los Estados Unidos se vieran obligados a reconocer al señor Ávila Camacho y a enviarle, en señal gratísima de amistad, como embajador especial para su toma de posesión, al vicepresidente electo de aquel país".[32]

Almazán escribió en sus memorias, publicadas más tarde, que los partidarios del levantamiento inmediato, eran unos imprudentes y faltos de experiencia y afirmó que él no se levantaría sin antes saber si los Estados Unidos eran favorables a sus planes.[33] La imprudencia de los fascistas no sólo estaba en sus ansias levantiscas sino también en su disposición de cambiar la autonomía del país por el poder de un país recolonizado.

Junto a la saludable derrota de los fascistas, los trotskistas sufrieron su segunda derrota frente al gobierno y la posición Lombardo-comunista; los sectores medios también vieron rotos sus sueños de participación; las organizaciones obreras democráticas perdieron su batalla frente a la burocracia cetemista, y no obstante, pese a esta derrota, los grandes sindicatos de industria mantenían su independencia orgánica.

Como hemos podido ver, la lucha de clases que se desató, desde finales de 1938 con motivo de la sucesión presidencial, transformó sustancialmente la correlación de fuerzas existente hasta entonces.

En efecto, las clases sociales sufrieron modificaciones tanto morfológicas como políticas. Dentro de la burguesía, el antiguo sector latifundista fue duramente golpeado por la reforma agraria; el reparto agrario en amplias zonas del país como La Laguna, la región henequenera de la península de Yucatán, los valles del Mayo y el Yaqui, entre muchas otras, desplazó a los latifundistas de la propiedad de la tierra, sustituyéndolos por los ejidos comunales. Con la destrucción de su base material, se impidió el resurgimiento del poder político de los latifundistas derrotado por el movimiento revolu-

[32] Diego Arenas Guzmán, "Los grandes responsables del fracaso democrático en México en el año de 1940", en Daniel Moreno, *Los partidos políticos del Mexico contemporáneo* (1926-1970) 1979, Costa Amic, México, p. 27.

[33] Anatol Shulgovsky, *op. cit.*, p. 472.

cionario de 1917. En cambio, los ejidatarios se convertían en una importante base de apoyo para los futuros gobiernos y aún cuando su organización, impuesta desde arriba por el gobierno cardenista, era poco representativa de sus verdaderos intereses, no dejó de funcionar como elemento de presión favorable al gobierno.

Junto a los ejidatarios se fortalecía también el sector de la llamada pequeña propiedad, la base del neolatifundismo, sobre todo con las reformas establecidas al final del régimen que ampliaban sus límites y le dotaban de una seguridad jurídica indispensable para lograr la tranquilidad de los nuevos propietarios. Dentro de este sector de la pequeña propiedad, los miembros de la clase política posrrevolucionaria fueron creando sus propiedades y reordenando el poder regional en nuevos cacicazgos, en contubernio con las instituciones del Estado, cuya función era servir y apoyar la producción agropecuaria, y junto con la CNC fueron sometiendo a los campesinos ejidatarios y minifundistas, así como a las comunidades indígenas.

En la ciudad, la burguesía comercial se vio fortalecida tanto por el ensanchamiento del mercado interno como por la expansión del exterior; además, la inflación desatada durante los últimos años le permitió, por medio de la especulación y el acaparamiento de los productos básicos, incrementar sus ganancias con el proceso de concentración del capital. La burguesía bancaria también fue favorecida con las disposiciones legales acordadas por el gobierno cardenista que buscaban la consolidación del sistema de crédito interno. La burguesía industrial fue, sin duda, la que más se desarrolló durante el periodo, gracias a la protección que el Estado le brindó y a la política de importaciones que le permitió ampliar considerablemente la planta industrial.

Dentro de la burguesía cabe destacar al sector imperialista que fue fuertemente golpeado por la reforma agraria, la expropiación petrolera y por la creación de empresas estatales como la Comisión Federal de Electricidad que aunque con operaciones limitadas, rompía con el monopolio de las compañías extranjeras. Sin embargo, durante el cardenismo varias importantes empresas armadoras de autos y camiones fueron establecidas en el país, la General Motors entre otras. Además, los sectores de la minería, los transportes y los servicios que todavía concentraban las mayores inversiones extranjeras recibieron, de parte del general Cárdenas, la seguridad de que la política de nacionalizaciones no les afectaría en lo más mínimo y en los acuerdos realizados durante la campaña electoral se prometieron todas las garantías necesarias para las nuevas inversiones extranjeras.

Políticamente, la burguesía salió del periodo bastante fortalecida, no sólo por la reorganización que le impuso el gobierno sino, fundamentalmente, por su participación en el proceso político electoral que le permitió superar el antagonismo que había mantenido con el Estado durante los primeros años del sexenio, cambiándolo por una alianza fundada en sus intereses de

clase. Dentro de la burguesía, la industrial fue sin duda la que más avanzó; era un sector supeditado políticamente a las otras fracciones de la burguesía fundamentalmente a la comercial, y se convirtió en la fracción potencialmente hegemónica del bloque dominante.

Los sectores medios urbanos, derrotados dentro del almazanismo y perjudicados en sus condiciones materiales por la pérdida del poder adquisitivo de sus sueldos, recibían en compensación la promesa de respeto y respaldo a su catolicismo, así como la limitación del comunismo. En lo político, continuaba al margen del poder con organizaciones supeditadas al Partido de la Revolución Mexicana.

El proletariado fue, sin duda, la clase en la que hubo más cambios durante el periodo. El proceso de unificación que se gestaba desde finales de los años veinte alcanzó su punto más alto con la formación del Comité Nacional de Defensa Proletaria en 1935, y, posteriormente, con la creación de la Confederación de Trabajadores de México en febrero de 1936. Pero justamente en el congreso en el que se organizó la CTM comenzaron a escindirse de ella las organizaciones obreras. Los mineros iniciaron el proceso.

Poco después, la crisis con el PCM provocó que grandes sindicatos como los electricistas y los ferrocarrileros abandonaran la central aunque más tarde se incorporaron de nueva cuenta. La crisis del Partido Comunista Mexicano que lo marginó del movimiento obrero y que culminó con la nueva crisis de 1940 —durante la cual fueron expulsados del partido Valentín Campa y Hernán Laborde por no colaborar con los propósitos stalinistas de eliminar a Trostki— lo dejó en una situación cada vez más caótica y, consecuentemente, con una menor influencia en la clase obrera.

Finalmente, las divisiones internas que provocó el movimiento almazanista debilitaron aún más a la CTM. Dentro de ella, el liderazgo de Lombardo Toledano era ya incontestable en el terreno ideológico, en tanto que el grupo de Fidel Velázquez controlaba la parte organizativa, fundamentalmente la cimentada en las federaciones estatales —la principal era la del Distrito Federal— que, en general, aglutinaban a sindicatos de empresas productoras de bienes de consumo final (alimentos, textiles, calzado, etcétera) y a los sindicatos ferrocarrileros y petroleros, que aun cuando se mantenían en la confederación escapaban al control de los cinco lobitos.

Se debe agregar que el rápido crecimiento del proletariado industrial, que pasó de 138 041 en 1935 a 389 953 en 1940 y que no fue acompañado de un crecimiento similar en la sindicalización, dejaba a un número importante de obreros sin ninguna organización.

En lo político, el movimiento obrero también sufrió importantes reveses. Al impedir, a toda costa, la unificación del movimiento obrero con el campesinado y con los trabajadores del Estado, Cárdenas limitó, en lo funda-

mental, las aspiraciones del proletariado a participar como una fuerza importante en un Estado democrático y nacionalista. De la misma manera, la pugna entre el grupo de Lombardo Toledano y el PCM para la formación del Frente Popular les llevó a establecer el compromiso, con el gobierno, de consolidar la alianza popular dentro del partido oficial y bajo la hegemonía del Estado. Esta medida ligaba al movimiento obrero a la suerte del Estado y si es verdad que el gobierno de Cárdenas necesitaba el apoyo de las clases populares para defender las reformas realizadas y poner un límite a las presiones de la reacción, también es cierto que los intereses del Estado estaban muy lejos de identificarse con los mantenidos por las clases populares. La alianza era necesaria, pero la forma orgánica que asumió, resultaría fatal para el movimiento obrero.

Al respecto, es interesante recordar algunos de los planteamientos que hizo la burguesía sobre la formación del PRM: "Al incorporarse los sindicatos obreros en el PNR, pierde su autonomía la CTM, pierde importancia el movimiento de los trabajadores como una fuerza independiente y el organismo político impondrá disciplina a los trabajadores de acuerdo con el programa de gobierno". Igualmente afirmó que la formación del PRM no era más que un acto demagógico del gobierno que se debía aprovechar. "No van a gobernar los soldados, ni los sectores de la clase media; van a gobernar los de siempre, y el proletariado, con la abyección de sus líderes, va a sumar los contingentes que representa como una simple manada cívica para que las cosas continuen como ayer, con el nuevo nombre de un partido para los trabajadores."[34]

Estas opiniones de la reacción, calificadas por Lombardo como falsas y mal intencionadas, encerraban más verdad de la que el líder poblano quería reconocer. Así lo demostró rápidamente el proceso electoral, pues no sólo tuvieron que aceptar al candidato moderado; sino que los compromisos asumidos por el gobierno con la burguesía y la derecha en general hacían totalmente a un lado el segundo Plan Sexenal. La tesis de la CTM de que lo importante era el programa y no los hombres, caía por tierra, para resaltar que lo importante era las alianzas entre las fuerzas sociales que establece "el hombre" y no un programa idealmente propuesto.

Así pues, el movimiento obrero, nuevamente dividido bajo el control del gobierno en turno y con sectores crecientes sin organizar, perdía rápidamente su relevancia política y ahora tenía que remar contra la corriente para mantener algo que estaba fuera de los intereses del gobierno. Paradójicamente, quedaban como garantía para la acción del proletariado los sectores democráticos que habían apoyado la causa democrática dentro del almazanismo.

La correlación de fuerzas entre la burguesía y el proletariado dentro del Estado, se había invertido.

[34] Véase: Lombardo Toledano "El criterio de la CTM sobre el nuevo partido", en *Historia del partido oficial, Revista Política,* México 15 de noviembre de 1963, p. XIX.

CAPITULO II

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y EL FRACASO DE LA UNIDAD NACIONAL

A partir de la toma de posesión del general Manuel Ávila Camacho como Presidente de la República en diciembre de 1940, la lucha entre las clases sociales perdió intensidad. El gobierno avilacamachista, interesado en un proyecto de unidad nacional que superara el antagonismo que había caracterizado al periodo cardenista, encontró un terreno fértil a sus propósitos debido a que la segunda guerra mundial trasladó la contradicción principal del capitalismo, la lucha entre la burguesía y el proletariado nacionales, a la lucha entre el nazifascismo y las naciones democráticas. El conflicto bélico respondió, fundamentalmente, al enfrentamiento entre los imperialismos que luchaban por el reparto y control del mundo y, por tanto, fue un enfrentamiento entre las burguesías de los distintos imperios. Sin embargo, para las organizaciones proletarias resultó imposible mantenerse al margen de la guerra porque, en las naciones invadidas el proletariado era sojuzgado, porque la agresión nazifascista ponía en peligro la existencia de la primera nación socialista, porque representaba un movimiento general anticomunista y antiproletario, porque representaba la vuelta al colonialismo y, por lo tanto, la negación de las luchas libertadoras que habían emancipado a las antiguas colonias, porque atentaba contra su autodeterminación, y porque la propia lucha de los proletariados contra sus respectivas burguesías se volvería mucho más difícil si triunfaba el nazifascismo.

De este proceso internacional, el proletariado mexicano no podía ser la excepción. Desde los años treinta, y, sobre todo, a partir de los intentos de creación del frente popular, el fascismo significaba un enemigo importante, no sólo por su desarrollo internacional sino también por su presencia interna encarnada en la burguesía reaccionaria, en los Camisas doradas, en el sinarquismo, en organizaciones de los sectores medios e incluso en líderes obreros como Morones. La política del frente y la de la unidad nacional para combatir a los fascistas, dentro y fuera de la nación, respondían inne-

gablemente a situaciones objetivas que identificaban los distintos intereses del gobierno avilacamachista con los de las organizaciones obreras más progresistas, sobre todo la CTM y el PCM. Decimos que se identificaban intereses distintos ya que la unidad nacional tenía significados diferentes para el gobierno y para las organizaciones obreras; para el primero la unidad representaba la posibilidad de limitar la influencia política de las organizaciones de izquierda; para éstas, en cambio, significaba mantener la alianza con el gobierno dentro de un programa que permitiera encauzar al país dentro de formas democráticas, orientándolo a luchar contra el fascismo.

Exponer el resultado de la política de la unidad nacional para las distintas fuerzas sociales y fundamentalmente para el proletariado, constituye el principal objeto de este capítulo. Para lograrlo es determinante conocer las modificaciones dentro de la estructura económica, en buena parte causadas por la presencia de la segunda guerra mundial y el desarrollo de la lucha de clases en sus distintos planos.

A. *Análisis de la situación económica.* La economía mexicana en el año de 1940 presentaba modificaciones substantivas con respecto a la que había emergido de la crisis de 1929-1933. Dentro del colapso del modelo de acumulación primario exportador que se sustentaba en la exportación de productos mineros y agropecuarios, se realizó una serie de cambios que permitieron, más tarde, superar ese modelo, sustituyéndolo por otro basado en la producción para el mercado interno y dentro de él las manufacturas cobrarían una importancia central.

Los sectores básicos del modelo primario exportador, el minero —fundamentalmente de metales preciosos— y el agropecuario, modificaron su participación dentro de la estructura económica global. La minería postrada por la crisis experimentó un débil crecimiento de su producción, 2.2 por ciento anual entre 1935 y 1940, con el cual ni siquiera llegó al nivel de producción que había logrado antes de la gran crisis. El lento crecimiento se debió, en parte, a la baja demanda internacional y también a la falta de reinversión, fundamentalmente del capital extranjero, desanimada por la política cardenista que intentó controlarlo e impulsar la pequeña y mediana minería con base en el capital nacional estatal y privado. De esta suerte, el sector extractivo fue perdiendo importancia relativa frente a los demás sectores de la economía.

El sector agropecuario sufrió, sin duda, las reformas más importantes dentro de la estructura económica; el radical cambio en la tenencia de la tierra. El reparto de casi 18 millones de hectáreas a poco más de 800 mil campesinos provocó que la participación del sector ejidal pasara de 13% en 1930 al 49% en 1940; además, las tierras repartidas incluyeron una importante cantidad de las existentes con riego y la forma colectiva de organización representó un cambio importante en las formas de propiedad. Como toda reforma agraria, la realizada durante el cardenismo implicó la desorga-

nización temporal de la agricultura y la ganadería y, por lo tanto, del propio sector exportador; tan es así que la participación de la agricultura dentro del ingreso nacional que en 1934 representaba el 19.8%, bajó al 14.6% en 1940 y su tasa de crecimiento fue, durante el periodo, de 2.1% como promedio anual.

Sin embargo, los efectos posteriores de la reforma agraria representaron un importante soporte para lograr la modificación del modelo de acumulación, la ruptura de la hacienda y del latifundismo tradicional posibilitó un crecimiento acelerado de la producción agropecuaria destinada tanto al mercado interno como al externo. De la misma manera, la liberación de los peones de las haciendas representó para la economía urbana la posibilidad de contar con abundante mano de obra.

En los otros sectores de la economía, las transformaciones apuntan ya no a la liquidación del modelo agroexportador sino a sentar las bases para impulsar el desarrollo de la producción para el mercado interno y, en especial, la producción industrial. Dentro de las reformas más importantes cabe destacar las efectuadas en la política arancelaria, la restructuración del sector financiero, la política de gasto público y la creciente participación del Estado en la economía por medio de la creación o nacionalización de empresas, fundamentalmente en la rama de los energéticos y en la de los transportes. Estas modificaciones, en conjunto, determinaron cambios en la composición sectorial de la económia mexicana que hicieron aparecer a la industria manufacturera como el sector productivo más importante dentro del ingreso nacional y el segundo en el conjunto después del sector de servicios.[1]

El sector industrial, que como señalo en el capítulo anterior, prácticamente se duplicó tanto en número de empresas como de trabajadores, se desarrolló, básicamente, en las ramas productoras de bienes de consumo no duraderos —alimentos, textiles, calzado, etcétera— y, en mucho menor medida, en los de bienes duraderos, como automóviles, y, menos aún, en bienes de capital o intermedios. En este sentido, se puede afirmar que durante el cardenismo terminó la etapa de la sustitución de importaciones de bienes no duraderos que se había iniciado desde finales del siglo pasado. Este proceso de industrialización fue realizado con la participación casi exclusiva del capital privado nacional; durante ese periodo la inversión extranjera experimentó un retroceso y su participación en la industria era muy poco significativa.

Otro factor que ayudó a la industrialización, fue la redistribución del ingreso que resultó de la política obrerista del general Cárdenas; esta re-

[1] Eduardo González, "Política económica y acumulación de capital en el México de 1940-1955, los antecedentes del desarrollo estabilizador", Facultad de Economía, UNAM, inédito, 1975.

distribución posibilitó el fortalecimiento del mercado interno, principal consumidor de la producción manufacturera.

Ahora bien, es muy importante no equivocar el significado de los cambios ocurridos durante el cardenismo y, más aun, no considerar como consolidado el nuevo modelo de acumulación al término de ese periodo. Las reformas *apuntaban* al nuevo modelo pero ni siquiera se puede decir que lo aseguraron; la posibilidad de reimplantar el modelo primario exportador estaba aún presente, pues no debe olvidarse que los sectores básicos de este modelo, estaban en crisis, y su participación en el conjunto del sistema no estaba definida. Tan es así que los proyectos de gobierno que presentaron los candidatos a suceder a Cárdenas en la presidencia de la República otorgaban al sector primario el papel fundamental dentro de la economía; los esbozos sobre la industrialización estaban lejos de corresponder a un programa económico consolidado. En este sentido, el cardenismo representó un periodo de transición entre los dos modelos de acumulación que he señalado. Se podría afirmar, quizás, que sin las reformas, la modificación que se consolidó posteriormente no habría sido posible o lo habría sido en términos diferentes; pero de ninguna manera suponer que el cambio ya se había dado. Para que ello sucediera, hubiera sido necesario que la correlación de fuerzas entre los sectores de la burguesía se modificara y el Estado definiera una política de industrialización, lo cual sucedió apenas hasta finales del avilacamachismo y durante el gobierno de Miguel Alemán. Entre tanto, lo sucedido entre la segunda guerra mundial y el avilacamachismo sería determinante para la definición de esa política.

Veamos pues de que manera la segunda guerra y la política avilacamachista trajeron nuevas modificaciones en la estructura económica del país. La participación de los imperialismos en el conflicto bélico, pero fundamentalmente la de los Estados Unidos, con el cual México mantenía cerca del 90% de su comercio exterior, provocó un cambio drástico en el comercio mundial, pues las economías de esos países se transformaron para adaptarse a la producción de armamentos. Sus exportaciones se restringieron rápidamente, en cambio sus importaciones de los países dependientes se incrementaron.

En la economía mexicana, los cambios en la estructura del comercio internacional funcionaron como un mecanismo de protección que permitió incrementar la producción de manufacturas destinada al mercado interior y al exterior tanto de los países imperialistas, como a los de aquellas naciones que no contaban con un parque industrial y cuya demanda fue abandonada por las economías centrales. Las importaciones mexicanas, en aumento durante los últimos años del cardenismo, se detuvieron drásticamente y motivaron una balanza comercial favorable al país y, en especial, para la burguesía industrial.[2]

[2] Raymundo Arroyo J. *et. al*, "El proceso de industrialización y la pauperización del proletariado mexicano: 1940-1950", División de Estudios Superiores, Facultad de Economía, UNAM.

El crecimiento de la producción manufacturera nacional fue acompañado por un esporádico incremento de la producción minera y, lo que es más importante, un cambio en su composición interna: la extracción de minerales preciosos pasó a un segundo plano y la de minerales ferrosos y no ferrosos fue prioritaria. La agricultura y la ganadería también experimentaron rápidos incrementos, lo mismo que otras actividades como la construcción, los transportes y el comercio. En general, se puede afirmar que el conjunto de la actividad económica tuvo un auge coyuntural que rompió con las tendencias depresivas de los últimos años del sexenio anterior, pero que se suspendería al salir de la escena los impulsos que generó la segunda guerra.

Sin embargo, el tiempo que duró el auge, de 1941 a 1944, fue suficiente para provocar importantes cambios en la economía mexicana y en la composición de las fuerzas sociales del país.

En la medida en que el aumento de la producción manufacturera se realizó con base en la capacidad instalada con anterioridad y, que por tanto, era producto de la sustitución de importaciones anterior y no de una nueva, la tasa de ganancia de los capitalistas industriales fue muy alta, pues sus empresas funcionaban durante tres turnos; se elevó de este modo la masa de plusvalía; la tasa de plusvalía también aumentó pues el capital constante creció más lentamente que el variable, el cual se incrementó por el número de obreros empleados, pero disminuyó en su relación per cápita al decaer los salarios reales de los trabajadores. De esta suerte, la ganancia de la burguesía industrial se alzó sustantivamente lo mismo que su poder económico y, correlativamente, sus bases para aspirar a mayor poder político.

Al mismo tiempo que se dinamizaba la economía, la imposibilidad de importar mostraba las limitaciones inherentes al modelo primario exportador, dado que la falta de insumos y bienes de capital dejaba en claro la fragilidad del modelo. Consecuentemente, la idea de una industrialización autónoma cobró inmediatamente fuerza.

En los discursos del presidente Ávila Camacho se puede ver, con toda claridad, este cambio. El 8 de julio de 1941, ante los agrónomos de México, decía: "México no debe procurar ser un país exclusivamente industrial; debe, en compensación, empeñarse para ser un país *primordialmente,* agrícola. Siendo lo primero, perpetuaría su debilidad y quedaría indefenso ante el impulso de los sistemas económicos extranjeros, más fuertes que nosotros y dedicados a la lucha por la preponderancia de los mercados. Siendo lo segundo, no habrá hecho sino realizar su prosperidad, partiendo de sus auténticas posibilidades".[3]

Más tarde, en febrero de 1944, frente a los industriales declaraba: "Pasaron los días en que el interés directo de las autoridades podía limitarse al

[3] Luis Magalhaes, *De Juárez a Avila Camacho*, 1945, Editora Panamericana, p. 20.

plano de producción agrícola del país. Por grande que sea la devoción que sintamos por la producción de nuestros campos y por indispensable que nos parezca el dedicar a la intensificación de ese rendimiento lo mejor de nuestros ciudadanos, resulta que, dentro del cuadro de la economía contemporánea, sería improcedente restringir nuestras posibilidades de operación a la agricultura, ya que la experiencia de los cultivos aun de nuestro suelo demuestre concretamente la urgencia de disponer de implementos mecánicos adecuados. El malestar que se originó en nuestra carencia de esa categoría de maquinaria, constituye un síntoma incuestionable de que toda economía sana es consecuencia lógica de un equilibrio efectivo entre la actividad de la tierra y la oficina, entre la fábrica y el campo y para no hablar del obrero y el comerciante, entre el industrial y el agricultor".[4]

La diferencia entre los postulados de ambos discursos muestra el cambio realizado; mientras en el primero la idea subyacente es la división internacional del trabajo en términos similares a los de David Ricardo, en el segundo se define la idea del desarrollo autónomo y autosuficiente. En otras palabras, el desarrollo hacia afuera cede paso al desarrollo hacia dentro. Este cambio de orientación que se gestó a raíz de las dificultades ocasionadas por la guerra, implicó necesariamente una modificación en el sector o los sectores de la burguesía que comandaban el proceso de acumulación. La burguesía comercial, beneficiaria del modelo primario exportador, perdía terreno en la medida en que su función de abastecer al país se tornaba imposible. De la misma manera, el vuelco de la producción hacia el mercado interno le retiraba el control de la articulación global del sistema económico, que pasó paulatinamente a la burguesía industrial.

Esto no quiere decir que el comercio exterior quedara desplazado pues con la industrialización las importaciones serían más importantes; el crecimiento de la estructura industrial, al depender de maquinaria y de insumos producidos en el exterior, incrementaba el volumen de las compras a esos mercados. Lo que determinó el cambio fue que el punto de acumulación del sistema de producción global se desplazó hacia la industria. El funcionamiento de ésta garantizaba o no la reproducción del sistema en su conjunto. El comercio exterior, como los otros sectores de la economía, verá determinada su dinámica por la acumulación industrial, al contrario de como sucedía en el modelo primario exportador en el cual la acumulación interna estaba condicionada por la dinámica del comercio exterior.

Dentro de este proceso de cambio de modelo de acumulación, los sectores de la burguesía dedicados a la producción de bienes minerales o agropecuarios para la exportación también vieron redefinida su función en el conjunto. Ahora bien, los cambios entre los sectores de la burguesía se hicieron necesarios durante este periodo, pero de ninguna manera lograron una clara definición antes de la posguerra, cuando la economía perdió el impulso a su

[4] *Ibid.*, p. 175.

crecimiento, al desaparecer las modificaciones que la guerra había introducido en las economías de los países imperialistas y en el comercio exterior. Lo cual trataremos en el siguiente capítulo.

Las transformaciones que sufrió la economía del país también alcanzaron al Estado y, obviamente, al proletariado. Respecto al primero, se generó un importante proceso de modernización financiera: la Nacional Financiera y el Banco de México se orientaron a favorecer la actividad industrial; igualmente el Estado tomó en sus manos la producción de algunos bienes básicos como el acero, fertilizantes y papel, para lo cual creó Altos Hornos de México, Guanos y Fertilizantes y la Compañía Industrial de Atenquique, entre otras. De esta manera, el Estado se colocaba en el centro de la nueva acumulación de capital por medio de la creación de un poderoso sector paraestatal de empresas ubicadas en los sectores estratégicos del sistema industrial y de la producción de energéticos, además del transporte y la banca. Con ello, la posición del Estado, dentro de la definición de la política económica del país, se veía fortalecida, por lo que su relación con los sectores de la sociedad tuvo que reformularse en algunos casos, como en el del proletariado empleado en esas empresas estatales.

En la contraparte del crecimiento de las actividades productivas, el proletariado perdió rápidamente los logros que había alcanzado durante el cardenismo. Pese a la gran magnitud del valor que se creó durante los años de la guerra, no existió en ninguna rama de la industria una transferencia de recursos a los salarios sino que, por el contrario, éstos sufrieron una caída en términos reales. En general, los salarios en la industria manufacturera cayeron de 1 272 pesos en 1940 a 891 pesos en 1945, precios de 1940. En algunos casos, como artes gráficas, la caída fue superior al 60%.

En las ramas de alimentos y textiles, en las cuales se ubicaba más del 60% de los trabajadores ocupados en la industria, la caída del salario fue de 875 pesos a 796, para la primera y de 1 286 pesos a 930 pesos para la segunda.[5]

De acuerdo con los datos presentados por Jeff Bortz[6], en el Distrito Federal los salarios reales de los trabajos de todas las ramas cayeron en forma igual, a manera de síntesis presento el cuadro siguiente:

[5] Eduardo González, *op. cit.*

[6] Jeff Bortz, "El salario obrero en el Distrito Federal, 1939-1975", *Investigación Económica*, núm. 4, oct. nov. de 1977, México, pp. 129-170.

CUADRO 1

EVOLUCIÓN DE LOS SALARIOS REALES, EN ALGUNAS RAMAS SELECCIONADAS DE LA INDUSTRIA MANUFACTURERA, EN EL DISTRITO FEDERAL 1939-1945.

		Ramas industriales seleccionadas					
Año	*Promedio en el Distrito Federal*	*Hulera*	*Automotriz y accesorios*	*Eléctrica*	*Aguas gaseosas y minerales*	*Calzado*	*Construcción y edificación*
1939	28.44	30.52	24.79	51.11	33.65	34.84	22.72
1940	25.73	33.00	25.45	38.65	17.91	24.54	19.10
1941	24.46	30.31	24.34	42.00	16.03	29.37	15.42
1942	20.42	22.25	24.72	37.79	12.93	23.87	13.26
1943	20.65	19.90	25.76	31.65	11.74	25.07	14.45
1944	16.39	17.31	19.43	25.06	11.21	18.48	18.20
1945	15.54	14.19	20.11	23.07	18.61	20.84	10.16

FUENTE: Elaborado con los datos presentados por: Jeff Bortz "El salario obrero en el Distrito Federal, 1939-1975". *Investigación económica*, octubre-diciembre, 1977, México, pp. 157 a 169 Apéndice.

La razón de la caída de los salarios reales de los obreros industriales encuentra su explicación formal en el proceso inflacionario que sufrió la economía mexicana durante el periodo, mientras que los salarios nominales permanecieron prácticamente constantes a lo largo del periodo. Pero si lo anterior es cierto, no explica en verdad lo acontecido: ¿por qué el proletariado fue incapaz de mantener sus condiciones de remuneración? En términos estrictamente económicos, no existe una respuesta a la interrogante planteada, pues, incluso, se puede afirmar que el proceso de acumulación era favorable para una mejor redistribución del ingreso, dado el crecimiento del valor generado. La explicación de la pérdida sufrida por el proletariado se encuentra en el proceso de la lucha de las clases sociales, como tendré oportunidad de mostrar en el siguiente apartado.

Lo último que quiero resaltar en este breve recuento de la situación económica es que la estructura del proletariado, durante el periodo de la guerra, no sufrió alteraciones de importancia. Al principio como al final, las ramas productoras de bienes de consumo no duradero, sobre todo alimentos y textiles, ocupaban a más del 60% de los trabajadores. El sector de bienes de capital, sobre todo acero y química, experimentó un incremento importante gracias a las inversiones del Estado, sin embargo, no logró alterar la estructura del proletariado industrial. A este sector le sigue en importancia el ocupado en los transportes, sobre todo ferrocarriles, y energéticos, generación de electricidad y petróleo.[7]

El sector minero fue el único cuya participación mostró cambios importantes dentro de la estructura global, pues el número de sus trabajadores ocupados prácticamente permaneció estable (pasó de 76 606 en 1940 a 77 368 en 1945). Pero, como el resto de la economía experimentó un importante crecimiento, su participación en el conjunto bajó drásticamente, evidenciando la crisis del sector, paliada temporalmente por la guerra.

Con lo anterior, volvemos a ratificar lo expuesto antes, en el sentido de que el aumento en la producción industrial se debió al máximo aprovechamiento de la capacidad instalada y sólo en una mínima parte a la creación de nuevas industrias o a un proceso de capitalización de las ya existentes. Ahora, nos adentraremos en el proceso político de la lucha de clases, del comportamiento de las organizaciones obreras, para conocer no sólo la respuesta a la pregunta que realizamos sobre la caída de las condiciones materiales sino, fundamentalmente, los cambios que en la coyuntura de la guerra se dan en las distintas fuerzas sociales, sobre todo dentro del proletariado.

B. *La lucha de clases durante la segunda guerra mundial.* A partir del día primero de diciembre de 1940, cuando Manuel Ávila Camacho tomó la presidencia de la República, los compromisos que asumió con las fuerzas de-

[7] Víctor M. Durand, Gilberto Silva y Alejandro Calatayud, "La estructura del proletariado industrial 1940-1970", Instituto de Investigaciones Sociales, inédito, 1977, p. 16.

rechistas del PRM, con la burguesía de Monterrey, con los sinarquistas y con el imperialismo empezaron a ser realidad. En efecto, aparte de su inusitada declaración de ser presidente creyente, que respondía a la presión del sinarquismo y de los seguidores católicos de Almazán; el general Ávila Camacho, tan pronto se vio en el poder, inició una política tendiente a la colaboración de clases, justificándola en la exigencia de la unidad nacional que imponía al país la segunda guerra mundial y en la tesis de que la intensa lucha de clases durante el sexenio anterior había igualado los factores de la producción —capital y trabajo—, por lo cual correspondía a los trabajadores suspender sus reivindicaciones de clase para comprometerse en la lucha del país contra la amenaza nazifascista

El 15 de enero de 1941, a escasos 45 días de iniciado el sexenio, Narciso Bassols hizo aparecer en la revista *Combate* un artículo que ya caracterizaba al gobierno avilacamachista en sus rasgos más generales. Bassols escribía:

"Porque no se puede ser apaciguador a medias, el régimen del general Ávila Camacho no sólo ha emprendido el camino de las concesiones en el campo de los intereses económicos y sociales, es decir, no sólo ha trazado la ruta del apaciguamiento en materia agraria mediante el acuerdo del 11 de diciembre de 1940 que deja sentadas las bases para acabar con el proceso revolucionario de expropiaciones de la tierra para entregarla íntegramente a los campesinos desheredados; no sólo ha abordado el problema de la reorganización ferrocarrilera en términos llamados a traducirse en el quebranto injusto de los obreros mexicanos; no sólo ha reformado la Ley de Nacionalización de Bienes en forma de permitir a la Iglesia que salve la propiedad de los inmuebles que dedica a mantener su ilegal aparato educativo en marcha; no sólo ha creado un ambiente hostil a las grandes garantías que el Estatuto da a los trabajadores del Estado; no sólo convoca ya a las cámaras en oportunidad y condiciones desventajosas para que reformen todas las leyes básicas de la República, incluyendo la Ley Federal del Trabajo; el régimen, decimos nuevamente, no sólo ha emprendido el camino de las concesiones en el campo directo de los intereses económicos y sociales, como en los ejemplos citados, sino que también está en el campo de las concesiones en el campo político".[8]

Las concesiones políticas a que se refiere Bassols en su artículo son las reformas que el Presidente introdujo en el PRM, como el haberle privado de su órgano de prensa, el periódico *El Nacional*, que pasó a ser controlado por la Secretaría de Gobernación; pero, sobre todo, hace referencia a la decisión presidencial de separar a los militares en activo del partido oficial y su deseo de darle a éste un carácter más social que político y que, de acuerdo con Bassols, significó retirar a esa institución el papel predonderante que había tenido en los años anteriores.

[8] Narciso Bassols, "EL PRM cuesta abajo. Se le conduce poco a poco a la desaparición", diario *Combate*, 15 de enero de 1941.

Lo que refiere Bassols en su artículo es, sin lugar a dudas, verdad; pero, sería erróneo que esas concesiones se dieron como decisiones aisladas del Presidente, al margen de las clases sociales. Durante los primeros años del régimen, hasta la creación de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), en febrero de 1943, la lucha de clases continuó siendo intensa, aún cuando no alcanzó las proporciones de los últimos años del cardenismo.

La lucha entre las fuerzas sociales se manifestó en distintos planos de la sociedad, entre ellos destaca el del Estado, fundamentalmente en las cámaras del poder legislativo, en la Suprema Corte de Justicia, en las distintas secretarías del ejecutivo y en los gobiernos de los estados; otro plano importante lo constituyó el proyecto para formar la Comisión Trilateral, cuyo objetivo era la institucionalización de la unidad nacional entre los factores de la producción: capital, trabajo y gobierno; finalmente el plano de las organizaciones sindicales, escenario relevante de la lucha entre las distintas organizaciones obreras. Como es obvio, las distintas fuerzas sociales se hacen presentes en los tres planos, en algunas ocasiones de manera directa y, en otras por intermedio de representantes o aliados. Además, en todos los casos, la política de la unidad nacional, que respondía tanto a la amenaza nazifascista como a los intereses de apaciguamiento del Presidente, fue el telón de fondo.

Es interesante conocer las manifestaciones, en los tres planos, por la participación de las organizaciones obreras: ya como el principal actor de la izquierda oficial, ligada al cardenismo, ya como aliadas de la derecha relacionada con el callismo y con la burguesía. Obviamente, la acción desarrollada en cada uno de los planos condicionó el desenvolvimiento de su lucha en los otros y desembocaron, al final de la guerra, en una correlación de fuerzas entre las clases y dentro de la clase obrera, significativamente diferente a la encontrada en diciembre de 1940.

El estudio sintético de cada uno de los planos nos permitirá ir recuperando el significado global de la acción obrera dentro de los cambios que sufre la sociedad. Iniciemos por el plano de la lucha dentro de las instituciones del Estado.

B.I. *La lucha de clases dentro del Estado.* La intensa lucha que se dio durante el proceso de la sucesión presidencial, en el cual la sociedad se polarizó alrededor de los dos candidatos, impidió que el presidente Ávila Camacho iniciara su gestión con un grupo leal a sus intereses, que por lo demás no eran nada claros. Su gobierno era necesariamente de compromiso entre las distintas fuerzas que le habían dado su apoyo dentro del PRM y las que habían aceptado su candidatura luego de los pactos realizados por Miguel Alemán. De esta suerte, los dos primeros años del régimen significaron para el Presidente la posibilidad de ir consolidando un grupo propio, para ello era necesario mantener el antagonismo entre los grupos de la izquierda oficial y la derecha también incrustada en las instituciones del Estado; para

lograrlo, otorgaba concesiones a las fuerzas extremas, para en seguida ponerles trabas y favorecer al contrario. Esta política del Presidente terminó cuando su grupo logró institucionalizarse con la formación de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) y constituirse en un soporte político del Estado capaz de neutralizar la acción de los extremos. La creación de la CNOP es —pienso— el gran aporte del general poblano a la consolidación del Estado mexicano, pero veamos como se desarrolló el proceso.

La política de compromiso se reflejaba nítidamente en la formación del gabinete presidencial y en la composición de las cámaras legislativas. En el primero descaba la participación de viejos políticos callistas como Ezequiel Padilla en la Secretaría de Relaciones Exteriores; de Francisco Javier Gaxiola, ligado a Abelardo Rodríguez, en la Secretaría de Economía; por el ala izquierda oficial, fueron designados Luis Sánchez Pontón como Secretario de Educación Pública, Ignacio García Telles en Trabajo y Jesús de la Garza en Comunicaciones y Obras Públicas; finalmente, Miguel Alemán como Secretario de Gobernación lideraba al grupo pretendidamente avilacamachista.

Dentro de las cámaras de diputados y senadores también se dio la división entre los tres grupos señalados en el gabinete. En el grupo de la izquierda destacaban los senadores y diputados de la CTM, en el grupo avilacamachista, rápidamente reunidos en el "Grupo Renovación", se aglutinaban los viejos y nuevos legisladores que durante la sucesión electoral habían formado el frente en favor del ahora presidente, y en la derecha se ubican los ligados al callismo o a los presidentes del maximato. Si bien el grupo de la izquierda oficial era el mayor no constituía la mayoría, por lo cual, ésta se lograba con los desplazamientos a los extremos de los avilacamachistas, en cuyas maniobras llegaron incluso a dividirse. El poder de negociación de la izquierda radicaba no sólo en el número de diputados y senadores sino en el poder de la CTM, dividida pero aún poderosa; en cambio, la acción de los legisladores de derecha en las cámaras estaba fincada en la defensa de los intereses de la burguesía; por último, el Grupo Renovación representaba los vaivenes de la política presidencial entre los extremos.

En la Suprema Corte de Justicia, el presidente Ávila Camacho promovió la devolución de la inamovilidad de los magistrados, la cual había sido retirada por Cárdenas con la finalidad de evitar que fueran un estorbo a las reformas que emprendió. Además de esta medida que favorecía los intereses de la burguesía y de los pequeños propietarios del campo, el Presidente propuso para ocupar los puestos de magistrados a distinguidos representantes "del almazanismo, la edad de piedra y del seminario conciliar", como los denomina Bassols.[9] El nombramiento de Fernando de la Fuente, Teófilo Olea y Leiva y Felipe de Jesús Tena fue impugnado por el Senado de la Re-

[9] *Ibid.*

pública el día 27 de diciembre de 1940; sin embargo el día 28, sin que se conozcan exactamente los procedimientos, la lista presentada por el Presidente fue íntegramente aprobada.[10] Con estos nombramientos, se aseguró plenamente a la burguesía grande y pequeña un recurso legal para oponerse a las medidas reformistas o expropiatorias que el gobierno pudiera emprender. No obstante, la idea de la conciliación también aquí estaba presente, pues varios de los magistrados nominados por Cárdenas permanecían en la Suprema Corte como José Ortiz Tirado, Hermilio López Sánchez y José María Mendoza Prado.

Sin embargo, la política de conciliación de intereses de unidad nacional del Presidente pronto se vio obstaculizada por los ataques de la derecha en contra de la izquierda. El ex presidente Aberlardo Rodríguez tomó la primera iniciativa el 17 de enero de 1941; declaró, que sólo los oportunistas y los logreros pensaban en el comunismo. Esta declaración estaba claramente orientada a influir en la nueva elección del comité nacional de la CTM y especialmente en Fidel Velázquez, propuesto para la secretaría general.

Como era de esperarse, se desató la polémica tanto en las cámaras como entre los líderes de la CTM y el ex presidente. La declaración de Rodríguez dio pie también a una campaña anticomunista: el 25 de febrero de 1941, el senador Esteban García de Alva, del estado de Jalisco, presentó una iniciativa en la cual y dentro del espíritu de la unidad nacional se llegaba, entre otros, al siguiente punto resolutivo: "2. Debemos iniciar nuestra lucha contra el Partido Comunista Mexicano, o más propiamente dicho, contra los stalinistas que dependen de Rusia, a través de la Dirección subterránea del señor licenciado Narciso Bassols".[11]

El Presidente de la República, aprovechando la celebración del segundo congreso nacional de la CTM, inaugurado el 27 de febrero— declaró, ante los obreros, que la polémica le parecía un buen síntoma de la democracia, que no intervendría en ella pero pedía a los trabajadores que hicieran esfuerzos para lograr la unidad y la elevación de la producción, modificando los métodos y procedimientos de su lucha. Obviamente, los obreros estaban de acuerdo en la necesidad de la unidad nacional y de emprender esfuerzos para lograrla, pero no aceptaban unirse a la derecha reaccionaria, la cual, identificada como fascista, debía ser combatida por la unidad nacional.[12]

El grupo avilacamachista en la Cámara de Diputados intentó usar la polémica para condenar los ataques tanto de la derecha como de la izquierda, tratando de formar un pacto entre los legisladores, lo cual fue rechazado por los diputados obreros, quienes pospusieron burocráticamente la proposición. Al mismo tiempo, el líder de la Cámara de Diputados, Leobardo Rey-

[10] Luis Medina, "Del cardenismo al avilacamachismo", *Historia de la Revolución Mexicana,* Tomo 18, 1978, El Colegio de México, México, p. 137.

[11] *Ibid.*

[12] *Ibid.*, p. 143.

noso, proponía y lograba que la Cámara ofreciera el día 3 de marzo un banquete en honor de Vicente Lombardo Toledano en el cual se afirmó que la gestión de Lombardo al frente de la CTM había sido, sin duda, positiva. El mismo día, los senadores acordaron no hacer más declaraciones y haciéndose eco del llamado de Lombardo en el banquete, hicieron hincapié en la necesidad de la unidad nacional para lo cual nombraron comisiones que se entrevistaran con el Presidente y le dieran su apoyo.

El triunfo momentáneo de la izquierda oficial dio pie para que el espíritu de compromiso volviera a los legisladores y dentro de él se aprobaran las reformas a la Ley Federal del Trabajo que normó el derecho de huelga al introducir la calificación de legal e ilegal, de acuerdo a los requisitos estipulados en las reformas, entre los cuales destacaba la notificación del emplazamiento a las autoridades del trabajo. Los legisladores de izquierda justificaban esta medida que según ellos no alteraba el derecho de huelga a pesar de las atribuciones que se otorgaban al Estado, aduciendo que se había logrado que no se retirara el derecho de huelga a los trabajadores al servicio del Estado, verdadero propósito —decían— de la reforma enviada por Ávila Camacho.[13]

Pasada la reforma a la Ley Federal del Trabajo, la concordia entre los legisladores duró muy poco pues en junio, en vista del cambio de presidente de la Cámara de Diputados, la campaña anticomunista volvió a surgir con mayor fuerza para debilitar la posición de Leobardo Reynoso, presidente de la Cámara, como un primer paso para que los avilacamachistas tomaran el control. La cacería de brujas desatada en contra del PCM, acusado de realizar actividades en contra del gobierno mexicano y de intensificar su infiltración en las bases de la CTM, también fue utilizada para atacar a los secretarios de Educación, Comunicaciones y Trabajo a quienes se culpaba de apoyar las actividades de los comunistas.

La cruzada anticomunista —pese a la defensa que hicieran tanto el PCM como la Liga de Acción Política, encabezada por Bassols— aprovechó el acto de masas celebrado el 2 de julio para protestar por la invasión a la Unión Soviética por Hitler, para favorecer a la derecha. La educación socialista llegó a su fin con la renuncia del secretario Sánchez Pontón y el nombramiento de Octavio Véjar Vázquez, intransigente avilacamachista y anticomunista. A la renuncia de Pontón, solicitada por el Presidente el 10 de septiembre, sucedía la del secretrario de Comunicaciones, Jesús de la Garza; su puesto lo ocupó Maximino Ávila Camacho, quien rápidamente se convirtió en el principal anticomunista y en el mayor corrupto del régimen.

La solicitud del Presidente para que renunciaran los secretarios de filiación cardenista se debió, al menos en parte, a su interés por compensar la derrota que sufrieron los legisladores avilacamachistas en su intento por

[13] *Ibid.*, p. 187.

apoderarse del control de la Cámara de Diputados. En su empeño, se dividieron en los grupos extremos, dando fin al Grupo Renovación. La división permitió a la izquierda nombrar a Alejandro Carrillo, miembro destacado del grupo y secretario particular de Lombardo, como presidente de la Cámara. En la respuesta al informe presidencial del 1° de septiembre, Carrillo aprovechó la oportunidad para atacar a Abelardo Rodríguez como añorante de los hombres fuertes y de los jefes máximos, lacras que por ventura el país había dejado atrás; y a Maximino Ávila Camacho como traficante de la política, quien quería hacer del gobierno un botín aprovechándose de influencias personales. Así pues, las renuncias eran, en parte, fruto de la campaña anticomunista, pero también lo eran de la necesidad del Presidente de contrarrestar el triunfo de la izquierda y al mismo tiempo resarcir a la derecha parte de lo perdido, en especial a su hermano, paladín del anticomunismo.

Dada la proximidad de las acciones bélicas, los Estados Unidos habían declarado la guerra al eje el 8 de septiembre y debido a las presiones del imperialismo yanqui para que México cumpliera sus ofrecimientos verbales de solidaridad, se creó el Comité Parlamentario Antifascista que agrupó a los legisladores de ambas Cámaras y suspendió temporalmente la lucha entre los tres grupos. Ahora los legisladores dirigieron sus baterías contra los grupos de derecha extraoficial: PAN, sinarquistas, profascistas, destacando en esta actividad Vicente Lombardo Toledano.

Sin embargo, la suspensión de la lucha dentro del poder legislativo no implicó que los grupos dejaran de buscar consolidar sus posiciones; se generaron así tres procesos importantes. El primero fue la iniciativa para la formación del sector popular de los legisladores avilacamachistas; el segundo, los intentos para conformar los pactos entre los gobernadores del ejército dentro de las zonas militares creadas para la defensa del país y el tercero, los esfuerzos del Presidente para formar la Comisión Tripartita, entre obreros, patrones y gobierno, cuya función era la de tomar las decisiones que la situación bélica reclamaba. Dado que esta última es objeto del próximo apartado, nos dedicaremos ahora a conocer el proceso de las dos primeras.

La división del Grupo Renovación ante el proceso de elección del presidente de la Cámara de Diputados, mostró la necesidad de consolidar, por medio de la institucionalización dentro del PRM, al grupo de legisladores y en general de políticos que apoyaban al Presidente de la República. El 17 de octubre un grupo de senadores emprendió la tarea de formar el sector popular dentro del Senado con la finalidad de evitar las constantes luchas entre los extremos, dotando a sus miembros de la capacidad para lograr la conciliación, dando su apoyo a Ávila Camacho. Sin embargo, un grupo de políticos jovenes, simpatizantes de la izquierda oficial, que mantenían contacto con organizaciones diversas que no tenían cabida en el sector obrero o en el campesino, rebasaron la primera iniciativa y se dedicaron a unir en un

mismo sector a esas organizaciones desperdigadas, contribuyendo a crear los cuervos que le sacarían los ojos a la izquierda oficial.

De acuerdo con Luis Medina,[14] para la segunda semana de enero de 1942: César Cervantes, Carlos Madrazo, Ramón G. Bonfil y Lauro Ortega, constituidos en Comisión Coordinadora de Organizaciones Populares, habían reunido un gran número de organizaciones de jóvenes, pequeños comerciantes, artesanos, profesionistas e intelectuales del Distrito Federal, además de algunas ligas de sectores populares en la provincia, particularmente en Hidalgo, México, Querétaro, Tlaxcala, Nayarit, Guanajuato, Colima, Michoacán, Sinaloa y Puebla. La intensa actividad del comité coordinador se vio temporalmente entorpecida por la protesta de la FSTSE, cuyos dirigentes no habían sido incluidos en el comité, por lo que presentaron su protesta ante el dirigente del sector popular del PRM, general Nava Castillo, y exigieron su incorporación en la directiva de la Confederación Popular.

Después de las negociaciones con el partido oficial, el comité coordinador se disciplinó aceptando la participación de la FSTSE en el comité y a cambio recibió la garantía de convertirse en la Federación de Organizaciones Populares del Distrito Federal, en la cual ninguna otra organización podría pretender su mandato. El 29 de enero el presidente del PRM, Antonio Villalobos, pronunció un discurso en el cual ponía de manifiesto la función que debería cumplir el nuevo sector, afirmó que habría de nacer fuerte y vigoroso, capaz de equipararse a los sectores obrero y campesino y añadía: "tendrá como líder al Presidente de la República que desde su exaltación al poder se viene preocupando por la integración y organización de las ramas que componen tan importante conglomerado nacional".[15] En realidad el mensaje de Villalobos implicaba que el sector popular debería ceñirse a la política del Presidente de la República para neutralizar la fuerza del sector obrero, pues, desde el periodo de Cárdenas, el sector campesino había quedado bajo la tutela del ejecutivo. El proceso de organización del nuevo sector se extendió hasta febrero de 1943 cuando en la ciudad de Guadalajara se creó la Confederación Nacional de Organizaciones Populares; la CNOP quedó integrada por diez ramas que agrupaban: maestros, burócratas, cooperativistas y pequeños propietarios rurales, intelectuales, artesanos, jóvenes, mujeres y trabajadores no asalariados. De esta manera quedaron reunidos en el nuevo sector grupos de las clases medias, parte del lumpenproletariado y otros grupos difícilmente clasificables como las mujeres y los jóvenes, pues ellos mismos y sus opuestos se ubicaban en las organizaciones restantes y en los sectores campesino y obrero.

La CNOP empezó a cumplir sus funciones desde el proceso de selección de candidatos para diputados del PRM que habrían de participar en la elección del primero de julio de 1943. La CNOP nominó 56 candidatos, la CNC

[14] *Ibid.*, pp. 191-192.
[15] *Ibid.*

43 y la CTM 24, sobrando 24 que se distribuyeron entre otras organizaciones obreras y de provincia. A la par de este proceso de selección, se cambió al dirigente de la CNC, el líder campesino Graciano Sánchez, por el coronel Gabriel Leyva Velázquez, político de reconocida filiación avilacamachista y miembro de la CNOP; además, se expulsó a los líderes campesinos descontentos con el nombramiento. La posición hacia la CTM se hizo manifiesta cuando después de la elección el Colegio Electoral intentó poner a discusión el triunfo de los candidatos cetemistas; la maniobra no prosperó por la protesta de la Confederación pero ya se hacían evidentes los deseos de limitar, hasta donde se pudiera la influencia obrera. De esta manera, el Presidente logró crear un grupo que comandara en el Partido de la Revolución Mexicana en el Congreso de la Unión, además la CNOP se convertía en el sector sede de la burocracia política y en el lugar de su reproducción.

Las consecuencias de la creación de la CNOP fueron varias y de una enorme importancia para el sistema político mexicano. En primer lugar, la separación de la clase política de las organizaciones de masas, obreros y campesinos que le permitía un funcionamiento basado en la disciplina y en la lealtad al Presidente de la República, generó las condiciones para irse convirtiendo en un testamento político, centrado en los intereses y prebendas del Estado. En segundo lugar, su participación en el PRM como sector hegemónico, rompía el carácter de frente popular de éste y convertía a los dos sectores restantes en comparsas de la política dictada por el Presidente. En tercer lugar, la lucha dentro del poder legislativo se terminaba por la abrumadora mayoría de los cenopistas, se trasladaba así la lucha al interior del partido oficial como lucha intersectorial. En pocas palabras, y aun cuando no hubo transformación formal del partido hasta diciembre de 1946, la creación de la CNOP daba al traste con el partido creado por Cárdenas, concebido como alianza popular para colocar en su lugar un instrumento de control de las organizaciones populares y de apoyo irrestricto al Presidente. Las veleidades democráticas se habían dejado de lado. La creación de la CNOP significó que el Estado copó al partido y sometió a las organizaciones populares que le habían dado vida.

En el transcurso de la organización de la CNOP se produjo un nuevo enfrentamiento entre la izquierda y la derecha oficiales. A raíz de la creación de la zona militar del Pacífico, al frente de la cual estaba el general Cárdenas, el gobernador de Sinaloa propuso una reunión de los gobernadores de la región para coordinar la política estatal con la política internacional del Presidente. En principio, la reunión, citada para los días 18, 19 y 20 de febrero, pareció contar con la simpatía del Presidente; sin embargo, la propagación de rumores que afirmaban que la reunión tenía otros propósitos, llevó a que el general Cárdenas anunciara un día antes que no asistiría. Pero en lugar de que la retirada de Cárdenas ayudara a terminar con los rumores, éstos proliferaron obligando a algunos gobernadores y legisladores a tomar partido en un conflicto especialmente armado al parecer por Maximino y por Miguel Alemán, quienes trataban de evitar a toda costa que el gene-

ral Cárdenas tuviera alguna actividad política que favoreciera a la izquierda oficial. La reunión se realizó con la participación de pocos gobernadores, ya que la mayoría envió representantes de poco rango. Este conflicto también dio pie para que el periódico *Ultimas Noticias* publicara, el 27 de abril, un supuesto discurso de Lombardo pronunciado durante una reunión privada en la Universidad Obrera, del cual se desprendía que Lombardo intrigaba para obtener candidatos en las próximas elecciones de diputados, además de hacerle responsable de alusiones y provocaciones mal intencionadas al gobierno de Estados Unidos y a funcionarios del mexicano. Lombardo contestó judicialmente contra el periódico y publicó un extenso artículo en el cual hacía su defensa mostrando las incongruencias del discurso que se le atribuía. Fue obvio que el autor intelectual de la infamia había sido Maximino Ávila Camacho y el objetivo era marginar a Lombardo Toledano.[16] El desenmascaramiento de las burdas maniobras de la derecha no las convirtió en derrotas debido al hundimiento del buque mexicano Potrero del Llano, el 13 de mayo, y a la declaración de guerra del gobierno mexicano al eje a finales del mes, que sepultaron la controversia.

La confrontación con los secretarios Maximino Ávila Camacho y Miguel Alemán no era sino un episodio del enfrentamiento más general que mantenía la izquierda oficial con los secretarios de Estado ligados al avilacamachismo o a la derecha callista, entre los cuales se debe agregar a Ezequiel Padilla, Véjar Vázquez y Gaxiola. A este sector antizquierdista se sumaban los gobernadores de los estados de Veracruz, Guerrero, Chihuahua, Durango, Oaxaca, Morelos y México, los cuales hostilizaban permanentemente a las organizaciones cetemistas, ya auspiciando federaciones opuestas, ya dificultando "legalmente" las actividades de la CTM o, incluso, reprimiendo algunas de sus movilizaciones.

Los propósitos antizquierdistas del grupo avilacamachista y del callista se realizaron, por lo menos en parte, al lograr que el Partido Comunista Mexicano fuese no sólo marginado de la actividad política oficial sino estigmatizado por medio de las campañas anticomunistas; la renuncia de los secretarios izquierdistas de Educación y Comunicaciones restaba presencia al grupo dentro del gobierno, representado únicamente por García Téllez, secretario del Trabajo y el general Cárdenas que ocupó la Secretaría de la Defensa a partir de la entrada de México en la guerra contra el eje; la creación de la CNOP que desplazó al sector obrero como el más importante dentro del PRM y consecuentemente del poder legislativo; la inmovilidad de los magistrados de la Suprema Corte de Justicia y el nombramiento de magistrados opuestos a los intereses obreros, los que, de hecho, limitaron las huelgas obreras y algunas reivindicaciones por medio de fallos contrarios y la reforma a la Ley Federal del Trabajo que puso en manos del gobierno la facultad de declarar legal o ilegal una huelga; a lo anterior se agrega que en

[16] *Ibid.*, p. 176 y CTAL, *"Por un mundo mejor. Diario de una organización obrera durante la segunda guerra mundial"*, México. s/ed. 1948, p. 74.

las reformas al Código Agrario aprobado por el legislativo el último mes de 1942 y publicado en abril del siguiente, se consolidaban los cambios dispuestos por los decretos presidenciales iniciados desde diciembre de 1940: la parcelación de los ejidos, la expedición de certificados de derechos agrarios, el aumento de la parcela ejidal a 6 hectáreas de riego o 12 de temporal, se ratificó la inafectabilidad a las plantaciones de hasta 300 hectáreas aumentando el número de productos que gozarían de este privilegio e, igualmente, se estableció la inafectabilidad para las tierras que pudieran sostener hasta 200 cabezas de ganado mayor; además, se dieron garantías a los pequeños propietarios que hubiesen sido despojados injustamente de sus tierras, los cuales recibirían a cambio otras tierras en los distritos de riego que creara el gobierno o en tierras de propiedad federal; la política agraria de Ávila Camacho, sin negar prioridad al ejido, ahora individual, lo equiparó a la pequeña propiedad, siendo este último tipo de tenencia el que recibiría la gran mayoría de los beneficios que traían las obras de infraestructura que realizó el gobierno, así como de la política crediticia. De este modo lograron que las reformas al código y la política seguida limitaran el alcance de la reforma agraria y por tanto el proyecto que la izquierda oficial había colocado en el segundo Plan Sexenal.

Sin embargo, los triunfos de la derecha fueron menores que sus propósitos pues no consiguieron prohibir el derecho de huelga a los trabajadores al servicio del Estado; fracasaron en su intento de establecer el amparo agrario; si limitaron el poder de los líderes obreros dentro de la clase política, no pudieron romper la fuente real de su poder, fincado en su relación con las masas; y si bien lograron la renuncia de dos secretarios ligados a la izquierda, el movimiento obrero logró la renuncia de Gaxiola, quien fue sustiuído por Gustavo I. Serrano, presidente de la Cámara Nacional de la Minería y quien mantuvo mejores relaciones con el movimiento obrero, en especial con Lombardo. La izquierda oficial había sido limitada pero aún estaba lejos de ser derrotada.

B.2 *La Comisión Trilateral y la lucha de clases.* Dentro de la política de la unidad nacional y su fracaso en la familia revolucionaria, y ante la entrada a la guerra de los Estados Unidos, el Presidente de la República inicio la organización de un pacto entre obreros, patrones y gobierno que permitiera coordinar los esfuerzos que exigía la guerra. Los problemas de la escasez y las dificultades para incrementar la producción, que ya se habían manifestado en 1941, motivaron el esfuerzo del Presidente; pero también veía en la formación de la Trilateral la posibilidad de controlar al movimiento obrero.

La disposición reiterada de la CTM y de la CROM para lograr la unidad de la clase obrera y de ésta con los sectores antifascistas, permitió al general Ávila Camacho sugerir a los trabajadores que desfilaran unidos el primero de mayo de 1942. Aprovechando la aparente unidad, el primer magistrado pronunció un discurso en el cual ponia énfasis en la necesidad de la unidad nacional, afirmando que el resultado de la crisis no afectaría a tal o cual sec-

tor de la sociedad mexicana sino a todos por igual. De la misma manera, pedía el sacrificio de los obreros y los campesinos para lograr la colaboración y la solidaridad.[17]

El discurso de Ávila Camacho tuvo una gran acogida entre los líderes obreros, al grado que el 26 de mayo Fidel Velázquez hizo público el compromiso de no realizar huelgas, pidiendo a cambio la reciprocidad de los patrones para la solución equitativa de los conflictos obrero-patronales.[18] Así, dentro de un ambiente totalmente favorable, el secretario del Trabajo citó a una reunión de las organizaciones obreras con la finalidad de lograr la unión de todas ellas.

La reunión celebrada el primero de junio, poco después de que México había declarado la guerra al eje, escuchó el proyecto de pacto obrero presentado por la CTM, en el cual se proponía: la suspensión de las luchas intergremiales, el respeto de la autonomía de las centrales, la defensa de las conquistas obreras, la estabilización de los precios de los artículos de primera necesidad, la abolición de las huelgas y los paros mientras durara la guerra, la formación del Consejo Nacional Obrero y la inclusión de éste en la Comisión Tripartita. En la proposición de los cetemistas se pedía, a cambio, la autorización de los patrones para formar comisiones tripartitas a fin de estudiar la situación de las empresas y determinar los salarios y las ganacias. Después de varios días de discusiones, el 8 de junio fue firmado el pacto de unidad obrera por la CTM, CROM, CGT, COCM y CPN, además del SME, el Presidente y el secretario del Trabajo que creaba el Consejo Obrero Nacional (CON). El acuerdo final incluyó algunas modificaciones del proyecto de la CTM, se suprimió la referencia sobre la participación de los obreros y el gobierno para el estudio de las empresas, quedó en su lugar una fórmula ambigüa sobre la necesidad de realizar un estudio de las industrias del país sin especificar las formas de hacerlo y se añadió el arbitraje del Presidente en los conflictos obrero patronales en los cuales no se pudiera encontrar una solución por parte de los interesados.[19]

El 5 de junio de 1942, el mismo día que las organizaciones presentaron el documento del pacto, el secretario del Trabajo citó a las organizaciones patronales CONCAMIN, CONCANACO, COPARMEX, la Asociación de Banqueros y las cámaras de la industria textil, del azúcar y del hule, para pedirles su cooperación en la disminución de los conflictos obrero-patronales, estimular la producción y la firma de un pacto obrero-industrial que asegurara dicho compromiso, La CTM aprovechó la ocasión para exponer lo que esperaba de los patrones, se mencionó el estricto cumplimiento de los contratos de trabajo, la suspensión de los reajustes de personal y cierres de empresas sin previo acuerdo con los sindicatos, y la participación en las co-

[17] Luis Medina, *op. cit.*, p. 300.
[18] *Ibid.*, p. 302.
[19] *Ibid.*, p. 308.

misiones tripartitas para el estudio de las empresas. A cambio ofrecieron su pacto.

La propuesta de la CTM encontró en los patrones un rechazo absoluto y así se lo hicieron saber al Presidente de la República el día 11 de junio por medio de un comunicado en el cual, después de aceptar el principio y la necesidad de la unidad, afirmaban que la pretensión de uno de los sectores de imponer condiciones al otro les parecía antipatriótico, divisionista y a su juicio injustificable. En consecuencia propusieron un acuerdo único en el cual los sectores se comprometieran a poner sus esfuerzos al servicio de la patria y a conservar la unión dentro de los preceptos de la ley y de las normas contractuales, es decir pidieron dejar las cosas como estaban, con el compromiso de los trabajadores y la plena libertad para ellos.

Obviamente las organizaciones obreras rechazaron unánimemente la proposición patronal, Fidel Velázquez acusó a los patrones de buscar la desarticulación del movimiento obrero y más tarde, el 18 de junio, la celebración del XIX Consejo de la CTM amenazó indirectamente con romper el pacto y la tregua si los patrones se mostraban intransigentes en los conflictos obrero patronales. Por su parte, el 23 de junio, el CON insistió ante el secretario del trabajo en la necesidad de la celebración de un pacto obrero-industrial y reprodujo, con algunas adiciones, la propuesta que ya la CTM había presentado.[20]

La respuesta de los patrones no se hizo esperar, el 26 de junio en una reunión celebrada con el Presidente, le propusieron una alternativa a la formación del pacto propuesto por los obreros que consistió en su compromiso de crear el Consejo Nacional Patronal para cooperar al incremento de la producción y para la defensa de la nación y el cumplimiento de los compromisos internacionales de México. Ávila Camacho aceptó la propuesta patronal, dejando de lado su proyecto sobre la Comisión Trilateral, y afirmó la conveniencia de la organización separada de cada sector, reservando para el Estado la regulación de la lucha entre los factores de la producción. El apoyo que el Presidente otorgó a los patrones mostró, con toda claridad, que su interés fundamental era lograr de las organizaciones obreras una tregua social y política, bastándole en cambio el asentamiento patronal para su política. El Consejo Nacional Patronal se creó el 3 de julio y su presidente fue Aarón Saenz, también presidente de la Asociación de Banqueros y distinguido político de filiación callista.[21]

En sustitución de la fracasada Comisión Tripartita, el Presidente creó el Consejo Superior de la Defensa el 24 de septiembre de 1942. En el Consejo participaron representantes de todos los grupos sociales organizados y sus objetivos eran tan vagos como impracticables. En realidad se trataba de

[20] *Ibid.*, p. 309.
[21] *Ibid.*, p. 309.

guardar la apariencia de la unidad nacional, pero sin dar a ésta ninguna expresión política que pudiera presionar la línea del ejecutivo.

Ante la asimetría de los compromisos asumidos por las organizaciones obreras, por las organizaciones patronales y por el gobierno, el CON ofreció el 18 de septiembre un banquete al Presidente y a su gabinete, en el cual se quejó de los patrones renuentes y de que el compromiso que les había exigido el gobierno los colocaba en desventaja al haberse otorgado a aquellos una situación de privilegio. Además denunciaba que los patrones y el gobierno malinterpretaban al acuerdo sobre la suspensión de las huelgas, pues se le tomaba como la renuncia a luchar por las reivindicaciones de las masas ante los capitalistas. Ante la falta de respuesta, el primero de octubre, el CON fijó el alcance del pacto de unidad:

"El Consejo Obrero Nacional declara que la cláusula 4a. del Pacto de Unidad Obrera no prohibe a las organizaciones obreras que lo firmaron ejercitar sus derechos sindicales y legales para defender los intereses de los trabajadores, cuando el elemento patronal se niegue a considerar las justas peticiones de la clase trabajadora o a resolver las dificultades o conflictos que puedan presentarse, por la vía conciliatoria, en los términos de la cláusula".[22]

Con esa aclaración del CON prácticamente se daba por terminado el compromiso que las organizaciones obreras habían establecido en el pacto de unidad. El nuevo fracaso de la política de unidad nacional, que había emprendido el Presidente para comprometer a los factores de la producción, se debió a la renuencia de la clase patronal para asumir los compromisos que reclamaba con toda justicia el movimiento obrero, se debió también a la parcialidad con que operaba el Presidente, la cual permitió la actitud patronal y la irritación de las organizaciones obreras, pero, sobre todo, se debió a la creciente pauperización de los trabajadores que veían día con día disminuir el poder adquisitivo de sus ingresos y, en consecuencia, presionaban por reemprender la lucha contra el capital, contra la carestía de la vida y contra el gobierno que nada hacía por detenerla.

El fin del acuerdo se hizo evidente durante el año de 1943, año en que las huelgas se multiplicaron con rapidez. El propio CON, a fin de avalar su declaración sobre el significado de la cláusula cuarta del pacto de unidad, apoyó la huelga de los obreros de la fábrica La Trinidad que a la sazón llevaba 4 meses parada por el sindicato de la CROM y que duró 19 meses más, sin que el Presidente interviniera para resolver el conflicto; hasta que, finalmente haciendo uso de las facultades extraordinarias que el Congreso le otorgó en virtud del estado de guerra, el mandatario incautó la empresa y resolvió en favor de los trabajadores, lo cual significó de hecho el único triunfo del CON.

[22] *Ibid.*, p. 311.

En la lucha contra la carestía, el movimiento obrero incrementó sus acciones, la CTM amenazó con iniciar una serie de paros para presionar al gobierno; ante ello, el Presidente promulgó un decreto en el cual se prohibían los paros que no se apegaran a la legislación sobre las huelgas, y dos días más tarde, el 22 de septiembre de 1943, emitió otro decreto sobre la compensación del salario insuficiente, por medio del cual se aumentaba en 50 centavos diarios el salario de los trabajadores que ganaban menos de 300 pesos mensuales. Solamente la CTM se opuso a esta medida, a todas luces insuficiente para resarcir a los trabajadores de lo perdido en términos del salario real, el resto de las organizaciones obreras la aceptó sin ningún reparo. Los patrones, en cambio y pese a lo miserable del aumento lo escamotearon de mil maneras; su prepotencia llegaba a tanto que el PAN se atrevió a pedir la desaparición de todos los sindicatos para que, en nombre de la unidad nacional, la producción no se viese interrumpida por las demandas de los trabajadores.

La insuficiencia de la medida tomada por el Presidente se hizo manifiesta el 16 de de octubre cuando, por medio de otro decreto, quedó facultado para arbitrar los casos graves y fijar el porcentaje en que debían aumentarse los salarios de los trabajadores. Con esta medida pudo hacer frente a las demandas de los grandes sindicatos de industria como el ferrocarrilero, petrolero y el textil. Sin embargo el resto de los trabajadores, sobre todo los no organizados, no tuvieron más que resignarse al triste aumento extraordinario de septiembre de 1943 que para muchos no fue más que una promesa.

Así pues, la política de la unidad nacional se convertía paulatinamente en su contrario, en el orden impuesto por decreto y, necesariamente, en un gobierno cada día más autoritario y excluyente de la sociedad; a la izquierda, y en especial al movimiento obrero se le iba colocando ante la disyuntiva de la claudicación ante el Presidente o asumir una postura política de oposición. Contra este proceso de restricciones al movimiento obrero, la CTM mantuvo su oposición a la solicitud del Presidente para que el Congreso ratificara la reforma constitucional que devolvía a los magistrados de la Suprema Corte la inamovilidad.

El 22 de diciembre de 1943, la Cámara de Diputados recibió sorpresivamente el proyecto de declaratoria de la confirmación de la reforma, en virtud de que ya había sido aprobada por las dos terceras partes de los congresos estatales. Los diputados cetemistas procuraron impedir la confirmación de la enmienda, pues desde diciembre de 1940, cuando había sido aprobada por el Congreso, la Suprema Corte emitía fallos cada vez más desfavorables a los intereses de los trabajadores, incluso algunos consagrados en la Constitución, en franco contraste con su comportamiento durante el sexenio anterior. La CTM publicó un documento en el cual detallaba los principales fallos emitidos en contra de sus intereses y que de acuerdo con su opinión intentaban lograr por la vía judicial lo que no habían logrado por medio de

la reforma a la Ley Federal del Trabajo. De esos fallos se puede destacar los siguientes:

La Suprema Corte sostenía que dado el derecho individual a la libre contratación, no se podía incluir en los contratos colectivos cláusulas referentes a la admisión o exclusión de los trabajadores y que el hecho de que los patrones se negaran a incorporar esa cláusula no significaba que se negaran a realizar el contrato colectivo. Igualmente sostenía que el patrón podía negarse a reinstalar a un trabajador a pesar del fallo de las autoridades del trabajo, porque reinstalar era una obligación de hacer y no de dar, que según el derecho civil no son de ejecución forzosa y sí sólo transformable en la obligación de pagar los daños y perjuicios originados en el incumplimiento de la obligación original. También sostenía que había modificación de contrato de trabajo cuando el trabajador firmaba un recibo por una cantidad inferior al salario fijado, siempre y cuando éste no fuese inferior al salario mínimo, y no quedase estipulado en el recibo que se adeudaba alguna cantidad adicional.

La CTM tenía toda la razón para impugnar la actividad desarrollada por los magistrados de la cuarta sala de la Suprema Corte, la cual dictaba los fallos definitivos respecto a los asuntos laborales. Sin embargo, Ávila Camacho logró que la reforma fuese ratificada por la Cámara de Diputados donde los obreros eran ya una minoría. La derrotada CTM tuvo que conformarse con la declaración del Presidente de que ya no habría más fallos contrarios a sus intereses; pero, con las personas que ocupaban las magistraturas, en su mayoría reaccionarios, la promesa de Ávila Camacho resultaba difícil de cumplirse.

En resumen, la política de la unidad nacional orientada a establecer la colaboración entre la burguesía y el proletariado terminó en un rotundo fracaso, lo mismo que la emprendida para armonizar a la izquierda oficial con los sectores avilacamachistas y con la derecha oficial. A su vez, el fracaso de la Trilateral implicó algunos triunfos del grupo que apoyaba al Presidente, en este caso unidos directamente a la burguesía en su lucha por limitar la influencia política de la izquierda y en especial del movimiento obrero. Así, la firma del pacto de unidad entre las principales organizaciones sindicales y el gobierno, no sólo comprometió durante más de medio año a las organizaciones a una política de austeridad que generó tensiones entre las burocracias obreras y las bases, sino también creó un espacio para la actuación de las organizaciones de derecha en contra del grupo reformista de la CTM; la negativa de los patrones a comprometerse en la Trilateral y la aprobación que el Presidente dio a su postura política mostraba claramente el debilitamiento de la alianza entre el gobierno y la clase trabajadora. Lo mismo se refleja en la posición que mantuvo la cuarta sala de la Suprema Corte respecto a los asuntos laborales. Ésta es la consecuencia más importante para la clase obrera y para el mismo Estado, pues significó el principio de la marginación de las organizaciones obreras de las decisiones sobre la política nacional.

Así, la supresión de la lucha de clases en el poder legislativo por la creación de la CNOP, la substitución del sector obrero como dominante del Partido de la Revolución Mexicana por el sector popular, la marginación de la izquierda oficial del gobierno y el debilitamiento de las organizaciones obreras ante la burguesía y el Estado por todas las reformas efectuadas, acentuaban la disyuntiva en que fue colocado el movimiento obrero que necesariamente tenía que elegir entre la sumisión a la política del Presidente y de la clase política o romper con los pactos establecidos durante el cardenismo y colocarse en una posición de enfrentamiento, de oposición contra el gobierno.

La decisión que adoptó el movimiento obrero organizado estuvo en buena medida condicionada por su evolución interna durante le periodo de la segunda guerra mundial.

B.3. *La lucha de clases dentro de las organizaciones sindicales.* Los distintos procesos de la lucha de clases así como las medidas de política económica y social que he indicado en las páginas anteriores representan, sin lugar a dudas, la puesta en marcha de una política presidencial de las demandas de la burguesía y en especial de sus sectores más reaccionarios. Muestran también que en la lucha de clases los trabajadores y los sectores reformistas, que en el sexenio anterior habían apoyado al gobierno, pierden paulatinamente fuerza.

Para comprender este proceso, debemos recordar que la polarización de la sociedad mexicana durante la campaña para la sucesión presidencial de 1940, también abarcó a la clase obrera; todas las grandes organizaciones y los sindicatos de industria sufrieron importantes divisiones internas de acuerdo al candidato que apoyaban, éstas evidenciaban una lucha entre los sindicatos o sectores de los mismos que reclamaban una democratización de las organizaciones y una mayor independencia del Estado. A su vez, el divisionismo que los líderes suponían superado con el triunfo del candidato oficial y con la responsabilidad que imponía la segunda guerra mundial, lejos de terminar se renovó en los años siguientes. Así, en el año de 1941, el Sindicato Mexicano de Electricistas se separó nuevamente de la CTM; esta Confederación retiró su apoyo a las administraciones obreras, generando fuerte resentimiento entre el gremio ferrocarrilero, el cual se dividió y una parte se separó, momentáneamente en 1942, siguiendo al líder Alfredo Navarrete que formó la Confederación Nacional Proletaria (CNP) con la participación del sindicato nacional de los mineros y otros sindicatos menores que le permitieron constituirse en la segunda organización en importancia. De la Federación de Trabajadores del Distrito Federal, bastión del poder de los fidelistas, se separó en 1943 Pedro L. González que disputaba la Secretaría General de la FTDF a Jesús Yurén y formó la Federación Libertaria adhiriéndose a la CNP. De esta confederación el sindicato minero se separó en 1943, lo mismo que los ferrocarrileros que en principio le habían seguido, pero en el mismo año dirigió el conflicto de la Fraternidad de Trenistas y la Hermandad de Caldereros en contra del sindicato ferrocarrilero, debido a pug-

nas intergremiales, hasta lograr que en 1944 se deslindaran del sindicato y de la CTM y pasaran a la CNP.

De la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC), se separó en septiembre de 1941 un grupo de sindicatos que formaron el Bloque de Asociaciones de Obreros y Campesinos que en el año siguiente se convirtió en la Confederación de Obreros y Campesinos de México (COCM). Después de esta escisión, la Secretaría del Trabajo negó el registro a las distintas organizaciones que llevaban el nombre de CROM para dárselo únicamente a la moronista y obligó al resto a entregar los archivos a Morones. Esta medida estaba destinada a fortalecer al propio Morones y a la oposición a Lombardo Toledano.

El Partido Comunista Mexicano, que como se recordará, había sufrido una crisis importante en 1937 a raíz de su lucha contra los fidelistas en la CTM, sufrió nuevos momentos críticos: en 1940, fueron expulsados Hernán Laborde y Valentín Campa por haberse negado a participar en el asesinato de Trostky y por su oposición a la política brawderista; en el VIII Congreso Nacional del PCM, celebrado en mayo de 1942, se dieron nuevas expulsiones de los acusados de secretarismo y en el Pleno ampliado del Comité central de octubre de 1943, son expulsados del Comité Central Miguel Angel Velasco, Angel Olivo, Enrique Ramírez y Ramírez, Genaro Carnero Checa y Luis Torres Ordóñez. Así pues, el periodo de la guerra fue para el PCM de deterioro de la organización y de apogeo del brawderismo apaciguador, lo que trajo como resultado el creciente alejamiento del PCM de la clase obrera.

A este cuadro de crisis de las organizaciones obreras se debe agregar la lucha de algunos gobernadores contra la CTM, quienes fortalecieron a grupos escisionistas o bien apoyaban a otras organizaciones como a la CROM, con lo que revivían viejas pugnas intersindicales; además de la represión contra el PCM, iniciada en los últimos meses del cardenismo e incrementada con las campañas anticomunistas que se crearon en las cámaras de diputados y senadores y que sin duda agudizaron la crisis de la organización y le crearon un clima de creciente hostilidad.

Dentro de este proceso crítico, se gestó la supremacía del grupo de Fidel Velázquez en la dirección de la CTM. Vicente Lombardo Toledano renunció a la secretaría general antes de concluir su segundo periodo al frente de la Confederación y el primero de marzo de 1941 su lugar fue ocupado por Fidel Velázquez. La salida de Lombardo Toledano fue explicada por él como una decisión tomada para dedicarse a su cargo de secretario general de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL); no obstante, existe cierta evidencia de que la salida respondió a presiones del nuevo Presidente, quien deseaba retirar a Lombardo porque representaba uno de los símbolos centrales del cardenismo. En una entrevista que Ávila Camacho, como candidato del PRM a la presidencia de la República, concedió a Regi-

no Hernández Llergo, director de la revista *Hoy*, le confió que Vicente Lombardo Toledano no sólo "es un convencido de que la violencia debe terminar" sino que, además, no colaboraría en su gobierno por tener la intención de "dedicarse a la organización de los trabajadores, en el aspecto internacional". Es decir, escribe Luis Medina, se desplazaba a Lombardo hacia tareas menos importantes, más inocuas, en la Confederación de Trabajadores de América Latina.[23]

La elección de Fidel Velázquez —cuyo grupo había protagonizado la lucha contra el PCM en 1936 y 1937 y era bien conocido por su anticomunismo— redujo la influencia del lombardismo que, sin embargo, continúo manteniendo su posición hegemónica dentro de la Confederación. Resulta irrebatible que el ascenso de Fidel a la Secretaría coronó su esfuerzo por lograr el control de la principal confederación obrera, a lo cual hay que sumar que en el mismo año se creó la FTDF (que unificó a las organizaciones anteriores Federación Revolucionaria de Obreros y Campesinos, la Cámara del Trabajo y la Cámara Unitaria del trabajo) controlada ferreamente por Jesús Yurén y que desde entonces pasó a ser el núcleo de poder del grupo. Pero, en la orientación política e ideológica de la CTM, Lombardo continuó siendo el líder más importante; cuando Abelardo Rodríguez se lanzó contra él declarando que sólo los oportunistas y los logreros pensaban en el comunismo, Fidel Velázquez respondió que continuaría la misma línea de su antecesor. De la misma manera, no es del todo cierta la afirmación de Luis Medina en el sentido de que se desplazaba a Lombardo a una posición secundaria en la CTAL. Debemos recordar que esta organización, creada en 1938, vivía sus años de auge, agrupaba a la mayoría de las principales organizaciones de trabajadores de los países latinoamericanos, y que para Lombardo significaba la posibilidad no sólo de una lucha más importante contra el fascismo sino también un bastión para la defensa del nacionalismo frente al imperialismo yanqui.

En este sentido, también es importante destacar dos puntos significativos: el primero se refiere a la concepción que tenía Lombardo de la lucha contra la burguesía nacional, en ella resaltaba la idea de que la segunda guerra mundial acabaría con el capitalismo y consecuentemente con la burguesía; en su discurso de despedida de la CTM, preguntaba: "¿qué posibilidades hay en una revolución democrático-burguesa en nuestro país en el año de 1941 cuando el régimen capitalista, el régimen de la burguesía, se derrumba de manera estrepitosa en la segunda guerra imperialista?"[24] Es decir, pensaba que el triunfo contra el fascismo traería aparejado el triunfo contra el capitalismo en general, lo cual relegaba la lucha contra la burguesía a un segundo plano. Es obvio que esta declaración puede ser puramente circunstancial, pero no deja de reflejar un aspecto importante de su decisión de re-

[23] Luis Medina. "Origen y circunstancias de la idea de unidad nacional", *La vida política en México*, México, El Colegio de México, 1974, p. 28.

[24] Rosendo Salazar, *La CTM*, 1977, Comisión Nacional Editora, PRI, México.

nunciar a la secretaría general de la CTM; además, esta posición es congruente con la decisión de la CTM, en la primera mitad de 1941, de mantenerse neutral ante las partes beligerantes y aceptar, únicamente, el compromiso de la lucha contra el fascismo; lo cual era más fácil desde el CTAL.

El segundo punto que debemos recordar es el relativo a que Lombardo Toledano consideraba a Fidel Velázquez como un subordinado; y así lo demuestra la respuesta que dio a los esposos Wilkie cuando lo interrogaron sobre sus relaciones con Velázquez durante la guerra. Lombardo contestó: "No tuve problemas, era un subordinado y acataba las órdenes sin discusión".[25] Nos parece que en su respuesta, Lombardo exagera la sumisión de Velázquez, pues supone a éste sin ningún interés, lo que no deja de ser cierto si se comparan las suposiciones de Lombardo y las de Fidel con las oficiales de la CTM y se comprueba que Lombardo Toledano era, sin lugar a dudas, el líder político e ideolgico de la CTM.

En resumen, nos parece que la decisión de Lombardo respondía más a su interés en unir la fuerza de la CTM a la de la CTAL y con ello tener un mayor poder de negociación frente al gobierno y al imperialismo, y por supuesto para luchar contra el fascismo, que a la idea de alejarse del panorama nacional, cosa que además no realizó; y el hecho de ceder a Velázquez el control de la organización que estrictamente él nunca tuvo, salvo en forma medida, era secundario. Desde los conflictos con los comunistas se sabía que Lombardo necesitaba de los "lobitos" para mantener sus posiciones en la Confederación.

Pero aún sosteniendo que la interpretación que damos a la renuncia de Lombardo Toledano sea la correcta, lo sustantivo es que en la medida en que la izquierda oficial perdía terreno dentro de la correlación de fuerzas que operaban en el interior del Estado y se fortalecían las del grupo avilacamachista, se generaban condiciones cada vez más adversas para que Lombardo mantuviera su hegemonía dentro del movimiento obrero cetemista y, por el contrario, favorecía a los grupos más derechistas, es decir, a los "lobitos", como se a va evidenciar en la lucha de clases que se da durante la posguerra.

No obstante, durante el periodo de la guerra que estamos analizando, la lucha de clases entre y dentro de las organizaciones obreras es fundamental para la comprensión de esos sucesos posteriores. La pugna entre los sectores de la izquierda oficial y los ligados a la derecha dentro del movimiento obrero se desarrolló, fundamentalmente, en dos planos. En el internacional, la actividad de Lombardo Toledano encontró desde el principio la oposición de los grupos más reaccionarios tanto de los Estados Unidos, como de México. El segundo plano, en el interior del país, tuvo como protagonistas

[25] James y Edna M. de Wilkie, *México en el Siglo XX*, 1969, Instituto de Investigaciones Económicas, México, p. 365.

centrales a las distintas organizaciones obreras, en particular la CTM. El resultado de estas luchas fue una nueva política de la clase obrera —comandada por el lombardismo— frente al Estado, al partido oficial y frente a las necesidades del desarrollo económico. El nuevo proyecto político constituye —pienso— uno de los momentos más importantes dentro de la historia de la clase obrera mexicana, pues representa, tal vez, la única ocasión en que las organizaciones de clase presentan frente a la sociedad un programa alternativo que oriente su destino. Véamos pues el desarrollo de los acontecimientos que desembocan en el nuevo proyecto.

En el plano internacional, los propósitos de Lombardo Toledano se centraban en la creación de un frente popular continental para derrotar al nazifacismo, el programa era muy similar al que se proponía en los planes de unidad nacional; en resumen, se puede decir que los puntos centrales eran los siguientes: a) la organización de la defensa de las patrias americanas, la intensificación de la producción y la ayuda a las potencias democráticas en guerra para lo cual era necesaria la movilización de los obreros de todas las naciones; b) englobar en la unidad nacional a todos los sectores del pueblo, sin distinción de clase, de religión, de sexo, de profesión o de ideología, que estén dispuestos a luchar contra el fascismo en la unión de todo el pueblo, se debían descartar las tesis de aquellos que sostenían que en ella sólo deberían entrar los revolucionarios, lo mismo que aquella que pretendía excluirlos; c) el enemigo era el fascista abierto o emboscado que se presenta como pacifista, neutral, anticomunista o aislacionista; d) la unión nacional o continental debería tener como objeto no sólo la lucha contra el fascismo en abstracto, sino también la defensa y la ampliación de las libertades democráticas, el respeto a la constitución democrática de cada país, ninguna clase social debía aprovechar el conflicto para lucrar a su favor o exigir privilegios: los conflictos obrero patronales debían resolverse pacíficamente, recurriendo a la huelga sólo en casos extremos; y e) los católicos estaban obligados a formar parte de la unidad, pues también ellos eran atacados y la libertad de conciencia debía ser defendida por todos.[26]

Así pues, salvo la consigna de agruparse alrededor del Presidente, las demandas eran prácticamente las mismas que las planteadas en el nivel nacional. Cabe, sin embargo, hacer notar que dentro de los programas formulados por la CTAL en el año de 1942, la tesis sostenida en el año anterior por la CTM referente a la neutralidad, había cedido su lugar a la de alinearse con las "potencias democráticas" y dentro de ésta la neutralidad era atacada como una forma velada de apoyo al fascismo. El cambio, obviamente, obedecía a la entrada en la guerra del imperialismo yanqui; sostener la tesis de neutralidad no sólo hubiera encontrado la oposición del imperialismo sino también del gobierno mexicano que se había comprometido, aún antes de declarar la guerra al eje, a prestar todo su apoyo a los Estados Unidos. Pero si bien la tesis garantizaba a corto plazo el apoyo de los gobiernos,

[26] *CTAL, op. cit.*, p. 31.

también significaba echar por la borda la idea de que la guerra era debida a la expansión de los imperialismos, ante la cual la clase obrera no tenía por qué comprometerse.

Al colocarse al lado del imperialismo yanqui (porque los pueblos del continente veían con confianza la política de la buena vecindad del presidente Roosevelt y por tanto se aprestan, como el gobierno y el pueblo de México, a cooperar con todos los recursos y fuerzas en el aplastamiento del monstruo fascista[27]) Lombardo Toledano consiguió temporalmente ganarse la buena voluntad de la American Federation of Labor (AFL) y del propio gobierno americano; sin embargo, con ello también comprometió la independencia del movimiento obrero y su libertad para mantenerse al margen del conflicto, sin que esto significara abandonar la lucha contra el fascismo como lo proponía la tesis de 1941.

Las concesiones de Lombardo Toledano al imperialismo llegaron hasta a adicionar como un punto del programa de la CTAL, la necesidad de establecer mejores relaciones económicas entre los Estados Unidos y los países de Centro y Sudamérica.[28] Esta concesión le valió recibir elogiosos comentarios de la revista conservadora *Time*: "Apasionado opositor del fascismo, Lombardo quería plantear ante los trabajadores de toda la América Latina la sencilla proposición de que todos deberían trabajar unidos. Es el único hombre que puede hacerlo. Lejos de estropear el esfuerzo guerrero de las Naciones Unidas, Lombardo quería obtener una promesa de unidad y cooperación de los trabajadores de México, la América Central y Sudamérica con el objeto de que no hubiera suspensiones de trabajo, desde Seattle hasta la Tierra del Fuego."[29]

No cabe duda que lo escrito por el *Time* era cierto, Lombardo era el único hombre capaz de lograr el propósito de unidad entre los trabajadores de la región y también de proponer la suspensión de las huelgas, salvo en casos extremos. La última tesis era sin duda del agrado del imperialismo así como de todas las burguesías de la América Latina; pero su capacidad para lograr la unificación de ninguna manera les despertaba el mismo sentimiento de simpatía. Por el contrario, la hostilidad que despertaba la acción de Lombardo en el plano de la organización latinoamericana pronto se tradujo en ataques por medio de la prensa más reaccionaria de todo el continente.

Uno de ellos, ya mencionado, consistió en publicar el estracto de un discurso nunca pronunciado por Lombardo en la edición vespertina de las *Ultimas Noticias* el día 25 de abril de 1942; en el cual se ponía en labios del dirigente una serie de afirmaciones ofensivas contra los gobiernos de Estados Unidos y México, así como en contra de la CTM y de otras organizaciones

[27] *Op. cit.*, p. 49.
[28] *Ibid.*
[29] *Op. cit.*, p. 50

de la CTAL, acusándolas de debilidad e indisciplina. Un estracto similar fue publicado días antes en un diario de la ciudad de Nueva York.[30]

El periódico *El Popular* explicó el ataque de las *Ultimas Noticias* como un intento de sabotear la colaboración de los trabajadores militantes de Latinoamérica con el gobierno de los Estados Unidos en la lucha para derrotar a las potencias del eje, y por lo tanto le atribuían una intención fascista.[31] De hecho, lo que buscaban no era tanto favorecer al eje como frustar cualquier alianza de Lombardo con el movimiento obrero norteamericano y con las fuerzas progresistas de aquel país que pudiera redundar en un fortalecimiento de la posición interna del líder poblano.

Sin embargo, lo que no pudo lograr la prensa reaccionaria de todo el continente americano, lo emprendió el propio gobierno imperialista y la AFL, quienes al final de la segunda guerra mundial iniciaron la lucha contra todas las organizaciones democráticas y progresistas del continente. La proximidad de la victoria de los aliados substituía la contradicción del fascismo por aquella entre capitalismo y comunismo como la más importante para el imperialismo norteamericano, éste emergía de la guerra como hegemónico. La lucha contra la Unión Soviética, que se había fortalecido durante la guerra hasta convertirse de una nación asediada en una potencia mundial, se convertía en una lucha contra todos los intereses que de una u otra forma pudieran favorecer la expansión del comunismo; el macartismo y la guerra fría serían el sino de los años que siguieron a la guerra. Dentro de la ofensiva imperialista, que rápidamente tomó como suyos muchos de los principios del fascismo, se gestó la acción en contra de los gobiernos democráticos de América Latina y en contra del movimiento obrero progresista de toda la región. En este momento se haría evidente el error de haberse aliado con el imperialismo.

La AFL pasó a jugar un papel importante en la lucha contra la CTAL. En los primeros meses de 1944 ya se denunciaba la labor antiobrera de la central norteamericana. Dentro de la organización latinoamericana se tenía plena conciencia del cambio de política del imperialismo yanqui; el siguiente párrafo es una clara muestra de ello:

"La Federación Americana del Trabajo participa directa e indirectamente en esta lucha (se refiere a la lucha contra Roosevelt y en contra de toda organización liberal dentro de los Estados Unidos), y con sus actitudes sirve a los intereses de estos grupos rabiosamente antiobreros y antiliberales. Jefes reaccionarios de esta organización que cuenta con 6 500 000 miembros (...) cegados por el odio a la Unión Soviética, a la unidad obrera y a toda organización obrera militante e independiente (...) trabajan por el agrupamiento de todas las fuerzas reaccionarias dentro del movimiento americano e inter-

[30] *Op. cit.*, p. 74.
[31] *Op. cit.*, p. 75.

nacional. ¿Cuáles son los objetivos de esta maniobra? Internacionalmente, evitar la unidad obrera, aislar a los sindicatos de la Unión Soviética, impedir la presencia de sindicatos que defiendan seriamente la libertad y los derechos económicos y políticos de la clase obrera y que hagan oír su voz militante y progresista en la solución de los problemas de la posguerra, en los Estados Unidos destruir el CIO (aliado dentro de la CTAL), con sus 5 000 000 miembros, que está a la cabeza de la movilización de los trabajadores en el esfuerzo bélico y en el movimiento de unificación de los trabajadores. En América Latina romper con la CTAL y sustituirla con un movimiento domesticado y servil como lo fue la COPA."[32]

Así pues, la tolerancia del imperialismo yanqui al movimiento internacional de la CTAL se terminó cuando dejó de ser útil en su lucha contra el eje y se convirtió en un obstáculo para su lucha contra la Unión Soviética. La posición de Lombardo Toledano daba sus amargos frutos, pues, a partir de este momento, su lucha por la unidad internacional de los trabajadores y la organización que había creado para tal fin entraba en su fase de declive al tener que afrontar directamente al imperialismo más reaccionario. El cambio de táctica de Lombardo Toledano, al abandonar la neutralidad del movimiento obrero frente a las luchas interimperialistas y haberlo colocado al lado de los aliados, no rendía los frutos que él esperaba ni en el terreno de la unidad americana ni en la defensa de la Unión Soviética; por el contrario, los resultados favorecieron plenamente los intereses de los grupos que buscaban el desprestigio y la derrota de la izquierda, de la izquierda oficial y particularmente de Lombardo.

En el plano interno, se inició desde los primeros días del nuevo régimen la lucha de las organizaciones obreras colocadas dentro de la izquierda oficial, fundamentalmente la CTM y lo que quedaba del Partido Comunista Mexicano, contra las aliadas con la derecha callista y ligadas a la AFL, como la CROM, la CGT, la COCM y más tarde la CNP.

El viejo conflicto entre la CTM y la CROM se incrementó, desde finales de 1941, sobre todo en los estados de Baja California, Puebla y Veracruz. El conflicto más importante fue generado en una disputa por la titularidad del contrato de los alijadores en Baja California, ante la cual las autoridades estatales del trabajo y el propio gobernador, coronel Rodolfo Sánchez Taboada, se declararon incompetentes para resolver el conflicto. Los obreros cromistas de las ciudades de Puebla y Orizaba, pretextando irregularidades en los contratos colectivos, se unieron a los de Baja California y llegaron a pedir la desaparición de los poderes de los mencionados estados. El conflicto de los alijadores fue finalmente resuelto a favor de los cromistas en septiembre de 1941.

Dos meses después, las autoridades del trabajo negaron el registro a las

[32] *Op. cit.*, p. 561.

CROMs disidentes, para otorgarlo únicamente a la moronista y obligaron a las primeras a entregar sus archivos a Morones. La participación de éste en las filas derechistas del almazanismo le rendía frutos, pues el gobierno reconocía a la CROM como una organización importante e incluso la apoyaba para enfrentar a la CTM.

Por otra parte, el pacto de unidad obrera lejos de suspender la lucha entre las organizaciones, permitió a las más derechistas continuar sus ataques en contra de la CTM. En realidad, el CON significó un espacio para la unificación de las organizaciones derechistas, cuya finalidad era desplazar a la CTM y restablecer ellas relación con el gobierno. En esta lucha fue particularmente activa la CNP quien buscó dividir y arrebatar sindicatos cetemistas. Así, la falta de compromiso de los patrones para formar la Comisión Tripartita y las pugnas internas dentro del CNO determinaron que esta organización no tuviera ninguna actividad relevante. Continuó existiendo hasta el año de 1945 cuando fue expulsada de la CTM por negarse a cumplir los acuerdos tomados por las otras centrales, pero en realidad nunca cumplió ninguno de sus objetivos, salvo el crear problemas a la CTM y favorecer el desarrollo de las centrales derechistas.

La lucha entre las fracciones del proletariado no se circunscribió al enfrentamiento entre las organizaciones, en su interior también hubo choques y con mayores repercusiones; sobre todo dentro de la CTM a raíz de la reelección de Fidel Velázquez en la secretaría general.

Después de constituido el pacto de unidad entre las centrales obreras y de haberse declarado la guerra contra el eje, la CTM aprovechó la disminución de la lucha entre las fracciones de la familia revolucionaria para atacar a las organizaciones derechistas como el Partido de Acción Nacional, la Unión Nacional Sinarquista, los Camisas Doradas, el Partido Autonomista Mexicano y la Falange Española, cuyos intereses fascistas motivaban la reacción popular. Con esta actividad la CTM cobró nuevos ímpetus en su lucha contra el nazifacismo y contra la reacción nacional. Sin embargo, la creciente carestía de la vida de las masas populares y los sucesos de la reelección crearon un nuevo clima de crisis dentro de la central y consecuentemente influyeron en su debilitamiento.

De acuerdo con el estatuto de la CTM, el Comité Nacional debía ser electo cada dos años y tenía prohibida la reelección de sus miembros. La capacidad para reformar al estatuto correspondía al Congreso Nacional de la Confederación. Pero pese a lo establecido en el estatuto, Fidel Velázquez inició las maniobras para su reelección como secretario general; proponiendo la prórroga de su mandato para no violar los estatutos, seguía el ejemplo de Vicente Lombardo Toledano que, en 1938, prorrogó el suyo pretextando la grave situación que había generado la expropiación petrolera.

Para Velázquez, el pretexto era la participación en la guerra; pero, en des-

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

cargo de Lombardo se puede asegurar que su permanencia en la secretaría se justificaba, no sólo por la gravedad de la situación interna del país, a raíz de la expropiación y del proceso de constitución del PRM, sino también porque su liderazgo en la CTM era incontestado y por lo tanto un factor importante de la unidad de la organización: Fidel, en cambio, no poseía ni ese liderazgo incontestado, en tanto cabeza de una de las fracciones, ni la situación interna del país era igualmente crítica, pues si bien la guerra era una amenaza real, su repercusión interna había sido, al menos durante los meses en que se da el proceso, la disminución del enfrentamiento entre las clases. Por lo tanto, sus deseos de mantenerse en el puesto respondían a la exigencia de consolidar su grupo burocrático e impedir que otras fuerzas más ligadas a Lombardo pudieran desplazarlo.

Fidel Velázquez aprovechó la celebración del XX Consejo Nacional para plantear su iniciativa y pese a que ahí no se resolvió nada, por caer fuera de la competencia del Consejo Nacional, obtuvo una victoria pues la mayoría de los secretarios de las organizaciones sindicales presentes se manifestó conforme con la prórroga del mandato. El consenso encontrado en la reunión fue traducido por la Federación de Trabajadores del Distrito Federal (FTDF), sin duda la organización más importante dentro de la confederación y reducto de los fidelistas, como un acuerdo obligatorio que debería ser respetado por la asamblea general de las organizaciones que próximamente celebrarían su congreso.

La posición de Yurén, secretario general de la FTDF, provocó la inmediata reacción de los grupos opositores a Velázquez y dio inicio a la lucha entre las fracciones. El debilitado Partido Comunista que mantenía su alianza con la CTM fue quien más se opuso mostrando que no existía un solo argumento sólido que justificara la reelección del secretario general. Jesús Yurén se encargó de descalificar al PCM, aduciendo que éste no tenía por que intervenir en los asuntos internos de la confederación. Pero la verdad es que no eran únicamente los comunistas quienes se oponían ni quienes tenían la fuerza para hacerlo; un grupo dentro de la confederación, encabezado por Vidal Díaz Muñoz, senador por el sector obrero y líder de los cañeros y de la Federación Veracruzana, propuso la candidatura de Celestino Gasca, reivindicando además su filiación lombardista.

La posición de Díaz Muñoz se apoyaba en la observancia de la ley y por lo tanto en la defensa de la legalidad; además, su grupo, minoritario dentro de la institución, reivindicaba el espíritu democrático que encerraban las disposiciones del estatuto y afirmaba que la sucesión debería ser decidida por las bases de los trabajadores y no por los líderes; descalificaba el consenso del Consejo Nacional. Planteado así el conflicto, su clasificación ideológica se hizo inevitable: se enfrentaban por un lado los moderados con Velázquez a

[33] Luis Medina, *Del cardenismo...*, *op. cit.*, p. 298.
[34] *Op. cit.*, pp. 298 y 300.

la cabeza contra los radicales que reivindicaban el liderazgo de Lombardo Toledano; con lo que se ponía en jaque la unidad de la confederación.

Lombardo Toledano, tal vez consciente del carácter minoritario del grupo de Díaz Muñoz, optó por apoyar a Fidel Velázquez y dio su beneplácito a la formación de una comisión encargada de estudiar la forma de realizar la prórroga del mandato de Velázquez sin que violara los estatutos. Díaz Muñoz se opuso nuevamente a esta maniobra, calificando las actividades de la comisión como simples intercambios de impresiones, negando el carácter conciliador que tenía esa comisión y enfrentándose abiertamente a Lombardo y a Velázquez. La unión de los dos líderes permitió que Velázquez pidiera y lograra la destitución de Díaz Muñoz como secretario general del Sindicato Azucarero y, además, logró que la Federación Veracruzana de Trabajadores se dividiera en favor y en contra del líder obrero veracruzano;[35] con lo cual le dejaban prácticamente al margen de las actividades de la CTM, al mismo tiempo condenaban al fracaso la candidatura de Gasca, quien renunció a solicitud de Lombardo. El PCM también dio marcha atrás en su posición, declarando que no apoyaban a ninguno de los candidatos y que lo importante era preservar la unidad de la organización, con lo cual apoyaba indirectamente la posición asumida por Lombardo Toledano.

La prórroga del mandato de Velázquez por un periodo adicional de cuatro años fue aprobada a finales de marzo de 1943 en el III Congreso Nacional de la CTM. Sin embargo, las divisiones de las federaciones de Veracruz, Jalisco y Tamaulipas, debidas a los procedimientos antidemocráticos de los líderes, mostraban nuevas grietas en la organización. Pero, tal vez, lo más significativo de este conflicto fue que la derrota que había sufrido el PCM dentro de la CTM durante el cardenismo, derrota en buena parte propiciada por Lombardo Toledano, y la posterior crisis en que se vio sumergido y que dio por resultado su alejamiento del movimiento obrero, dejaba de la organización cetemista a dos fuerzas fundamentales: en la izquierda al lombardismo y en la derecha al fidelismo. En estas condiciones, para que Lombardo pudiera continuar cumpliendo su función de árbitro dentro de la organización, tenía que enfrentarse a sus propios aliados y plegarse cada vez más a las exigencias de la burocracia fidelista; en consecuencia, su posición de poder dentro de la confederación se reducía a su influencia en la burocracia. Si bien es cierto que en el nuevo comité nacional de la CTM fueron incluidos varios secretarios lombardistas como Alejandro Carrillo y Jacinto López, que el propio Lombardo quedó al frente del recién creado consejo consultivo de la organización, que Gasca fue consolado con la dirección de la comisión de asuntos internacionales, y que la CTM se comprometió a dar mayor apoyo a la CTAL; la verdad es que la correlación de fuerzas nacida del control de los sindicatos era cada vez más desfavorable a Lombardo. La falta del contrapeso comunista le colocaba en posiciones que, poco a poco, se irían manifestando como extremas pues se apoyaba en sus aliados o en sus

[35] *Tiempo,* 8 de abril de 1943, p. 10.

enemigos que, para su desgracia, contaban con la mayoría de las organizaciones en la Central.

Las prácticas antidemocráticas de la burocracia cetemista, comandada por el grupo de los "cinco lobitos", imperaban en todos los niveles de la organización, lo cual se puso de manifiesto durante el III Congreso Nacional cuando los líderes omitieron las discusiones de las ponencias que se habían preparado, así como la discusión de los candidatos propuestos para ocupar las secretarías del Comité Nacional, limitando a los delegados a la tarea de asentir. La falta de respeto a las bases se mostraba con claridad al proponer entre los candidatos a Luis Gómez Zepeda, quien estaba a punto de ser expulsado del sindicato ferrocarrilero; a Rafael Simoneen, violentamente atacado por la mayoría de los obreros petroleros y a Blas Chumacero, cuyos lazos con la política de altura era más estrechos que con los trabajadores textiles. El descontento de las bases se hacía patente entre los propios delegados: cuando se discutía el problema de la carestía de la vida y se trataba de reafirmar el apoyo al gobierno, un delegado se levantó para preguntar cómo se podía confiar en la economía del país y en otras instituciones si las personas que estaban al frente eran los principales acaparadores, pasando después a denunciar a varios funcionarios. Al intentar devolver la calma a la reunión, el senador Fernando Amilpa pidió que las bandas no interrumpieran los debates, recibiendo como respuesta el grito de otro delegado que dijo: "Tú eres senador, no tienes hambre".[36]

De la misma manera, el grado de burocratismo y de corrupción que reinaba entre los "lobitos" se apreció en el conflicto surgido dentro de la FTDF, en el cual se enfrentaron Jesús Yurén y el líder de los albañiles Pedro L. González. Este último empezó a extender su influencia a otros sindicatos junto con Pedro Hernández, líder de los trabajadores de la construcción y empresario del sindicato de trabajadores de minas de arena; fueron aumentando su influencia en los trabajadores del sindicato de tabiqueros y en los panaderos. La alarma de Yurén empezó cuando los dos líderes iniciaron la penetración en el sindicato de choferes, pues, consideraba que éste se salía de su esfera de influencia. Yurén intentó oponerse a la restitución de Leandro González Uscanga en el sindicato de panaderos aprovechando que era un líder muy discutido por las bases, pero Pedro L. González lo impuso "por sus pistolas y las de sus amigos".[37]

En el fondo del conflicto se encontraba la disputa entre Yurén y González por la secretaría general de la FTDF; después de perder la partida en el sindicato de panaderos y ante la acción de González entre los choferes, Yurén solicitó del comité nacional de la CTM que se llamara la atención de González por estar rebasando su zona de influencia. Además, propuso que se otorgara a González la diputación del 9o. distrito de la capital, tradicionalmente

[36] *Tiempo*, 9 de abril de 1943, p. 6.
[37] *Ibid.*

cetemista, para retirarlo de la disputa sobre la secretaría general de la Federación. Sin embargo, González rechazó el ofrecimiento pues su interés era el control de la FTDF. El corrupto líder hizo correr entre sus amigos el siguiente razonamiento: "Los mil pesos mensuales que se ganan como diputados, se ganan aquí en tres días. Yo no quiero ser diputado; quiero ser secretario general de la Federación del D.F."[38]

A los líderes, enfrascados en una lucha estrictamente situada en el ámbito de la burocracia, les importaba muy poco el plano político o ideológico del movimiento obrero; su interés se centraba en el control del poder de los sindicatos para su beneficio personal. Pasada la reelección de Fidel Velázquez en la CTM, Jesús Yurén logró la expulsión de Pedro L. González de la Federación y de la CTM, el cual se retiró llevando sus sindicatos a la CNP. El favor que Jesús Yurén prestó a Fidel Velázquez en su lucha por reelegirse en la Secretaría General le fue devuelto con la salida de González.

Dentro de este ambiente de corrupción y de lucha por prebendas entre los líderes, la posición de Vicente Lombardo Toledano iba cayendo en el vacío. Su alianza con los fidelistas se mantenía mientras esperaban verse beneficiados en cuanto Lombardo tuviera la capacidad de controlar a los sectores radicales de la organización. A cambio de ello, Fidel Velázquez y su grupo aceptaban las posiciones ideológico-políticas del líder poblano tanto en el plano interno como en el internacional. Pese a todo, su posición era fundamental para la dinámica de la Confederación y un verdadero freno a las aspiraciones reccionarias de la burocracia.

En el terreno de la ideología y la política, Lombardo continuaba siendo el líder indiscutible del movimiento obrero cetemista; su capacidad para analizar la realidad y prever, de acuerdo con el presente, las condiciones que imperarían en el futuro le otorgaba una gran ventaja sobre el resto de los intelectuales y líderes ligados al movimiento obrero. Su preponderancia se ratificó en el III Congreso Nacional,[39] donde Lombardo dio un discurso en el cual manifestó, por primera vez, su preocupación sobre los acontecimientos de la posguerra y dijo que las bases de las organizaciones populares eran insuficientes para poder hacerles frente. Con este discurso, Lombardo empezó a fraguar la nueva estrategia para el movimiento obrero y también sus grandes diferencias con la burocracia sindical y estatal.

Pedía por primera vez, para el PRM, una reorganización a fondo, para hacerlo más democrático, con objeto de que sirviera a los intereses del pueblo y no a los gobernadores de los estados, e independizarlo del poder público, sin que esto significara mermar su colaboración con el gobierno de la nación. Su alusión era una crítica a la constitución de la CNOP desligada

[38] *Tiempo,* 2 de abril de 1943, pp. 8 y 9.
[39] *Ibid.*

de los intereses de las masas y centrada en la defensa de la clase política. De la misma manera, pedía para los sindicatos una democracia amplia, profunda, unidad de principios y procedimientos, honradez revolucionaria y desinterés de los líderes, independencia completa del movimiento obrero, sólo así la CTM podía ser una central fuerte y poderosa".[40]

Sin embargo, la estructura burocrática de los líderes fidelistas, que había copado a la CTM, era un impedimento que, desde luego, no se podía superar con los llamados de Lombardo Toledano a la democracia y la unidad, por más vehementes que fueran; en este sentido eran inútiles sus esfuerzos para que la división de fidelistas y lombardistas terminara y todos fueran cetemistas. La única posibilidad de que el movimiento obrero recuperara sus bríos en la lucha de clases radicaba en las bases, y muy especialmente en las de los sindicatos de industria que desde la sucesión presidencial luchaban contra la burocracia obrera y por la democratización de las organizaciones. En este sentido, es necesario recordar aquí algunas de las luchas de los trabajadores para recuperar sus condiciones materiales, ampliamente deterioradas durante los tres primeros años del avilacamachismo.

B. 4. *Los principales movimientos obreros.* De la gran cantidad de conflictos que se presentan durante 1944, cuando el final de la guerra ya era evidente por el repliegue de los ejércitos alemanes en casi todos los frentes, seleccionamos los realizados por los grandes sindicatos de la industria, ferrocarriles, petróleos, minero-metalurgia y generación de electricidad por ser éstos la espina dorsal del movimiento obrero mexicano; además, su acción era determinante para frenar a la burocracia cetemista e impulsar la lucha de los trabajadores tanto en el plano económico como en el político e ideológico. Así, el análisis de sus luchas es ilustrativo de la vitalidad de sus organizaciones y de los problemas que les acarreaba la burocracia obrera interesada en someterlos a su control.

En los ferrocarriles nacionales[41] —después de que fue suprimida la administración obrera en 1941— el gerente, Margarito Ramírez, inició un programa de reestructuración de la empresa, cuyos veintidós puntos dañaban intereses gremiales de los trabajadores incluidos en distintas cláusulas del contrato colectivo de trabajo. La negociación de los puntos dio lugar a serias divisiones dentro del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFERM). En primer lugar las secciones 15, 16 y 18, del Distrito Federal, exigieron que la convención del sindicato hiciera la negociación y no el comité ejecutivo, encabezado por José C. Ibarra.

En los primeros días de enero de 1943, se reunió la convención extraordinaria para discutir el proyecto de reorganización de los ferrocarriles, pero la reunión no duró ni siquiera 15 días, ya que la falta de entendimiento entre el

[40] *CTAL. op. cit.*, p. 284.
[41] *Op. cit.*, p. 285.

sindicato y la empresa hizo que las pláticas de la comisión mixta se rompieran el 28 de enero. Las secciones que habían exigido que fuera la convención quien negociara, ahora pedían la intervención del Presidente para la solución del conflicto. La CTM hacía público su apoyo a los trabajadores del riel y se acusaba al gerente de mantener intereses antiobreros.

En realidad, el problema central del sindicato era tanto las negociaciones con la gerencia sobre la reorganización como que en la convención se habían formado tres grupos diferentes. Por una parte, estaba el que dirigía Juan Gutiérrez —antiguo gerente durante la administración obrera y también ex líder sindical—, que representaba la burocracia prebendaria del sindicato; por otra, el encabezado por José R. Cavazos —ligado a la gerencia de Margarito Ramírez—, que sostenía los intereses de la empresa dentro de la convención; y, finalmente, existía un grupo independiente que aglutinaba a los sectores democráticos del sindicato —entre ellos a los ex comunistas con Valentín Campa como líder—, quienes habían pedido la intervención de la convención y después la del Presidente.

La formación de estos grupos pronto empezó a poner en jaque a la unidad sindical. Durante los meses de marzo a julio, la convención determinó que se aplicara la cláusula de exclusión a varios miembros del grupo cavacista por defender intereses contrarios a los de los trabajadores y por haber aceptado puestos en la administración. En este proceso, comandado por la gente de Gutiérrez, se pidió incluso la suspensión del secretario general Ibáñez por haberse negado a acatar la disposición de la convención de aplicar la cláusula de exclusión a uno de los miembros. Como ya era costumbre dentro de las organizaciones cetemistas, se intentó aplacar a Gutiérrez asegurándole una diputación de las correspondencias al sector obrero. Pero, obviamente, esta medida no impidió al resto del grupo gutierrista continuar en la defensa de sus privilegios.

Suspendidas las negociaciones para la reorganización de los ferrocarriles, el sindicato enfrentó, en los meses siguientes: primero un conflicto de orden económico, y, posteriormente, el conflicto entre los grupos agudizado por la sucesión del Comité Ejecutivo Nacional.

Frente a la negativa de la empresa de conceder el incremento salarial pedido por el sindicato, éste realizó paros nacionales para presionar a la empresa y al gobierno. La Secretaría del Trabajo comunicó a los obreros la promesa del Presidente de que sí habría aumento salarial y pidió que los paros fueran suspendidos. El sindicato accedió a la petición; pero, ante la demora en la resolución, Maclovio Piña, nuevo secretario general, después de la salida de Ibañez organizó paros a partir del 10 de septiembre, a lo cual se respondió con nuevas promesas presidenciales: pero el 17 del mismo mes las pláticas de advenimiento fueron nuevamente suspendidas. Finalmente, el Presidente, por medio de un decreto, resolvió el conflicto concediendo el aumento de los salarios, el cual sólo se concretó hasta el 27 de noviembre,

tomando como base los aumentos señalados en la Ley del Salario de Emergencia.

Durante el mes de noviembre de 1943, y coincidiendo con la fase final de la negociación económica, se inició el proceso electoral para la elección del nuevo Comité Ejecutivo Nacional del sindicato, en el cual participaron los tres grupos formados durante la convención. El grupo de Gutiérrez presentó una planilla, encabezada por Luis Gómez Zepeda y promovida por El Comité Central de Progapaganda; el grupo ligado a la gerencia, organizado en el Comité Depurador, propuso otra planilla con Cavazos como secretario general; y finalmente, los independientes dentro del Comité General Ferrocarrilero de Unificación Electoral proponen a Tomás Cuevas como secretario general de su planilla.

Los conflictos se iniciaron el 10 de noviembre cuando el Comité de Vigilancia del sindicato declaró que Cavazos no podía ser postulado para un cargo en el sindicato porque en 1934, cuando se fundó el STFRM, había sido expulsado por intentar dividir la naciente organización, lo cual, de acuerdo con los estatutos, le impedía postularse. Esta descalificación que favorecía a los dos candidatos restantes— pero fundamentalmente a Gómez Z. por contar con un apoyo burocrático más importante y por ser miembro del Comité Ejecutivo Nacional de la CTM— llevó a Fidel Velázquez a declarar que él no tenía nada que ver con el conflicto interno y que la organización que él dirigía no apoyaba a ningún candidato, y lo mismo hizo el Comité Ejecutivo del propio STFRM. La respuesta de los cavacistas no se hizo esperar: el 4 de enero de 1944 el Comité Nacional Pro Unificación Ferrocarrilera desconoció al Comité de Vigilancia. Maclovio Piña, ante la gravedad de la situación, declaró que no permitiría la división del sindicato, pero, en realidad, ésta ya estaba en marcha.

Los cavacistas no se limitaron a los actos formales, el día 7 de enero organizaron una pedrea contra el edificio del sindicato en la que contaron con la entusiasta colaboración de Pedro L. González, quien, como se recordará, había sido expulsado de la FTDF y la CTM por oponerse a Jesús Yurén. Al mismo tiempo, los cavacistas empezaron a realizar paros en distintos lugares y sin previo aviso.

El grupo que apoyaba a Tomás Cueva se apresuró a deslindar su responsabilidad en la agresión a la sede sindical, condenando todo acto de violencia y la realización de los paros. Al día siguiente, el día 7, las secciones 15, 16, 17 y 18 acusaron abiertamente a Margarito Ramírez de buscar y promover la división del sindicato y de apoyar a Cavazos. Ante la embestida de los cavacistas, la Secretaría del Trabajo pidió cordura a los ferrocarrileros y la CTM condenó los paros y apoyó abiertamente a Gómez Z., dando mayores dimensiones al conflicto.

Pese a la violencia imperante, las elecciones se realizaron y el 11 de enero

se declaró triunfadora a la planilla encabezada por Gómez Z. Al día siguiente, los senadores obreros publicaron un amplio desplegado condenando el divisionismo en el STFRM y exigiendo que se respetara el triunfo legítimo de la planilla apoyada por la CTM. Sin embargo, en la Secretaría del Trabajo se establecieron pláticas entre los grupos en pugna y Cavazos denunció irregularidades en la elección, como el robo de 13 000 cédulas por los gomezcetistas, y declaró que los paros organizados por ellos respondían, justamente, a la protesta contra la corrupción del grupo de Gómez Z., dando a conocer muchos malos manejos.

La crisis del sindicato ferrocarrilero alcanzó tal dimensión que en los medios oficiales se hablaba de la intervención del ejército para devolver el orden a la empresa, cuya función era básica en el periodo de la guerra; el propio secretario de la Defensa hizo declaraciones precisando en qué consistiría la entrada de las fuerzas armadas. Todas las fracciones sindicales se opusieron a la medida, pero era obvio que el gobierno ya no toleraría por más tiempo el conflicto.

Ante las evidentes irregularidades en que se efectuó la elección, la Secretaría del Trabajo la declaró nula por haber existido violaciones al estatuto del sindicato. Apoyados en tal determinación, los trenistas, partidarios de Cavazos, desconocieron a la convención que había aprobado el triunfo de Gómez Z., negando la legalidad del máximo órgano del sindicato. Por su parte, la CTM apoyó el triunfo de Gómez Z. y afirmó que la Secretaría del Trabajo carecía de facultades para calificar la elección de un sindicato, y que, por lo tanto, su determinación además de ser desalentadora, era un acto de intervención de la autoridad en el sindicato. Al mismo tiempo, el bloque de diputados obreros protestó por la decisión de la Secretaría. Pese a la irregularidad de la elección, la decisión de las autoridades constituyó un pésimo precedente de ingerencia en la vida de los sindicatos. La burocracia cetemista tenía razón en protestar pero su antidemocracia creaba condiciones para la intervención.

La escisión del sindicato era evidente; el 28 de enero el Comité Electoral del STFRM emitió su fallo favorable a Gómez Z y los trenistas amenazaron con separarse del sindicato. La Secretaría del Trabajo nuevamente intentó la mediación, forzando las pláticas entre los grupos disidentes; sin embargo, éstas se rompieron el primero de febrero. El mismo día y ante la amenza de la ruptura de la organización, la CTM propuso la formación de un comité ejecutivo de coalición que se formaría con dos gomezcetistas, dos cavacistas y un cuevista. Sin embargo, las partes en conflicto no se pusieron de acuerdo en quién debería ocupar el puesto de secretario general.

El 2 de febrero, Luis Gómez Z. tomó posesión junto con el resto de su comité, mientras los cuevistas insistían en la unidad y en la formación del Comité de Coalición. Al siguiente día, la CTM declaró que el conflicto había sido resuelto, lo cual fue apoyado por las secciones 15, 16, 17 y 18. Sin em-

bargo, la empresa no reconoció al nuevo comité y retuvo las cuotas sindicales avivando el conflicto; los trenistas amenazaron con reiniciar los paros a partir del día 9 de febrero. El seis de febrero tomaron posesión los comités locales en un afán por crear una situación de hecho y forzar a las autoridades a reconocerlos, al mismo tiempo que Gómez Z. acusó al gerente Margarito Ramírez de apoyar a los cavacistas y de estar interesado en mantener el conflicto.

Ante el reinicio de los paros de los trenistas, el Presidente declaró que él nombrarían al secretario general del Comité de Coalición, lo cual fue aceptado por Gómez Z. y los demás candidatos. El día 12 de febrero, Ávila Camacho nombró secretario general a Ladislao Larragivel, quien era gomezcetista al igual que el tesorero, los puestos de secretarios de ajustes y organización fueron dados a los cavacistas y el de educación y propaganda a los cuevistas. A su vez, el 17 de febrero, el Presidente aceptó la renuncia de Margarito Ramírez a la gerencia de Ferrocarriles y nombró al ingeniero Andrés Ortiz. La renuncia de Margarito y la formación del Comité de Coalición provocó el júbilo de los trabajadores, quienes suponían superado el conflicto. Sin embargo, la paz duró poco; los trenistas, ahora aliados con los caldereros, descontentos con la preponderancia de los gomezcetistas, reinician los paros el 4 de marzo reivindicando intereses gremiales y denunciando la corrupción de sus enemigos. El Presidente reprobó a los trenistas y caldereros y a su líder Fidel Tavares, pero aprovechó el reinicio del conflicto para emitir un decreto en el cual se estableció la exclusión de las cláusulas del contrato colectivo que lesionaron la buena marcha de la empresa, descentralizó a los ferrocarrileros y reforzó la autoridad del gerente. A pesar de que Ávila Camacho y la CTM insistían en que el decreto no lesionaría los intereses de los trabajadores ferrocarileros, éstos tramitaron un amparo contra el decreto, que les fue negado por la Suprema Corte de Justicia el día 4 de abril.

Ante la situación creada por el decreto y la creciente oposición de los trenistas y caldereros, el secretario general y el tesorero del Comité Ejecutivo del sindicato presentaron su renuncia, alegando que no se podía trabajar en las condiciones en que se estaba formando el Comité de Coalición. Los tres secretarios restantes llamaron a los suplentes, quienes se negaron a ocupar los puestos por las mismas razones que adujeron los titulares al renunciar. Acto seguido el Comité de Vigilancia depuso de sus cargos a los tres secretarios restantes y convocó a nuevas elecciones nombrando al diputado Eugenio Valle como secretario general interno. La sección 15 se declaró en contra y prestó sus instalaciones para que los depuestos continuaran sus funciones, la mano de la burocracia cetemista se veía con claridad, su intención era disolver el comité, pues los cavacistas, ya sin el apoyo del gerente, difícilmente podían pelear los puestos del nuevo comité. En respuesta los trenistas y los caldereros se separaron del sindicato y pidieron su reconocimiento como Hermandad de Trenistas y Fraternidad de Caldereros a las autoridades del trabajo.

Mientras el conflicto se desarrollaba, la gerencia de Ferrocarriles aprobó las normas que habrían de regir las relaciones entre ésta y los obreros; al mismo tiempo, la misión Stevens inició sus trabajos para la reorganización de los ferrocarriles. El 11 de mayo la Secretaría del Trabajo reconoció la personalidad jurídica de los trenistas y caldereros, provocando con ello una mayor extensión del conflicto. La CTM volvió a discordar con la Secretaría y declaró que era muy desalentador que ésta hubiera reconocido a los separatistas, violando sus anteriores acuerdos, como cuando se negó a reconocer a una fracción del sindicato azucarero.

Ante la salida de los trenistas y caldereros, los gomezcetistas, los cuevistas y lo que quedaba de los cavacistas realizaron un pacto de honor para mantener la unidad del gremio y realizaron un llamado a los sectores separados para que se adhirieran al pacto y se reintegraran al sindicato. La CTM, dentro del Consejo Nacional Obrero, denunció a la CNP por apoyar a los trenistas y pidió su expulsión por haber roto el acuerdo de no intervenir en las organizaciones de las otras centrales, pero no logró que su solicitud fuera aprobada. Como resultado del pacto de honor entre las fracciones sindicales se formó un nuevo comité ejecutivo con Gómez Z. como secretario general y con la inclusión del algunos independientes en el comité, entre ellos Valentín Campa como secretario de educación y propaganda. Para fines del mes de mayo, el conflicto se había superado, faltando únicamente reincorporar a los trenistas y caldereros.

En el mes de noviembre, los sectores escindidos del sindicato iniciaron una nueva ofensiva reivindicando la titularidad de su contrato frente al STFRM, pero en esta ocasión, la Secretaría del Trabajo les ordenó respetar el convenio vigente, por lo cual, realizaron un nuevo paro el 15 de ese mes, ante lo cual el Presidente dictó enérgicas disposiciones para acabar con los paros, incluyendo la intervención del ejército para garantizar el funcionamiento de los convoyes; los trenistas y caldereros ofrecieron no hacer nuevos paros y respetar el pacto de honor realizado dentro del sindicato, pero las bases abandonaron a sus líderes y fueron volviendo al sindicato, motivadas por el aumento salarial que el nuevo comité había obtenido en el mes de octubre. El conflicto ferrocarrilero quedó solucionado, el grupo de la burocracia cetemista y del sindicato ferrocarrilero, encabezado por Gómez Z., había logrado desplazar a la fracción cavacista, creada por el anterior gerente de los ferrocarrileros, Margarito Ramírez, para imponer su plan de reorganización. La CTM evitaba con ello la creación de una fracción burocrática ligada a la empresa y no a la Confederación. La alianza que realizó con los independientes y, sobre todo, con los ex comunistas le garantizaba mayor apoyo entre las bases y, en realidad, no le representaba ningún peligro pues los independientes estaban en minoría dentro de los órganos de gobierno del sindicato; pero los verdaderos triunfadores del conflicto habían sido el gobierno y la empresa que lograron aprovechar la disputa para imponer el plan de rehabilitación de los ferrocarrileros, al cual, el debilitado sindicato no pudo sino presentar una escasa resistencia.

Nuevamente vemos cómo las pugnas interburocracias perjudicaron a los trabajadores y crearon la resistencia —como la realizada por los trenistas y caldereros en la defensa de los intereses de su gremio—. Además de que el conflicto señaló, con toda claridad, límites a la ambición de los líderes prebendarios, límites que los propios trabajadores imponían: mientras las bases continuaran luchando, la burocracia no podría sentar sus reales.

El Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM)[42] venía enfrentando problemas con Petróleos Mexicanos desde la nacionalización de 1938. Los distintos contratos colectivos que mantenían los trabajadores de las empresas extranjeras se había materializado en condiciones salariales diferentes y condiciones de trabajo desiguales, causando que las secciones del nuevo sindicato tuviesen problemas bastante diversos; así, el principal punto del sindicato radicaba en luchar por la igualdad de todos los trabajadores, tasándolos por arriba, es decir, de acuerdo con los logros más importantes alcanzados por una sección. PEMEX ponía trabas a las demandas del sindicato y no sólo se oponía, sino que buscaba reducir el personal de la empresa. La misma heterogeneidad de las condiciones de trabajo de las secciones del sindicato y, consecuentemente, las diferentes demandas laborales que nacían de su situación material se reflejaban en una mayor presión de las secciones sobre el comité ejecutivo nacional. Para poner un ejemplo basta citar que el comité ejecutivo, encabezado por Isidro García como secretario general, elegido el 15 de diciembre de 1943, recibió una pausa de tres meses para ser observado y en caso de que su funcionamiento fuese deficiente, se llamaría a otra convención. La propuesta de la pausa fue presentada por la sección 22 de Agua Dulce, Veracruz.

A lo largo de 1944, el conflicto entre el sindicato y PEMEX se agudizó por la revisión del contrato colectivo de trabajo. El STPRM inició, el 15 de enero, el estudio de un proyecto de un nuevo contrato colectivo que presentaría a la empresa el 19 del mismo mes. Al mismo tiempo, una comisión formada por miembros del sindicato y por representantes de la administración iniciaron la discusión sobre las reclamaciones del STPRM acerca de las violaciones del contrato colectivo vigente. Las pláticas, iniciadas el día 13, no llevaron al entendimiento entre las partes debido a la intransigencia del representante de la empresa; el día 26, los delegados sindicales declararon que era inútil continuar con las conversaciones dada la actitud de la compañía. Ese mismo día, la CTM presentó a la Secretaría del Trabajo una solicitud para que ésta interviniera en la resolución del conflicto y se pudiera restablecer la concordia entre las partes en pugna; Fidel Velázquez sostuvo que sin la intervención de la Secretaría sería muy difícil superar el conflicto de las violaciones al contrato debido a la intransigencia de PEMEX.

El 2 de febrero, se reiniciaron las pláticas con la intervención de la

[42] Para el análisis del conflicto se consultó toda la información aparecida en *El Popular* y la revista *Tiempo*.

Secretaría, el sindicato condicionó su participación a que la empresa se comprometiera a resolver los problemas derivados de las violaciones del contrato colectivo, lo cual fue en principio aceptado por los representantes de la administración. Paralelamente al conflicto general entre la empresa y el sindicato se desarrollaban otros conflictos entre las secciones que reivindicaban la solución a violaciones del contrato colectivo. En la sección 30 de Poza Rica, las pláticas para resolver la disputa referente a que la empresa pretendía pagar a los obreros que construían casas y un hospital no los salarios acordados con el sindicato sino los mismos de la zona más un 50%, se suspendían por falta de acuerdo. En Ciudad Madero, los petroleros efectuaron un paro debido a que PEMEX se negó a pagar la diferencia de salarios a los tomadores de tiempo. Pocos días después, el 19 de febrero, se realizó un nuevo paro en Ciudad Madero y Árbol Grande, Veracruz, por el mismo problema de los tomadores de tiempo; ante la generalización del conflicto y su agudización con los paros, la Secretaría del Trabajo envió un representante a la zona.

Al día siguiente se supo que las pláticas entre el sindicato y la empresa estaban bajo gran tensión y que era inminente su ruptura, pues la empresa continuaba intransigente en la solución de más de 280 violaciones al contrato que señalaba el sindicato. En Poza Rica, la Secretaría logró que fuese suspendido un paro; pero en la zona norte, Tamaulipas, San Luis Potosí y Veracruz, se efectuó un nuevo paro; además, el descontento de esta zona amenazaba con generalizarse a las otras secciones. Ante el incremento del conflicto la CTM apoyó a los trabajadores petroleros, pero al mismo tiempo les pidió que su lucha no suspendiera la producción para no menoscabar las buenas relaciones del Sindicato y la Confederación con el gobierno del presidente Ávila Camacho.

El sindicato de la industria y las secciones en pugna se comprometieron a no realizar más paros mientras duraran las negociaciones conciliatorias con la empresa, marcando un plazo de 10 días para que se llegara a una solución; las pláticas se efectuaron tanto en el nivel general como en cada una de las secciones afectadas. Sin embargo, la invariable intransigencia de la gerencia y su interés por desorientar a la opinión pública, divulgando afirmaciones falsas sobre aumentos de salarios y otras prestaciones, hicieron que el sindicato desmintiera a la empresa —demostrando con cifras que los aumentos al personal de la gerencia eran de proporciones alarmantes mientras que los de los trabajadores eran insignificantes— y que las secciones reiniciaran sus paros, como sucedió en Poza Rica y en la refinería de Atzcapotzalco que el día 26 de febrero realizó un paro de 5 horas.

La Secretaría del Trabajo hizo un llamado al patriotismo de los trabajadores para evitar los paros y buscar la conciliación. El sindicato volvió a declarar que esperaba una eficaz intervención de la Secretaría del Trabajo, que hasta ahora nada había podido contra la intransigencia de la administración de PEMEX, y envió un memorial al Presidente para pedir que se

reconociera la antigüedad de los trabajadores acumulada a la obtenida en las compañías extrajeras; se corrigieran las violaciones al contrato; se retirara a los contratistas particulares de la empresa, sobre todo en el transporte; y que la empresa nombrara un funcionario que pudiera resolver los problemas en cada centro de trabajo; pues, hasta entonces, los asuntos se debían enviar a la gerencia regional y ésta los mandaba a la general provocando enormes demoras en la solución de los conflictos.

El primero de marzo, se reiniciaron las pláticas en la Secretaría del Trabajo, ahora con la intervención del sub-gerente general de PEMEX, con lo cual se esperaba que la representación de la administración pudiera llegar a tomar algunas resoluciones para superar el conflicto. El sindicato sostenía como demanda la solución a los puntos enumerados en el memorial enviado al Presidente. La gerencia, por su parte, hizo una condena pública de los paros resaltando su ilegalidad y evidenciando las pérdidas que ocasionaban a la empresa y al país. Sin embargo, en esta ocasión el Sindicato ya no ofreció detener los paros pues argumentó que era muy difícil controlarlos mientras no fuesen resueltos los problemas señalados. Las autoridades del trabajo, a pesar de que condenaron enérgicamente los paros, no estaban dispuestas a emprender acciones represivas; la misma Suprema Corte declaró no haber recibido ninguna demanda de la empresa en contra de los trabajadores que pararon, y que, de recibirla, y en caso de que los paros fuesen considerados ilegales, se le impondría una multa al Sindicato sin que ninguno de los miembros fuese afectado individualmente; además, como los paros no habían sido votados, la multa no sería la más alta.

Finalmente, el 9 de marzo fueron suspendidos los paros en virtud de que el sindicato y la empresa llegaron a un acuerdo mediante el cual se resolvieron las violaciones más importantes —como eran los salarios anómalos, que no se incluía el pago de emergencia y el problema de la reclasificación de trabajadores a los cuales PEMEX daba tareas de niveles más altos, conservando salarios más bajos—, quedando pendiente lo relativo a la antigüedad y algunas demandas de las secciones como la de los tomadores de tiempo. Simultaneamente el Sindicato informó que el día 17 presentaría su proyecto para el nuevo contrato colectivo.

El día 24 de marzo se iniciaron las pláticas entre el Sindicato y la empresa para la revisión del nuevo contrato colectivo de trabajo; los representantes del STPRM declararon que tenían esperanzas de que se llegaría a un acuerdo en el plazo de 60 días señalado por el Presidente. Sin embargo, los buenos propósitos fueron insuficientes para resolver las diferencias; la intransigencia de la gerencia volvió a surgir y el sindicato emplazó a huelga el 14 de abril, indicando como fecha para estallarla el 20 de junio, plazo que fue ampliado, como un gesto de buena voluntad, por el Sindicato hasta el día último del mes.

Durante el periodo de las primeras negociaciones, se resolvieron los con-

flictos de los tomadores de tiempo y nuevas demandas de la sección de Poza Rica satisfaciendo plenamente a los trabajadores; con ello, las demandas regionales quedaban casi totalmente superadas, concentrándose todo el esfuerzo en la negociación del contrato colectivo de trabajo.

Pero las dificultades surgidas en las pláticas por la intransigencia de la gerencia de la empresa, obligaron a que el Presidente interviniera para poner fin al conflicto, afirmando que las demandas económicas de los trabajadores serían resueltas satisfactoriamente pero sin señalar el monto de los aumentos, dejando que las partes buscaran un acuerdo al respecto. Las nuevas negociaciones se realizaron en medio de una crisis en la distribución de la gasolina que la empresa explicaba por falta de transporte en un intento por justificar la incorporación de concesionarios privados, a lo cual el sindicato se negaba y respondía que la crisis no se debía a la falta de transporte sino a la pésima administración de la gerencia.

Como era de esperarse, las pláticas no condujeron a ningún acuerdo y el 29 de julio se rompieron, obligando a una nueva intervención del Presidente quien dijo que él fijaría las cláusulas referentes a lo económico cuantificable; para hacer posible la decisión presidencial se acordó prorrogar el contrato colectivo vigente hasta el día 17 de septiembre, dando lugar a que pasara el informe presidencial, sin que estallara la huelga.

Finalmente, el nuevo contrato colectivo de trabajo fue firmado con la aceptación de las partes a las proposiciones del Presidente, las cuales satisfacían parcialmente las demandas de los trabajadores, y así se puso fin al conflicto. Pero, la gerencia empezó a violar las disposiciones del nuevo contrato, negándose a pagar los aumentos pactados, dando lugar a nuevos conflictos en las distintas regiones, los cuales no terminarían sino varios años después.[43]

La lucha de los petroleros era una evidencia clara de que no estaban dispuestos a someterse al gobierno ni a la empresa, y que tampoco abandonarían la defensa de sus derechos económicos.

El Sindicato de Trabajadores Mineros y Metálurgicos de la República Mexicana (STMMRM)[44] había empezado, desde años atrás, una importante tarea de organización que daba sus frutos en 1944. A diferencia de los sindicatos de industria, de los petroleros y ferrocarrileros, el minero no tenía una estructura piramidal en la cual las secciones dependieran del Comité Ejecutivo Nacional; cada sección era, en realidad, un sindicato autónomo que mantenía sus relaciones contractuales y jurídicas con la empresa en donde sus miembros vendían su fuerza de trabajo. El Comité Ejecutivo Nacional era más un órgano de coordinación que una instancia de poder superior a

[43] *Ibid.*
[44] *Ibid.*

los sindicatos o secciones. Esta estructura que tenía la ventaja de dotar a cada parte de mayor autonomía, evitando fenómenos como la burocratización y las pugnas fratricidas como sucedía en el sindicato ferrocarrilero, tenía como desventaja que las negociaciones con el capital se desarrollaban de manera bastante dispersa, haciendo más difícil la solidaridad en conjunto de las secciones. La labor de organización del Comité Ejecutivo consistió en procurar que la mayoría de los contratos vencieran al mismo tiempo, con la finalidad de promover una negociación conjunta frente al capital.

Los esfuerzos de organización permitieron que el 4 de abril de 1944 el sindicato Nacional emplazara a huelga a las 105 empresas con las cuales tenía relación laboral; la fecha para estallar fue fijada el 4 de mayo. Las demandas eran las siguientes:*a*] pago con carácter definitivo de los aumentos salariales fijados por la Ley de Emergencia del Salario Insuficiente; *b*] aumento del 50% de los salarios actuales incluyendo el aumento de emergencia; *c*] pago del aumento a partir de la presentación del pliego; *d*] pago de los salarios aumentados que dejen de percibir los trabajadores durante la huelga; *e*] pago de los gastos que ocasione la huelga; *f*] en las empresas en donde no exista, establecer el contrato colectivo de trabajo; *g*] exigir el cumplimiento del contrato y la reparación de las violaciones; y *h*] pago de los demás daños que sufra el sindicato por la huelga.

La justificacion de las demandas fue expuesta por el sindicato en un documento perfectamente elaborado y en el cual se mostraba con cifras las grandes ganancias que habían tenido las empresas con motivo de la guerra y el desequilibrio de los factores de la producción que había ocasionado el alza de la vida, por una parte, y, por la otra, el incremento de los beneficios en tablas comparativas evidenciaba que el salario de los minero-metalúrgicos era inferior, en promedio, al que percibían los obreros de la industria manufacturera. La seriedad y el buen juicio denotaban un largo proceso de maduración en la preparación del conflicto.

El 14 de abril, se iniciaron las audencias en la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje (JFCyA) las cuales se podrían extender hasta el día 25. Las empresas mineras tomaron con poca seriedad el planteamiento de la disputa y, en actitud de rebeldía para con la Junta, se negaron a asistir a las audiencias. Ante la seriedad del conflicto que se planteaba por la actitud empresarial, el secretario general, Juan Manuel Elizondo, se entrevistó con el Presidente para darle a conocer la posición del STMMRM. El Presidente tomó partido por los trabajadores minero-metalúrgicos, declarando que la realización de una gran convención obrero-patronal era lo indicado para resolver todas las dificultades de dicha industria. Agregó que se podría llegar a establecer una convención de condiciones de trabajo que rigiera para toda la industria, teniendo en cuenta las categorías de las empresas, el valor comercial de los minerales, los costos de producción, etcétera. La declaración de Ávila Camacho era en realidad una reafirmación de los objetivos que se había planteado el sindicato: la formulación de un contrato ley. Al día si-

guiente, el sindicato apoyó públicamente la declaración presidencial para la creación de un contrato general para la industria y convocó para la convención obrero-patronal del contrato ley de la industria minero-metalúrgica. El propósito era, por supuesto, unificar las condiciones de trabajos sin que implicara nuevas cargas económicas para las empresas, manteniendo su demanda de un aumento salarial del 50%.

Pese a la declaración presidencial, las compañías mineras, en su mayoría extranjeras, perseveraron en la actitud de ignorar los llamados de las autoridades y de los trabajadores, el silencio era su única respuesta. El sindicato minero, buscando la conciliación y la celebración del contrato ley, aplazó la huelga el 3 de mayo, dando un plazo de 20 días, dentro del cual las empresas deberían dar una respuesta a las peticiones del sindicato.

El conflicto minero-metalúrgico fue una excelente ocasión para que se evaluara el alcance de la tesis de Vicente Lombardo Toledano de *no más huelgas*. En un editorial del periódico *El Popular*, del 6 de mayo, se leía: "¡No más huelgas!, manifestó, en discurso memorable Lombardo Toledano, pronunciándose contra la lucha huelguísta como práctica normal para resolver las disputas entre el capital y el trabajo durante la actual etapa de guerra. Nuestro periódico coincidió con la opinión expuesta por el líder obrero continental y lo confesó sin embozos. Pero en casos como el de los mineros, la huelga ha sido el recurso forzoso, provocado por la actitud de las empresas extranjeras. Y, en este caso las palabras clarividentes del presidente de la CTAL tienen completa vigencia: Hay patrones que provocan la huelga, porque no sólo están defendiendo intereses sino que están sirviendo de provocadores al servicio de una causa que no es la causa de México y la de las Naciones Unidas. Cuando esto acontezca, señalen al patrón, pidan la colaboración del movimiento obrero, pidan al gobierno que intervenga, obligando al gobierno a que haga justicia, como la ha hecho. Sólo en casos extremos agotadas todas las posiblidades de un arreglo pacífico, fracasada la intervención del estado, agotado el procedimiento de cooperación de otros sectores, de la mediación privada, agotados todos los recursos, ir a la huelga."[45]

La actitud patronal, en verdad, caía dentro de la caracterización que realizó Lombardo, pero, además, buscaba demorar la solución y escatimar a los obreros unos cuantos pesos y forzar al gobierno a que rebajara los impuestos a la exportación de minerales. Sin embargo, la presión de los propios trabajadores y del gobierno, además de la solidaridad que se empezaba a generar dentro del movimiento obrero, obligó a que los patrones accedieran a participar en la convención que se inició el 18 de mayo en las oficinas del subsecretario del Trabajo. En la primera reunión, se acordó aplazar por 15 días más la huelga con la condición de que en las próximas reuniones se discutieran los siguientes puntos: *a*] aumento de salarios; *b*] las cantidades que

[45] "El conflicto minero: un chantaje político", *El Popular*, 6 de mayo de 1944, p. 5.

debían aplicarse a las cláusulas de los contratos que tuviesen prestaciones sociales que ya existieran en los contratos; *c*] las empresas se comprometían a pagar los aumentos con una retroactividad de 30 días a la fecha en que se firmaron los convenios respectivos; *d*] una vez que se hubiera llegado a un acuerdo en los dos primeros puntos, el resto de las cláusulas de cada contrato se consideraría revisado; *e*] una vez firmado el convenio que resolviera los puntos anteriores, los respectivos contratos así revisados tendrían una vigencia de dos años a partir de la fecha en que se firmaría el convenio correspondiente. El acuerdo fue firmado por las empresas más importantes y por el sindicato.

Los acuerdos, a cambio de aplazar la huelga sorpresivamente, dejaron de lado la formulación del contrato ley para aceptar en cambio la negociación por secciones con sus respectivas empresas; la meta más importante se había dejado de lado, a pesar de que se contaba con la simpatía del Presidente. Por otra parte, la negociación aislada con las empresas implicaba el peligro de que los convenios se firmaran en fechas muy diferentes, echando por la borda el esfuerzo organizativo realizado en los años anteriores, y, además, los empresarios aprovecharon la prórroga para distraer las pláticas del problema central. Un grupo de empresas propuso como fórmula de aumento en el salario en términos reales y no sólo nominales, la formación de cooperativas que vendieran productos de primera necesidad a precios de 1943, para lo cual pedían facilidades en el transporte, aduana libre para la importación de granos y otras medidas que pretendían desplazar el conflicto hacia el gobierno. La burla y la intransigencia patronal causaron que la huelga estallara el 8 de junio, mostrando que el compromiso adquirido por los obreros había sido en vano, y, además, les había hecho perder la oportunidad de formular el contrato ley.

El mismo día en que los obreros paralizaron a toda la industria minero-metalúrgica, el gobierno declaró, por intermedio del secretario del Trabajo, que el Estado no recurría a un acto de soberanía para resolver la huelga, dando seguridades a las empresas de que no habría nacionalización y tampoco requisa; el conflicto debería resolverse de acuerdo con las negociaciones entre el capital y el trabajo. Por otra parte, la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje declaró las huelgas mineras, consideradas por separado en cada empresa, como legales y existentes.

La solución en las distintas empresas varió en el tiempo y en la satisfacción de las demandas. En el tiempo, algunas empresas se arreglaron con el sindicato el primer día de huelga, en tanto que otras, particularmente las controladas por la ASARCO, lo hicieron dos meses después. De la misma manera, las reivindicaciones alcanzadas variaron desde aquellas en que no se logró nada pues las empresas carecían de condiciones económicas para otorgar los aumentos solicitados, hasta las que lograron la incorporación permanente del salario de emergencia más aumentos salariales que variaron entre el 5 y 6%, el pago de los salarios caídos y algunas otras prestaciones.

La pulverización de las negociaciones, aun en la situación de huelga, fue desfavorable para el movimiento en su conjunto, pues se perdió la oportunidad de fortalecer la organización sindical frente a las compañías mineras y metalúrgicas, y las reivindicaciones alcanzadas, incluso en los casos más favorables, estuvieron muy por debajo de lo que se había planteado en un principio.

Pero, pese al resultado concreto, la primera huelga general de los mineros mostraba su combatividad y su independencia de los compromisos de las grandes centrales con la unidad nacional. Al mismo tiempo, se mostraba una clara evidencia de que el control político de la izquierda oficial, incluyendo a la burocracia obrera, estaba muy lejos de significar aún el control del movimiento obrero; mientras los grandes sindicatos continuaran manteniendo su independencia y respondieran a la presión de las bases, la propia burocracia estaba impedida de ceder ante el gobierno a riesgo de perder su arraigo y legitimidad entre los trabajadores de la industria.

Al igual que los grandes sindicatos de ferrocarrileros, petroleros y mineros, los distintos sindicatos en que se agrupaban los trabajadores de la industria de generación de electricidad también dieron muestra de independencia y de combatividad frente a las empresas y los acuerdos de las grandes centrales.

El Sindicato Mexicano de Electricistas (SME)[46] emplazó a huelga a la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza Motriz, S.A. el día 23 de abril de 1944, dejando en libertad al Comité Ejecutivo Nacional y a la Comisión de Contrato para ejercer ese derecho cuando lo creyera conveniente. Como ya era costumbre, las pláticas fracasaron debido a la negativa de la empresa a considerar las solicitudes de aumento, por lo cual el secretario general emplazó a huelga para el 30 de mayo y solicitó la revisión del contrato colectivo. Las demandas básicas eran: 50% de aumento salarial, incorporación del aumento de emergencia como salario normal, el aumento de los días de vacaciones, el aumento de plazas sindicales con goce de sueldo y nuevas modalidades escalafonarias.

Ante la inminencia de la huelga, el SME consiguió el 15% de aumento salarial y la incorporación del salario de emergencia, además de una serie de prestaciones sociales que en general satisfacían sus demandas.

El Frente Nacional de la Industria Eléctrica[47] encaró a las subsidiarias de la Bond and Shere Co. que generaban la electricidad en las ciudades de Veracruz, Mérida, Tampico, Puebla, Mazatlán y Zacatecas. Sus demandas básicas eran: un aumento inversamente proporcional al monto de los salarios

[46] Para el análisis del conflicto se consultó toda la información aparecida en *El Popular* y la revista *Tiempo*.
[47] *Ibid.*

que fluctuaban desde el 100% en los más bajos hasta el 10% en los más altos, la incorporación definitiva del aumento salarial de emergencia y otras prestaciones sociales. En este conflicto, la CTM pidió la intervención del Presidente para lograr vencer la resistencia de los empresarios a conceder el aumento. Sin que éste interviniera, el conflicto se solucionó favorablemente a los trabajadores, quienes obtuvieron un aumento del 12% más la incorporación del salario de emergencia y fondos para las prestaciones exigidas.

Finalmente, la Federación Mexicana de Industria y Comunicación Eléctrica (FMICE)[48] emplazó a huelga las compañías generadoras de luz y fuerza motriz de las ciudades de Monterrey, Saltillo y Tuxtla Gutiérrez, exigiendo el 50% de aumento y la incorporación del salario de emergencia; en apenas diez días, entre el 4 y el 14 de octubre, se resolvió el conflicto con un 12% de aumento salarial y con la incorporación del salario de emergencia, siempre y cuando las compañías lograran aumentar sus beneficios con un aumento proporcional de las tarifas.

Los movimientos obreros que hemos presentado, y que se desarrollaron junto a muchos otros como los de telegrafistas, telefonistas, textiles, tranviarios, etcétera, mostraban un comportamiento diferente al que observamos en las grandes centrales obreras. En las bases trabajadoras, en los sindicatos, la lucha tenía una determinación económica más directa: la caída general de los salarios reales debida a la carestía de la vida, la inflación, la política de contención salarial que se inició desde el último año del gobierno del general Cárdenas y la política de tregua social, de no huelgas, aceptada por las grandes centrales en el pacto de unidad, llevó a que los trabajadores se opusieran al capital y en ocasiones al Estado de una manera directa.

En los movimientos obreros que enfrentaban a compañías particulares, la contradicción aparecía en su forma clásica de capital versus trabajo; adicionada de nacionalismo y antimperialismo, también por parte del Estado en calidad de aliado cuando la propiedad era de extranjeros como en la ASARCO; y en las compañías de luz y fuerza motriz, el Estado aparecía ante los obreros primero como vigilante de la legalidad del proceso y después como árbitro o mediador entre las partes.

En el caso de las empresas de propiedad estatal como PEMEX y Ferrocarriles Nacionales, la contradicción se establecía entre los trabajadores y una parte del Estado —identificada con las administraciones de las empresas— en tanto que la otra parte del Estado, representada por el poder ejecutivo encarnado tanto en la figura del Presidente como en la Secretaría del Trabajo, era contemplada como árbitro cuya decisión, sobre todo en el caso del Presidente, era incuestionable. La percepción de la contradicción de los obreros con las empresas del Estado era ambigua; por una parte, los obreros justificaban sus demandas en términos de sus niveles de vida y tam-

[48] *Ibid.*

bién de la posibilidad de las empresas de pagarlos; es decir, una percepción de capital y trabajo; y por otra, se concebía a las empresas como parte del Estado, y por lo tanto como empresas cuya función social era servir a la comunidad y no obtener ganacias para la acumulación del capital. En este sentido, se concebía a las administraciones como ejecutoras de esa función social, la cual debían compartir con los trabajadores y el sindicato, por lo que los administradores no eran visto como patrones que podían hacer uso del derecho del trabajo, tal y como asalariados totalmente independientes del capital sino que los hacían indentificarse como miembros de una institución estatal y, por ende, como parte del Estado. Por lo tanto, el arbitraje no era visto como una instancia separada sino como un nivel superior que representaba los intereses de las dos partes en el conflicto.

En este sentido, es importante destacar que en el caso de las empresas estatales, la lucha obrera recurría más a la realización de paros, acción ilegal en términos del derecho del trabajo y, además, recurrentemente condenada por las autoridades laborales y por el propio Presidente. En cambio, en las empresas privadas, las luchas de los trabajadores se apegaban estrictamente a las normas de la Ley Federal del Trabajo, valiéndose del derecho de huelga. Esta diferencia sólo parece explicable por el hecho de que en las empresas públicas, el gobierno y las administraciones de las empresas desdoblan al Estado en juez y parte, dejando a los obreros, que también se sentían parte de una institución del Estado, en una situación político-legal bastente ambigua que obviamente no existía en las compañías privadas. El Estado podía, haciendo uso del derecho de declarar una huelga ilegal o inexistente, requisar las empresas para solucionar el conflicto; pero, contra los paros de los trabajadores de sus empresas, la respuesta tenía que ser necesariamente política: o se apoyaba a sí mismo imponiendo la ley que sancionaba los paros como ilegales, o apoyaba a los trabajadores en contra de sí mismos. Si se atribuía la razón, definía a los trabajadores como asalariados, negándoles ser parte del Estado, con lo que redefinía inmediatamente los términos de la alianza; si, por el contrario, daba la razón a los obreros, negaba su capacidad de hacer funcionar sus empresas para servir a los intereses de la burguesía. De esta suerte, el paro que obligaba al arbitraje político era para los trabajadores un arma mucho más poderosa que la propia huelga. Es por esto que la CTM unas veces recomendaba y otras se oponía totalmente al uso de los paros como forma de buscar la solución de los conflictos, pues las interrupciones ilegales del trabajo en la medida en que politizaban el conflicto, ponían en jaque su relación de alianza con el gobierno, ya de por si bastante cuestionada.

El gobierno de Ávila Camacho, el primero que enfrentó este conflicto (ya que con Cárdenas existió la administración obrera en los ferrocarriles y la empresa petrolera se creó al final del periodo con intereses compartidos entre el Estado y los trabajadores), mantuvo una posición ambigua; en los ferrocarriles, aprovechó el conflicto intrasindical para favorecer los intereses de la empresa sobre los de los trabajadores; pero en PEMEX, donde no

hubo división, su actitud fue la de mediar los intereses de la empresa con los de los trabajadores, debido a lo cual, en su gobierno, esta relación político laboral no encontró una solución definitiva.

Aparte de esta diferencia básica entre las luchas de los trabajadores según las características del patrón, que en realidad inducían un mayor dinamismo a las luchas en su conjunto, existían otros elementos comunes que los identificaban; por supuesto, la lucha por el incremento salarial; la reivindicación de la inclusión definitiva de los aumentos de emergencia; la mejora de las prestaciones sociales; la lucha por conservar o incrementar la democracia y la independencia de las organizaciones tanto del Estado como de las grandes centrales obreras. Estos elementos de unificación se presentaban como requisito indispensable para realizar las alianzas en términos reales y no burocráticos como ya lo deseaban los fidelistas.

En consecuencia, la presión de las bases obreras sobre sus sindicatos y sobre las grandes centrales era una limitante tanto para la expansión de la burocracia como para su tendencia a separarse de las bases y relacionarse con el gobierno, con mayor autonomía. En el mismo sentido, la defensa de los intereses económicos también debilitaba la capacidad de las burocracias para hacer compromisos que limitaran esos intereses, como lo hicieron en el pacto de unidad obrera. La propia alianza con el Estado y con el partido oficial era supeditada a la satisfacción de sus demandas, de lo cual, los paros eran la prueba más elocuente.

Así, los movimientos obreros producían el efecto contrario al proceso que definió la lucha de clases en las instituciones del Estado, en el ámbito de la trilateral y en las propias organizaciones obreras. En estas arenas, la izquierda oficial, y en particular el movimiento obrero de izquierda o lombardista, perdió importantes batallas: perdió la hegemonía dentro del PRM por la creación de la CNOP, al mismo tiempo que el partido oficial perdía su carácter popular y se desvinculaba de las masas en su sector central; con la supresión del poder legislativo como campo de lucha de las fracciones de la familia revolucionaria, la izquierda perdió una importante arena para presionar sobre el gobierno; las cámaras se convirtieron virtualmente en una caja de resonancia de la política del ejecutivo y en un órgano de apoyo incondicional al mismo; en el cual, el movimiento obrero ya no tenía nada que hacer. La transformación del poder judicial en una institución al servicio de los intereses de la burguesía y particularmente antiobrera y anticampesina, significó la pérdida de otro bastión creado durante el cardenismo; el fracaso de la unidad nacional dentro de la trilateral, por la negativa de la burguesía a comprometerse en el pacto, significó para el movimiento obrero otorgar una tregua social que redundó en una pérdida de las condiciones materiales de los trabajadores y en una disminución de la independencia de las centrales, mientras la burguesía actuaba con plena libertad y se enriquecía a un ritmo nunca antes visto. La creación del Consejo Nacional Obrero fue una camisa de fuerza para la CTM y, en cambio, favoreció el desarrollo de las

centrales derechistas; dentro de la CTM, todo este proceso se tradujo en un fortalecimiento de la burocracia fidelista y en una pérdida de poder de los grupos más democrácticos, al mismo tiempo que la posición de Lombardo Toledano se veía más comprometida con la burocracia.

Como hemos destacado, la clase obrera se veía en la disyuntiva de aceptar el cambio en la correlación de fuerzas y someterse a los intereses ceneopistas, a la política de la conciliación de clases, a la subordinación total al Estado o bien tomar el camino de la independencia y consecuentemente de la oposición a los intereses dominantes del Estado. Hacia esta última opción presionaba, sobre todo, el movimiento obrero realizado en y por los sindicatos, y la posición político-ideológica de Vicente Lombardo Toledano.

La solución a la alternativa planteada al movimiento obrero en especial a la CTM, que pese a todo seguía siendo la única central dentro de la izquierda oficial, fue esbozada por Lombardo en un discurso pronunciado el 11 de abril de 1944, en la inauguración del XXIII Consejo Nacional de la CTM, en el cual presentó un balance de lo sucedido en el período de la guerra y con base en él definió un programa de acción política para la posguerra. El análisis de este proyecto es el objeto del siguiente capítulo.[49]

[49] "Discurso pronunciado por el C. Lic. Vicente Lombardo Toledano, Presidente de la Confederación de Trabajadores de la América Latina, en la sesión extraordinaria del XXII Consejo Nacional de la Confederación de Trabajadores de México", que tuvo lugar en el Teatro del Palacio de Bellas Artes, la noche del 11 de abril de 1944. Versión taquigráfica de Gregorio Martínez Dorantes.

CAPÍTULO III

EL PROGRAMA NACIONAL POPULAR

En el segundo trimestre de 1944, comenzó un periodo de la historia del movimiento obrero y de la izquierda, cuyo centro está dado por el planteamiento de un programa para la posguerra en América Latina y en México, propuesto por Vicente Lombardo Toledano. Con este programa se pretendió hacer frente a las derrotas que la izquierda oficial había sufrido dentro de las instituciones del Estado mexicano, especialmente en las cámaras de diputados y senadores, en la Suprema Corte de Justicia y, fundamentalmente, en el Partido de la Revolución Mexicana, en el cual la creación de la CNOP había desplazado a la CTM como el sector más importante del instituto político; al mismo tiempo Lombardo buscaba la definición de una política nacionalista antimperialista, que permitiera la autonomía de los países latinoamericanos, su desarrollo económico basado en la destrucción de las formas de producción semifeudales y semicoloniales y que el desarrollo de la industrialización redundara en el mejoramiento de las condiciones materiales y sociales de los pueblos y, finalmente, en el logro de formas de gobierno democráticas.

La situación económica generada durante la segunda guerra mundial permitía pensar que los países latinoamericanos, en especial México, estaban en condiciones de emprender un desarrollo autónomo que pusiera fin a la situación de dependencia; se pensaba que la burguesía nacional podía llevar a cabo la industrialización. Políticamente, la posibilidad de un nuevo desarrollo implicaba la redefinición de las alianzas en el plano nacional y la estructuración de América Latina como un subcontinente unido por el interés nacionalista. En el plano mexicano, Lombardo definió una nueva concepción de la unidad nacional que permitiera el logro de las metas planteadas: la redefinición de las relaciones entre el movimiento obrero y el Estado y entre el movimiento obrero y los sectores progresistas del país, incluidos los sectores nacionalistas de la burguesía; para conseguirlo, planteaba como

elementos esenciales el fortalecimiento de la unidad en la CTM, la elaboración de un pacto con los industriales nacionalistas y la conformación de un nuevo partido político que agrupara a todos los sectores progresistas y que permitiera tener una relación de independencia con el Estado sin llegar a la oposición sino a una relación de colaboración crítica.

La definición de este proyecto que hemos llamado nacional popular, las luchas sociales que se dan para lograr su realización o para impedirla, las modificaciones en la situación de la economía y las modificaciones en la correlación de fuerzas en el plano nacional e internacional son el objeto de estudio de este capítulo. El periodo histórico que cubre nuestro análisis va desde principios de 1944, cuando Lombardo Toledano presentó su primera formulación, hasta agosto de 1947, cuando es expulsado de la CTM; en este último año, la economía mexicana experimentó una crisis que puso fin a las expectativas de un desarrollo basado en la burguesía nacional; con el inicio del gobierno de Miguel Alemán, las relaciones entre el Estado mexicano y el movimiento obrero sufrieron un fuerte deterioro, abriendo una etapa de luchas con un signo político diferente.

A. *La definición del programa nacional popular.* Hemos realizado el análisis del programa de Lombardo Toledano de acuerdo con los principales discursos que el líder poblano pronunció durante el periodo citado, de abril de 1944 a enero de 1947, cuando el programa es expresado en su forma más acabada.[1] En lugar de ceñirnos al estudio de cada discurso, hemos preferido

[1] *Los documentos considerados para el análisis del Programa Nacional Popular son los siguientes:*

Vicente Lombardo Toledano, Discurso pronunciado en la sesión extraordinaria del XXIII Consejo de la Confederación de Trabajadores de México que tuvo lugar en el Teatro del Palacio de Bellas Artes, la noche del 11 de abril de 1944. Versión taquigráfica de Gregorio Martínez Dorantes, Mecanografiado.

Vicente Lombardo Toledano, "Fundamentos del programa de la Revolución Mexicana en la posguerra", discurso pronunciado a nombre de la CTM, de la CNC y de la CNOP, en la Asamblea Nacional del Sector Revolucionario de México, efectuada en el Palacio de Bellas Artes durante los días 4 y 5 de septiembre de 1944. Versión taquigráfica, en *Revista del Futuro*, México, mayo de 1945, pp. 48 a 54.

"Lombardo Toledano fija la posición del movimiento obrero de América Latina, sobre las relaciones económicas entre las naciones de este continente". Fechado 5 de marzo de 1945. La publicación se llama *Revista Futuro*, México, abril de 1945, pp. 43 a 46.

Vicente Lombardo Toledano, "Balance de la conferencia interamericana sobre los problemas de la guerra de la paz", fechado 10 de marzo de 1945, en *Revista Futuro*, México, abril de 1945, pp. 47 a 51.

"Un documento histórico sobre la expropiación petrolera, discurso de Vicente Lombardo Toledano", *Revista Futuro*, México, abril de 1945, pp. 52 a 55.

Comité Nacional de la CTM, "Significación del pacto obrero-industrial", en *Revista Futuro*, México, mayo de 1945, p. 55.

Vicente Lombardo Toledano, "Examen de la Conferencia de San Francisco", discurso pronunciado en el mitin efectuado el 18 de mayo de 1945 en la Arena México, versión taquigráfica, en *Revista Futuro*, México, junio-julio de 1945, pp. 36 a 46.

hacerlo tomando el conjunto de ellos, destacando en los casos que juzgamos pertinente las variaciones de sus concepciones a lo largo del periodo. Presentamos el análisis de acuerdo con los siguientes temas: *a*] los fundamentos teóricos; *b*] su concepción de la realidad a nivel mundial, latinoamericano; y *c*] análisis de la realidad mexicana y la formulación del programa nacional popular. Aun cuando tratamos cada tema por separado, intentamos recuperar cada uno de los puntos en los posteriores, procurando evitar el esquematismo y la simplificación del pensamiento lombardista.

a] El análisis de los fundamentos teóricos. Esta parte del pensamiento lombardista es indispensable tanto para comprender su interpretación de la realidad como para ver la forma en que se deslinda de otras posiciones que imperaban durante la época. Lombardo Toledano se inscribe plenamente en el pensamiento marxista y más específicamente en el predominante durante la III Internacional; para él, el punto de partida es la caracterización de la posguerra como parte de un período histórico definido por el imperialismo; en consecuencia, no se trata de una nueva etapa del desarrollo histórico sino que está unida orgánicamente al período bélico y más ampliamente al desarrollo del capitalismo desde finales del siglo pasado. Las fuerzas económicas y sociales que dieron origen a la guerra eran, para Lombardo, las mismas que continuaban actuando en la posguerra. El conocimiento preciso de

Vicente Lombardo Toledano, "El proletariado ante la sucesión presidencial", discurso pronunciado en el II Consejo Nacional Extraordinario de la CTM, efectuado el 6 de junio de 1945 en el Teatro Iris, al protestar el Lic. Miguel Alemán como candidato de la CTM a la Presidencia de la República, versión taquigráfica, en *Revista Futuro*, México, junio-julio de 1945, pp. 7-12.

Vicente Lombardo Toledano, "El objetivo fundamental del movimiento revolucionario ", discurso pronunciado en la sesión de clausura del Segundo Consejo Nacional Ordinario del Sindicato de Trabajadores de la Educación, el dia 26 de julio de 1945, en el Palacio de Bellas Artes, en *Revista Futuro*, México, agosto de 1945, p. 64.

Vicente Lombardo Toledano, "Programa de posguerra para la América Latina". Conferencia pronunciada el 5 de agosto de 1945 en el Teatro Iris, en el acto organizado por la CTM, en *Revista Futuro*, México, septiembre de 1945, pp. 48-60.

Vicente Lombardo Toledano, "Movilización total del pueblo para aplastar la ofensiva reaccionaria", discurso pronunciado en la sesión de clausura del Primer Congreso Ordinario del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, en la ciudad de Cuernavaca, Morelos, el día 14 de enero de 1946, en *Revista Futuro*, México, pp. 23-30.

Vicente Lombardo Toledano, "Condiciones básicas para la industrialización de América Latina", discurso pronunciado ante la Asamblea Plenaria de la Tercera Conferencia de los Países Americanos, extracto en *Revista Futuro*, México, mayo de 1946, pp. 32-36.

Vicente Lombardo Toledano , "Intervención inicial en la Mesa Redonda sobre el tema: Objetivos y tácticas del proletariado y del sector revolucionario de México en la actual etapa de la evolución histórica del país", efectuada los días 13, 16 a 22 de enero de 1947, en la sala de conferencias del Palacio de Bellas Artes y en el salón de actos del Sindicato de Telefonistas. Memoria íntegra, versión taquigráfica de Gregorio Martínez Dorantes, publicada en varios números del periódico *El Popular*, 1947.

En las citas siguientes sólo se hará mención de la fecha en que fueron pronunciados los discursos, conferencias o intervenciones.

esas fuerzas era, para él, un requisito indispensable a fin de poder encontrar la explicación acertada de la realidad.

En su caracterización más general del imperialismo, Lombardo recurría al texto clásico de Lenin,[2] del cual destaca dos elementos esenciales. En primer lugar, el monopolio como su especificidad, como su base económica profunda; en segundo lugar, el carácter de última etapa del capitalismo y por lo tanto de transición a un modo de producción superior. Esta última caracterización implicaba para Lombardo la tesis catastrofista sobre el futuro del capitalismo: "el monopolio —escribía— engendra inevitablemente una tendencia al estancamiento y a la descomposición",[3] por lo tanto, lo califica de capitalismo de transición o "más propiamente de agonizante". Como consecuencia de lo anterior, Lombardo se formula dos preguntas: "¿Cuál, particularmente, debe ser la táctica de lucha de los trabajadores en los grandes países industriales y cuál la táctica de lucha del proletariado en los países dependientes, semicoloniales y coloniales?"[4]

Para responder a sus interrogantes, Lombardo recurre al texto de Stalin sobre fundamentos del leninismo[5] y de él obtiene tres conclusiones. Basado en el hecho de que el parasitismo del capital financiero era más evidente e irritante, y que, por tanto, acrecentaba la indignación del proletariado en contra de los fundamentos del capitalismo, desprende la primera conclusión: "agudización de la crisis revolucionaria en los países capitalistas; acumulación de materia explosiva en el frente interior proletario en las metrópolis".[6] Tomando en cuenta la formación de la economía mundial— en la que todos los países son eslabones de una sola cadena, y en su división interna, un puñado de países adelantados imperialistas y una gran mayoría de países sometidos a su yugo— desprende la segunda conclusión: "agudización de la crisis revolucionaria entre los países coloniales; acrecentamiento de la indignación contra el imperialismo en el frente exterior, en el frente colonial".[7] Finalmente, suponía con Stalin que la competencia entre los países imperialistas por el reparto del mundo haría inevitables las guerras interimperialistas, lo que fortalecería al frente proletario y al frente anticolonial; de aquí obtiene la tercera conclusión: "la formación de la coalición en un solo frente mundial revolucionario contra el frente mundial del imperialismo".[8]

La diferencia entre la revolución en los países desarrollados y en los dependientes que resultaba de las conclusiones anteriores, la completaba Lombardo apoyándose en otro texto de Stalin, "Sobre el problema de China", la importancia de la reparación "consiste en establecer una diferencia

[2] Lenin, *El imperialismo, fase del capitalismo,* Conferencia del 5 de agosto, p. 49.

[3] *Op. cit.*

[4] José Stalin, *Fundamentos del leninismo.*

[5] *Op. cit.*

[6] *Op. cit.*

[7] *Op. cit.*

[8] José Stalin, Sobre *el proletariado de China,* p. 50.

estricta entre la resolución en los países imperialistas, en los países que oprimen a otros pueblos, y la revolución en los países coloniales y dependientes, en los países que sóportan la opresión imperialista de otros Estados. La revolución en los países imperialistas es una cosa: en ellos la burguesía es la opresora de otros pueblos; la burguesía es contrarrevolucionaria en todas las etapas de la revolución; falta el factor nacional como factor de la lucha emancipadora. La revolución en los países coloniales y dependientes es otra cosa: en ellos la opresión imperialista de otros Estados es uno de los factores de la revolución; esta opresión no puede dejar de afectar también a la burguesía nacional; en una determinada etapa y durante un determinado periodo, la burguesía nacional puede apoyar el movimiento revolucionario de su país contra el imperialismo; el factor nacional, como un factor por la emancipación, es un factor de la revolución. No hacer esta distinción, no comprender esta diferencia, identificar la revolución de los países imperialistas con la revolución en los países coloniales, significa desviarse de la senda marxista, de la senda leninista y situarse en la de los partidos de la II Internacional. Con base en lo anterior y en forma por demás ortodoxa, Lombardo saca las siguientes conclusiones: "1o. El proletariado de los países imperialistas debe luchar por la revolución proletaria. 2o. El proletariado de los países dependientes debe luchar por la liberación nacional. 3o. La línea para el proletariado de los países imperialistas es la lucha de clases. 4o. La línea para el proletariado en los países dependientes es la unidad nacional, el frente nacional." Finalmente, Lombardo aclaraba que su concepción no implicaba que la revolución estuviese a la orden del día en los países desarrollados o en los dependientes, simplemente señalaba los objetivos, pero no la estrategia o la táctica, lo cual debía resultar del análisis de la realidad de cada país y de la situación mundial.

Cabe detenerse un momento en las tesis postuladas por Lombardo para, sin ánimo de realizar una crítica teórica sistemática, hacer algunas observaciones. El primer lugar, la definición del imperialismo como la última fase del capitalismo en un sentido catastrofista— en el cual el derrumbe estaba asegurado dado el carácter parasitario de los monopolios y las crisis que el imperialismo acrecentaba, lo que quería decir que el capitalismo moriría de muerte natural y no necesariamente revolucionaria— no corresponde al pensamiento leninista, sino al de la II Internacional y, como es bien conocido, dio lugar al reformiso de la social-democracia. Por otro lado, la definición de la teoría revolucionaria para los países coloniales y dependientes transporta la contradicción fundamental de la lucha de clases a la lucha entre naciones como el objetivo fundamental de estos países, tesis que en el pensamiento de Lombardo es llevada al extremo de "la unidad nacional contra el imperialismo." Quiérase o no, en Lombardo la teoría de la revolución se transforma en una teoría de las etapas y no como proceso simultáneo, tal como lo demostraría la revolución china. En este pensamiento gradualista, se coloca en primer lugar la autonomía nacional, durante una lucha antimperialista, que además tiende a superar la situación semifeudal y semicolonial de los países latinoamericanos para después, una vez alcanzado el

desarrollo capitalista, dar comienzo a la lucha de clases. Así, la revolución socialista no aparece como un objetivo de la lucha de los trabajadores, al menos en el corto o mediano plazo.

Dentro de este esquema definido por Lombardo, existen otros dos elementos importantes para su sustentación: en primer lugar, el carácter semifeudal de los países latinoamericanos y en especial de México, identificado por el predominio de la agricultura sobre la industria y por la existencia del latifundio como tenencia de la tierra y, más generalmente, por el atraso imperante en las zonas rurales y el escaso desarrollo industrial. En segundo lugar, está la tesis de que la lucha economicista de los trabajadores por mejores salarios no conduce a nada ni siquiera al mero aumento de los salarios reales —este objetivo secundario sólo se puede lograr con la intervención del Estado, debiendo estar apoyado por los trabajadores y por el pueblo y, podríamos decir, por la unidad nacional—; no hay posibilidad de aumentar los salarios reales sin un control de precios por parte del Estado. En un enfoque más amplio, la elevación de las condiciones de vida de los pueblos de Latinoamérica dependía menos de la lucha de clases que del desarrollo capitalista. Lombardo afirmaba que la revolución técnica en la agricultura y la revolución industrial eran la única salida real, pero este desarrollo no se podría llevar a cabo si antes no se lograba la independencia del imperialismo por medio de la unidad nacional, cerrando así su concepción teórica.

En el mismo sentido, es importante referirnos a la teoría política o, mejor dicho, a la concepción de la política que tenía Lombardo. Aun cuando no hay textos explícitos al respecto, es posible afirmar que mantenía una visión de la política y de la ideología como reflejo de la economía. Al respecto, hay algunos pasajes en la obra de Lombardo que muestran con claridad nuestra afirmación. Por una parte, podríamos citar su definición del fascismo como un producto del desarrollo monopolista del capitalismo; pero el ejemplo más claro, posiblemente por extremo, lo encontramos en su análisis de las dictaduras en América Latina, entre las cuales diferenciaba las de tipo personal, las tradicionales, de las fascistas, fundamentalmente de Argentina con Farrel-Perón. Las primeras, decía, son fruto "de nuesta propia estructura económica, de antecedentes históricos de todos conocidos", las segundas eran el resultado de una teoría contraria a la democracia, era un intento colonizador del fascismo internacional y en especial del español. Refiriéndose a la lucha en contra de las dictaduras personales, Lombardo afirmaba, en abril de 1944, lo siguiente:

"Yo sé bien que existe una aspiración legítima en tanto y tanto latinoamericano (...) que desearían cambiar la situación de su pueblo, pero no es este el momento (...) ustedes han esperado cien años, que esperen unos años más. No le hagan el juego, sin quererlo, al fascismo. Esperen. *Las dictaduras de tipo personal basadas en regiones semifeudales, de latifundio, de*

[9] *Ibid.*

ausencia de industria, desaparecerán al final de la guerra. Desaparecerán, no porque nosotros lo deseemos desde el punto de vista de nuestro ideal, ni tampoco porque creamos que se va a crear un ambiente mental tan importante en el mundo que estos gobiernos se van a caer solos. No. Se *van a caer, como se caen siempre los regímenes en la historia, por causas fundamentales económicas.*"[10]

El economicismo de Lombardo tiene dos implicaciones de la mayor importancia: la primera es que la democracia es una resultante del desarrollo del capitalismo industrial competitivo, el monopólio engendra el fascismo, por lo tanto, la lucha por la democracia pasa necesariamente por la lucha por el desarrollo capitalista. En este sentido, las características autoritarias o antidemocráticas de los Estados latinoamericanos eran consideradas como elementos transitorios que serían superados con el avance del capitalismo; pero, tal vez, lo más importante era que esta concepción economicista llevaba a Lombardo a mantener una relación con las bases de tipo autoritario y paternalista; mantenía la concepción de que las masas estaban impreparadas, que no eran capaces de comprender la realidad, que no estaban capacitadas para participar en política; por lo cual, lo único que podían hacer era confiar en sus líderes a quienes correspondía tomar las decisiones.[11] Estas concepciones llevaron a Lombardo a concebir el juego político como la resultante de la acción de los líderes y no propiamente como el proceso de la lucha de los trabajadores; su acción siempre estuvo orientada a buscar el consenso entre los líderes más importantes en términos del control de trabajadores, sin importarle mucho si su relación con la base era democrática; buscaba la unión entre los líderes esperando que esto diera la unión entre las "impreparadas" bases.

Por otra parte, su econocimicismo le llevó a concebir para los países latinoamericanos, semifeudales y semicoloniales, un Estado carente de clase hegemónica y cuya hegemonía estaba en crisis, y, en consecuencia, un Estado que sufriría fuertes transformaciones por el desarrollo económico. El Estado de transición, definido por Lombardo como la revolución burguesa, tenía como enemigo principal al imperialismo que buscaba mantener a las naciones latinoamericanas en su condición anterior de sociedades semifeudales, ubicadas dentro de una división del trabajo que les asignaba el papel de productores de materias primas y compradoras de manufacturas. Sin embargo, en el interior de estas naciones no existía una clase burguesa capaz de hegemonizar el proceso y no existía porque la burguesía industrial era apenas incipiente en su desarrollo, no tenía la fuerza suficiente para enfrentar al imperialismo, además de que la burguesía existente se encontraba dividida entre los intereses nacionalistas y los coloniales. En consecuencia, el Estado

[10] Discurso del 11 de abril, p. 38.

[11] James W. y Edna Monzon Wilkie, *op. cit.*, p. 331. Sobre la democracia véase: discurso del 14 de enero de 1946, pp. 24 y 25.

de transición no podía encontrar fuera de los trabajadores una fuerza suficiente para dirigir el proceso de emancipación de la nación.

Así, cuando Lombardo se pregunta cuál es la clase social que debe dirigir la revolución burguesa, descalifica a la burguesía por las razones que ya mencionamos, y se contesta afirmando que es el proletariado quien debe encabezarla. Al proletariado, escribía Lombardo en enero de 1947, "le conviene, y por lo tanto debe encabezar la revolución democrático burguesa porque el capitalismo, la democracia burguesa, es un paso progresista con relación al pasado esclavista y feudal del país. Le conviene, además, porque desde el punto de vista del tránsito histórico, el capitalismo es un paso hacia el socialismo respecto del feudalismo y de la esclavitud. Le conviene también [...] porque con este desarrollo el proletariado mismo crece, se fortalece como clase social. Al proletariado le conviene [...] porque *sólo él* es la fuerza social que puede impedir que las cargas que implica el desarrollo capitalista de un país que está viviendo en una etapa anterior al propio desarrollo burgués, caiga fundamentalmente sobre las masas populares.

"Es importante para el proletariado (...) porque entre los propios partidos del desarrollo democrático burgués hay quienes piensan que el régimen democrático burgués en nuestro país debe ser un régimen de tiranía y de explotación del pueblo, a semejanza de lo que ocurrió en Japón, en donde hubo una transformación del feudalismo al capitalismo, pero de acuerdo con un sistema de tiranía y de superexplotación de las grandes masas del pueblo.

Hay otros también que, deseando la transformación histórica, no desean sin embargo (...) que sirva para lo que el proletariado quiere que sirva también que es la independencia del país frente al imperialismo.

Debe encabezar, el proletariado, la revolución democrático burguesa, además de lo dicho, por otra causa: porque es la única forma de elevar el nivel de vida de las masas populares".[12]

Sin embargo, la dirección del proletariado para conducir la revolución democrático-burguesa no implicaba, en el pensamiento de Lombardo, una acción unilateral de la clase sino su inclusión dentro del frente nacional, de la unidad nacional. A la debilidad del sector industrial de la burguesía, correspondía una debilidad del proletariado, y a éstas correspondía la debilidad del Estado frente al imperialismo. Sólo con la unidad nacional, comandada por los trabajadores, o mejor dicho por sus líderes, cabía la posibilidad de llevar adelante la revolución burguesa en los países dependientes.

De esta manera, el análisis teórico de Lombardo era coherente con su concepción general de la contradicción principal y las conclusiones que obtenía

[12] Intervención de enero de 1947, p. 4.

para el ámbito interno de las naciones latinoamericanas. Independientemente de que ahora podamos afirmar y demostrar sin grandes dificultades que estaba equivocado— sobre todo en su interpretación de la revolución en los países coloniales y en los dependientes y por lo tanto en la definición de los objetivos que marca para el proletariado— es necesario reconocer que Lombardo compartía la interpretación puesta en boga por la III Internacional, por la línea dogmática stalinista; gran parte de la literatura marxista que ha permitido hacer la crítica al marxismo de ese periodo es posterior e incluso varios de los textos de los propios fundadores eran desconocidos para el conjunto de los marxistas. Además, los economistas no marxistas —piénsese en el pensamiento de la CEPAL— llegaron a conclusiones similares sobre las posibilidades del desarrollo de las sociedades latinoamericanas de la posguerra: la "ilusión" del desarrollo autónomo vía industrialización estaba en la realidad de aquel entonces. No es por la vía de descalificar el esquema teórico de Lombardo por donde podemos comprender su fracaso; lo que corresponde para tal fin es ver de qué manera la realidad, los cambios en la situación económica y las modificaciones entre las fuerzas sociales fueron desmintiendo los postulados teóricos, lo cual haremos en el capítulo siguiente.

Para comprender mejor la concepción teórica de Lombardo, es importante que nos detengamos en la revisión de cómo veía el líder poblano las otras interpretaciones que se hacían de la posguerra, y sobre todo, de las desviaciones que detectaba dentro del pensamiento marxista. Entre las primeras, Lombardo señalaba que ya durante la segunda guerra mundial se presentaban las siguientes tesis: una era la teoría del llamado "superimperialismo" sustentada por los grandes monopolios de los países imperialistas que pretendían erigirse en un poder hegemónico sobre todo el mundo. Esta tesis era tachada de anticientífica por desconocer las pugnas interimperialistas que impedían el proyecto de unión hegemónica. Otra era la teoría del regreso a la libre competencia, sostenida por las pequeñas burguesías nacionales de los países dependientes, quienes suponían que la guerra no era sino un episodio que en nada afectaría la situación anterior. Esta interpretación era rechazada porque pretendía ignorar que el capitalismo había llegado hacía mucho a la etapa monopolista y del capital financiero que aplastan la libre competencia. Otra más era la del "nuevo orden cristiano" sostenida por la alta jerarquía de la Iglesia católica que pretendía instaurarla sobre todo en los países de tradición católica y regímenes de corte corporativo fascista. De ella, Lombardo decía que era falsa por cuanto pretendía un regreso al feudalismo ignorando toda la etapa histórica del capitalismo. Finalmente, Lombardo señalaba la teoría de la revolución socialista inmediata y simultánea en todos los países de la tierra, proclamada por falsos izquierdistas que olvidaban que el capitalismo tenía un desarrollo desigual que exigía estrategias revolucionarias particulares en los diferentes países.

Después de la guerra, Lombardo distinguía las siguientes tesis: la de libertad irrestricta del comercio internacional proclamada por los grandes

monopolios internacionales, una libertad sin barreras arancelarias, sin ninguna reglamentación a las inversiones extrajeras, un mundo fácil para sus intereses hegemónicos. También reaparecía la teoría del "nuevo orden cristiano" que ahora ofrecía la colaboración de clases como piedra angular de las sociedades contemporáneas; esta teoría apareció por primera vez en la Encíclica *Rerum Novarum*. Finalmente, con respecto a las naciones coloniales y semicoloniales, apareció la tesis del abandono de la unidad nacional y "del ejercicio irrestricto e irresponsable, de la lucha de clase contra clase". Las críticas a estas interpretaciones son fundamentalmente las mismas que mencionamos a las anteriores; sólo cabría señalar que respecto a la colaboración de clases, Lombardo recuerda que la lucha de clases no puede ser abolida mediante buenos deseos debido a que pertenece a la esencia de las sociedades capitalistas. A este respecto, es pertinente decir que Lombardo permanentemente va a diferenciar su teoría de la que postula la colaboración de clases; él no afirma jamás tal tesis —como han interpretado generalmente sus críticos—, lo que él hace es circunscribir la lucha de clases dentro de los intereses "supremos de la unidad nacional". Sólo cuando los patrones se niegan a otorgar los derechos que corresponden a los trabajadores y cuando todas las vías de conciliación han sido agotadas, entonces la lucha de clases debía ser emprendida con toda energía y con el apoyo solidario de toda la clase; la diferencia, que algunos pueden decir que es de matiz, nos parece fundamental; basta recordar que la idea de la colaboración de clase llegó a sostener la necesidad de la desaparición de las organizaciones de los trabajadores.

Respecto a las desviaciones dentro del marxismo, Lombardo señalaba fundamentalmente dos: la desviación de derecha y la desviación de izquierda. La primera correspondía a la tesis de la fatalidad histórica y geográfica que sostenía que la vida de México está en tal manera condicionada a factores de afuera —importantes y decisivos para la vida de nuestro país— que sería una locura pretender lo imposible: la autonomía plena de la nación mexicana. El aspecto más importante de esta teoría es el que afirma que el gobierno debe proponerse el desarrollo económico del país, la transformación del régimen pasado que aún vive con la cooperación principal de las fuerzas extranjeras; evitando toda fricción difícil de resolver válidamente para México, sobre todo, entre los intereses nacionales y los extranjeros; que, en tal virtud, sólo una política de interdependencia de nuestro país, principalmente con los Estados Unidos, podría ayudar a resolver los problemas domésticos de nuestra nación. Obviamente, esta tesis resultaba falsa para Lombardo pues desconocía el carácter de contradicción fundamental que tenía el imperialismo con respecto a los intereses de autonomía del país; esta tesis no era sino el reverso de la llamada "superimperialismo". La desviación de izquierda es la que afirmaba que había llegado el momento de la lucha del proletariado y de las fuerzas revolucionarias que pudieran unirse en este empeño contra todo lo que fuera el cumplimiento directo, inmediato, mecánico, de los objetivos de la Revolución Mexicana, y que, el gobierno del país se debía convertir en un instrumento, en un simple medio de las

fuerzas del proletariado o, de lo contrario, había que considerar que el gobierno estaba entregado a los enemigos de la elevación de los niveles de vida del pueblo, del desarrollo económico del país y de la independencia de la nación.[13]

De la desviación de derecha, Lombardo afirmaba que felizmente estaba desapareciendo dentro de las interpretaciones de la izquierda, sobre todo a partir de Miguel Alemán. Respecto a la desviación de izquierda— que él identificaba principalmente con los trotskistas y con algunos líderes del movimiento obrero que privilegiaban la lucha económica del proletariado, dejando en un segundo plano la lucha por la autonomía—, Lombardo consideraba que era el mayor peligro enfrentado por los trabajadores en aquel momento histórico, según su concepción de la unidad y la lucha antimperialista.

En la rápida exposición que hemos hecho de las distintas interpretaciones de lo que debería ser el ordenamiento social en el nivel internacional y nacional durante la posguerra, podemos ver que el pensamiento teórico de Lombardo Toledano estaba elaborado sobre un conocimiento profundo, sobre todo si consideramos su época y el nivel de otras interpretaciones que diferentes intelectuales realizaron sobre el mismo tema. El pensamiento del líder teziuteco era el producto de un sesudo análisis que tomó en cuenta tanto las formulaciones de sus enemigos principales y secundarios como las posibles desviaciones en que podía caer el propio análisis marxista —de no ser riguroso en la aplicación de la metodología y de no apegarse a un conocimiento de la realidad latinoamericana y mexicana— lo cual, independientemente de sus resultados, siempre le preocupó. Estas observaciones son importantes por cuanto permiten comprender el apego que tuvo a una línea política a pesar de que las circunstancias históricas se iban volviendo adversas; el hecho de que su formulación teórica estuviera en muchos de sus puntos cercana a las tesis de la burguesía (sobre todo en cuanto a la necesidad del desarrollo y la colaboración de clases, así como de las desviaciones del marxismo, por ejemplo en la necesidad de las inversiones extranjeras para el desarrollo económico pero con reglamentación estricta o sin reglamentación, o en la lucha de clases, cuya subordinación a la unidad nacional provocaba que en algunos momentos la diferencia con la desviación de izquierda se volviera difusa) provocaba que su teoría estuviera sometida a una permenente tensión, tanto científica como política; tensión que Lombardo siempre resolvió por la vía de la ortodoxia, por el sostenimiento permanente de sus tesis teóricas, como la podremos mostrar cuando confrontemos los cambios que se dieron en la realidad con su posición política. Ahora pasaremos a mostrar su interpretación gencral de la realidad durante la posguerra.

b] *La interpretación de la realidad.* Como ya habíamos mencionado, Lombardo se preocupa por entender el momento histórico de la posguerra en toda su amplitud, es decir en su manifestación mundial, latinoamericana y mexicana. En el nivel global destaca los términos más generales como la

[13] Conferencia del 5 de agosto, p. 52 e intervención de enero de 1947, pp. 2ss.

existencia de dos sistemas: el capitalismo y el socialismo, ubicando en el primero a la mayoría de los países del mundo como una fase de transición hacia el socialismo. El capitalismo se encuentra en su última etapa, en la del imperialismo que es su etapa de descomposición. En este sentido Lombardo afirmaba que la segunda guerra mundial había introducido importantes cambios en el sistema mundial, pero que éstos no eran los que se habían imaginado algunos analistas. La guerra no había puesto fin a ninguno de los sistemas imperantes, no había suprimido dentro del capitalismo la contradicción entre las clases sociales, lo cual sólo se podía dar con la superación total del capitalismo; de la misma manera, no había suprimido la contradicción entre las potencias imperialistas, ni éstas y los países coloniales y semicoloniales; asimismo, la guerra no había suprimido la base económica que dio origen al fascismo, es decir, no suprimió al capital monopolista, por lo que el peligro de su renacimiento en los países imperialistas estaba presente.

En cambio, admitía que la guerra había debilitado al capitalismo como régimen global, que la destrucción de las potencias del Eje —Alemania, Italia y Japón—, así como gran parte de las economías de otros países europeos como Francia, Holanda y Bélgica, redundaba en un quebranto del capitalismo como sistema general dentro del cual emergía como la potencia mayor Estados Unidos. Dentro de este proceso destacaba la crisis del imperio británico que procuraba por todos los medios, incluso la intervención del Estado en el manejo de importantes sectores de la economía, la rehabilitación de su industria y la reconstrucción del imperio, amenazado por la mayor capacidad del sistema productivo norteamericano. En Francia e Italia señalaba la existencia de importantes movilizaciones populares que luchaban contra los monopolios por una reforma importante de la política económica y por la instauración de democracias populares. En el mismo sentido de quebranto del capitalismo, señalaba que la guerra había fortalecido al proletariado de los países imperialistas y en especial al de Estados Unidos donde el CIO (Congress of Industrial Organizations) había decidido la creación de un partido político, el Comité de Acción Política, que mostraba un adelanto en el atrasado proletariado norteamericano; igualmente la victoria del Partido Laborista en la Gran Bretaña le parecía un avance importante del proletariado inglés.

La guerra también había producido el fortalecimiento de los países coloniales y de los dependientes que exigían que la conflagración concluyera con una victoria de la libertad y la civilización. En el mundo colonial destacaba la existenca de movimientos revolucionarios contra el imperialismo; en la India, en Indonesia, en Indochina, en Birmania, en los países Árabes se buscaba por diferentes medios y distintos objetivos la liberación de los pueblos del imperialismo británico y francés. En los países dependientes la lucha también era intensa, sobre todo en China donde el pueblo intentaba una democracia profundamente popular, en contra del pasado esclavista y de los señores feudales que se oponían a la unidad nacional para conservar sus intereses; de la misma manera, en Canadá, en Nueva Zelandia, en Australia,

en Turquía y en África del Sur se luchaba para obtener la independencia no sólo política sino también económica del imperio británico; en América Latina señalaba como un hecho generalizado el renacimiento de los deseos de emancipación del imperialismo extranjero que procuraba con el apoyo de los sectores reaccionarios perpetuar su situación anterior a la guerra.

En forma general, Lombardo encontraba en la situación internacional un fortalecimiento del frente revolucionario contra el imperialismo, el cual se beneficiaba del crecimiento y consolidación de la URSS y de las democracias populares de la Europa del este. La contraparte de este fortalecimiento estaba dada por el creciente poder de la economía norteamericana, de los monopolios y de su ambición imperialista sobre todo el orbe. Al respecto nos parece importante reproducir el siguiete texto del líder poblano: "Este fortalecimiento de los monopolios ha producido de un modo fatal un cambio de carácter político. Es decir, aun cuando presentados los hechos de manera esquemática, podríamos afirmar que el crecimiento de los monopolios (. . .) los empuja hacia la toma del poder político. ¿Cuáles son los efectos de estos hechos, de esos hechos económicos y políticos? Hay, desde luego (. . .) los planes, los programas de carácter económico, de acuerdo con los cuales el capital norteamericano tendría una importancia hegemónica en el mundo. El llamado plan Clayton —primero presentado a los países americanos en la Conferencia de Chapultepec y luego al mundo entero— consiste en pedir que el mundo se mantenga en el porvenir inmediato como hasta hoy, para que el enorme volumen de la producción industrial de los Estados Unidos tenga mercados asegurados en todas partes, para que el capital sobrante de los Estados Unidos tenga mercados seguros de inversión, y para que la enorme maquinaria industrial de los Estados Unidos tenga asegurada sus fuentes de materias primas.

(. . .) Otro de los aspectos en el campo económico ha sido la noticia de los empréstitos a diferentes países del mundo, empréstitos de posguerra. Quiero recordar sólo uno, un caso como ejemplo: el empréstito hecho por el gobierno norteamericano al gobierno británico. Este empréstito, que ha sido objeto de comentarios de todo tipo es, en realidad, un caso revelador de este efecto económico del crecimiento de los monopolios durante la segunde guerra mundial en el gran país de norteamérica. Consiste el empréstito (. . .) en un acto de ayuda a la industria británica, pero hasta el límite justo para que ésta jamás, en ninguna circunstancia, pueda hacer competencia a la industria yanqui, y a condición de que el gobierno inglés permita, disminuyendo las tarifas y las barreras aduanales, que las mercancías americanas de cierto tipo pasen el mercado británico y también impidiendo que Inglaterra pueda hacer alianza de carácter económico y financiero con ciertos países de Europa, con el fin de formar un bloque, una alianza o asociación que tuviese como intención, aun cuando remota, la competencia con la producción industrial de Estados Unidos.

(. . .) Otro de los hechos de carácter económico que es el fruto también de este enorme desarrollo de las fuerzas monopolistas de los Estados Unidos, es la política de control de producción petrolera mundial por parte de los intereses yanquis, en alianza a veces, según el caso, con los intereses del imperialismo británico (. . .).

Estos hechos bastan para demostrar los efectos económicos que este crecimiento de los monopolios está produciendo en la política exterior de los Estados Unidos, pero también este desarrollo de los monopolios ha tenido efectos políticos. Podríamos decir que estos efectos políticos se caracterizan por la lucha de las propias fuerzas monopolistas contra las fuerzas democráticas, contra el movimiento obrero, dentro y fuera de los Estados Unidos.

Ya hace tiempo que el New Deal del presidente Roosevelt, todo ese conjunto de garantías tendientes a elevar el nivel de vida de las masas trabajadoras, a asegurarle una compensación en los casos de desalojo de trabajo, etc., han venido siendo destruidas de un modo paulatino y firme. Pero el hecho que caracteriza más este efecto político del crecimiento de los monopolios, que es, naturalmente, el complemento del efecto económico, es la derrota electoral del Partido Democrático de hace apenas unos cuantos meses.

Pero otro hecho además del económico y del político, otro efecto es el militar, y éste para nosotros de un modo principal consiste en el proyecto, en el plan, llamado Truman, para la organización militar del Continente Americano."[14]

En resumen, la situación mundial se presentaba para Lombardo Toledano como ampliamente conflictiva; por una parte, el fortalecimiento del socialismo y del frente revolucionario antimperialista que amenzaba derrumbar a los imperialistas en crisis, sobre todo al británico; y por la otra, el surgimiento del imperialismo más poderoso de la Tierra que busca poner bajo su hegemonía no sólo a los países coloniales y dependientes, sino también a las viejas metrópolis. En consecuencia, Estados Unidos era el enemigo principal.

A lo largo del periodo de 1944 a 1947 la interpretación de Lombardo Toledano sobre la realidad latinoamericana tiene dos preocupaciones distintas: en la primera el peligro del fascismo es todavía el núcleo que organiza el análisis, y ya en la segunda es el imperialismo. Como es obvio, en cada uno de los casos el enemigo a vencer es diferente, y consecuentemente su interpretación se centra sobre distintos factores sociales; pero veamos, rápidamente, esos dos momentos.

[14] Intervención de enero de 1947, p. 7.

En el primero, tomando como base el discurso que pronunció en 1944, Lombardo destacaba, en primer lugar, la situación de Argentina, Bolivia y Paraguay en donde se habían instalado, por medio de golpes militares, gobiernos profascistas que, aliados con la España franquista, se proponían relizar la Magna Hispano-América que de acuerdo con nuestro autor, no sólo pretendía atacar a Estados Unidos sino, pasada la guerra, reconstruir el viejo imperio español, dirigido por un Estado totalitario. Es importante recordar que en esta época Lombardo insistía en la necesidad de mantener la alianza con las naciones que luchaban contra el nazifascismo y en especial con Estados Unidos. En el mismo discurso destacaba los golpes de estado fracasados en Colombia y Chile, las revueltas fracasadas en Costa Rica y el Salvador, y la preparación de una revuelta en Brasil. Los hechos anteriores, junto con el atentado contra la vida del presidente mexicano por un grupo de fascistas, evidenciaban la gran actividad que mantenían las fuerzas profascistas en América Latina.

En su análisis de estos grupos fascistas, Lombardo presentó el cambio de su táctica a lo largo de la guerra, mostrando su carácter oportunista en la forma de irse acomodando a las circunstancias. Señaló que los fascistas del subcontinente primero ayudaron a Franco para que tomara el poder en España; después de que llegó al poder emprendieron una campaña de desprestigio contra el pasado liberal, contra las tradiciones liberales de los pueblos latinoamericanos y procuraron el desprestigio de los líderes de la independencia; de la misma manera atacaron al pueblo de Estados Unidos, pero no al imperialismo de quien siempre fueron lacayos; procuraron revivir viejas querellas con el fin de confundir a la opinión pública y debilitar la alianza contra el fascismo. Esta campaña contra Estados Unidos la acompañaron de otra orientada a revalorizar la hispanidad.

A partir de Stalingrado, cuando los ejércitos nazis fueron obligados a retirarse, los fascistas sostuvieron públicamente el principio de la neutralidad; después del ataque a Estados Unidos en el Pacífico, propugnaron porque hubiera una ruptura de relaciones con las potencias del Eje, pero no una declaración de guerra; más tarde pidieron que ésta fuera simbólica, no real; que no se comprometiera a las naciones latinoamericanas en el conflicto bélico. Más tarde, cuando todo estaba en su contra, levantaron la bandera del anticomunismo y empezaron a fingir amistad con Estados Unidos, retractándose de sus ataques anteriores e iniciando al mismo tiempo una campaña para propalar que la libertad religiosa estaba en peligro, buscando revivir el conflicto religioso.

Todo lo anterior lo resaltaba Lombardo para señalar que el peligro del fascismo continuaba vivo en América Latina, que la tesis de la unidad nacional era más necesaria que nunca. Con este propósito, el líder obrero llegó a hacer la diferencia entre las dictaduras fascistas y las de tipo personal, pidiendo a los que luchaban contra estas últimas que esperaran un poco más

para no hacerle el juego, sin querer, a los intereses fascistas, y sosteniendo el argumento, al cual ya nos hemos referido, de que terminada la guerra estas dictaduras serían arrasadas por el desarrollo económico del imperialismo. La esperanza de que una vez terminada la guerra vendría un ascenso de la vida democrática, no encontraba cimientos en la realidad, y el mismo Lombardo lo reconocía cuando afirmaba que de no existir la unidad, el fascismo aún podía triunfar; pero esto era más evidente en el segundo análisis que presentó de América Latina.

Con poco menos de un año de diferencia, en marzo de 1945, Lombardo presentaba otro análisis de las causas del atraso de Latinoamérica, la nueva intepretación estaba basada en las resoluciones de la Conferencia Obrera Mundial realizada en Londres y en las resoluciones del Segundo Congreso General de la CTAL realizado en Cali, Colombia, en diciembre del año anterior, y se puede resumir en los siguientes diez puntos:

1. La América Latina goza, desde el principio de la centuria pasada, de independencia política. Pero a semejanza de las demás colonias y de los restantes países semicoloniales y dependientes del mundo, carece de independencia económica.

2. La explotación económica que han venido ejerciendo las fuerzas imperialistas de esas potencias se realizaba, en primer término, como resultado de la inversión de sus capitales.

3. Dicha explotación económica se ha ejercido también, en segundo término, a través de la extracción de materias primas y de la colocación en el mercado de productos manufacturados. El propósito más importante de la exportación de capital hacia los países latinoamericanos consiste en el control de las fuentes de materias primas.

4. Los monopolios comerciales extranjeros explotan económicamente a los países latinoamericanos con la imposición de precios extraordinariamente bajos a las materias primas y de precios extraordinariamente altos a los artículos manufacturados.

5. Esta triple explotación económica ha producido el retardo y la deformación en el desarrollo de la América Latina. Toda su estructura económica ha sido organizada en función no de las necesidades de consumo de sus propios pueblos sino de las exigencias de abastecimiento de las enormes instalaciones industriales de los grandes monopolios extranjeros.

6. De acuerdo con la finalidad anterior, el capital extranjero invertido en la América Latina, ha desenvuelto algunas ramas de la agricultura, de la ganadería y de la minería; ha frenado el crecimiento de la industria en general, pero particularmente la industria pesada, y ha canalizado el crédito, re-

gulado el comercio y trazado las vías de comunicación y los sistemas de transporte en su propio y exclusivo beneficio.

7. Tal política ha traído como consecuencia que la mayoría de los países latinoamericanos se hayan convertido en regiones monoproductoras; y por consiguiente que se vea obligada a importar una proporción muy alta de artículos manufacturados y hasta alimentos fundamentales para el consumo nacional.

8. Por otra parte, para consevar el monopolio de las materias primas y los mercados de América Latina, el capital extranjero ha mantenido aislados entre sí, desde el punto de vista comercial, a los países latinoamericanos.

9. La explotación económica que realizan las fuerzas imperialistas en la América Latina ha constituido el apoyo fundamental para mantener el sistema esclavista y feudal superviviente de la Colonia española. El latifundio les ha garantizado una explotación de las fuentes de materias primas a muy bajo precio; un freno permanente contra todo intento de desarrollo de la industria nativa y, sobre todo, un régimen político fundado en la dictadura personal, que ofrecía plenas seguridades al capital invertido en tierras, minas, fábricas y transportes.

10. El atraso histórico de la América Latina, proveniente de la explotación imperialista y de la supervivencia del sistema esclavista y feudal, es la causa de que las grandes masas de la población de los países latinoamericanos se encuentren en una situación verdaderamente espantosa de miseria, de insalubridad y de ignorancia, debido al bajo nivel de su capacidad de producción, al que corresponde una exigua riqueza nacional, una renta nacional igualmente baja y un consumo nacional proporcionalmente escaso.[15]

Finalmente, es necesario recordar otro aspecto del análisis que sobre Latinoamérica realizó Lombardo; el referente al comportamiento de las naciones latinoamericanas en el seno de las organizaciones internacionales, principalmente en la Liga de las Naciones y en la Conferencia de San Francisco en la cual se formó la Organización de las Naciones Unidas. Sin entrar en detalles, el análisis de Lombardo recuerda sucesos que durante la guerra, y después de la misma, mostraron que la mayoría de los países tuvieron una conducta totalmente supeditada a los intereses que marcaba Estados Unidos, evidenciando otro rasgo de la dependencia hacia el imperialimo.[16]

La concepción que Vicente Lombardo Toledano tenía de la realidad latinoamericana, y que hemos tratado de resumir lo más fielmente posible, nos muestra algunas tensiones que es importante destacar. En primer término, su estudio se mantiene al margen del análisis de clases, para colocar en su lu-

[15] Discurso del 5 de marzo de 1945, p. 44.
[16] Discurso del 18 de mayo de 1945, pp. 43 y 44.

gar el conflicto entre naciones, entre imperialismo y países semicoloniales o dependientes; incluso en su análisis del fascismo en la región, las fuerzas sociales no están definidas de acuerdo con su ubicación clasista sino de acuerdo con los intereses nacionales que defienden. Difícilmente uno podría negar que los hechos referidos por Lombardo y los mecanismos de acción del imperialismo sean falsos, o que no correspondan a la realidad de aquellos años; sin embargo, la falta de análisis clasista, de las formas internas de operación del imperialismo, de sus alianzas económicas y políticas, le lleva a plantear la relación con el imperialismo de manera mecánica; todo se debe al imperialismo. Si junto a este planteamiento colocamos el comentario crítico que ya habíamos hecho acerca del economicismo de Lombardo, podemos comprender mejor el carácter causal-mecánico de su interpretación; sólo manteniendo a los factores políticos e ideológicos como reflejos del acontecer económico es posible manejarse con la contradicción entre naciones sin tener que recurrir al análisis de la lucha de clases. Antes de concluir este comentario es necesario que veamos la interpretación de Lombardo sobre la realidad mexicana, pues sin lugar a dudas su estudio sobre México es mucho más rico y complejo que el mundial o el latinoamericano que hemos presentado, aunque obviamente se encuentra en el marco de éstos.

c] *Análisis de la realidad mexicana y la formulación del programa*. Para presentar el pensamiento de Lombardo sobre la realidad mexicana procuramos partir de los enfoques más generales hasta llegar al análisis coyuntural de la situación del país en enero de 1947.

En este análisis, Lombardo destaca tres grandes problemas como los fundamentales: el primero era la inferioridad de nuestro país en lo que a recursos materiales se refiere; el segundo era la supervivencia de elementos del régimen esclavista y feudal de la Colonia española; y el tercero era la intervención de los imperialismos en la vida de la nación mexicana. Respecto al primero, decía que el suelo mexicano tenía una inclinación mayor a 10° en un 60% de su superficie, lo cual era impropio para el desarrollo agrícola; con la excepción del maíz, todos los demás cereales no se dieron en nuestra tierra y destacaba que la mayoría de los animales domésticos venían de Europa o Asia. Considerando que sobre esta pobreza natural se asienta más del 60% de la población económicamente activa del país, calculaba que a cada campesino correspondía una parcela no mayor a las 3.5 hectáreas de tierra laborable, lo cual era insuficiente para un desarrollo importante de la agricultura; además señalaba el bajo nivel de los rendimientos por hectárea que obtenían los campesinos mexicanos debido al uso de técnicas atrasadas.

Sobre el segundo gran problema, Lombardo recordaba que el régimen colonial no desarrolló la agricultural nacional, privilegiando la producción de minerales preciosos para la metrópoli; además, el monopolio comercial, que creció en los dos únicos puertos con que cuenta el país, Veracruz y Acapulco limitó, junto con las alcabalas, el florecimiento del comercio interno; asimismo, el régimen colonial impidió la expansión de ciertas ramas de la

agricultura, como en el caso de la destrucción de los olivos plantados por los misioneros en el siglo XVI, con el propósito de obligar a la colonia a importar los productos agrícolas que ella producía; los estancos fue otra medida que inhibió el desarrollo de la producción industrial; la única actividad industrial era la confiada a los artesanos, a los que se obligaba a organizarse en ordenanzas que significaban el monopolio de la producción y la distribución de los productos y un fuerte freno para su desenvolvimiento. No obstante la característica más importante del régimen colonial fue el latifundio tanto eclesiástico como laico, este último sometido a la Iglesia por medio de las hipotecas —al finalizar la colonia, la Iglesia católica era propietaria de más del 60% de las tierras del país. Las revoluciones de la Independencia y de la Reforma permitieron rompr el poder de la Iglesia, pero en la medida en que se prohibió toda propiedad a las corporaciones, inclusive a las civiles, el latifundio fue reconstruido en términos laicos, llegando a la época del porfiriato en donde el 1% de la población poseía el 97% de la tierra y se conservaban formas disfrazadas de esclavitud; durante el porfiriato también se recrearon sistemas que se oponían al desarrollo de la industria nacional; sólo se desarrolló la textil, que según Lombardo era un apéndice de los latifundios, del régimen de la hacienda, pues la venta de la manta dependía de las buenas cosechas del maíz.

A partir de 1880 comienza, siempre de acuerdo con Lombardo, la etapa decisiva en el desarrollo de nuestro país: la lucha del imperialismo por establecer su dominio; ya no pedían aranceles bajos sino todo tipo de facilidades para explotar nuestros recursos y establecer las industrias que les interesaban como el petróleo y la minería. Los mecanismos de operación del imperialismo eran los mismos que ya señalamos respecto a la situación latinoamericana y que consideramos innecesario repetir aquí.

Para Lombardo Toledano esta situación se extendió hasta 1915, cuando se inicia la gran transformación operada por la Revolución Mexicana. El movimiento revolucionario inició la destrucción del latifundio; para 1942, el 62% de la población del campo ya poseía tierra, se había operado la democratización de la base de la vida nacional; sin embargo subsistía aquella fisonomía de prohibiciones, de obstáculos, de miseria y de atraso técnico. Todavía pesaba sobre México la porbreza original, su falta de recursos materiales para la agricultura. En la industria, Lombardo reconocía que se habían realizado progresos importantes, pero aún insuficientes; del total de la producción industrial únicamente el 10% correspondía a las industrias básicas, electricidad, siderúrgica e industria química. Un país que no poseía esas industrias era un país obligadamente dependiente del extranjero. Por otra parte, y en la medida en que la proporción del capital extranjero en la riqueza nacional había disminuido, en 1905 era el 30% y para 1940 bajó al 20%: el proceso de emancipación de la nación había realizado pasos significativos; de la misma manera, el establecimiento de centros de trabajo del Estado en forma de corporaciones autónomas, coadyuvó a incrementar nuestra independencia al aumentar nuestra riqueza económica. Los logros

obtenidos por la revolución le permitían a Lombardo decir que: "ha comenzado en los últimos años una etapa distinta en la historia de nuestro país. Pero todavía no somos una nación emancipada; aún no, por desgracia".[17]

En síntesis, Lombardo veía en los tres problemas básicos que hemos señalado las causas de la enorme pobreza de nuestro país, pobreza que él ejemplificaba señalando que la mortalidad en México era dos veces mayor que en Estados Unidos y la infantil tres veces mayor. En la educación, el 60% de los mayores de nueve años no sabía leer, de cada cien niños que ingresaban a la primaria, 95 no la terminaban. La mayoría de la población mexicana estaba enferma de tuberculosis, sífilis, anemia, parasitosis. "Este es el cuadro vivo de una nación que no está integrada por perezosos o por mala raza sino por viejos esclavos; hay hombres libres desde el punto de vista de su conciencia, pero todavía aprisionados por un régimen de semidependencia del extranjero y de supervivencia del pasado feudal".[18]

De este recuento general de las condiciones del país en el primer quinquenio de los años cuarenta, Lombardo Toledano partía para presentar su interpretación de los aspectos políticos en que encontraba la sociedad mexicana y en consecuencia derivar la estrategia política que le correspondía al proletariado y a las fuerzas progresistas. Durante el periodo que estamos analizando —1944 a 1947— no existen cambios fundamentales en la concepción lombardista, pero sí se encuentra una explicación progresiva de sus planteamientos estratégicos por lo cual vamos a presentar, resumidamente, los distintos momentos de sus formulaciones.

En el mes de abril de 1944, Lombardo pronunció un discurso en el cual expone por primera vez su preocupación por lo cambios que traerá la posguerra y las modificaciones políticas que, a su entender, es necesario realizar. En ese documento mencionó que a partir del 18 de marzo, el siguiente paso de la Revolución Mexicana era la unidad nacional y no la continuación del periodo ascendente de la revolución; sosteniendo que la táctica de los partidos y de los pueblos no depende de su voluntad, sino de las fuerzas que se oponen a su trayectoria, afirmó que después de la expropiación, fuerzas tremendas se asociaron no sólo para impedir que se consumara el acto de soberanía nacional, sino para hacer que retrocediera, devolviendo el petróleo a las empresas extranjeras y pretendiendo hacer tabla rasa de la Revolución Mexicana.

En el esfuerzo por realizar la unidad, decía, sobrevino el problema de la sucesión presidencial de 1940, y con las perspectivas de una guerra que podía abarcar a todo el mundo. Se planteó por lo tanto un grave caso de responsabilidad histórica para el sector revolucionario. Lombardo narró que enton-

[17] Discurso del 4 y 5 de septiembre de 1944, p. 50.
[18] *Ibid.*

ces se propuso la alternativa de apoyar a un hombre revolucionario como Cárdenas o incluso más que él, o apoyar a otro que siguiera el camino de Cárdenas dentro del nuevo escenario de la guerra y que fuera garantía del mantenimiento de la unidad nacional que la expropiación petrolera ya había cuajado. Señaló que la primera opción era la de los impacientes, la otra, la de los revolucionarios conscientes de que la elección de un revolucionario parecido a Cárdenas implicaba el peligro de ser víctimas de agresiones de afuera muy peligrosas e irreparables. Por eso se inclinaron por Ávila Camacho.

Después de desmentir a los impacientes y a los provocadores que según Lombardo habían acusado injustamente a Avila Camacho de rectificar la obra de Cárdenas, de haberse opuesto al pueblo, de rodearse de elementos de paz; el líder obrero se preguntaba quién había tenido la razón y para mostrar que la respuesta era favorable a su posición citó una serie de verdades a medias. Partiendo de la afirmación de que después de la agresión a Pearl Harbor, la tarea principal de los revolucionarios ya no era asegurar la Revolución Mexicana, sino contribuir a ganar la guerra al lado de Estados Unidos y de los otros países de América y del mundo. Según él, sólo comprendiendo esto se podía evaluar la labor realizada por el gobierno avilacamachista. En ese sentido afirmaba que la tierra se había seguido repartiendo al mismo ritmo que la repartió Cárdenas, lo cual obviamente era falso; la política de irrigación era más amplia que en el pasado, como complemento de la reforma agraria —pero se abstenía de mencionar a quién favorecían las obras. En materia laboral decía que no había habido, por parte de las autoridades del trabajo, un solo laudo o sentencia contrarios a los intereses de los trabajadores —pero no hablaba de la actitud de la Suprema Corte. La Ley del Seguro Social, que según él era la más avanzada del mundo, era otro triunfo además del gran crecimiento de las obras de infraestructura que unificaban al país.

En educación, que era el renglón donde estaban las mayores deficiencias, se había corregido el rumbo y ya se contaba con uno de los mejores secretarios de educación de la época postrevolucionaria —no había mención de la política anticomunista del mismo, ni de la rectificación de la educación socialista que él mismo defendiera en el pasado. La política internacional y la defensa eran intachables, pero no había referencia al tratado comercial de 1942 por medio del cual se hacían concesiones inadmisibles para el país por cuanto favorecían a Estados Unidos —de la misma manera que en el terreno de la defensa soslayaban los ataques a Cárdenas cuando éste estaba al frente de la Zona Militar del Pacífico. Ciertamente, Lombardo atacaba a algunos funcionarios del régimen tanto de su gabinete como de los estados como malos colaboradores del Presidente, pero omitía tanto los nombres como el hecho de que formaban un grupo más ligado al primer mandatario de lo que estaba la izquierda oficial. En conclusión, y tomando en cuenta las circunstancias de la guerra, Lombardo afirmaba que el régimen era patriótico y justo.

Para reafirmar sus opiniones sobre el Presidente, y desde luego la razón que le asistía al haber apoyado su candidatura, Lombardo señaló la labor de la derecha que procuraba romper la unidad nacional, que atacaba al Presidente, lo que era la mejor prueba de que no había servido a sus intereses. En el mismo sentido, Lombardo dramatizaba el atentado que sufriera el Presidente por parte de un grupo de la reacción, concluyendo, de nueva cuenta, con un llamado a la unidad, que ya para entonces había fracasado como lo mostramos en el capítulos anterior.

Dentro del llamado, Lombardo especificaba la necesidad de una CTM unida, pedía a todos los elementos de los sindicatos que haciendo a un lado los intereses individuales, aunque fuesen legítimos, valorizaran en su justa estimación los conflictos internos de sus disputas con el Comité Nacional, "consideren, decía, que sólo dentro de la CTM unida se podrán resolver los problemas domésticos de cualquier sindicato o región y que, en consecuencia, peleando de acuerdo con nuestro estatuto y nuestros principios dentro de la Confederación, no debe, de ninguna manera, trabajarse para restarle fuerzas a la confederación, ni autoridad al Comité Nacional que preside el compañero Fidel Velázquez".

"Y al compañero Fidel Velázquez y a los demás miembros el Comité Nacional, yo les pido también que mediten la trascendencia de la hora que estamos viviendo. Sólo haciendo una unidad basada en la democracia sindical más auténtica, sólo desentendiéndose de grupos, de intereses individuales o de pasiones que siempre se agitan con el propósito de que el Comité Nacional pueda servir a esos intereses; sólo así, tratando los problemas por encima de cualquier circunstancia, de cualquier grupo o persona, se podrá hacer del movimiento obrero que representa la CTM, la gloriosa CTM, la querida CTM, una fuerza inquebrantable al servicio de la Revolución y de la Unidad Nacional de México."[19]

Después de recordar a los trabajadores que estaban en guerra exclamó: "No huelga! ¡No huelga! ¡No huelga! ¡Oigase bien: no huelgas en México mientras la guerra continúe! Otros procedimientos".[20]

Después, y de acuerdo con el texto citado más arriba, sobre la excepción de los patrones que buscan las huelgas porque no sólo están defendiendo intereses sino que están al servicio de provocadores que defienden la causa que no es la de México, para justificar su política de no huelgas, Lombardo explicaba que los ladrones, la carestía y la crisis en general era producto de la guerra y que si ésta continuaba por más tiempo los mexicanos iban a morir de hambre, pues el dinero que había se desvalorizaba porque no había productos que comprar con ese dinero, había que movilizar los recursos na-

[19] Discurso del 11 de abril, p. 38.
[20] *Ibid.*

turales del país y aprovechar mejor los recursos del trabajo pero, sobre todo, ganar la guerra.

En síntesis, Lombardo se abstenía de atacar la política reaccionaria del Presidente buscando mantener la unidad o la alianza con el movimiento obrero; pedía el sacrificio de los trabajadores que se traducía en la solicitud de abandonar su lucha por democratizar las organizaciones sindicales, dejando en paz a la burocracia cetemista a la que pedía fuese democrática; y se traducía también en la pérdida del nivel de vida de los trabajadores, todo por la unidad para ganar la guerra. Ciertamente, les pedía menos que a los pueblos sojuzgados por las dictaduras "personales", pero de cualquier forma era un compromiso inaceptable, máxime que el movimiento de los trabajadores estaba en ascenso justamente por las reivindicaciones democráticas y económicas a las cuales se pedía renunciar. La solicitud de Lombardo no se puede explicar únicamente por el argumento de la guerra, pues en esos momentos ya era segura la derrota de las potencias del Eje, como él mismo lo señalaba en su análisis de los sectores fascistas de América Latina; si bien el peligro no había desaparecido, ya no amenazaba directamente a las naciones latinoamericanas como una fuerza exterior; el peligro era interno y no propiamente combatible con la unidad nacional para ganar la guerra.

Nos parece que su insistencia en la unidad nacional, la alianza con el Presidente, y la unidad dentro de la CTM —su alianza con la burocracia cetemista—, respondía precisamente a factores internos, respondía a una búsqueda por recuperar el terreno que la izquierda oficial había perdido en los tres años anteriores. Para ello pensaba en la necesidad de algunas reformás básicas, que difícilmente se podían llevar a cabo sin mantener las alianzas con el Presidente y con la burocracia fidelista.

La estrategia para devolver a la izquierda su poder perdido la señaló Lombardo en la última parte de su discurso, del cual reproducimos las partes más importantes, suplicando al lector disculpe su extensión, pero nos parece indispensable para comprender su posición.

Después de condenar al futurismo y de pedir que no se anticipara ninguna campaña presidencial, Lombardo realizó un velado ataque a la burocracia política organizada en la CNOP. "Por esa causa —se refiere al futurismo— dentro del sector revolucionario debe ser destruido el avilacamachismo y debe ser destruido también el llamado cardenismo; entiendo por esas dos denominaciones al grupo, a la pandilla de lambiscones, como decimos en nuestro lenguaje popular, que adulan a sus jefes, no por acto de solidaridad revolucionaria, ni tampoco por amistad limpia, sino con la esperanza de aspirar prebendas que no merecen, y estas camarillas de lambiscones son los que a veces llevan a los hombres a que claudiquen y también contribuyen a crear disturbios de trascendencia en el país."[21] A continuación, y para no de-

[21] *Ibid.*

jar dudas de a quién se refería, Lombado dijo: "Debemos organizar totalmente la estructura del Partido de la Revolución Mexicana que está muerto y despresigiado. Tenemos que hacer un nuevo partido en México, querido por el pueblo, apoyado por los campesinos, los burócratas, la clase media, los soldados, los jefes del ejército, los intelectuales. Un partido de verdad, no burocratizado, no inerte, un partido que vibre con el pueblo, que lo defienda y que lo represente con honor. Ésa es la perspectiva de un partido político nuevo en nuestro país."[22]

Con la afirmación de que el PRM estaba muerto y desprestigiado no sólo condenaba, como lo había hecho en 1943, las reformas que había sufrido y que le habían quitado su carácter de frente popular para convertirlo en una institución burocratizada, alejada de las masas y dominada por la camarilla política, sino también definía la opción de la izquierda oficial como la necesidad de romper con el Partido de la Revolución Mexicana; optaba por el camino de la independencia y de la oposición, las reformas que pedían en 1943 ahora le parecían insuficientes e imposibles. En este propósito está la explicación de la necesidad de que se mantuvieran las alianzas con el Presidente y con el grupo de Fidel Velázquez.

La estrategia de Lombardo no se limitaba a la idea de construir un nuevo partido, se completaba con la formulación de un programa para el desarrollo de la sociedad mexicana, en el cual se planteaban nuevas alianzas y se cambiaba el contenido de la unidad nacional.

Un programa nuevo de la Revolución, decía. El siguiente paso de la Revolución Mexicana, terminada la guerra, óigase bien (...) es el desarollo económico del país, de acuerdo con los industriales, los banqueros, los burócratas, los maestros, los hombres y las mujeres progresistas de nuestro país de todos los sectores sociales (...) hacer que México inicie la etapa de la revolución industrial."[23]

El desarrollo económico lo concebía Lombardo como el desarrollo del capitalismo, para lo cual pensaba en la necesidad de hacer de la agricultura la primera industria nacional que permitiera a los campesinos integrarse al mercado nacional, sin lo cual, pensaba, la industria no podría desenvolverse y el proletariado quedaría varado con obstáculos infranqueables. Planteaba el desarrollo industrial como autónomo, pero sin entrar en contradicción con el desarrollo industrial de otros países, viendo esto como una condición para que el país pudiera mantener relaciones de igualdad con las potencias mundiales. Sostenía que no había otra posibilidad, que aún cuando toda la riqueza se repartiera únicamente entre los campesinos esto no ayudaría en lo más mínimo a resolver la situación: el desarrollo de las fuerzas productivas era indispensable.

[22] *Ibid.*, p. 48
[23] *Ibid.*

Reconocía que el desarrollo del capitalismo favorecía fundamentalmente a los capitalistas, pero que también el resto del pueblo se vería beneficiado; los campesinos, los obreros y las clases medias; incluso los capitalistas extranjeros vendrían al país ya no como filibusteros, sino que vendrían a hacer negocio, pero dentro del plan económico del país, que beneficiara también a la nación mexicana. Desde su punto de vista, Lombardo consideraba que le desarrollo industrial traería aparejado que los industriales progresistas se volvieran un grupo importante, capaz de superar el orden anárquico que tenía la industria. "La revolución económica será también una Revolución en el sentido proletario estrictamente considerado."[24]

Para lograr esta etapa de la Revolución Mexicana, la más trascendente y que se asienta en los logros anteriores, postuló el plan de la unidad nacional para el desarrollo económico de México. Al respecto afirmaba: "si podemos hablar de unidad nacional para el progreso económico de México, porque no hay otro objetivo más revolucionario, óigase bien, más revolucionario y más factible que este objetivo trascendental.

"Para ello es preciso que la unidad nacional sea una unidad vital, activa, militante, constructiva, creadora de una nueva etapa de progreso en México, de un nuevo periodo ascensional en nuestro país."[25]

La idea del desarrollo del capitalismo industrial en el país, el inicio de la revolución industrial como menciona el líder poblano, sobre una base de autonomía e interdependencia con el resto del mundo desarrollado, implicaba la restructuración de las alianzas de clases en el ámbito nacional e internacional. El modelo que colocaba a la burguesía industrial como el sector dominante del proceso de acumulación y consecuentemente desplaza a la burguesía comercial que mantenía la posición dominante en el modelo primario exportador, implicaba también que el Estado mexicano se comprometiera con la nueva política económica y diese un impulso sustantivo a la industrialización. En el plano internacional, la implementación del modelo suponía una renegociación con el imperialismo y con los capitalistas extranjeros para modificar el comercio exterior, las nuevas inversiones en la industria, la política arancelaria, etc. Estas nuevas relaciones nacionales se traducían necesariamente en el cambio radical del contenido de la unidad nacional; las fuerzas democráticas que se habían agrupado en el Partido de la Revolución Mexicana, el frente popular a la mexicana, debían ahora abrir sus filas a los industriales progresistas, comprometidos con el nuevo modelo de acumulación. La inclusión de un sector de la burguesía y la autoexclusión de otros significaba una nueva modalidad en la lucha de clases; siendo el objetivo de la lucha el logro del desarrollo económico, la pugna se establecía en la adopción de modelos alternativos que favorecieran a los intereses particulares de uno u otro sector de la burguesía. En este sentido, el

[24] *Ibid.*
[25] *Ibid.*

papel del proletariado y de las demás clases populares definía como clases o sectores de apoyo a los intereses de uno u otro de la burguesía, pues a pesar de que como decía Lombardo el desarrollo del capitalismo era también uno de los objetivos revolucionarios del proletariado —como un paso anterior para la lucha por el socialismo—[26] también era cierto, y él lo reconocía, que en esta etapa era la burguesía quien se llevaría la parte del león. No obstante, el hecho de que los sectores populares jugarían como clases de apoyo no significaba para Lombardo la sumisión, por lo que proponía no sólo la unidad del proletariado cetemista, sino la formación de un partido popular, del pueblo mexicano, apoyado por los obreros, los campesinos, los burócratas, las clases medias y los militares. El nuevo partido justamente daría la fuerza a estos sectores y en especial al proletariado, para poder influir de manera determinante en el curso de los acontecimientos, planteando la alianza en términos de igualdad.

La alianza con el Estado también era indispensable, no sólo por la necesidad de que el proyecto se tradujera en una política económica concreta, sino también para asegurar dentro de la unidad nacional su arbitraje entre los aliados, su apoyo en la lucha contra los otros sectores de la burguesía opuestos y también para asegurar el carácter nacional del proyecto y defenderlo de los intereses imperialistas. De hecho, como en la unidad nacional anterior, la dirección correspondería al Estado.

En resumen ésa era la opción de Lombardo ante la disyuntiva que la lucha de clases había planteado a la izquierda oficial, forzándola a elegir la sumisión al Estado o el camino de la oposición y la independencia.

En realidad, Lombardo no presentaba una solución radical que se apoyara en uno de los extremos; por el contrario, procuraba romper y neutralizar al grupo avilacamachista que había desplazado a la izquierda oficial —pero sin romper con el Presidente— ofreciéndole un nuevo plan de unidad nacional, sustentado en un proyecto de desarrollo nacional democrático y orientado al desenvolvimiento del capitalismo industrial. De la misma manera, Lombardo mantenía una interpretación matizada del imperialismo que buscaba atemperar sus diferencias con el gobierno norteamericano y tratar de lograr la alianza con el movimiento obrero de ese país, sobre todo con la CIO; en fin aún estaba lejos de denunciar al imperialismo norteamericano como el enemigo principal.

A principios de septiembre de 1944, Lombardo expuso a nombre de los tres sectores del PRM, sin identificarse con éste, la versión más detallada sobre el programa de la posguerra. En su exposición destacó que los sectores marxistas, socialistas y los revolucionarios no socialistas, habían acordado hacía tiempo que las circunstancias históricas internas y las internacionales hacían imposible la abolición del régimen de propiedad privada y la ins-

[26] *Ibid.*

tauración del socialismo en México, que lo que buscaban era básicamente que el país no fuera semicolonial, sino una nación emancipada en lo político y en lo material. Para poder lograr la emancipación se proponía el desarrollo económico como objetivo fundamental, y se concebía como una tarea interclasista. "Transformar la tierra pobre en rica, levantar fábricas en donde no las hay, mejorar los transportes y multiplicarlos, aumentar el volumen de la riqueza nacional; todo esto no es sólo tarea, evidentemente, de los campesinos y los obreros, es también tarea de los demás sectores del país, es obra de todo el pueblo es, debe ser, propósito y objetivo de todos los sectores de México de todas las personas, con la condición de que acepten que las únicas soluciones valederas para nuestro país son las soluciones que aspiran al progreso y no las que miran hacia atrás, hacia el retroceso."[27] Más adelante afirmaba:

El sector revolucionario de México piensa, en consecuencia, que el nuevo programa del sector revolucionario será un programa en el que estén considerados los intereses legítimos de todos los sectores sociales del país. Mayor prosperidad para el porvenir. Sin ella nada es posible pensar del progreso colectivo de la Nación."[28]

Dentro de esta concepción de la nación como unidad, como un todo que debe progresar, Lombardo destacaba nuevamente que sería la burguesía la que obtendría las mayores ganancias, pero que los sectores populares también se verían beneficiados; además, insistía, sólo este beneficio podrían esperar pues fuera de la unidad nacional, no existía ninguna otra posibilidad.

El programa presentado sobre las anteriores consideraciones, estaba dividido en dos partes: una internacional y otra nacional. En la primera se colocaban los siguientes principios:

1. La amistad y la solidaridad de todos los pueblos de la tierra. *2*. La defensa del régimen democrático como sistema universal de gobierno y la lucha contra toda tentativa de entronizamiento, de subsistencia o restauración del régimen fascista en cualquiera de sus formas o modalidades. *3*. La condenación de toda política de agresión y de participación de nuestro país en un sistema internacional de seguridad colectiva, que garantice el respeto a la soberanía de las naciones. *4*. El apoyo a la lucha por la independencia política y económica de todos los países coloniales y semicoloniales y dependientes. *5*. La cooperación más estrecha y fraternal con todos los pueblos de América Latina para el cumplimiento de nuestro común ideal histórico de liberación nacional. *6*. El respaldo más decidido a la política del Buen Vecino, que hace posible la creciente amistad y la cooperación económica entre el pueblo de México y el pueblo de los Estados Unidos, en beneficio de ambos, y el rechazo de una política imperialista en cualquiera de sus manifesta-

[27] Discurso del 5 y 6 de septiembre de 1944, p. 51.
[28] *Ibid.*, p. 51.

ciones. *7.* El cumplimiento fiel de los principios contenidos en la Carta del Atlántico y de la Conferencia de Teherán."[29]

En el plano nacional el programa se resumía en las siguientes tesis:

1. La plena autonomía económica y política de la nación. *2.* El desarrollo económico del país. *3.* La elevación de las condiciones materiales y culturales en que viven las grandes masas del pueblo. *4.* El respeto fiel a la voluntad popular para el eficaz funcionamiento de las instituciones democráticas.[30]

Cada uno de los puntos del programa nacional son desglosados en el discurso de Lombardo Toledano, pero nos parece innecesario referirnos a todos ellos; simplemente queremos señalar dos puntos básicos: el primero se refiere a la plena autonomía que no implica un aislamiento sino que se centra en una estricta reglamentación de las inversiones extranjeras para que se ajusten a los intereses del desarrollo nacional, y el segundo a la intervención del Estado como garante del nacionalismo y de que las tareas del desarrollo económico no se hicieran a costa de las condiciones de vida de los trabajadores.

En la formulación de este programa que hemos denominado nacional popular, se va a centrar toda la acción posterior de Lombardo Toledano. La colocación de la autonomía nacional como el principio básico muestra ya que el enemigo principal es el imperialismo, sin embargo éste no es denunciado con toda claridad, sobre todo porque pensaba que el New Deal continuaría como política central del gobierno norteamericano.

En mayo de 1945, Lombardo explicitaba lo que hemos apuntado acerca del imperialismo cuando afirmaba: "Quiero tomar una definición —del imperialismo— de alguien que es insospechable. El presidente Franklin Delano Roosevelt, en su discurso en la ciudad de Monterrey el día 20 de abril de 1943, dijo estas frases frente al presidente Ávila Camacho y ante el pueblo de todo nuestro país: 'Sabemos que ha pasado ya definitivamente, la época de la explotación de los recursos y del pueblo de un país para beneficio de un grupo de otro país". Contra ese imperialismo, definición perfecta, he luchado, lucho y lucharé, como su primer enemigo, en México o en cualquier parte del mundo en donde yo viva.

"Por imperialismo entiendo pues, no la nación norteamericana; no el pueblo de los Estados Unidos; ni siquiera el capitalismo norteamericano en su conjunto, sino el grupo de los grandes monopolios que quieren hacer del continente americano su feudo y del mundo entero un feudo del Continente Americano controlado por ellos."[31]

[29] *Ibid.*, p. 52
[30] *Ibid.*, p. 52
[31] Discurso de mayo de 1945, p. 46.

Más adelante escribía que aquellos que suponían que el presidente Truman era un rectificador de la obra de Roosevelt se equivocaban rotundamente. "El presidente Truman ha probado ser, en el corto tiempo que lleva de regir los destinos de su país, un continuador de las mejores tradiciones de su patria. . ."[32]

El recorte de la definición del imperialismo, la separación entre economía y política y las falsas esperanzas sobre el gobierno de Truman, eran desde luego un movimiento táctico de Lombardo con el cual quería evitar que el imperialismo yanqui continuara atacando a la CTAL y en general a los movimientos progresistas en toda América Latina. En el mismo discurso que hemos citado, Lombardo identifica al enemigo con los que perdieron la guerra pero que quieren ganar la paz, a los fascistas, a los reaccionarios que le acusaban de querer instaurar el comunismo en América Latina y definió como consignas de lucha del proletariado las siguientes:

1. Unidad del movimiento obrero, por encima de discordias infundadas. *2.* Unidad del sector revolucionario de México. *3.* Unidad de los revolucionarios y de todos los elementos progresistas del país. *4.* Programa único para el progreso industrial y la emancipación de México. *5.* Aumento de la creciente amistad del pueblo de México con el pueblo de Estados Unidos. *6.* Unidad de América Latina. *7.* Autonomía de la política internacional de México. *8.* Cooperación de México para la unidad inquebrantable de las grandes potencias. *9.* Ayuda activa de México para el mantenimiento de una sólida y profunda paz internacional."[33]

Las consignas prestadas por Lombardo son en realidad una síntesis del programa nacional e internacional presentado en septiembre de 1944; sin embargo, aparece la tesis de la unidad entre las grandes potencias con lo cual parece alejarse de sus principios teóricos y de la propia realidad, pues se le podría enfrentar con la crítica que él hacía a la tesis del superimperialismo y a la contradicción entre capitalismo y socialismo que parecía olvidar. Pero no queremos insistir en este elemento que es secundario en su pensamiento y en sus consecuencias.

Lo que nos parece importante es mostrar que su posición frente al imperialismo se fue radicalizando a través de los meses, hasta presentarlo con toda claridad como el enemigo principal; de la misma manera, es importante señalar que la tesis sobre la necesidad del nuevo partido político desaparece de sus escritos hasta 1947, o sea durante el tiempo que duró la campaña presidencial de Miguel Alemán, y finalmente es importante analizar la manera en que su programa para la posguerra unifica su concepción teórica con su interpretación de la realidad.

[32] *Ibid.*, p. 46.
[33] *Ibid.*, p. 45.

Respecto a su posición frente al imperialismo baste señalar que en su discurso de enero de 1947, Lombardo reconoce que el gobierno de Truman ha abandonado el programa del New Deal, que el capital monopolista se ha ido imponiendo en ese gobierno, haciendo que sus pretensiones de hegemonizar al mundo capitalista encuentren apoyo en el Estado estadounidense. De la misma manera denunció el Plan Truman, que buscaba organizar militarmente al continente americano, y a partir de ahí, del fin de la ilusión de una alianza o acuerdo, el imperialismo fue presentado como el enemigo principal del programa nacional popular y de las fuerzas que lo apoyaban.

En lo que se refiere a la necesidad de un nuevo partido político debemos reconocer que nunca fue dejada de lado por Lombardo. La sucesión presidencial de 1946, cuya lucha se inició a mediados de 1945, enfrentó nuevamente, como en 1940, a un candidato oficial con otro de extracción claramente callista y proimperialista como era Ezequiel Padilla, amenazando con dividir a la familia revolucionaria. Ante el peligro, Lombardo cerró filas con el partido oficial y apoyó al candidato avilacamachista, que era el líder del grupo que había logrado desplazar a la izquierda oficial del gobierno y que se había convertido en el principal opositor al cardenismo; Miguel Alemán era el primer candidato ceneopista.

Pese a ello, pese a que Lombardo no podía considerar a Miguel Alemán como su aliado o simplemente como simpatizante de las fuerzas congregadas en la izquierda oficial, se unió a su campaña y participó activamente en ella. La razón de su actitud estaba en las fuerzas que se oponían al candidato oficial, el imperialismo que apoyaba abiertamente a Ezequiel Padilla era el enemigo principal y en su contra se debían unificar todas las fuerzas progresistas. El abandono de la tesis sobre la necesidad del nuevo partido se suponía coyunturalmente con las siguientes consignas:

"*1*. Denuncia y lucha contra el plan de financiamiento desde el extranjero, desde Estados Unidos, de un candidato a la presidencia de la República al servicio del imperialismo y de la reacción. *2*. Denuncia de los agentes mexicanos del imperialismo, como el difunto Partido Laborista Mexicano, que trata ahora de revivir Luis N. Morones para lanzar al 'Quisling mexicano'. *3*. Apoyo decidido a la política exterior del presidente de la República, particularmente ahora, con motivo de la salida de Ezequiel Padilla del puesto de secretario de Relaciones Exteriores. *4*. México debe reasumir su papel ante los países coloniales y semicoloniales del mundo, que estuvo a punto de perder en la Conferencia de San Francisco, debido al acto de traición a la patria de Ezequiel Padilla. *5*. Petición enérgica de un cambio en la política económica del gobierno para aminorar las consecuencias de la crisis económica. *6*. Movilización popular contra los acaparadores y contra la inmoralidad administrativa que los encubre y los acoge. *7*. Un programa económico

nuevo, eficiente, científico, revolucionario. *8*. Apoyo decidido a la candidatura de Miguel Alemán para presidente de la República."[34]

El simple ordenamiento de las consignas, da una idea del cambio coyuntural que sufrieron los principios de la lucha sostenida por Lombardo.

Pasada la lucha electoral y después de la toma de posesión del nuevo Presidente, en el discurso de enero de 1947 Lombardo retomó la crítica al partido oficial, afirmó que el PRI era inoperante, que sólo había servido para la elección del licenciado Miguel Alemán, y que no había logrado superar la crisis del PRM. Por lo tanto, aseguró que en México no existían partidos políticos, pues incluso el PCM había tenido tantas crisis que se había vuelto sumamente débil. En consecuencia propuso la necesidad de crear el nuevo partido popular, un partido diferente; como él decía, el nuevo organismo: "*1*. No será un apéndice del Estado; *2*. No será un bloque de sectores sociales; *3*. No será un organismo de políticos profesionales; *4*. No será un partido marxista o de izquierda; *5*. No será únicamente un órgano electoral".[35] En pocas palabras, no sería ni el PRI ni el PCM.

El nuevo partido debería ser un frente revolucionario, independiente del gobierno, pero que colaborase con él, al mismo tiempo que lo criticase cuando se desviara de los objetivos populares; el partido debería estar formado por la clase obrera, por los campesinos, por las clases medias, pero la afiliación debería ser individual, directa, espontánea, sin presiones y basada en la aceptación del programa. El nuevo partido debería conformarse de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo como había sucedido con todos los partidos anteriores; sería un partido de masas, pero no marxista porque ya existía el PCM, y el movimiento era de unidad, no de competencia.

La tesis del nuevo partido implicaba necesariamente la redefinición de la alianza con el Estado mexicano, implicaba retirar al gobierno el control de las organizaciones de masas que se encontraban en el recién formado PRI; significaba dejar en el vacío a los políticos profesionales que se habían organizado en la CNOP y que habían logrado desplazar a la izquierda oficial como el sector más importante dentro del partido oficial. Pese a la afirmación de Lombardo en el sentido de que el nuevo partido colaboraría con el gobierno de una manera independiente y crítica, el hecho real era que los políticos profesionales, el llamado grupo avilacamachista y de ahora en adelante alemanista, se convertían en enemigos de la nueva organización que los excluía por politiqueros ajenos a los intereses del pueblo.

En este sentido es muy importante mostrar cómo definía Lombardo a los enemigos, las fuerzas reaccionarias, y a sus aliados, las fuerzas revolucionarias. Entre las primeras colocaba en primer lugar al imperialismo porque no

[34] *Ibid.*, p. 44, véase: Rodolfo Dorantes, "En gira con Lombardo Toledano". *Revista Futuro*, México, junio de 1946.

[35] Intervención de enero de 1947, p. 15

deseaba la emancipación de la nación, a la burguesía reaccionaria porque no quería la elevación de los niveles del pueblo, aun cuando quisiera la emancipación de la nación, y a la reacción típica en la cual incluía al clero político, a la prensa reaccionaria y en general a todas las fuerzas conservadoras, que aun cuando quisieran la emancipación del país y la elevación de los niveles de vida de los trabajadores se opondrían a la instauración de un régimen democrático y popular. En cuanto a los aliados de la clase obrera destacaba a los campesinos, ejidatarios, pequeños propietarios agrícolas auténticos, la clase media, la burguesía industrial progresista, parte de los banqueros, parte de los comerciantes; en el exterior se encontraba la Federación Sindical Mundial, la CTAL y todos los pueblos de América Latina y de los países coloniales y semicoloniales.

Dentro de esta definición general de sus aliados y enemigos Lombardo reconocía que las fuerzas de la reacción estaban mucho mejor organizadas desde cualquier punto de vista que las fuerzas del proletariado y del sector revolucionario. "Las fuerzas regresivas, escribía, están todas bajo el mismo mando, sustentan la misma línea, mantienen el mismo programa, emplean la misma estrategia y usan la misma táctica; en tanto que dentro del sector progresista del país compuesto principalmente por el PRI como instrumento electoral y por las grandes organizaciones sociales, el panorama es muy diverso".[36]

El balance que presentaba en enero de 1947 sobre la situación que guardaban las grandes organizaciones es importante por cuanto muestra el deterioro que había sufrido en los años recientes, por lo que vamos a reproducirlo en extenso.

"¿Cuáles son los aspectos de esta situación, los más visibles? En primer término, el movimiento obrero se halla dividido. Existen varias centrales sindicales y aunque es verdad que la Confederación de Trabajadores de México es la organización no sólo mayoritaria sino más representativa de la clase trabajadora, porque ha cumplido actos de enorme importancia no sólo para el proletariado sino para el pueblo entero de México y para la nación mexicana, y el nombre de la CTM estaba asociado a las jornadas más importantes de México desde el año de 1936, la existencia de varias centrales sindicales, aun cuando sean pequeñas, fuera de la CTM, es un hecho que aprovechan las fuerzas regresivas para estar luchando constantemente contra la CTM y contra la unidad obrera en su conjunto, fomentando la rivalidad, aumentándola, y sacando provecho de la división.

"En cuanto a la CTM en concreto, existe también una crisis en su seno, como resultado de factores internos y externos. Hay una rivalidad de bandos en el seno de la CTM. No hay en la actualidad como método de trabajo la costumbre de analizar en común de un modo constante, entre los repre-

[36] *Ibid.*, p. 14.

sentativos de las diversas corrientes que existen dentro de la CTM, los problemas que interesan a la clase trabajadora y al país en conjunto, para hallar una solución justa mediante el análisis crítico que constituya la verdadera opinión del conjunto de la masa de la Confederación. Existe la interferencia constante de las autoridades en el seno de los sindicatos, ya de las autoridades locales y a veces aún de las autoridades de la Federación, que obstaculizan el desarrollo autónomo del movimiento obrero. La falta de una conciencia de clase robusta en la masa, capaz de impedir la corrupción de sus dirigentes; el oportunismo de muchos de sus líderes que, con tal de alcanzar un puesto en el gobierno, y fundamentalmente un cargo de elección popular, a veces traicionan a su causa o abandonan la tarea que les ha sido confiada. La prevaricación de algunos de sus dirigentes por motivos propios; la debilidad en la tarea de la formación de cuadros y la promoción de los mismos, y la supervivencia aun de una escuela de vieja corrupción que hace de los líderes fuerzas que se oponen al nacimiento de nuevos dirigentes. La obra de corrupción, de cohecho de muchos patrones que se quejan de los malos líderes y que los producen ellos mismos, con el objeto de evitar demandas justas de sus asalariados, aun cuando a la postre les resulte mucho más caro el negocio a quienes usan esta clase de instrumentos; y la influencia que inevitablemente ejercen sobre los miembos de los sindicatos, de un modo indirecto a través de sus parientes, de sus mujeres, de sus hermanas, de las mujeres en lo general, los elementos del clero católico reaccionario; todos estos son factores para desunir a la clase obrera.

"En cuanto a la situación interna de otras centrales, de las pequeñas centrales sindicales, claro que existen los mismos problemas de la CTM, pero agudizados, y algunos de los dirigentes de esas pequeñas centrales mantienen la división de la clase trabajadora como concepto y conducta, porque con la división ellos prevalecen como están, y aún tienen la perspectiva de alcanzar una situación mejor, particularmente un cargo político. Por último, son hoy agentes del imperialismo contra la independencia de México.

"En el seno de la Confederación Nacional Campesina hay también una crisis provocada por la falta constante, sistemática, en las comunidades agrarias, de reuniones democráticas que examinen sus propios problemas, que estudien los problemas generales de la clase campesina, los aspectos de la Reforma Agraria, los problemas de la agricultura, de la economía del país. La crisis es provocada por esa falta de trabajo constante y democrático en las Ligas de Comunidades Agrarias, por el hecho de que algunas de las comunidades agrarias son simples instrumentos de los gobernadores, y por la falta de asambleas periódicas de carácter nacional en las cuales los representantes de la clase campesina examinen sus propios problemas.

"En el resto de las agrupaciones de carácter social existen los mismos problemas, sólo que con peculiaridades propias, naturalmente, y el proble-

ma se agudiza más en algunas de ellas que en otras."[37]

Frente a una reacción poderosa comandada por el imperialismo y apoyada en el interior por fuerzas dotadas de amplio poder económico y político, el panorama de los aliados básicos del programa nacional popular no podía ser más desolador. La tarea de reestructurar la unidad orgánica del proletariado y de reorganizar a los sectores populares que proponía Lombardo por medio de la formación del nuevo partido tenía un alto grado de dificultad, la colaboración de otras fuerzas sociales era indispensable para hacer viable el proyecto y esas fuerzas sociales eran fundamentalmente la burguesía progresista y el Estado mexicano.

Respecto a la alianza con la burguesía progresista, básicamente la organizada en la Cámara Nacional de la Industria de Transformación (CNIT), se empezó a desarrollar en 1944 mediante las conversaciones entre el ingeniero Gustavo P. Serrano —entonces presidente de la Asociación de Empresas Mineras y después secretario de Economía del gobierno avilacamachista— y Vicente Lombardo Toledano, con la finalidad de discutir la conveniencia de buscar nuevas líneas de acción que sin merma de ningún derecho permitieran alcanzar las metas de una mejor vida nacional. En principio, estas pláticas no dieron el resultado esperado; sin embargo, en la Conferencia de Chapultepec, en la cual fue presentado el Plan Clayton, la posición asumida por los representantes obreros y los industriales de la CNIT coincidió en su denuncia de los planes librecambistas del imperialismo y en la defensa de una política de industrialización autónoma gestándose la posibilidad de establecer una alianza entre ambos grupos. El 7 de abril de 1945 los representantes de la CTM y de la CNIT firmaron el Pacto Obrero Industrial, en el cual se recogían los elementos centrales del programa lombardista. En el primer párrafo del texto se expresa claramente esta afirmación: "Los industriales y los obreros de México hemos acordado unirnos, en esta hora decisiva para los destinos de la humanidad y de nuestra patria, con el objeto de pugnar por el logro de la plena autonomía económica de la nación, por el desarrollo económico del país y por la elevación de las condiciones materiales y culturales en que viven las grandes masas de nuestro pueblo. . .[38]

El único punto ausente del programa lombardista era el referente a la lucha por el respeto a la voluntad popular y por un gobierno democrático y popular con el cual los industriales difícilmente podían comprometerse, no tanto por tener un rechazo ideológico, sino por sus relaciones con el Estado mexicano en las cuales había el acuerdo tácito de que los empresarios, al menos formalmente, no participaran públicamente en lo político.

En el texto del pacto se asentaba que tanto los obreros como los industriales se unían sin menoscabo de los derechos que les otorgaba la legislación vigente en el país y que se reservaban el derecho de lucha por sus

[37] *Ibid.*, p. 14.

[38] "Significación del pacto obrero-industrial", *Revista Futuro*, México, mayo de 1945, p. 55.

legítimos intereses. En términos más precisos el pacto contenía los siguientes puntos:

"*1*. Tiene como base la necesidad inaplazable en que se encuentra México de liquidar la etapa de la economía feudal, colonial y precapitalista, para convertirse en un país con una agricultura moderna y una industria importante, que le aseguren su autonomía económica y la elevación del nivel material y cultural de sus grandes masas. *2*. La alianza de los obreros y de los industriales es el paso más firme para lograr la unidad nacional que aplicará el programa para la industrialización y el desarrollo económico del país. *3*. La colaboración de los obreros y los industriales sólo puede llevarse a la práctica mediante un acuerdo que establezca claramente la finalidad patriótica que se persigue y un programa que contenga las condiciones de la colaboración, las medidas de orden general que propicien la industrialización y los lineamientos del plan a seguir. *4*. La alianza de los obreros y los industriales no supone la renuncia de ninguna de las partes a sus legítimos intereses, a sus derechos legalmente establecidos o a sus aspiraciones razonables. *5*. El Pacto Obrero-Industrial está exento de exclusividad, partidarismo y sectarismo, cualquier otra organización puede suscribir el plan siempre y cuando respete sus justos términos y condiciones. *6*. La CTM, al firmar el pacto, no ha claudicado a ninguno de sus derechos de clase. Lo que la CTM ha hecho es contraer, en nombre del proletariado que representa, un compromiso leal y preciso para realizar junto con los industriales, con los demás sectores progresistas de la nación y con el régimen democrático, una tarea histórica que al fortalecer y multiplicar la capacidad material y cultural del país, permitirá el mantenimiento y el desarrollo de las libertades conquistadas por nuestro pueblo y en particular por el proletariado y capacitará a México para contribuir más eficazmente al establecimiento de un orden internacional pacífico y justiciero."[39]

En sus comentarios al pacto obrero-industrial Lombardo señalaba que dentro de la clase patronal existían diferencias profundas de carácter ideológico y político. Con el pacto, un sector de la clase patronal se levanta a luchar contra otro sector, contra los comerciantes de México, que con muy raras excepciones luchan en contra de los industriales mexicanos dado que el capital mercantil que aún es la fuerza decisiva del país sólo quiere el aumento del comercio, con quien sea; no están de acuerdo con los aranceles que protegen la industria, ni con el mejoramiento de las condiciones materiales de la población, y su posición los acerca al librecambismo imperialista. En cambio, los industriales mexicanos defienden sus derechos como industriales, porque saben que entre más dependa México del exterior, menos posibilidades habrá aquí de una industria nacional. Cuanto más dependa México del extranjero, menos posibilidades habrá de una clase burguesa nacional, menos posibilidades habrá de una industria mexicana, menos posibilidades habrá para los industriales en conjunto y en lo individual. "Nadie

[39] *Ibid.*

ha engañado a nadie, escribía Lombardo, ni hemos abjurado de nuestros principios, ni los industriales lo han hecho. Ni hemos cambiado nuestras ideas ni tampoco nuestra meta histórica. Pero estamos juntos por los intereses que la burguesía anti-imperialista representa y defiende, por los intereses que la clase obrera representa y defiende también, como médula de un pueblo anti-imperialista. Por eso estamos asociados".[40]

La firma del pacto con un sector de los industriales mexicanos que no era un sector amplio, ni tampoco el más importante incluso dentro de la propia industria, pero que se caracterizaba por su carácter combativo y abiertamente nacionalista, daba a Lombardo un apoyo muy importante en su lucha para hacer realidad su programa nacional popular y para la formación del nuevo partido político.

Respecto del otro aliado que necesitaba el líder poblano para llevar a cabo su programa, el Estado, la situación fue mucho más compleja que con los industriales. Para Lombardo Toledano ningún proyecto social podía ponerse en práctica sin la intervención del Estado. "Ningún país, absolutamente ninguno, en cualquier etapa que se halle de su evolución histórica, en nuestra época —país dependiente de una Metrópoli o país capitalista, o país imperialista— puede proponerse ninguna reforma importante sin una intervención decidida del Estado, no para suprimir la propidad privada sino para el cumplimiento de los propósitos históricos de organización de los intereses económicos generales."[41] Esto implicaba que sin la participación del Estado mexicano Lombardo no veía ninguna posibilidad de poner en práctica el programa nacional popular; en este sentido no sólo pedía su intervención, sino que pugnaba por una reforma constitucional que permitiera al Estado ampliar sus funciones como rector de la vida de la sociedad y facilitara la consecución del desarrollo económico.[42]

Por otra parte, Lombardo hacía la caracterización del gobierno de Alemán partiendo del supuesto de que 1947 era un momento de cruce de camino, en el cual había que elegir entre seguir el de la revolución democrático-burguesa, continuando la obra de Cárdenas y de Ávila Camacho, o permitir que las fuerzas regresivas aprovecharan el momento para que el país diese un salto atrás. La composición de un gobierno, en el pensamiento de Lombardo que existían afuera. "En términos marxistas, escribía, este gobierno —el de Alemán— es, no un gobierno del proletariado, sino un gobierno de la burguesía; pero no es el gobierno de la burguesía progresista del país."[43] Para apoyar su caracterización Lombardo recordaba el carácter que había tenido la elección presidencial de 1946 y en la cual triunfó Alemán sobre un candidato abiertamente del imperialismo como lo fue Ezequiel Padilla. Pe-

[40] Discurso del 26 de julio de 1945, p. 20.
[41] Discurso del 6 de junio de 1945, p. 8.
[42] *Ibid.*
[43] Intervención de enero de 1947, p. 14.

ro agregaba que el gobierno no podía realizar la tarea que se había propuesto la Revolución Mexicana estando solo; sin el apoyo del proletariado asociado con las otras fuerzas del pueblo, difícilmente podría continuar la revolución democráticoburguesa. Cuanto más fuertes fueran las organizaciones y más fuerte su agrupamiento dentro de la unidad nacional, mayores perspectivas tendría el nuevo gobierno para realizar los objetivos que las propias fuerzas progresistas habían señalado. "Organizar a las masas del pueblo en agrupaciones políticas y sociales, interpretando sus verdaderos intereses y necesidades, ha sido siempre la tarea de las fuerzas progresistas, y particularmente la obra del proletariado. Por eso, al examinar la situación que existe actualmente en México, podemos decir que la Revolución Mexicana no está en crisis, porque la gran mayoría del pueblo sigue luchando por el progreso propio y por el progreso de la nación. Lo que está en crisis son los elementos de lucha de parte del sector progresista, y de parte, concretamente, del proletariado."[44]

Con esta afirmación, con la cual estamos totalmente de acuerdo, Lombardo se colocaba en el centro de las dificultades. Si el programa nacional popular no lograba superar la crisis en que se encontraban las organizaciones de las clases populares y especialmente las del proletariado, si no lograba superar la crisis por la que pasaba la CTM y las demás centrales, si no se lograba revitalizar al Partido Comunista Mexicano y crear el nuevo partido político, no existía ninguna posibilidad de influir en el gobierno alemanista y por lo tanto serían las fuerzas regresivas quienes tendrían la oportunidad de hacerlo. El fortalecimiento de las organizaciones populares era indispensable para hacer frente a la camarilla política cuyo líder era Miguel Alemán y que había desplazado a los cardenistas del gobierno. La alianza con el gobierno sólo se podía negociar con una correlación de fuerzas favorable; prácticamente se les tenía que imponer.

Con la exposición que hemos realizado del concepto de Lombardo sobre sus enemigos y sobre sus aliados, nos hemos podido percatar de la enorme complejidad que presentaba la realidad mexicana y el grado de dificultad política que existía para poner en marcha el proyecto nacional popular; ahora, para concluir, nos corresponde analizar como pensaba neutralizar a sus enemigos y unir sus aliados el líder poblano.

Con respecto a sus enemigos, Lombardo centra su atención en el imperialismo yanqui, los comerciantes acaparadores y los sustentadores, de derecha o de izquierda, de la tesis del enfrentamiento directo de las clases. La transformación de las relaciones económicas de México con el imperialismo aparecen en el programa lombardista como el punto fundamental para conseguir la plena autonomía del país. La transformación se conseguiría con las siguientes medidas:

[44] *Ibid.*

1. Condicionando las inversiones extranjeras mediante la fijación: *a*] de la clase de actividades a que podían dedicarse sin peligro de que se apoderaran del control de las ramas fundamentales de la economía nacional; *b*] de la proporción en que debieron entrar respecto al capital nativo para impedir el desplazamiento de éste hacia actividades no reproductivas, que el capital extranjero no invirtiera en actividades parasitarias, que no explotara la miseria del pueblo; *c*] de su encauzamiento precisamente hacia la satisfacción de las necesidades económicas más urgentes del país, no invirtiendo en actividades innecesarias o superfluas; *d*] de la reinversión de sus utilidades en la conservación, ampliación y perfeccionamiento de las empresas, de la cual se podría separar una parte legítima para otros propósitos; *e*] de los contratos colectivos de trabajo que garantizara el pago equitativo de salarios y prestaciones a los obreros, haciendo inaceptable el pretendido derecho de extraterritorialidad; *f*] de los fletes que deberían pagar por la transportación de sus productos, principalmente a través del sistema ferroviario, impidiendo las tarifas especiales; *g*] de los impuestos y aranceles que deberían cubrir al Estado como contribución al sostenimiento de los servicios públicos, haciendo corresponder al desarrollo económico con el progreso material de las masas trabajadoras; *h*] del límite de los recursos materiales que podían explotar para no lesionar las reservas nacionales; *i*] de la caducidad de las concesiones otorgadas al capital extranjero para la explotación de recursos naturales del país, por la falta de cualquiera de las condiciones establecidas en la concesión que deberían contener invariablmente los permisos de esta índole; *j*] de la cantidad de sus productos y servicios que deberían destinar obligatoriamente al consumo del país y de los precios a que debían venderlos.

2. Condicionando las transacciones mercantiles mediante la fijación: *a*] de la naturaleza, cantidad y precios de los artículos de importación que requiriera el programa de desarrollo económico del país; *b*] de la naturaleza, cantidad y precios de los artículos de exportación que resultaran realmente excedentes después de satisfacer el consumo nacional. Es decir, se neutralizaría el mecanismo imperialista del manejo de la balanza internacional en perjuicio de los países semicoloniales.

3. Fijando los tipos de cambio de la moneda mexicana con las divisas extranjeras de forma que resultara un beneficio bilateral equivalente en la balanza mercantil y en la balanza de capitales; por supuesto no importaba tanto el tipo de cambio, lo importante era que nos compraran nuestras mercancías y nos vendieran las suyas a un precio justo.[45]

Con estas medidas propuestas por la CTAL, Lombardo pensaba que se podría neutralizar la influencia regresiva del capital monopolista del imperialismo, además de que podría ser un factor importante de colaboración para el desarrollo económico del país que dicho sea de paso, debía ser lleva-

[45] Discurso del 10 de marzo de 1945, p. 47.

do sobre la base de los capitales nacionales, siendo el extranjero sólo un complemento. Puede ser que desde una óptica actual, las medidas anunciadas se consideren como insuficientes, sobre todo porque no toma en consideración el factor tecnológico —el monopolio del conocimiento y de los procesos productivos—, que se ha convertido en uno de los elementos principales de la dominación imperialista; sin embargo, es necesario pensar que aun en la actualidad ninguna legislación sobre inversiones extranjeras cubre todos los puntos señalados y menos aún los referidos al intercambio comercial. No cabe duda que la propuesta era contraria a los intereses del imperialismo norteamericano y a sus aspiraciones librecambistas y de irrestricta libertad de la circulación de los capitales.

Respecto de los comerciantes que se oponían a los planes de industrialización, que se identificaban con los intereses imperialistas del libre cambio de mercancías y que especulaban con la miseria del pueblo, acaparando y encareciendo los productos de primera necesidad, Lombardo pensaba que la crisis de escasez y los movimientos especulativos, no se debía tanto a su acción como a los procesos económicos desatados durante la guerra, —que había originado la caída de la oferta de muchas mercancías—, y a las prácticas de exportar sin haber cubierto las necesidades nacionales, a la llegada de capitales extranjeros que aumentaban la oferta monetaria provocando tensiones inflacionarias y fundamentalmente a una política errónea por parte del gobierno avilacamachista. En consecuencia, la superación fundamental del problema de la carestía estaba en la definición de una política económica científica que reorientara los factores básicos, con la intervención del Estado en el control de los precios y en la distribución de los productos de primera necesidad.[46] En pocas palabras, controlando los factores negativos del imperialismo, neutralizando al enemigo principal, y fomentando la intervención del Estado en el control de los precios y en la distribución de los productos de consumo popular, el grupo de la burguesía comercial reaccionario sería económicamente limitado. Paralelamente, Lombardo proponía la realización de manifestaciones masivas para denunciar a los acaparadores, a los hambreadores del pueblo, a los funcionarios que los acogen y los protegen; esas manifestaciones tenían justamente el propósito de marginar políticamente a los comerciantes y de obligar al gobierno a intervenir en defensa de la economía de los sectores populares.[47]

Además de las medidas que proponía para controlar a los comerciantes, Lombardo Toledano también se lanzaba contra todas las formas de corrupción administrativa que, en su opinión, era muy profunda: "la sífilis política en su más alto grado de desarrollo", y aclaraba que no hablaba de excepciones sino del sistema, de la policía, del ejército, de los diputados, de los senadores, de los líderes de todo tipo de inspectores, de los ministros. Toda corrupción debía ser denunciada y atacada, pues la corrupción, que

[46] Conferencia del 5 de agosto de 1945, p. 55 y 56.
[47] Discurso del 6 de junio de 1945, p. 40.

corroe a todos los mexicanos, es una de las razones por las cuales la política económica y la acción del gobierno no son eficaces. Sin lugar a dudas, este tipo de ataques, este tipo de denuncias, significaba un desprestigio de la camarilla política y obviamente el ganarse su enemistad.

Finalmente, contra los que sostenían la línea de la lucha de clases directa, contra los sectores de derecha como Morones, el Partido de Acción Nacional, los sinarquistas y todos los fascistas que habían perdido la guerra pero que buscaban ganar la paz, contra aquellos que se identificaban con el imperialismo, que se oponía a todas las demandas de los sectores populares, que buscaban la desunión de las organizaciones populares y sobre todo las del proletariado, contra los que atacaban al gobierno y exigían que se les entregara el poder; y también contra los que desde una posición de ultraizquierda, que él identificaba con los trotskistas o con algunos líderes sindicales como Chávez Orozco, que proponían la lucha económica de los trabajadores sobre la autonomía de la nación, que exigía que el gobierno fuese un apéndice de las organizaciones de los trabajadores y en caso de que no lo fuese exigían que se le denunciase como reaccionario; contra todos ellos, Lombardo lanzaba la acusación de ser traidores —traidores a los intereses históricos de México y servidores del imperialismo— y llamaba a combatirlos con todo rigor, y los colocados en la ultraizquierda pedía que fuesen expulsados de todas las organizaciones obreras y populares.[48]

Por otro lado, la estrategia para unirse a sus aliados, a los sectores revolucionarios, era la unidad nacional —de la cual ya hemos hablado, pero que merece algunas precisiones. En primer lugar es necesario recordar que la unidad nacional era el medio para poder llevar a cabo el programa nacional popular, el cual estaba considerado como el siguiente paso de la Revolución Mexicana, de la revolución democrático-burguesa; era el nuevo paso "revolucionario" del proletariado, en esa etapa en que su interés de clase se identificaba con el interés de la nación como un todo. Es por ello que la clase trabajadora aparece como el factor básico de la unidad nacional, es alrededor de ella que se debería unir el resto de las fuerzas sociales conformadoras de la unidad.[49]

En segundo lugar, considerar la autonomía nacional como el objetivo fundamental y consecuentemente al imperialismo como el enemigo principal, implicaba teóricamente que en ese momento del desarrollo histórico coincidirían los intereses de la burguesía industrial progresista, antimperialista, con los intereses de la nación, con los intereses del proletariado. En

[48] Discurso del 26 de julio, p. 20. Véase también discurso del 14 de enero de 1946, pp. 23*ss*.

[49] El programa lombardista diferenciaba a distintos grupos sociales, campesinos, ejidatarios, pequeños propietarios, indígenas, clases medias, mujeres, jóvenes y para cada uno expresaba un plan de acción que procuraba recuperar sus intereses en el programa general. Dado que sería muy extenso recuperarlos en el texto y que además son secundarios en su pensamiento, preferimos omitirlos. El lector interesado podrá ver este aspecto en el discurso de septiembre de 1944.

tercer lugar, la coincidencia temporal de los intereses de las clases antagónicas, respecto al destino de la nación, no implicaba la renuncia de ninguna de las clases a sus intereses corporativos, sino que éstos se buscaban, se luchaba por ellos dentro de los límites que la lucha contra el imperialismo exigía, y eran esos límites los mismos que se daban a la unidad nacional; por lo tanto no existía la tesis de la colaboración de clases, pregonada por la Iglesia católica, Lombardo proponía supeditar en la lucha a los objetivos del nacionalismo antimperialista.

En cuarto lugar, la unidad nacional estaba concebida para ser integrada por semejantes y no por desiguales, es decir se agruparían en ella los sectores y fuerzas sociales comprometidos con el programa nacional popular, y por lo tanto estaba concebida como un frente amplio, con objetivos bien definidos; excluía de la alianza a todos los sectores reaccionarios, nucleados por la política defendida por el imperialismo, con lo cual la lucha se coloca en el pleno de las naciones y no el de las clases, lo que es coherente con la concepción teórica de la revolución en los países coloniales o dependientes, como la revolución nacional y antimperialista concebida por Stalin. En quinto y último lugar, el Estado debería ser el depositario de la unidad nacional; en este sentido, no sería únicamente un aliado muy importante para la consecución del programa, sino que debería ser un gobierno de unidad nacional, formado por secretarios de Estado provenientes de las fuerzas comprometidas con la unidad, lo cual implicaba el desplazamiento de la camarilla ceneopista del proceso.

Dentro de esta concepción de la unidad popular y debido a la crisis que sufría el partido oficial —crisis originada en su burocratización, en su alejamiento de las masas, en la marginación de la izquierda oficial o de los grupos cardenistas—, la garantía de su funcionamiento estaba dada por dos factores organizativos básicos: la reorganización de las centrales obreras —la búsqueda de su unidad—, y la formulación de un nuevo partido político que diera forma institucional al frente amplio y que, al mismo tiempo, representara una fuerza social capaz de inclinar la correlación de fuerzas a su favor, nulificando a los grupos de la reacción y obligando al gobierno a rectificar frente a cualquier desviación. Pero al mismo tiempo, estos dos factores orgánicos se constituían en el talón de Aquiles de todo el proyecto: si no cristalizaba, si no se consolidaban, el fracaso era seguro. Como veremos en el capítulo siguiente, es justamente alrededor de estos factores donde se da la lucha entre las fuerzas sociales encontradas.

CAPÍTULO IV

LA DERROTA DEL PROGRAMA NACIONAL POPULAR (1944-1952)

En el programa nacional popular, como ya hemos visto, existía una serie de condiciones, de necesidades, que tenían que cumplirse para que pudiese ser viable como proyecto nacional. La autonomía nacional, el desarrollo económico, la elevación de las condiciones materiales y culturales de la población y el respeto de la voluntad popular para que funcionaran verdaderamente las instituciones democráticas, dependían fundamentalmente de la posibilidad de emprender una industrialización apoyada en la modernización técnica de la agricultura, y en lo que Lombardo llamaba la revolución industrial. Ésta debería basarse en la modernización de las empresas productoras de bienes de consumo final o no duradero, en el desarrollo de las llamadas industrias básicas —siderúrgica, cemento, industria química, sobre todo fertilizantes y papel—, y en el desarrollo de las empresas fabricantes de bienes de capital.

Paralelamente, el desarrollo económico debería estar basado en una relación justa entre los factores de la producción, capital y trabajo, y en un mejoramiento de las condiciones de educación y de salud que posibilitara la elevación de las condiciones materiales y culturales de la población.

Para que este tipo de desarrollo se pudiese implementar, se debería convertir primero en una política económica y social del Estado mexicano, lo que a su vez suponía la necesidad de consolidar las organizaciones corporativas de la clase obrera y de los campesinos, de establecer la alianza entre las fuerzas progresistas y la formación del partido popular, que en conjunto permitieran influir en el gobierno, para que éste aceptara y pusiera en práctica el programa nacional popular.

En el lapso de tiempo que ahora nos ocupa (1944-1952) los resultados del desarrollo económico y del político fueron muy diferentes a los planteados en el programa nacional popular. En lugar de desarrollo autónomo del capitalismo, creció la acumulación del capital dentro del modelo más crudo del capitalismo salvaje; la voracidad de los gobernantes y de la burguesía no encontró ningún límite, el proceso de destrucción de la naturaleza y de desperdicio de recursos fue impresionante, la irracionalidad en los programas de inversión y de planificación de grandes obras conoció formas de derroche y de ineficiencia alarmantes. En lugar del mejoramiento de las condiciones materiales, de salud y culturales de la población se dió un franco proceso de deterioro de las mismas; la población perdió en sus formas de vida y en sus posibilidades de educarse, regresando a situaciones precardenistas. Y en lugar de un gobierno nacionalista, democrático y popular, se gestó la formación de un gobierno autoritario, dependiente del imperialismo y antipopular. Es decir, lo que se dio fue la derrota del programa nacional popular.[1]

El análisis de ese proceso, objeto de este capítulo, lo presentamos en dos apartados fundamentales. En el primero, vemos las condiciones económicas y su desarrollo, procurando detectar los elementos estructurales y de política económica que incidieron en la definición de los resultados obtenidos. En el segundo, tratamos el proceso de la lucha entre las fuerzas sociales orientadas a la implementación del programa nacional popular, procurando destacar los distintos planos en que se dio, con la intención de encontrar una explicación de la derrota del movimiento obrero y con ella la derrota del programa lombardista.

A. *El cambio de la situación económica, el desarrollo del capitalismo salvaje.*

La visión optimista que el gobierno y la burguesía se habían creado, durante el auge de la segunda guerra mundial, sobre el futuro del país, se desvaneció rápidamente al invertirse la relación del comercio exterior a partir de 1944. Las importaciones que habían sido contenidas durante el conflicto bélico se expandieron con rapidez para cubrir la demanda de los años anteriores; la industria, que había realizado un importante esfuerzo productivo con base en la capacidad instalada en los años anteriores al conflicto, vio reducirse rápidamente sus excedentes para renovar el equipo y ampliar la planta productiva del país. Al mismo tiempo, el término de la segunda guerra mundial acarreó una fuerte contracción de la demanda externa de productos manufacturados y de la minería; la entrada de las industrias de los países desarrollados en el mercado internacional y la baja competitividad de las

[1] Para un análisis del proceso de dependencia véase: Víctor M. Durand Ponte, "México: dependencia-independencia en 1980", en *El perfil de México*, t. III, México, Siglo XXI, 1972; y *México: La formación de un país dependiente*, México, UNAM, 1979, cap. v.

empresas nacionales provocaron la caída de las exportaciones, consecuentemente se redujo drásticamente la entrada de divisas que permitieran continuar pagando las importaciones con divisas generadas por el propio sector industrial. La nueva situación del comercio exterior generó a partir de 1944 un déficit en la cuenta de mercancías y servicios, y ocasionó una pérdida en el dinamismo de la acumulación interna. Por otra parte, la retracción de la demanda externa obligó a los industriales a realizar su plusvalía en el mercado interno, el cual, si bien creció por el aumento de la población, con la caída de los salarios se redujo su potencialidad.

El final de la guerra también evidenciaba cuellos de botella importantes en la generación y distribución de energía eléctrica y en los transportes, fundamentalmente en los ferrocarriles, que durante el periodo bélico no pudieron renovar el equipo, ni ampliarse, debido a la dificultad para importar maquinaria y equipo.

Únicamente el sector agrícola experimentó un crecimiento sostenido durante y después de la guerra, impulsado por la protección legal a los "pequeños propietarios" que motivó a los agricultores a invertir en el campo y en las obras de infraestructura que abrieron nuevas tierras al cultivo y mejoraron la calidad de otras.

De esta manera, la visión optimista que tenían el gobierno y la burguesía dio lugar a una situación de crisis económica que se alargó hasta 1948, en que se devalúa el peso mexicano, y continuó hasta principios de la década de los años cincuenta. Sin que existiera una política económica bien definida para salir de la crisis, el desarrollo económico fue tomando ciertas rutas que poco a poco fueron definiendo las nuevas formas de la acumulación capitalista, y en cuya explicación se destacan los siguientes procesos: *a*] la crisis del sector externo que indujo una modificación en el financiamiento de la acumulación y la crisis que sufrió el sector industrial, abriendo al mismo tiempo nuevas posibilidades para el desarrollo futuro; *b*] la pérdida del dinamismo industrial debida a la contracción de las exportaciones y la necesidad de nuevas inversiones para renovar el equipo desgastado durante la guerra y comenzar la sustitución de importaciones de nuevas ramas industriales; *c*] la dependencia de la industria de la política proteccionista del gobierno para poder continuar operando en el mercado interno, política que implicó una dependencia de la burguesía industrial hacia el Estado para lograr su desarrollo; *d*] el fortalecimiento del Estado y del imperialismo, que los convierte en las fuerzas principales del proceso; *e*] las consecuencias de este proceso en las condiciones materiales de los trabajadores, fundamentalmente el uso de los salarios como fondo de acumulación, el deterioro de sus salarios reales por la inflación y por la política de contención salarial, la pérdida en general de sus condiciones materiales y culturales.

Con base en este panorama, es importante que nos detengamos en el estu-

dio de los factores económicos que hemos señalado, con la finalidad de mostrar claramente el desarrollo del capitalismo y las consecuencias del mismo sobre la clase obrera y sobre la sociedad mexicana como un todo.

A.1. *Las modificaciones en el comercio exterior.*

A partir de 1944, cuando se termina la protección del conflicto bélico, el incremento de las importaciones fue posible gracias a las divisas acumuladas en los años anteriores, las fuertes entradas del turismo y la llegada de capital extranjero. En el caso del turismo se experimentó un crecimiento sostenido hasta el final del periodo: en 1939 los ingresos por turismo fueron de 22 millones de dólares y para 1950 ascendieron a 156 millones de dólares. De esta manera, en 1939 el turismo aportó el 15% de los ingresos corrientes de la balanza de pagos y en 1950 su aportación fue del 23%.[2] Con los ingresos del turismo se pudo cubrir prácticamente todo el saldo negativo de la balanza comercial durante los mismos años. En el movimiento de capitales también se experimentó un flujo importante sobre todo por la entrada de nuevas inversiones extranjeras, reinversión de utilidades. En contra de estos capitales a largo plazo, las exportaciones de capitales a corto plazo, los pagos del gobierno al exterior, generaron, durante todo el periodo de 1939 a 1950, un saldo negativo de sólo 4 millones de dólares.[3]

Pese a los considerables ingresos por el turismo y por la entrada de capitales extranjeros a largo plazo, el gobierno se vio en la necesidad de recurrir al Fondo Monetario Internacional y al Fondo de Estabilización de los Estados Unidos solicitando préstamos por casi 40 millones de dólares. Pero a pesar de este caso y de los periodos de astringencia de 1947 y 1948 las reservas netas del país aumentaron en el periodo de 1939 a 1950 de 37 millones de dólares a 249 millones en 1950.[4] Lo importante de este panorama de la balanza de pagos es la nueva dinámica financiera en que se introduce al país; la necesidad de la inversión extranjera para incrementar los activos de divisas y la adquisición de préstamos extranjeros para hacer frente a los servicios de la deuda exterior y para la estabilización de la economía mexicana, van a ser dos de los mecanismos básicos de la dependencia económica.

La importancia del comercio exterior para la economía mexicana de la época se puede observar considerando que los impuestos a la exportación y la importación representaron entre el 30 y 40% del total del ingreso neto del gobierno federal en los años de 1939 a 1942, entre el 20 y 30% de 1943 a 1948 y recuperaron el nivel de los años de la guerra después de la deva-

[2] Raúl Ortiz Mena *et al.*, *El desarrollo económico de México y su capacidad para absorber capital del exterior*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953. p. 444.

[3] *Ibid.*, p. 382.

[4] *Ibid.*, p. 383.

luación debido al aumento de impuestos a la exportación. Sin embargo, el dato más importante es que la economía mexicana dependía ya de las importaciones de bienes de capital y de materias industriales y comerciales para su desarrollo en conjunto, estos renglones de las importaciones absorbieron casi el 70% del total en 1950. La presión sobre las importaciones se hace evidente cuando se compara el crecimiento de las mismas entre 1939 y 1950 que fue de 190% con las exportaciones de sólo 50%, ambas medidas en referencia al volumen físico, de ahí la importancia que adquiere el turismo y la entrada de capitales extranjeros.[5]

Dentro de la composición de las exportaciones, destaca la caída de los minerales que en 1940 representaban casi el 80% del total, para 1950 cubrían menos del 40% —y ésto gracias al auge proporcionado por la guerra de Corea— y en 1946, su participación apenas superaba el 20%. De la misma manera las manufacturas, principalmente textiles y alimentos, que al inicio del periodo no superaban el 10%, llegaron a representar en 1945 cerca del 40% y para el final del periodo considerado apenas superaban el 10%. La caída de las exportaciones mineras e industriales se compensó con las de productos agropecuarios que pasó de contar con casi el 30% en 1939, hasta absorber en 1950 más del 50%. Dentro de los productos agropecuarios destaca el algodón, el café y el ganado en pie, que a finales del periodo disminuyó su participación debido a la fiebre aftosa, pero que fue compensado en parte por productos pesqueros, principalmente el camarón.[6]

Esos datos son más que suficientes para mostrar la readecuación de la economía mexicana para hacer frente a sus necesidades de importar. La agricultura fue el pivote fundamental de la participación del país en el comercio exterior orientado a la adquisición de divisas para financiar las importaciones que requería, principalmente, el nuevo desarrollo industrial. Sin embargo hay que aclarar que el cambio se debió más a la modificación de la demanda de los Estados Unidos que a una política deliberada del gobierno mexicano. Pese a ello, la política de inversiones del gobierno tuvo importancia por cuanto fue elevando las destinadas al sector agropecuario llegando a constituir en 1950 el 20% del total —entre 1943 y 1947 no superaron en promedio el 12% y la inversión privada tuvo un comportamiento muy similar.[7] De esta manera, el mayor incremento de la producción agropecuaria se dio gracias a la apertura de nuevas tierras y al mejoramiento de otras. Debido a esta política se creó una diferencia regional en la cual la zona norte, la más beneficiada con las obras de infraestructura, se especializó en la producción para el mercado estadounidense, con una agricultura típicamente capitalista, mientras la vieja zona del centro, con una técnica atrasada, continuaba con la producción de alimentos para el mercado interno; obviamente, su productividad permaneció estable, mientras que la del norte aumentó sen-

[5] *Ibid.*, p. 392.
[6] *Ibid.*, p. 397.
[7] *Ibid.*, p. 97.

siblemente los rendimientos por hectárea, sobre todo por el uso de suelos vírgenes, por la irrigación y finalmente por el uso de fertilizantes y mejores técnicas en los cultivos. La distribución de la superficie cultivada por productos se modificó: la ocupada por el maíz que en 1939 era del 75% bajó al 65% en 1950, y en cambio el algodón subió del 3.8% al 8.5% en el mismo periodo. Finalmente, es importante observar sobre este sector que la política gubernamental de precios agrícolas tendió a mantener bajos los de los productos para el mercado interno, cargando a los campesinos la responsabilidad de mantener bajos los costos de la fuerza de trabajo urbana, lo cual influía en hacer poco rentables esos productos, orientando las inversiones privadas hacia los de exportación. Tan es así, que al final del periodo se tuvieron que importar alimentos para el consumo de la población y en términos generales el consumo interno per cápita de productos agrícolas que había aumentado desde 1939 hasta 1944 a razón de 3.2%, en los años siguientes bajó al 0.9%.[8]

En la minería, viejo soporte del mercado exterior mexicano y el modelo primario exportador, se dio una crisis que prácticamente abarcó todo el periodo de 1940 a 1950 y que sin duda continuó después. La caída de la producción minera es explicada por la acción de varios factores entre los que destacan la insuficiencia de la infraestructura, sobre todo transportes y electricidad que dificultaban las nuevas inversiones, el agotamiento de los yacimientos de mayor ley y el sistema impositivo que gravaba proporcionalmente más a la minería que a cualquier otra actividad económica. La crisis minera podría haber sido mayor si no se da una modificación en su composición interna que desplazó a la extracción de metales preciosos —cuya crisis fue la más fuerte— por metales para uso industrial. De cualquier manera, el sector minero experimentó una disminución del personal ocupado, dentro del total de la población ocupada, y lo mismo se ve en el resto de los indicadores económicos. La agricultura, el turismo y los capitales extranjeros vendrían a cubrir su función en la nueva etapa de desarrollo.[9]

A.2. *La crisis de la industria y la reformulación de su desarrollo.*

Durante el periodo bélico la industria conoció su etapa de desarrollo más importante desde que se instalaron las primeras empresas en el país; en los años de 1939 a 1945 el parque industrial fue utilizado casi a su plena capacidad, algunas ramas como la textil trabajaron durante tres turnos diarios para lograr satisfacer la demanda externa aun a costa del mercado interno que sólo recibía la producción no colocada en el exterior. Pero el final de la guerra, el desplazamiento de los productores mexicanos del mercado exter-

[8] *Ibid.*, p. 144.

[9] *Ibid.*, p. 157; véase también Eduardo González, "Política económica y acumulación de capital en México de 1940 a 1955 (los antecedentes del desarrollo estabilizador)", Facultad de Economía, UNAM, versión mecanografiada, p. 45.

no, sumió a la industria en una crisis de realización de su producción, ahora limitada al mercado interno, donde tenía que enfrentar la competencia de la industria norteamericana a no ser que el gobierno la protegiera y le diera el mercado interno como exclusivo. Pese a la coyuntura el sector industrial se había convertido en el sector clave para la acumulación mexicana. La otra posibilidad era la de volver al modelo primario exportador, ahora basado, casi exclusivamente, en la producción agropecuaria. Sin embargo, la vuelta al pasado era bastante difícil debido al papel desempeñado por la industria durante la guerra, cuando fue el sector más dinámico de la economía; además su importancia sectorial hacía difícil que se emprendiera una aventura libre-cambista que echara por tierra al 20% de la economía nacional. Ahora la industria debía crecer permanentemente y no de acuerdo con las coyunturas del mercado exterior como lo había hecho antes, incluso durante la guerra.

Las mismas dificultades encontradas durante la guerra para poder importar los productos que el país necesitaba reforzaron la voluntad de contar con una industria nacional que pudiera satisfacer las necesidades del mercado interno. Durante el mismo conflicto, el gobierno decidió la creación de importantes empresas productoras de bienes de capital, acero, fertilizantes y papel; con las cuales se pensaba dotar de mayor autosuficiencia al sistema industrial. De la misma manera, en el periodo posbélico y pese a las dificultades del mercado, la inversión industrial aumentó rápidamente, tanto para reponer el gastado equipo como en la instalación de nuevas empresas, y en este proceso la participación del capital extranjero fue importante. Sin embargo, las limitaciones del mercado interno, las dificultades del transporte y la mala planeación en la construcción de las grandes empresas hicieron crecer rápidamente la capacidad ociosa del sector, por lo cual la producción industrial no avanzó de una manera similar a las inversiones.

La industria textil, más afectada por la apertura de las importaciones y por el cierre de los mercados externos, había experimentado durante la guerra (1940-1946) un crecimiento de cerca del 50%; sin embargo, en 1947 su producción fue un 17% inferior a la del año anterior. Esta industria, que tenía más de 80% del equipo considerado como atrasado y que contaba con una productividad de 269% más baja que lo considerado internacionalmente como normal, sólo tenía esperanzas de crecer al ritmo de crecimiento de la población, para lo cual le bastaba con la capacidad ociosa de su desgastado equipo. En un análisis hecho por la CEPAL para la época, se mostraba que bastaba con mejorar las prácticas de producción de las empresas para obtener aumentos sensibles en la productividad, sin necesidad de realizar importantes inversiones para modernizar.[10] La verdad es que la renovación del equipo se hacía difícil para los industriales en la medida en que la ganancia esperada estaba muy por abajo de la que se podía obtener en otros ra-

[10] CEPAL, "Productividad de la mano de obra en la industria textil algodonera de cinco países latinoamericanos", citado por Ortíz Mena, *op. cit.*, p. 239.

mos. En términos generales, la industria productora de bienes de consumo final se encontraba en la misma situación.

La industria de bienes de capital, que sin duda era la que mostraba las mayores perspectivas para el desarrollo industrial, tanto desde el punto de vista de completar el parque como en la obtención de ganancias, fue abandonada por el gobierno alemanista. Las grandes plantas siderúrgicas creadas en el gobierno anterior no tuvieron una obra continuada. Por ejemplo en las plantas de coque, se forzó a un bajo uso de la capacidad instalada y a una mala calidad de los productos obtenidos debido al uso de materias primas deficientes.[11] De la misma manera, la industria del papel se vio limitada por la falta de pulpa (aunada a una irresponsable explotación que no reforestaba los bosques en una acción depredatoria de la naturaleza). Igualmente sucedió en los ingenios azucareros, que trabajaban por debajo de su capacidad debido a la falta de una adecuada producción de caña y que finalmente el gobierno intentó levantar por medio de la violencia al obligar a los campesinos de las zonas circundantes a sembrar única y exclusivamente caña de azúcar.

El gobierno alemanista apoyó a los inversionistas extranjeros que privilegiaron la producción de bienes de consumo duradero y él mismo participó en la construcción de empresas como Diesel Nacional. Las importaciones de productos acabados cedieron su lugar a la de las partes de esos mismos productos para ser armados en el país por sucursales de las compañías extranjeras. La industria automotriz, que en 1940 empleaba a 1500 obreros, bajó a 730 en 1945 debido a las dificultades de la guerra, pero en 1951 había unas 14 000 personas ocupadas en la industria que produjo un total de 30 000 camiones y automóviles, con una capacidad instalada para producir 51 mil unidades. La inversión en esta industria ascendía en 1951 a $1 547 millones, cuando en 1945 apenas alcanzaba 17 millones de pesos.[12]

En los bienes de consumo durable se colocaba el nuevo polo dinámico de la industria mexicana, lo cual no sólo implicó el abandono de la producción de bienes de capital y continuar con un proceso de sustitución de importaciones que profundizaba la dependencia de la economía del país de las importaciones de Estados Unidos, sino, y fundamentalmente, un cambio de la mayor importancia en la sociedad mexicana que se condenaba a la división en distintos mercados: uno destinado a la realización de los productos del sector de duraderos con ingresos concentrados y de consumo intensivo, otro obligado a consumir sólo los bienes de primera necesidad producidos por la vieja industria, y otro marginado de cualquier consumo y que constituía más de la mitad de la población.

[11] Ortiz Mena, *op. cit.*, p. 246.

[12] Raymundo Arroyo junior, "El proceso de industrialización y la pauperización del proletariado mexicano: 1940-1950", Fac. de Economía, UNAM, mimeografiado, p. 52.

A.3. *El desarrollo de la infraestructura, transportes y energía.*

La misma elección del polo dinámico de la industria, los bienes de consumo durable, que aparte de los problemas señalados implicó una desnacionalización de la industria, se reflejó en la política del gobierno alemanista sobre los transportes, renglón de la economía que representó un cuello de botella para el desarrollo de otras actividades. El sistema ferrocarrilero operaba con un equipo sumamente anticuado. De acuerdo con un balance realizado en la época, en 1947 la mayoría de los terraplenes estaban erosionados, gran número de los durmientes estaban podridos y los puentes necesitaban reparaciones urgentes, en muchas líneas los rieles no habían sido repuestos en más de 40 años, es decir desde su primera instalación. Con estos datos no resulta extraño que en el periodo de 1939 a 1950 la velocidad de los trenes disminuyera en un 21%.[13]

El mismo mal estado de los ferrocarriles se encontraba en el material rodante; el número de carros en 1950 era de 21 749 y en 1939 el total era de 21 055, es decir prácticamente permaneció estable en 11 años. Además, ese pequeño aumento fue neutralizado por el número de carros en servicio y por la deficiencia con que se los usó. De acuerdo con otra evaluación, en 1950 el 30% de los carros de vía ancha estaban inmovilizados para ser reparados o porque se les usaba como viviendas. Como si fuese poco, la rotación anual de los carros bajó en un 32% entre 1939 y 1950. Esta situación sólo se pudo sostener gracias al uso de carros privados y al arrendamiento de carros en el extranjero —estos últimos constituían casi el 66% de los carros de vía ancha. Pero los carros privados resultaron altamente ineficientes debido a que su uso no era continuo, resultando muy costosos tanto para los propietarios como para los propios Ferrocarriles Nacionales. En lo que toca a las locomotoras, el panorama era muy similar: a pesar de que su número aumentó de 1 359 a 1 441 entre 1939 y 1950. Para este último año se estimaba que el 54% tenía más de cuarenta años y el 84% más de veinte, el 10% era imposible de reparar y el 14% eran de vía angosta; en resumen, el aumento numérico era sólo aparente y, además, las nuevas locomotoras diesel que se adquirieron en el periodo no podían rendir su máximo potencial debido al estado en que se encontraban las vías.[14]

No obstante el lamentable estado de los ferrocarriles, el tráfico por este medio fue, en 1950, 65% mayor que en 1939 y 15% mayor que en 1944; lo que implica el uso intensivo de las instalaciones y de los equipos. Los programas de rehabilitación se iniciaron en 1944 con una donación de 32 millones de pesos de la Misión Ferrocarrilera Norteamericana en México, con lo cual se repararon 3 000 kilómetros de vías defectuosas, y se ad-

[13] Ortiz Mena, *op. cit.*, p. 304.

[14] *Ibid.*, p. 305.

quirieron equipos para rehabilitar las casas redondas y los talleres. A partir de 1946, se inició otro programa de rehabilitación con fondos del Banco de Exportaciones e Importaciones destinados a mejorar en todos sus aspectos a los Ferrocarriles Nacionales y en primer lugar a la línea que corría de México a Nuevo Laredo, es decir el ferrocarril continuaba estrechamente ligado al comercio exterior con Estados Unidos.[15]

La política de los gobiernos de la época en lugar de enfrentar el problema de los ferrocarriles, que sobre todo tenía fuertes deficientes en su administración, privilegió el transporte por carretera que experimentó un rápido crecimiento. A finales de 1938 existían en el país un total de 6 428 kilómetros de carreteras transitables durante todo el año, la mitad de ellos pavimentados; a partir de entonces, el aumento anual fue de aproximadamente 1 300 kilómetros y en 1951 se construyeron 2 623 kilómetros. De esta manera, en 1952 existía un total de 24 880 kilómetros de carreteras transitables durante todo el año, de los cuales 13 876 estaban pavimentados.[16]

En muchas ocasiones, el trazado y la construcción de las carreteras se realizó en forma paralela a las vías férreas, con lo cual se estableció una competencia entre los dos tipos de transporte que agravó la situación de los ferrocarriles; y que además representaba una política absurda en un país bastante mal comunicado, donde lo que se requería obviamente era una política de complementación entre los dos tipos de transporte basada en la mayor capacidad de los ferrocarriles. Por otra parte, el rápido crecimiento de carreteras no fue acompañado de una política de mantenimiento adecuada por lo que se podían prever nuevas dificultades en el transporte de personas y mercancías.

De cualquier manera, el aumento del tránsito durante toda la época fue sustancialmente sostenido por el sistema ferrocarrilero pues durante la guerra el sistema de transporte por camiones y autobuses se vio entorpecido por las dificultades para importar equipo, restringiendo su incremento en un 40%. Terminada la guerra, el incremento del tránsito por carretera fue hasta 1950 del 12.6% de camiones y del 13.7% de autobuses, en cambio los ferrocarriles tuvieron un incremento del 2.3% en transporte de carga y en el caso de pasajeros disminuyó en 3% anual promedio.[17]

Es posible que las dificultades encontradas durante la guerra para la importación de camiones y autobuses influyeran en la decisión del gobierno alemanista de fomentar el ensamblado de las unidades del país; pero aun en este caso, en lugar de privilegiar el transporte de carga o de pasajeros colectivo lo que más se desarrolló fue la producción de automóviles, reforzando de esta manera el predominio de la producción industrial de bienes de consumo

[15] *Ibid.*, p. 308.
[16] *Ibid.*, p. 285.
[17] *Ibid.*

durables y la división de la sociedad en mercados claramente diferenciados.

En la producción de energéticos, que representaban otro de los cuellos de botella de la economía mexicana de la posguerra, se destaca la producción de electricidad y petróleo. En el caso de la generación de energía eléctrica, ésta no experimentó ningún cambio durante los años de 1939 a 1943 debido a la imposibilidad de importar equipo; a partir de 1944 se inició un rápido crecimiento realizado fundamentalmente por la Comisión Federal de Electricidad (CFE), creada por el gobierno cardenista en 1937, y para 1951 la capacidad total de generación se había duplicado con respecto a la de 1939, alcanzando 1 400 000 Kw. La mayor participación de la empresa gubernamental en la creación de nuevas instalaciones permitió que su participación en el total generado subiera del 7% en 1939 al 28% en 1950; sin embargo, toda la energía producida era distribuida por las compañías extranjeras. Por otra parte, existieron fuertes fallas en la planeación de las nuevas plantas y en la distribución nacional del fluido. Las grandes presas que se realizaron durante la posguerra generalmente hacían incompatible el uso del agua para la producción de energía y para el riego, reduciendo la utilidad de las grandes inversiones; a su vez, la nueva energía producida se destinaba preferentemente a la ciudad de México, fomentando la centralización de las actividades económicas.[18]

Respecto al petróleo, el consumo interno en el periodo anterior a la expropiación se mantuvo bajo con un promedio de 47 millones de barriles al año, pero después de 1938 se expande el consumo interno debido a la industrialización, la instalación de plantas termoeléctricas y el aumento del uso de vehículos; en 1950, la producción de crudo era de 72 millones de barriles. De la misma manera que en el resto de las actividades de la economía, el periodo de la guerra impidió la importación de equipo, situación agravada por el boicot de las compañías expropiadas en contra de PEMEX, no obstante lo cual, sólo a partir de 1944 se inician obras de PEMEX para hacer frente a la demanda del consumo interno, destacando en este sentido la reconstrucción de la refinería de Atzcapotzalco y la construcción de la de Salamanca, así como la construcción de oleoductos que unían a estas refinerías con Poza Rica donde se encontraban los pozos de mayor producción. Con estas inversiones, PEMEX pudo casi duplicar su capacidad de refinación pasando de 117 500 barriles diarios en 1938 a 224 000 barriles en 1950, y ampliar la capacidad de los oleoductos para transportar crudo, pasando de 664 000 barriles por día a 948 000 en los mismos años.[19] La rápida expansión del consumo interno fue satisfecha mediante la perforación de pozos de explotación, para lo cual se recurrió a realizar contratos con compañías extranjeras; durante el periodo se descuidó la exploración de nuevos campos petroleros, poniendo en peligro la produc-

[18] *Ibid.*, p. 208.
[19] *Ibid.*, p. 176.

ción futura y sobreexplotando los mantos existentes, particularmente el localizado en Poza Rica.

Dentro de la política petrolera de la posguerra es importante referirse a los intentos realizados por el gobierno norteamericano para que las compañías estadounidenses tuvieran nuevamente acceso a la producción petrolera de México. En 1944, el gobierno mexicano gestionó un préstamo para PEMEX con la finalidad de modernizar la industria e incrementar las perforaciones; el gobierno norteamericano pretendió atar el préstamo a que el gobierno mexicano reservara un campo para uso militar estratégico, sobre el cual sólo los Estados Unidos podrían producir y además sostenía la necesidad de que los préstamos a PEMEX fuesen negociados con compañías particulares. Dentro del gobierno mexicano, el secretario de Relaciones Exteriores estaba a favor de la propuesta norteamericana y el propio Presidente parece hacer apoyado la realización de ciertas negociaciones, pero la oposición del general Cárdenas echó a perder los intentos de desnacionalización. En 1948, con el Presidente Alemán, hubo otro intento que incluso contó con un borrador del contrato para entregar concesión de explotación a compañías extranjeras. Este proyecto fue nuevamente echado por tierra con la oposición del ex presidente Cárdenas y del gerente de PEMEX, Antonio J. Bermúdez, quien influido por el ex mandatario, se opuso al proyecto presidencial de desnacionalizar la industria petrolera, y además se contó con la fuerte oposición del Sindicato de Trabajadores Petroleros. Sin embargo, si las concesiones para explotar fueron frustradas, no sucedió lo mismo con los contratos para la perforación de pozos, los cuales se efectuaron entre 1949 y 1951 y que fueron rescindidos hasta 1970, teniendo que pagar PEMEX a las compañías extranjeras, la suma de 300 millones de pesos.[20]

A.4 *Deterioro de las condiciones materiales y culturales de la población.*

Habíamos afirmado antes que una de las características de la crisis de la postguerra fue la presión de la burguesía para que los incrementos salariales fuesen controlados permitiendo que el fondo de remuneraciones funcionase como fondo de acumulación. Esta afirmación queda demostrada cuando vemos que la participación del trabajo en el total de los ingresos disminuyó. En 1940, el trabajo participaba con el 52% del ingreso, en 1944 bajó al 45% y para 1952 representaba solamente el 42%, es decir durante todo el periodo se dio una distribución regresiva a favor del capital, aumentando la pobreza de los trabajadores.[21] La caída de la participación de los salarios en el ingreso fue aún mayor si consideramos que la inflación existente a lo largo

[20] Véase al respecto los artículos publicados en el periódico *Excélsior*, 24 de enero al 27 de abril de 1973.

[21] CEPAL, NAFINSA, *La política industrial en el desarrollo económico de México*, CEPAL, mimeografiado, 1971, anexo estadístico, cuadro 13, p. 21.

del periodo fue disminuyendo la capacidad de compra de la moneda: entre 1940 y 1943 el salario mínimo en las ciudades fue de $1.52 diarios, en 1944 ascendió $1.90 y en 1951 alcanzó $3.35; en cambio el costo de la vida, a precios de 1950, pasó de 28.4 en 1940 a 55.8 en 1944 y en 1951 fue de 113.5; así, mientras el salario mínimo se incrementó en menos del doble, el costo de la vida creció más de tres veces.[22] Claro está que el salario mínimo esconde los extremos de la remuneración de la clase trabajadora; es bien conocido que un alto porcentaje de los trabajadores industriales tienen salarios por debajo del mínimo legal y en cambio una minoría de trabajadores, los más calificados, reciben como remuneración varias veces el salario mínimo.

Los salarios industriales agrupados por sectores de la producción industrial nos muestran en primer lugar las enormes desigualdades que existían en las remuneraciones de los grupos de trabajadores (véase el cuadro 2); entre los petroleros y los obreros del sector de consumo final existe una de más del doble. Pero el elemento que nos parece más importante es que los incrementos en las remuneraciones entre 1940 y 1950 fueron bastante diferenciados entre los distintos grupos. Pese a las altas remuneraciones de los trabajadores de PEMEX, fue el grupo que contó con los menores aumentos relativos, destacando en el sentido contrario los de la electricidad y de bienes de consumo duraderos. En términos generales la desigualdad disminuyó, pero como producto de haber achatado a los sectores de mayor ingreso. En el caso del sector de bienes de capital, los bajos salarios se explican por el hecho de estar consideradas muchas pequeñas empresas de carácter artesanal, como podrían ser las herrerías.

CUADRO 2

Salarios nominales diarios de los trabajadores, por sectores de la producción industrial en la República Mexicana, 1940, 1945 y 1950.

AÑO	*Total Industria*	*Extractivas*	*Consumo final*	*Consumo duradero*	*Consumo intermedio*	*Bienes de capital*	*Petróleo*	*Electricidad*
1940	1.32	1.74	1.18	1.80	1.19	.95	4.33	2.32
1945	1.83	2.07	1.68	2.09	1.88	2.18	6.98	3.19
1950	4.90	4.21	4.97	5.85	4.82	2.61	10.87	6.88

FUENTE: Victor M. Durand Ponte *et al.*, "La estructura del Proletariado Industrial, 1940-1970", IISUNAM, inédito, tablas 4 y 8.

En el cuadro 3, se presentan los datos de los salarios reales de algunas ramas seleccionadas en el Distrito Federal y en la mayoría se muestra con toda

[22] NAFINSA, *Statistics on the Mexican Economy*, México, 1974, pp. 399 y 207.

claridad que hubo una drástica disminución en las remuneraciones de todos los trabajadores; salvo en el caso de los de la industria automotriz, que prácticamente mantuvo invariables sus salarios, el resto experimentó una caída aproximada del 50% de su poder adquisitivo con respecto al que tenía en 1939. Es importante señalar la política salarial que se estableció entre las ramas de consumo durable, hule y automotriz, con respecto a la de la industria tradicional; en las primeras, las condiciones de los trabajadores eran superiores a las tradicionales en donde se continuaba operando con formas atrasadas de dirección y con una tecnología anticuada de manera que sólo sometiendo a los trabajadores a una mayor explotación absoluta podían mantener ganancias satisfactorias; en las de consumo durable el uso de tecnología moderna y de procesos de administración más racionales permitía a los empresarios pagar mejores salarios y tener más ganancia con base en la plusvalía relativa.

CUADRO 3

Evolución de los salarios reales en algunas ramas seleccionadas de la industria manufacturera en el Distrito Federal. 1944-1952.

			RAMAS INDUSTRIALES SELECCIONADAS				
AÑO	*Distrito Federal. Promedio general*	*Hulera*	*Automotriz y accesorios*	*Eléctrica*	*Aguas gaseosas y minerales*	*Calzado*	*Construcción y edificación*
1939	28.44	30.52	24.79	51.11	33.65	34.84	22.72
1944	16.39	17.31	19.43	25.06	16.03	18.48	10.20
1945	15.54	14.19	20.11	23.07	12.93	20.84	10.16
1946	14.15	15.42	17.75	22.80	11.74	15.92	10.39
1947	14.36	17.51	18.59	23.08	11.21	13.83	9.52
1948	16.20	19.09	24.57	31.46	18.61	16.08	10.54
1949	16.12	18.35	22.93	28.67	20.07	16.57	9.94
1950	17.09	20.26	25.44	33.21	19.21	15.28	10.12
1951	15.73	18.31	31.53	28.97	18.05	14.90	10.75
1952	15.35	19.77	23.43	25.15	16.19	15.01	11.38

FUENTE: Elaborado con base en los datos presentados por: Jeff. Bortz. "El salario obrero en el Distrito Federal, 1939-1975", *Investigación Económica*, octubre-diciembre de 1977, México, pp. 157 a 169. Apéndice.

Con la caída de las condiciones materiales de los trabajadores que inevitablemente era producto de la baja salarial, las condiciones de salud, educación y bienestar se aunaron para hacer peor la vida de las grandes masas de la población. La inversión gubernamental en estos renglones se mantuvo casi constante durante el periodo de 1939 a 1950; sobre el 12%, de ellas la ma-

yor parte se destinó a obras municipales superando siempre el 60% del total y de este porcentaje más de la mitad se invirtió en la ciudad de México. El gasto en salud —construcción de hospitales—, nunca superó el 2% de la inversión pública. La inversión en educación fue aún menor con un poco más del 1% del total de la inversión, salvo para 1951 en que se elevó al 3% por la construcción de la Ciudad Universitaria, lo cual implicó que en el resto de las obras escolares la inversión se redujera aún más. Es digno de señalarse que la magnífica obra de la Ciudad Universitaria se hacía cuando la Universidad Nacional Autónoma de México estaba incapacitada para pagar sueldos decorosos a sus profesores y empleaba apenas a un número reducido de profesores de carrera; la ostentación regía sobre la racionalidad. La inversión en educación en el periodo de 1946 a 1950 en términos per cápita disminuyó al 0.6%. De igual manera se descuidó sensiblemente la educación técnica para la preparación de los trabajadores y técnicos que necesitaba el país.[23]

Con la información que hemos presentado sobre el desarrollo económico del país durante la década de los cuarenta y en especial durante la posguerra, nos parece que queda claro que los resultados obtenidos fueron totalmente diferentes a los planteados en el programa nacional popular. El modelo de acumulación que encontramos al final del gobierno de Alemán no era nacional, sino ampliamente comprometido con el imperialismo; no era, consecuentemente, autónomo, sino dependiente en su funcionamiento por haber privilegiado la industrialización con base en la producción de bienes de consumo durable, así como por la orientación que se le dio a la infraestructura y a la agricultura; no era popular, sino que por el contrario dividía a la sociedad en diferentes mercados condenando a los sectores populares a una vida de segunda dentro de la sociedad mexicana; el desarrollo industrial no se hizo sin detrimento de las condiciones materiales y culturales de los trabajadores, por el contrario fue realizado con el sacrificio de las condiciones materiales y culturales de estos.

Pero lo importante para nosotros no es tanto esa falta de correspondencia entre el proyecto y lo realmente sucedido, como mostrar que la realidad material sobre la cual se diseñó el proyecto se modificó rápidamente en la posguerra echando por tierra las condiciones favorables para un desarrollo autónomo y la alianza de fuerzas sociales que le daría sustento. Justamente, al cambiar las condiciones materiales del desarrollo, las fuerzas sociales que se proyectaron como principales fueron el Estado y el imperialismo y, como dependientes de ellas, la burguesía nacional, su aliado incondicional. Dentro del nuevo modelo de acumulación, las fuerzas sociales populares y en especial el proletariado urbano, se presentaba más como un obstáculo que como un aliado deseable.

Con lo anterior, como es obvio, no queremos decir que con los cambios

[23] Ortiz Mena, *op. cit.*, pp. 340ss.

habidos en la economía del país lo demás estaba predeterminado; por el contrario, queremos señalar que el desarrollo del conflicto se volvió más complicado y hasta cierto punto incierto para los actores de la época, debido a esos cambios que ninguno de ellos preveía.

B. *La lucha de clases y la derrota del movimiento obrero.*

La instauración del capitalismo salvaje que hemos descrito habría sido imposible sin una derrota política de las fuerzas sociales que luchaban por el proyecto nacional popular, pues el costo social y político fue muy alto tanto para las clases populares como para la nación.

En la explicación de la derrota, el fracaso del movimiento obrero, se anudan varios factores o causas, para comprender las cuales es necesario entrar en su desarrollo específico e intentar la reconstrucción del proceso en toda su complejidad. Por ello vamos a comenzar por los aspectos más generales de la política nacional para ir buscando las mediaciones y especificaciones que nos permitan llegar hasta las propias organizaciones sindicales.

B.1. *La sucesión presidencial de 1946 y los compromisos de Alemán.*

Durante el segundo semestre de 1944 la izquierda oficial se movilizaba para influir en la designación del candidato oficial a la Presidencia de la República. Comandada por el general Cárdenas y por Lombardo Toledano, inició una serie de contactos entre los gobernadores y otros políticos para conocer cuál sería el candidato que apoyarían; en realidad su acción estaba encaminada a colocarse en una posición de consulta ya que sabían que el Presidente Ávila Camacho tendría la última palabra.[24] La izquierda creaba la imagen de que se inclinaría por un candidato ligado a su grupo, que en principio era el general Miguel Henríquez Guzmán, para poder oponerlo al candidato que propusiera la derecha y conciliar sobre un moderado, cerrándole el espacio a la elección del presidente.

Con la muerte de Maximino Ávila Camacho, el 18 de febrero de 1945, el abanico de candidatos se redujo. En la derecha, quedó básicamente Ezequiel Padilla, con lo cual la posición centrista de Alemán ganó fuerza y la izquierda oficial abandonó su supuesto apoyo a un candidato más acorde con sus intereses para inclinarse por el secretario de Gobernación que ya para entonces contaba con el apoyo de la mayoría de los gobernadores. Sin embargo, el futuro candidato se encontraba preocupado por la mala imagen que tenía de él el embajador norteamericano, George Messersmith, quien

[24] Luis Medina, "Civilismo y modernización del autoritarismo". *Historia de la Revolución Mexicana*, 1940-1952, tomo 20, México, El Colegio de México, 1979, p. 55.

suponía que Alemán era un hombre con una definición ambigua sobre Estados Unidos y sobre el panamericanismo y en cambio no ocultaba sus preferencias por Ezequiel Padilla.[25] Ante esta situación, Alemán, por intermedio de personas ligadas a él, empezó a sondear a funcionarios inferiores de la embajada norteamericana sobre la reacción del gobierno norteamericano acerca de su postulación y sobre cuál sería su actitud frente al proceso electoral; la respuesta fue en el sentido de que le gobierno norteamericano no intervendría en la elección, ni trataría de influir en la selección del candidato oficial. La posición norteamericana respondía al temor de que un criterio abierto tuviera como respuesta una reacción que favoreciera a un candidato más nacionalista y contrario a los intereses imperialistas. Sin embargo, la respuesta no fue suficiente para que Alemán disipara sus dudas sobre la reacción norteamericana; por el contrario, la muerte de Roosevelt y la llegada de Truman a la presidencia generaron el temor de un cambio de política hacia México, sobre todo porque en aquellos días se produjeron ataques públicos contra la embajada norteamericana, y en consecuencia Alemán intensificó sus contactos con miembros de la representación diplomática.[26]

En el otro extremo de la correlación de fuerzas, Alemán se decidió a iniciar sus contactos con la izquierda entrevistándose, en abril de 1945, con el general Cárdenas, quien no le dio su apoyo abierto pero no lo instó a desistir, evidenciando que no impondrían un candidato ligado a su grupo. Al mes siguiente Vidal Díaz Muñoz, líder cetemista del estado de Veracruz y uno de los seguidores más cercanos de Lombardo, decidió dar su apoyo a Miguel Alemán, tomando en cuenta que ya tenía el respaldo de 22 gobernadores. Informado Lombardo del acuerdo tomado por Díaz, se entrevistó con el futuro candidato concertando un acuerdo político.[27]

El apoyo de Lombardo fue fundamental para Alemán pues no sólo le aseguraba el respaldo de la CTM, sino también del amplio sector de la izquierda mexicana y consecuentemente desalentaba a sus candidatos, en especial a Miguel Henríquez Guzmán. A cambio, Lombardo recibía la promesa de que su posición sería tomada en cuenta por el futuro Presidente. Sin embargo, el compromiso de Alemán no era, de ninguna manera, una aceptación plena del programa nacional popular; en ocasión del Consejo Nacional Ordinario de la CTM, convocado para oficializar el apoyo de la confederación al candidato, después del discurso de Lombardo en el cual expuso el programa y exigió el compromiso del ex secretario de gobernación a cambio del apoyo recibido, Miguel Alemán, en su respuesta, evidenció algunas diferencias. Negaba la utilidad de que el gobierno controlara los precios, afirmando que de nada serviría una acción de tipo policial para resolver problemas

[25] *Ibid.*, p. 24.

[26] *Ibid.*, p. 82.

[27] A pesar de que no se conocen los términos del acuerdo, la estructura del programa del candidato a la Presidencia es un claro indicador de que Alemán había aceptado muchos de los puntos incluídos en el Programa Nacional Popular.

económicos, que éstos debían ser resueltos mediante medidas también económicas. En el mismo sentido aseguraba que la iniciativa privada debería contar con la mayor libertad y con la ayuda del Estado para su desarrollo y que los inversionistas extranjeros que se vincularan a los destinos de México podrían gozar libremente de sus utilidades legítimas. Igualmente reafirmaba la obligación del Estado de garantizar la libertad de los trabajadores para contratarse colectivamente y defenderse mediante acciones legales y lícitas, pero los condicionaba al compromiso del Estado de asegurar la libertad a la iniciativa privada para que abriera centros de producción y multiplicara la industria, y sólo aseguraba que sus inversiones estarían libres de la injusticia, es decir de las desmedidas reivindicaciones de los trabajadores. Finalmente, daba su apoyo a la propiedad privada en el campo y la colocaba en el mismo nivel que a los ejidatarios: lo más importante, señalaba, era que la producción en el campo fuese asegurada con la tranquilidad para los productores. Las diferencias marcadas eran significativas pues implicaban una alianza de clases mucho más amplia que la propuesta en el programa nacional popular y sobre todo con un tinte nacionalista muy desteñido.[28]

El apoyo que recibió Miguel Alemán de la izquierda oficial le brindaba los beneficios que ya hemos señalado, pero también le hacía blanco de los ataques de la derecha que le tildaba de comunista, lo cual preocupaba al candidato por la oposición del embajador yanqui, reforzada por el ambiente de la guerra fría y del anticomunismo que ya se sentía en el vecino país del Norte. Ante la aparente ventaja que daba esta situación a Ezequiel Padilla, Alemán se apresuró a buscar una entrevista con funcionarios de la embajada norteamericana, la cual se dio el 29 de marzo de 1946 con el primer secretario Guy Ray; en ella, el candidato le expuso lo que sería su línea política, aseguró confidencialmente que en su gobierno no incluiría a ningún comunista y que Lombardo no se encontraba en posición de obligarle a él o a su gobierno a incluir a ninguno de sus amigos. También señaló su enorme interés por la tecnología norteamericana para la rehabilitación de los ferrocarriles y de PEMEX, además aseguró que su gobierno no buscaría ayuda en la Gran Bretaña y menos en Rusia para la industrialización, sino que acudiría a los Estados Unidos.[29] Con estas declaraciones, Alemán buscaba disipar las inquietudes de los norteamericanos sobre la posible influencia de los comunistas y desbancar a Ezequiel Padilla en las preferencias del imperialismo norteamericano.

El compromiso que asumió Alemán en su entrevista confidencial, a espaldas de la sociedad mexicana, surtió rápidamente efecto, el embajador norteamericano fue cambiado y el nuevo se apresuró a deslindar cualquier interés norteamericano en el candidato de la oposición, Ezequiel Padilla, y a reiterar la posición neutral del gobierno estadunidense ante la

[28] Véase el discurso de Alemán en *El Popular*.
[29] Luis Medina, *op. cit.*, p. 82.

contienda electoral.[30] De esta manera, Alemán aseguró su elección como presidente de la República, traicionó a la izquierda, y puso de rodillas a la nación frente al imperialismo norteamericano; el acuerdo con este último se cumplió a pie juntillas, e incluso fue más allá. Su verdadero programa de gobierno se definió en aquella entrevista.

B.2. *La lucha del imperialismo en contra del programa nacional popular.*

El incumplimiento de Alemán del compromiso asumido con la izquierda significó, de hecho, el inicio de una guerra en su contra, en la cual obviamente no estaba solo: el imperialismo contribuyó con su parte. Al finalizar la segunda guerra mundial, la contradicción entre el socialismo y el capitalismo se convirtió en la oposición fundamental para el desarrollo del sistema capitalista y en especial para el imperialismo. Si antes de la guerra la URSS se vio asediada por las potencias imperialistas, el poderío militar que demostró durante el conflicto y las importantes derrotas que infligió al nazismo le permitieron convertirse en un árbitro de la política mundial. El socialismo aparecía frente al imperialismo norteamericano, entonces ya definitivamente hegemónico, como una amenaza real y con la capacidad suficiente para expandirse a costa del sistema capitalista. Por ello, la preocupación principal de los Estados Unidos era limitar, y si fuese posible aniquilar, la amenaza comunista en las áreas bajo su dominio. El macartismo, como expresión violenta del anticomunismo, se convirtió en la ideología predominante del imperialismo yanqui y la guerra fría inicio un periodo de difíciles y tensas relaciones internacionales; dentro de los Estados Unidos, la política liberal del presidente Roosevelt cedió paso a una política definitiva orientada a favorecer los intereses de los capitalistas y a limitar las aspiraciones del pueblo norteamericano; se sustituyó el New Deal por la Ley Taft Hartley preñada de anticomunismo. El delirio anticomunista desató una persecución contra todo supuesto comunista que, operando sobre cualquier tipo de denuncia, llevó al gobierno norteamericano a cometer las más monstruosas injusticias contra sus ciudadanos.

En el terreno internacional, el imperialismo organizó una campaña en contra de las organizaciones procomunistas o simplemente nacionalistas en todo el mundo capitalista, pero en especial en la América Latina; paralelamente y debido al menos en parte a la recesión provocada por el final de la guerra y a la necesidad de expandir el poderío económico de las empresas estadunidenses, el gobierno norteamericano inició una cruzada para imponer a las naciones del continente americano el libre-cambismo económico, exigiendo la supresión de todas las barreras al comercio exterior.

En el nivel intergubernamental, la política imperialista comenzó a partir

[30] *Ibid.*, p. 84.

de 1944, durante la Conferencia de Chapultepec, cuando se presentó el Plan Clayton, que tomaría forma de acuerdo internacional en la Conferencia de La Habana celebrada en 1948. En esta reunión, los Estados Unidos sólo cedieron en las partes accesorias del Plan Clayton, sus elementos centrales fueron conservados: la renegociación del arancel entre los países de la región y los Estados Unidos, el control cuantitativo del comercio exterior —cuotas de exportación—, la eliminación de las preferencias arancelarias entre los países latinoamericanos, el control de las materias primas de los países atrasados en beneficio de las potencias industriales, la no restricción al capitalismo norteamericano que invirtiera en las economías latinoamericanas. Para el triunfo de su política, el imperialismo se apoyó en los sectores reaccionarios de nuestras sociedades y propició varios golpes de estado que alejaron del poder a los grupos opuestos a sus intereses; otros se vieron obligados a negociar con el imperialismo sus políticas de desarrollo, lo cual obviamente sucedió en México.[31]

En el terreno de las luchas contra las organizaciones obreras, la política norteamericana se dio en la Organización Internacional del Trabajo y por medio de la AFL que emprendió una lucha a muerte contra las organizaciones comunistas o simplemente de izquierda, siendo su principal blanco la CTAL y las centrales nacionales miembros de la organización latinoamericana. El conflicto entre el imperialismo y la CTAL no se reducía a que esta última era, objetivamente, el crítico más persistente y penetrante que tenía la política militar y económica de los Estados Unidos, sino al programa y a la acción que desarrollaba en pro de una política nacionalista, de la unión de los países latinoamericanos sin la participación de los Estados Unidos, de la industrialización independiente de sus economías y de una amplia participación popular. Se puede afirmar, sin temor a exagerar, que la política lombardista era diametralmente opuesta a la impulsada por el imperialismo. Además, tenemos que considerar que, al menos para los actores de la época, aparecía como una política viable. Pero dentro de la estrategia definida por Lombardo, esta viabilidad dependía de la posibilidad de ganar el apoyo de los gobiernos latinoamericanos y su compromiso con la política nacional popular; sin este elemento la acción de la clase trabajadora sería mucho más difícil. Por ello la lucha contra el programa era fundamental para el imperialismo.

Esta situación explica la enorme agresividad del imperialismo en contra de todas las manifestaciones de lombardismo en el plano latinoamericano y en especial en el mexicano. No cabe duda que la acción contra los gobiernos liberales fue un factor clave para romper la remota posibilidad de una alianza antimperialista, pero también fue importante la lucha que dio la AFL, que contó con varios millones de dólares para llevarla a cabo, siempre con la bandera del anticomunismo: compró líderes, provocó divisiones en las organizaciones, y al final, si bien fracasó en la formación de una central para-

[31] Véase *Lombardo Toledado, discurso inaugural de las mesas redondas, op. cit.*

lela, logró que grandes organizaciones dejaran la CTAL; para 1945 la habían abandonado Argentina, Brasil, Cuba y Chile provocando su debilitamiento y frustrando la alianza de la clase obrera en el subcontinente. La acción del imperialismo en la OIT no fue menos burda; sus reuniones fueron manipuladas por burócratas de la organización totalmente incondicionales de los intereses imperialistas, las maniobras llegaron a ser tan descaradas como el citar para otros lugares o a destiempo a los delegados de las organizaciones progresistas para evitar que tomaran parte en las decisiones más importantes tales como las recomendaciones para modificar la legislación del trabajo o la definición de la política de la OIT. Lo cierto es que el imperialismo quebró la posibilidad de una acción internacional del lombardismo reduciéndolo a los límites de la nación mexicana, dentro de los cuales su posición era más débil que si hubiera contado con el apoyo internacional.[32] La estrategia de Lombardo fue bastante debilitada, no sólo por la pérdida de un apoyo significativo en el plano internacional, sino porque en el plano interno la alianza con el gobierno se volvía indispensable, y al mismo tiempo la fuerza para lograrla era menor. Así, desde 1944 su posición dentro de la correlación de fuerzas se fue deteriorando.

B.3. *La lucha de clases en torno a la campaña presidencial.*

De la misma manera que en la elección de 1940, en la de 1946 las clases sociales se enfrentaron abiertamente, no sólo en defensa de sus candidatos sino con la finalidad de ganar terreno frente el nuevo gobierno. Como ya mencionamos, en 1945 se firmó el Pacto Obrero Industrial entre la CTM y la CNIT para oponerse a la presión que el imperialismo hacía con el Plan Clayton y para apoyar el proyecto nacional popular. Con este pacto se había logrado dividir a la burguesía en dos sectores: uno a favor de la industrialización autónoma y el otro, mayoritario, a favor del imperialismo, en contra del gobierno y del candidato oficial —a los cuales consideraban influenciados por el comunismo lombardista—; en consecuencia, se alineaba con la candidatura de Ezequiel Padilla. En 1946 se produjeron algunos sucesos que avivaron la lucha de clases. En el mes de enero, el gobernador de Guanajuato quiso imponer, contra la voluntad popular, a sus candidatos al ayuntamiento de la ciudad de León. El pueblo se manifestó en contra y fue brutalmente reprimido por el ejército, con un saldo de varias muertes. Este hecho fue capitalizado por los sinarquistas y por la burguesía reaccionaria que organizó un paro de tres horas en las ciudades de México, Monterrey y Querétaro para protestar contra la masacre en un acto evidentemente político.[33] En referencia al mis-

[32] Sobre la lucha del imperialismo contra la CTAL, véase: CTAL, "Por un mundo mejor. Diario de una organización obrera durante la II Guerra Mundial", México, S. ed., 1948, pp. 1000 ss.

[33] *El Popular*, 12 de enero de 1946; *Revista Tiempo*, 19 de abril de 1946, pp. 31-32.

mo problema, la Suprema Corte de Justicia decidió nombrar a una comisión para investigar las elecciones, haciéndose eco de la solicitud del Partido Acción Nacional y mostrando su inclinación política; de la misma manera, la prensa nacional se colocó al lado de los sinarquistas. Ante la evidencia de los hechos, el gobierno de Ávila Camacho desconoció los poderes en ese estado. La movilización de la derecha era más alarmante por la declaración de Lombardo en la cual denunciaba, por una parte, que empresas norteamericanas estaban financiando la campaña de Padilla y, por la otra, que los sinarquistas estaban realizando un contrabando de armas e incitando al ejército para que se rebelase en contra del gobierno.[34] En el mismo sentido, Fidel Velázquez afirmaba que los sinarquistas y la reacción se preparaban para dar un golpe de Estado.[35] Aprovechando la movilización de la derecha, la CONCANACO y la Patronal realizaban declaraciones pidiendo que desapareciera la legislación laboral y los sindicatos con la finalidad de que el desarrollo económico pudiera darse sin las interrupciones ocasionadas por los conflictos obreros. Posesionada de anticomunismo, la burguesía comercial declaraba que entre una dictadura de izquierda y una de derecha era mucho mejor la segunda.[36] En su afán por destruir el pacto obrero industrial, la burguesía comercial y la bancaria intentaron formar un frente antiobrero y opuesto al pacto, iniciativa que fracasó por la derrota electoral de la derecha.

En contra de la movilización de la reacción sólo aparecieron la CTM y la CNIT. La primera organizó una serie de actos y realizó una serie de huelgas en varias ciudades del país y en especial en la ciudad de Monterrey para oponerse a la escalada derechista. Las organizaciones del pacto se unieron en la celebración de conferencias en contra de la carestía y en mayo de ese año realizaron una manifestación en contra del alto costo de la vida y de la especulación. El resto de las organizaciones obreras guardaba un silencio cómplice ante los fuertes conflictos que sufría el país.[37]

La presión política que ejercían los grupos reaccionarios tuvo sus repercusiones en el partido oficial. En el mes de mayo, Fidel Velázquez informaba que los dirigentes del PRI hostilizaban a la CTM exigiendo que su participación en la campaña electoral no fuese visible y además habían emitido fallos contrarios a las candidaturas de la CTM para diputados. Aseguraba Fidel Velázquez que la ruptura con el partido oficial sólo se había evitado por la participación del candidato a la presidencia. De la misma manera, los gobernadores de varios estados se oponían a la confederación, procurando favorecer a las organizaciones obreras comprometidas con la reacción.[38]

[34] Vicente Lombardo Toledano, "Movilización total del pueblo para aplastar la ofensiva reaccionaria", Revista Futuro, pp. 23-30.

[35] *El Popular*, 15 de enero de 1946.

[36] *Revista Tiempo*, 5 de agosto de 1946, p. 7.

[37] *El Popular*, 12 de enero al 31 de mayo.

[38] *Ibid.*

Sin embargo, sería una exageración afirmar que las dificultades entre la CTM y el PRI estuvieron únicamente originadas en el temor que sentía el partido oficial ante las movilizaciones de la derecha. En realidad, desde la creación de la CNOP se había empezado un proceso de marginación de la central obrera; dentro de esta acción cabe destacar la reforma a la ley electoral y la transformación del PRM en PRI. A finales de 1945, ante la presión de los partidos de oposición que exigían la reforma legislativa para asegurar la limpieza de las elecciones, el gobierno de Manuel Ávila Camacho envió al Congreso de la Unión un proyecto de reforma a la ley. En el nuevo texto destacaban dos elementos centrales: por una parte, se estipulaba la centralización del proceso electoral retirando a las autoridades locales las facultades más importantes, las cuales se confiaban a la federación, de la misma manera que la confección del padrón electoral se confiaba al gobierno central; además se suprimía el procedimiento mediante el cual las autoridades de las casillas se confiaban a los primeros ciudadanos que llegaban a votar y que había sido fuente de constantes conflictos, y se suplía por una designación que respondía al acuerdo entre los partidos políticos que participaban en la contienda, y por la otra, se creaban partidos políticos nacionales y se reglamentaba su funcionamiento. Este último proceso desempeñó un papel muy importante en los sucesos posteriores a la creación del Pacto Popular, sobre todo, porque establecía que la afiliación a los partidos debía ser individual y no sectorial; pero el primero era el que afectaba a los cetemistas, los cuales se habían visto favorecidos con la corrupción de las autoridades locales para imponer mediante fraudes electorales a sus candidatos a puestos de elección popular. La centralización del proceso hacia más difícil esta práctica corrupta a los líderes cetemistas, sobre todo a los cinco lobitos. A ellos correspondió oponerse, sin éxito, al proyecto de ley, oposición que compartieron con los legisladores ligados a la reacción, aunque respondían a diferentes motivos. La oposición en la Cámara de Diputados fue presentada por Jesús Yurén, que se negaba a aceptar el nuevo texto afirmando que el anterior garantizaba plenamente el sufragio por lo que no había necesidad de modificarlo; en el Senado fue Fernando Amilpa quien se opuso. La actitud de los líderes cetemistas evidenciaba su grado de corrupción y de manipulación política y su carácter retrógrado al oponerse a un proyecto que, aun cuando limitado, significaba un avance en la democratización de los procesos electorales. La ley fue aprobada limitando la influencia de la CTM.[39]

Con la finalidad de adaptarse a lo establecido en la nueva ley, el partido oficial se propuso su transformación, con la cual también perseguía salir al paso de las críticas que le formulaban tanto la izquierda como la derecha. El 18 de enero de 1946 se disolvió el PRM y se constituyó el PRI. En el nuevo organismo existían cambios importantes: en primer lugar se creaba una organización basada en los miembros individuales cuya asamblea general era la máxima autoridad; sin embargo, no desaparecía la filiación colectiva

[39] Luis Medina, *op. cit.*, p. 73.

—los sindicatos o centrales obreras—, la CNOP y otras organizaciones conservarían su autonomía, la dirección y disciplina de sus miembros seguiría en todo lo relativo al desarrollo de su acción social; pero los mismos trabajadores dependerían exclusivamente de los órganos de dirección del partido para el ejercicio de su acción político-electoral. En segundo lugar, la elección de candidatos del partido para cargos de elección popular se debería hacer mediante un proceso democrático, con la votación directa y secreta de todos los miembros del partido, para lo cual se instalarían casillas en toda la República. La eliminación de los sectores como actor político dentro del partido, y la elección democrática de los candidatos, reducía al mínimo el poder de la CTM dentro del instituto político; con el mismo propósito, dentro de las organizaciones obreras se habían incorporado la CNP, la COCM, el STMMSRM y a la CNT, además de la CROM y la CGT que ya pertenecían al PRM. Sin embargo, la nueva organización del PRI que podía darle una vida democrática mayor, entraba en conflicto con los antiguos sectores, sobre todo con la CTM que numéricamente era inferior a la CNC y a la CNOP, amenazando con destruir lo que en realidad era su verdadero sustento político. Por ello, en abierta contradicción con sus estatutos, el PRI celebró un pacto entre los sectores mediante el cual se reconocía que la designación de los candidatos había de regirse por el principio de derecho de las mayorías que radicaran en cada uno de los sectores, y se declaraba a éstos depositarios de esa facultad y responsables de su ejecución; finalmente, se establecía la cooperación entre los sectores para las tareas electorales. De esta suerte, el proceso democrático se echaba por la borda, quedando como una declaración formal y se mantenían los viejos procedimientos autoritarios que habían hecho del PRM una organización burocratizada y cada vez más alejada de las masas. El pacto favorecía a la CTM, si bien quedaba sometida a competir con las demás centrales y sindicatos incorporados al PRI. Así pues, no es de asombrar que en el mes de mayo de 1946 las relaciones entre la CTM y el PRI se hubiesen deteriorado hasta el grado de que se hablase de ruptura.[40]

Los años en que se realizó la sucesión presidencial de 1946 fueron para el movimiento lombardista y para la CTM, que a pesar de todo continuaba siendo la central obrera más importante y la más ligada al proyecto nacional popular, una época de difíciles pugnas; a la lucha contra el imperialismo —que robaba terreno a la CTAL, que frustraba el proyecto de la unidad latinoamericana tanto del movimiento obrero como de gobiernos nacionalistas, que ganaba terreno también en el país al lograr para los intereses de la AFL a centrales obreras como la CROM, la CNP, la CGT y la COCM— se aunaba la lucha contra la reacción que se movilizaba abiertamente en contra del gobierno, pero sobre todo en contra de la izquierda que no encontraba más apoyo que el que le brindaba el pacto obrero industrial; también tenía que luchar en contra de los intereses de la camarilla política que procuraba por todos los medios marginarla del proceso político oficial.

[40] *Ibid.*, p. 79 y revista *Política*, 1 de septiembre de 1964, pp. V ss.

Como si fuera poco tener que enfrentar la lucha en los tres frentes señalados, la CTM sufría conflictos internos de suma importancia; la carestía de la vida, que golpeaba fuertemente a los trabajadores, impulsaba la lucha económica de los sindicatos. Los paros ilegales continuaban a pesar de su prohibición; los petroleros que mantenían su lucha contra la gerencia de PEMEX por violaciones al contrato colectivo realizaron paros en abril y junio de 1946. Ante la condena que hacían los líderes de la CTM y por su negativa de apoyarlos en junio del mismo año, el STPRM desconoció al Comité Ejecutivo de la CTM; si bien declaraban que su acción no significaba un rompimiento con el movimiento obrero, quedaban al margen de la confederación.[41]

En el gremio de los ferrocarriles también se dio un paro de nueve horas el 17 de julio en todo el sistema para protestar en contra de la carestía.[42] En este caso el conflicto también tenía que ver con la elección del nuevo secretario general de la CTM, cargo al cual aspiraba Luis Gómez Z., quien era secretario de Organización de la Confederación y secretario general del STFRM y a cuya candidatura se oponían los cinco lobitos que querían mantenerse en el poder; por lo tanto, y aun cuando los líderes declaraban que las secciones habían actuado con independencia, el paro tenía implicaciones de presión política para la Confederación. La lucha interna por el poder tendría consecuencias de suma importancia para el desarrollo del proceso, como veremos más adelante. Por ahora, sólo queremos destacar que la izquierda oficial llegaba al final del gobierno avilacamachista en una situación política más difícil que la que tuvo al final del cardenismo. Sin embargo, aún constituía una fuerza que el gobierno tenía que considerar; sus luchas en los diferentes planos es la mejor evidencia.

B.4. *Los prolegómenos del Partido Popular.*

Después de la toma de posesión de Miguel Alemán, como presidente de la República, Lombardo Toledano inició los trabajos para la conformación de las alianzas que formarían la base del nuevo partido. Entre los primeros eventos se cuenta la celebración de una serie de mesas redondas, en enero de 1947, en las cuales participaron los representantes de las organizaciones de izquierda más importantes del país, además de algunos invitados individuales de filiación izquierdista. En la primera reunión, Lombardo Toledano expuso su concepción del marxismo, su interpretación de la realidad y la estrategia que pensaba debía adoptar la izquierda, y finalmente la táctica de lo cual ya nos ocupamos ampliamente en el capítulo presente y ahora sólo presentamos un rápido resumen de los aspectos políticos y sobre todo de lo referente al partido.

[41] Angélica Cuéllar, "Golpe al Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana en 1949" en V.M. Durand *et. al. Las derrotas obreras 1946-1952,* en prensa.

[42] *Revista Tiempo*, 19 de julio de 1946.

Respecto a los imperativos de las nuevas tareas que tenía que enfrentar el proletariado destacaba: unidad e independencia de la clase obrera, mantenimiento de la unidad dentro de la CTM, reorganización de la CNC con vistas a mejores propósitos de los que había venido cumpliendo, alianza entre obreros y campesinos, unidad orgánica —mediante una comisión permanente de consulta— entre las organizaciones obreras, campesinas y de servidores del Estado y las que agruparon a las mujeres y a la juventud, para evitar discrepancias en la línea política y facilitar la adopción de los procedimientos tácticos; creación de un gran partido popular formado por las masas progresistas del país, para que sirva —al lado de otros partidos que existan— a la consecución de los objetivos señalados en el programa nacional popular. Sobre el partido, como ya hemos visto, Lombardo sostenía: "No será un apéndice del Estado, un bloque de sectores o centrales, un órgano de políticos profesionales, un partido marxista o de izquierda, un instrumento meramente electoral. El nuevo partido será un partido independiente del gobierno, un frente revolucionario. Estará integrado por la clase obrera, la clase campesina y la clase media y su dirección será rigurosamente representativa: cada dirigente debe representar el pensamiento de su clase. Sus objetivos centrales serán luchar en la esfera nacional por la emancipación de la nación, por el desarrollo económico del país, por la revolución industrial, por la elevación del nivel de vida del pueblo y por el perfeccionamiento de las instituciones democráticas; en la esfera internacional, por la conservación de la paz, por la exterminación del fascismo, por la independencia de los países coloniales,por la emancipación de los países semicoloniales, por la política de buena vecindad y por la unidad de Hispanoamérica."[43]

En los debates sobre las tesis de Lombardo, el Partido Comunista Mexicano y el grupo Acción Socialista Unificada, se opusieron a la formación del nuevo partido, pues consideraban que entraría en contradicción con el PRI y con el PCM; para ellos, lo fundamental era fortalecer al Partido Comunista; no compartían la diferencia entre la función de frente popular que debía cumplir el partido de Lombardo y un partido marxista de la clase obrera. Este desacuerdo se explica, al menos en parte, por la discrepancia respecto a la táctica de la lucha: para los comunistas y los del grupo ASU debería ser de clases, lo cual para Lombardo era una táctica equivocada, la correcta consistía en la unidad nacional. Esta diferencia también se reflejaba sobre lo que había que hacer en la CTM; mientras Lombardo pedía la unidad, Valentín Campa y Hernán Laborde, dirigentes de la ASU, señalaban la necesidad de su depuración, sin importar que la Confederación se fraccionara; era la lucha de clase dentro del movimiento obrero. Acerca de la definición del enemigo principal, también faltó el acuerdo; Lombardo señalaba al imperialismo, mientras los comunistas y los de ASU lo consideraban como un gigante con pies de barro, que se derrumbaría en la crisis económica que ya se avecinaba; en consecuencia, sostenían que se le podía

[43] Versión taquigráfica de las mesas redondas, *op. cit.*

derrotar y que el enemigo era la burguesía, y en especial la reaccionaria.

Sobre la necesidad de la industrialización existía un acuerdo fundamental, pero divergían sobre quién debería realizar el proceso; Lombardo sostenía que era la burguesía progresista la que debía estar al frente, en cambio los de la ASU, y sobre todo Campa, sostenían que era el Estado, que lo que había que buscar era el capitalismo de Estado, trasladando mecánicamente lo que sucedía en los países de la Europa oriental, pero sin ninguna proporción para la realidad mexicana. Finalmente, en lo único que coincidían era en la calificación del gobierno de Alemán como burgués progresista.

En su posición, Lombardo era apoyado por organizaciones fieles a él, como el Grupo Morelos y la Universidad Obrera, y además por los participantes a título individual, sobre todo Víctor Manuel Villaseñor y Narciso Bassols. Sin embargo, estos últimos exigían a Lombardo que se denunciaran las reformas al artículo 23 constitucional, que limitaba la reforma agraria y la intervención del ejército en el sindicato petrolero como actos reaccionarios y antiobreros, a lo cual Lombardo se oponía pretextando que las reformas al artículo constitucional garantizaban la tranquilidad en el campo, tanto a los ejidatarios como a los pequeños propietarios y que la medida contra los petroleros se había vuelto necesaria debido a la indisciplina del STPRM, y además aducía que el Presidente había declarado, además de asegurarle a él personalmente, que ésa no sería la tónica de su gobierno frente al movimiento obrero.[44]

Las diferencias en el seno de la izquierda eran fundamentales pues implicaban para Lombardo un uso incorrecto del marxismo por parte de los comunistas y los de la ASU, que se reflejaba en falsas interpretaciones de la realidad y consecuentemente en planteamientos erróneos en la estrategia. No se trataba simplemente de discordancias intelectuales, sino de diferencias fundamentales que impedían la alianza. Él pensaba que si su acción en la práctica coincidía, era puramente como resultado de la casualidad y no por compartir más estrategia común; que si salían caminando juntos por la calle, sin lugar a dudas lo harían cojeando. Los desacuerdos llegaron a tal punto que cuando David Alfaro Siqueiros, miembro del PCM pero que participaba a título individual y que asumió el papel de provocador en el desarrollo de las mesas redondas, insistía en que se debería adoptar la lucha de clase contra clase y que en lugar de pensar en crear el nuevo partido se debería apoyar al PCM y que Lombardo debería afiliarse, el líder poblano irritado declaró que jamás sería instrumento del partido comunista y además regañaba a los dirigentes por no saber imponer la disciplina a sus militantes.[45]

No cabe duda que el resultado de las mesas redondas fue para Lombardo

[44] Angélica Cuéllar, *op. cit.*

[45] Vicente Lombardo Toledano, intervención de clausura de las mesas redondas, *op. cit.*

la imposibilidad de establecer la alianza orgánica con los comunistas y los dirigentes de la ASU y pese a que el PCM no dejó de colaborar con Lombardo, adoptando políticas ambiguas, como la de permitir a sus miembros enrolarse en el nuevo organismo político o apoyándolo en la CTM, la incapacidad de la izquierda para llegar a un acuerdo debilitó aún más la posición de las fuerzas progresistas.

Las dificultades para establecer la alianza con las principales organizaciones de la izquierda marxista influyeron para que Lombardo se refugiara en la Confederación de Trabajadores de México, en la cual continuaba siendo el líder ideológico indiscutible y contaba con el apoyo de los cinco lobitos, que era el grupo más importante en el control organizativo y burocrático. En este sentido es pertinente recordar que los lobitos, junto con otros legisladores obreros ligados a Lombardo, habían dado la batalla en las cámaras y en el partido oficial defendiendo la posición de la izquierda oficial; su lucha contra la reacción y en especial contra los sinarquistas, y algunas declaraciones de Fidel Velázquez enmarcadas en la ideología Lombardista mostraban claramente su aceptación de las ideas y programas del teziuteco, aunque tampoco debemos olvidar que en estas luchas también estaban en juego sus mezquinos intereses burocráticos.

La primera consecuencia del refugio de Lombardo en la CTM fue su posición frente a la elección del nuevo secretario general, en la que se enfrentaron como candidatos Fernando Amilpa, miembro de los cinco lobitos, y Luis Gómez Zepeda, que tenía relación con la ASU y, en especial con Valentín Campa. Cuando se iniciaba la campaña de los candidatos a la secretaría, se suscitaron los paros de los ferrocarriles y de los petroleros —este último, como se recordará, motivó el desconocimiento del Comité Ejecutivo de la CTM por parte del STPRM. Una de las condiciones que ponía para reincorporarse a la Confederación era que se apoyara la candidatura de Gómez Z., con lo cual se evidenciaba que en estos sindicatos, donde había influencia de la ASU, se practicaba la línea que Campa y Laborde habían marcado en las mesas redondas, de lucha de clase contra clase y de depuración de la CTM aunque se provocara la división. Pero hay que señalar que la depuración con Gómez Z. a la cabeza no era de confiar, más bien indicaba una lucha por el control del movimiento obrero, sin importar que la CTM se dividiera.

Fidel Velázquez, quiso restar importancia a la salida de los petroleros, acusándolos de ser un sindicato indisciplinado que sólo creaba problemas a la organización.[46] La verdad era que en ese momento el retiro del sindicato de industria más importante no afectaba seriamente a la gran central, pero la actitud de la ASU reforzaba la posición de Lombardo de que la alianza con ellos era un hecho improbable y políticamente muy riesgoso.

[46] Revista *Tiempo*, 30 de agosto de 1946.

Después de la postulación de los candidatos, los sindicatos miembros de la central se dividieron rápidamente en sus preferencias, amenazando con dividir a la CTM. A principios de 1947, Lombardo hizo un llamado a la unidad para que se mantuviera la integración de la organización, señalando que el peligro de la derecha era real, que ya había infiltrado su quinta columna en la Confederación, que los miembros de comités directivos de varias federaciones estatales encabezaban las manifestaciones sinarquistas, y que el PRI no aparecía por ninguna parte para dar la batalla contra los fascistas. El Partido Comunista se sumaba a los llamados de Lombardo para que se mantuviera la unidad de la central y proponía que el líder poblano regresara a la Secretaría General, propuesta que ningún cetemista tomó en serio, pues Lombardo se encontraba comprometido con la fundación del Partido Popular y además contaría con la oposición total del PRI y del Presidente.

El sector más combativo de la CTM, constituido por el Sindicato Ferrocarrilero, el de Telefonistas, la Alianza de Tranviarios, el Sindicato de Trabajadores de Aviación, el Sindicato de Trabajadores de Aguas Gaseosas, el Sindicato de Productos de Maíz, el Sindicato Nacional de Trabajadores del Cemento, el Sindicato de Trabajadores y Empleados del Nacional Monte de Piedad, el Sindicato de Trabajadores de la Dinamita y el Frente de Trabajadores de la Industria Eléctrica, que apoyaban a Gómez Z., denunciaban al sector imposicionista, comandado por Fidel Velázquez y Blas Chumacero, que a toda costa quería imponer a su compañero Fernando Amilpa y llamaba a Lombardo ingenuo al pedir la unidad de la organización.[47]

Ante la polarización de las fuerzas sindicales, Lombardo decidió respaldar a Fernando Amilpa a cambio del compromiso de la CTM de apoyar la formación del nuevo partido, repitiéndose la historia de 1937 y de 1943 cuando apoyó a los lobitos, a la derecha de la central, en contra de la izquierda. El apoyo de Lombardo también comprometió a los lobitos a incorporar al Comité Ejecutivo a varios lombardistas. Con este acuerdo, oficializado en el XXX Consejo de la CTM, se garantizó el triunfo a Fernando Amilpa. Gómez Z. decidió separarse de la central llevándose consigo a los sindicatos antes citados que en total contaban con más de 100,000 afiliados. Con ello se realizaba la depuración preconizada por la ASU. El grupo escindido, con Gómez Z. como líder, formó el 20 de marzo de 1947 la Central Unica de Trabajadores (CUT).[48] Nuevamente, Fidel Velázquez restaba importancia a la salida de los sindicatos afirmando que sólo se habían llevado 60,000 trabajadores y que en cambio la CTM contaba con 800,000. Además, para tratar de cubrir el hueco de los sindicatos escindidos, se dieron a la tarea de reclutar, con la ayuda de los líderes campesinos del PCM, sindicatos de campesinos, logrando incorporar a cerca de 58,000 miembros. La

[47] *El Popular*, 19 de febrero de 1947.
[48] *El Popular*, 7 de abril de 1947.

protesta de la CNC puso fin a este remedio para fortalecer la diezmada central.[49]

Durante el IV Congreso de la CTM, celebrado en marzo de 1947, y en el cual fue electo Amilpa como nuevo secretario general, Lombardo presentó la ponencia 16 en la cual hablaba de la necesidad de formar un nuevo partido de masas que no fuera únicamente de trabajadores, sino de todos los sectores democráticos de la sociedad y pidió el apoyo de la central para su formación, lo cual fue aprobado por el pleno del Congreso; además, consiguió que se nombrara a tres secretarios del Comité Ejecutivo: asuntos campesinos, educación y asuntos económicos. Los comunistas que habían apoyado a la CTM con sus sindicatos campesinos no obtuvieron ninguna secretaría, teniendo que conformarse con la promesa de que la central sería depurada de todos los líderes corruptos.[50]

Con la escisión de la CTM, el movimiento obrero que mantenía una posición progresista se encontraba organizado en dos grandes centrales, la CUT y la CTM, las cuales no diferían en cuanto al proyecto nacional popular. La CUT señalaba entre sus objetivos más importantes los siguientes: primero, definía su posición antimperialista a través de la desaparición de los monopolios; segundo, señalaba su inconformidad con la situación económica y la política laboral —sobre ésta argüía la necesidad de que se reformara la Ley Federal del Trabajo y exigía mejoras en los contratos colectivos de trabajo y el abaratamiento de la vida—; tercero, se comprometía a buscar la organización de los grandes sindicatos de industria en una sola central; cuarto, dejaba en libertad a sus afiliados para que se incorporaran al partido político de sus preferencias; y quinto, se afiliaban a la CTAL y la FMS.[51] Con esto se mostraba que no existía una ruptura con el programa lombardista; por el contrario, se sentaban las bases para su participación en la formación del nuevo partido. Por otra parte, con el compromiso que Lombardo había logrado imponer a la CTM para que apoyara al nuevo partido, parecía que,pese a todo, el proyecto lombardista no salía tan perjudicado por la ruptura organizativa, si bien la parte sindical se volvía más endeble, sobre todo frente al gobierno.

Sin embargo, la posición de la CTM se modificó rápidamente. El mismo día en que se clausuró el IV Congreso, el nuevo Comité Ejecutivo fue a visitar al Presidente de la República y ahí Amilpa declaró que la CTM se encuadraría en su política y que deseaba colaborar con el gobierno mostrando una supeditación y un oportunismo que serían las características fundamentales de la actuación del nuevo secretario. Pese a su declaración, el compromiso que la CTM había contraído de apoyar al nuevo partido pro-

[49] *El Popular*, 12, 21 y 26 de marzo de 1947.
[50] Luis Medina, *op. cit.*, p. 132.
[51] *El Popular*, 13 de noviembre de 1947.

vocó que las hostilidades con el PRI se agudizaran. Sánchez Taboada, al frente del partido oficial, inició sus ataques en contra de la CTM y de la CUT tildándolas de comunistas y culpándolas de dividir a la clase obrera.

Lombardo procuró salir al paso de las críticas del jerarca del PRI con reiteradas declaraciones en las cuales afirmaba que el nuevo partido no sería un opositor del oficial sino que sería complementario y además que el Partido Popular colaboraría con el gobierno del presidente Alemán, señalando críticamente sus errores. La traición de Alemán y sus compromisos con el imperialismo empezaban a ser una realidad, y además el PRI no estaba dispuesto a que los obreros tuviesen libertad de elegir el partido político en que habrían de militar. Ante la declaración de Vicente Lombardo Toledano, realizada el 15 de marzo de 1947, en la cual pedía que la CTM cumpliera el compromiso dejando en libertad a sus afiliados para que ingresaran al Partido Popular de acuerdo con lo establecido en la Ley Federal Electoral, Sánchez Taboada condenó a la nueva organización e inició la presión sobre Amilpa para que éste desconociera el compromiso contraído con los lombardistas. Antes de hacerlo, la CTM procuró llegar a un acuerdo, para lo cual reiteraba su aceptación de la política del gobierno alemanista. Pero para éste la sumisión cetemista no era suficiente y continuó presionando a los lobitos para que se desconociera el acuerdo. Ante la amenaza de perder sus privilegios y su influencia en el gobierno, los lobitos entraron en franca contradicción con Lombardo Toledano y obviamente se inclinaron por plegarse al gobierno y asegurar así su permanencia.

A partir de agosto, Amilpa inició el conflicto con Lombardo, primero quiso conciliar los intereses de los lobitos con los del PRI y los del PP, restringiendo los acuerdos derivados de la ponencia 16 a un apoyo simplemente moral; pero ante la inconformidad de Lombardo, que exigía el cumplimiento cabal del acuerdo y que se dejara en libertad a los miembros, Amilpa declaró en el XXXII Consejo de la CTM que era contrario a permitir la libre afiliación, pues el congreso no había derogado los acuerdos del I Congreso Nacional que ordenaba la adhesión al partido oficial y tampoco había modificado el pacto sectorial firmado durante la constitución del PRI y que por ello la CTM y sus miembros continuarían perteneciendo al PRI y afirmaba que la Ley Federal Electoral no se podía cumplir pues abría las puertas a los comunistas y a los sinarquistas.

Como consecuencia de lo anterior, el PRI expulsó de sus filas al diputado Vidal Díaz Muñoz y a los senadores Juan Manuel Elizondo y Alfonso Palacios, miembros del Comité Coordinador del Partido Popular. La CTM hacía lo mismo, expulsando a los secretarios del Comité Ejecutivo que defendían la tesis lombardista. Salieron Jacinto López, Javier Ramos Malsarraga y Alfonso Palacios, quienes emitieron un comunicado acusando de traidor a Fernando Amilpa. Finalmente, en el mes de noviembre y adoptando una posición abiertamente anticomunista, Amilpa declara rotas sus rela-

ciones con Lombardo y con la CTAL, consumando su traición y lo acordado por el IV Congreso Nacional de la CTM, con lo cual el gobierno alemanista conseguía su propósito de desligar a la Confederación del proyecto del nuevo partido político.[52]

B.5. La formación del Partido Popular y de la UGOCM.

El regocijo de haber expulsado al lombardismo de la CTM les duró muy poco a los cinco lobitos y a su aliado Sánchez Taboada, pues en realidad lo que habían destruido era la propia CTM y no el lombardismo. Con la expulsión del líder poblano, las federaciones estatales y algunos sindicatos ligados al lombardismo y al partido comunista abandonaron la Confederación. Las federaciones de Veracruz, Sonora, Baja California Norte y más tarde Oaxaca se negaron a seguir bajo el mando de Amilpa y lo mismo hicieron los sindicatos de artes gráficas y los campesinos de La Laguna.

De esta manera, a finales de 1947 y principios de 1948, la CTM perdía a la mayoría de sus contingentes y quedaba reducida a una central de tercer orden. Permanecían en sus filas un poco más de 100,000 afiliados y su núcleo fundamental se encontraba en la burocratizada y corrupta Federación de Trabajadores del Distrito Federal, bastión de los lobitos desde su salida de la CROM. En cambio, los sindicatos de industria, petroleros, mineros y ferrocarrileros, más las federaciones y los sindicatos independizados, triplicaban el número de los cetemistas. La maniobra realizada por Sánchez Taboada en connivencia con el gobierno y con los lobitos, lejos de debilitar el proyecto del Partido Popular lo dotaba de la independencia del Estado, que Lombardo manejaba como principio, y además le libertaba de la pesada carga que significaban los lobitos y sus mezquinos intereses burocráticos. Pero tal vez la consecuencia más importante era que el movimiento de creación del nuevo partido y de la constitución de la nueva central sindical, se desplazaba del terreno del Estado, del arreglo entre líderes con el gobierno, y se colocaba en el terreno de la sociedad civil en la cual el movimiento de masas cobraba una enorme importancia. Se abría la posibilidad de una verdadera reorganización de la clase obrera y de su redefinición con el Estado mexicano.

Los acontecimientos sucedidos desde el final de la guerra hasta principios de 1948 habían modificado radicalmente la correlación de fuerzas: el imperialismo se había impuesto al proyecto de una alianza latinoamericana de gobiernos nacionalistas; el Tratado de Río de Janeiro era posiblemente el pacto que consagraba el panamericanismo bajo el dominio del imperialismo norteamericano, que convertía a América Latina en su traspatio. De la misma manera, había reducido a la CTAL a una organización de membrete,

[52] La información sobre el proceso aparece en *El Popular*.

cuyo fracaso para realizar su congreso en La Habana en 1948 mostraba su creciente debilidad. El gobierno mexicano había logrado expulsar definitivamente a la izquierda oficial de todas sus instituciones, incluyendo al PRI cuyo sector obrero quedaba integrado únicamente por organizaciones totalmente burocratizadas, aliadas a la AFL, y dispuestas en todo momento a dar cualquier viraje que la defensa de sus intereses y los que el gobierno reclamara.

El análisis que había realizado Lombardo a principios de 1917, en su ponencia que abrió los debates de las mesas redondas, perdía su vigencia política. La posibilidad de establecer una alianza con los sectores liberales, sobre todo con la burguesía industrial, se reducía por la dependencia que ésta tenía del proteccionismo del gobierno para lograr su crecimiento; la unidad del movimiento obrero como base del programa se había perdido, apareciendo en su lugar una mayor polarización entre las organizaciones de los trabajadores. La posibilidad de un desarrollo económico autónomo quedaba atrás al dar la bienvenida a las inversiones extranjeras, negándose el gobierno a establecer una reglamentación de su funcionamiento; igualmente la crisis del comercio exterior que obligó a la renegociación del arancel con el imperialismo hacía muy difícil una política independiente a no ser que se contara con un fuerte apoyo popular, lo cual era ampliamente desmentido por la política alemanista. En pocas palabras, la posibilidad de que el programa nacional popular se hiciera gobierno había dejado de existir, pero quedaba en pie lo más importante: la independencia de la clase obrera —al menos de su sector más fuerte, conformado por los grandes sindicatos de industria, y la posibilidad de construir el partido popular y con base en esos dos logros luchar contra la política reaccionaria del gobierno alemanista y constituirse en una alternativa de poder nacional.

Sin embargo, Lombardo Toledano no aceptó los cambios que se dieron y se aferró a su viejo proyecto, a su estrategia y a su táctica. Buscó durante el resto del periodo rehacer la alianza con el alemanismo y con el PRI, cuando éste había ya decidido que el camino era la lucha del Estado contra la clase obrera, la lucha de clase contra clase en la cual el Estado tomaba el comando de la burguesía, de la reacción. La división del mundo en dos corrientes, abiertamente enfrentadas en la llamada guerra fría, no dejaba espacio político para la táctica de la unidad nacional: o se alineaba a favor de la "democracia", no como forma de gobierno, sino como ideología maniqueamente opuesta al totalitarismo comunista, o sería considerado enemigo.

Lombardo Toledano, en lugar de apoyarse en el movimiento social de los trabajadores y procurar allegarle mayor fuerza con la formación del Partido Popular que agrupara a campesinos y a grupos de la clase media descontenta, continuó con su viejo estilo de buscar la transa con los gobernantes, debilitando su posición, cayendo en el oportunismo y, lo que fue peor, restándole fuerza al movimiento de reorganización de los sindicatos. De anti-

guo líder obrero más progresista se convirtió en un oportunista que procuraba salvar lo que fuera de su destruído programa nacional popular.

En el periodo comprendido entre 1947 y 1949 se desarrollaron dos procesos íntimamente ligados. Por una parte, el movimiento social de reorganización de los trabajadores que se habían independizado de la CTM; por la otra, la constitución del Partido Popular que se constituyó en un proceso de carácter político y no de masas como lo había concebido Lombardo. Pese a que su gente comandó ambos procesos no existió la debida coordinación entre ellos, justamente porque el partido popular no se desarrolló como movimiento social. Vamos a iniciar nuestro análisis por el Partido Popular, para después ocuparnos del movimiento de reorganización sindical; este orden es necesario para poder aquilatar la actuación de Lombardo y las consecuencias de la misma en el desarrollo del movimiento social, que sin duda era el aspecto más importante del proceso.

El 18 de agosto de 1947, cuando Lombardo hizo el llamado a los trabajadores mexicanos para que apoyaran la formación del nuevo partido y afirmó que para los cetemistas no era una obligación el estar afiliados al PRI sino que la Ley Electoral les daba libertad para elegir al organismo político de su preferencia, se abrió la lucha del gobierno en contra del Partido Popular (PP)[53] y de la CTM, tal como lo hemos apuntado en las páginas anteriores. Ese mismo día se iniciaba la formación del PP con la confección por Lombardo de la lista de miembros que habría de invitar para constituir el Comité Nacional Coordinador del Partido, encargado de los trabajos preparatorios. En la lista confeccionada por Lombardo se encontraban los nombres de Octavio Véjar Vázquez, Alejandro Gómez Arias, Salvador Novo, el doctor José Gómez Robleda y Victoriano Anguiano,[54] todos ellos con un pasado político que en nada los identificaba con la izquierda cardenista, puesto que eran funcionarios o particulares que habían criticado y actuado en contra de la política de la izquierda. La intención de Lombardo era clara: tranquilizar al gobierno y al PRI mostrando, con la inclusión de los antes mencionados, que el PP no tendría un carácter radical sino de conciliación. Lombardo quería edificar la tesis de la unidad nacional dentro de ese Comité, es decir por la cúpula y no por las bases. Se mostraba claramente que la intención de Lombardo era encontrar legitimidad para el PP en las altas esferas del gobierno alemanista y no en sus propias bases y programas.

El nombramiento de los anticardenistas y distinguidos católicos no se quedó en la lista de invitados —su fuerza como demostración de buena voluntad y de actitud conciliatoria habría sido insuficiente—, algunos de ellos fueron incluidos en el Comité Nacional Ejecutivo, Gómez Robleda aparecía como secretario general, Véjar Vázquez como secretario, nada menos que

[53] Víctor M. Villaseñor, *Memorias de un hombre de izquierda,* tomo 2, de *Ávila Camacho a Echeverría,* México, Grijalbo, 1976, p. 117.
[54] *Op. cit.,* p. 118.

de programa, Salvador Novo como secretario de propaganda, Victoriano Anguiano como subsecretario general y Gómez Arias como uno de los vicepresidentes. Obviamente, la presidencia la asumía Lombardo, las vicepresidencias sus más allegados colaboradores, lo mismo que la secretaría de organización.[55] La nominación de los derechistas provocó la airada protesta de los miembros invitados que se mantenían fieles a la izquierda cardenista logrando que en lugar de secretarios individuales se designaran comisiones, nulificando así la presencia de los nombrados originalmente; sin embargo, el secretario general y el subsecretario general permanecieron y además todos ellos pasaron a formar parte de la dirección política del partido, siempre bajo el liderazgo de Lombardo.

Desde el 29 de septiembre de 1947, cuando se formó el Comité Coordinador, hasta el 19 de junio del año siguiente en que se celebró la Asamblea Constitutiva del PP, se desarrollaron varios mítines en los cuales se vio que la inclusión de los derechistas no había sido sólo una pantalla, sino la autointroducción de la quinta columna en las filas del partido. Baste el siguiente ejemplo: en un mitin llevado a cabo el 31 de enero de 1948, uno de los oradores fue Véjar Vázquez, quien entre otras cosas dijo lo siguiente: "Por fortuna, nuestra evolución política y social ha reducido el auténtico problema religioso a los límites de la conciencia personal", como si la Iglesia católica no fuera una de las fuerzas que más actuaban en la reacción, y con el mismo descaro afirmaba: "El capitalismo en el porvenir ha de humanizarse, ya que la sociedad está lista para un orden basado en una relación nueva de hombre a hombre. No soy antimarxista, pero considero que el marxismo debe ser vencido, reemplazándolo por una filosofía social que sirva mejor a la ascensión obrera y que esté más limpia que él de todo compromiso con un régimen económico que ha probado su impotencia y su inmoralidad.

[. . .] Los hombres que formamos el Comité Coordinador del PP, queremos organizar un partido político que se coloque más arriba de las sectas y de las clases sociales; un partido político que, dando cabida a todos los patriotas, formule un programa tomando en cuenta, en síntesis armoniosas, todas esas fuerzas que son las realidades vitales de nuestra nacionalidad."[56] En pocas palabras, el nuevo orden social cristiano; y éste era el aliado que se había procurado Lombardo.

Obviamente, dichas declaraciones sólo podían desorientar a los seguidores del PP, sin que cumplieran su cometido de asegurarse la confianza del régimen alemanista para que les diera legitimidad. Dentro de las discusiones internas del comité, la presencia de los derechistas funcionó permanentemente como un elemento apaciguador que era apoyado por Lombardo en su afán de mostrarse confiable. En cambio, siempre puso trabas a las ini-

[55] *Ibid.*, p. 120.
[56] *Ibid.*, p. 129

ciativas de los elementos más radicales, inclusive para que pudieran publicar sus materiales en los órganos informativos del comité, férreamente controlados por sus incondicionales. Algo muy parecido pasó con la elaboración del programa del partido; la tesis de que este programa debería ser formulado de acuerdo con la opinión de la base de simpatizantes del partido, no sólo fue olvidada, sino también saboteada impidiendo que se publicara un cuestionario que tenía por finalidad recoger la opinión de las bases; el documento sólo fue publicado después de que algunos elementos del comité habían pagado su inserción en otro periódico, pero ya era demasiado tarde para que la respuesta fuese utilizada en la elaboración del programa. Éste urgía, pues el partido debía formarse a tiempo para participar en las elecciones para diputados, que se celebrarían en 1949. En consecuencia, el programa se formuló, como siempre, arriba, para que lo aceptaran los de abajo. El primer borrador fue redactado por Véjar Vázquez, pero fue rechazado en bloque y se encomendó una nueva redacción a Rafael Carrillo; el resultado, sin embargo, fue un documento huidizo, gelatinoso, que eludía una crítica a la situación del momento.[57]

La actitud conciliatoria de Lombardo llegó a límites extremos al sostener su tesis de que el PP no sería un partido de oposición al gobierno, sino un colaborador que aplaudiría sus aciertos y criticaría sus desvíos, además de que caminaría junto al PRI en bien de la revolución mexicana. Mientras eso declaraba en todos los mítines, Sánchez Taboada no perdía oportunidad de atacar al nuevo partido, de identificarlo con el comunismo y declaraba:

"Claramente, decididamente declaramos, para que no se interpreten mal nuestras palabras —hacía alusión a que el PRI cumpliría la constitución—, que el Partido Revolucionario Institucional combatirá al comunismo."[58]

De la misma manera, e inspirado en su furioso anticomunismo, el presidente del PRI declaraba en enero de 1948 que no existían discrepancias de fondo entre su partido y los ultramontanos y los sinarquistas, afirmación que se redondeaba con la hecha por el gobernador de Nayarit, Gilberto Flores Muñoz, quien afirmó el 13 de diciembre la conveniencia de una alianza entre la Unión Nacional Sinarquista y el PRI; cabe recordar que fue el 19 de ese mismo mes cuando los sinarquistas realizaron el mitin en la ciudad de México en el cual escupieron la estatua de Benito Juárez y la encapucharon, por lo cual le fue retirado el registro a su partido.[59] Era pues inconcebible que Lombardo continuara con su posición de buscar a toda costa la legitimidad del gobierno, escudándose en su opinión de que la animadversión del gobierno provenía de los caciques del PRI, pero no del Presidente.

[57] *Ibid.*, pp. 140 y 141
[58] *Ibid.*, p. 132
[59] *Ibid.*, p. 151

Por otra parte, entre la formación del comité coordinador y la constitución del PP, Lombardo fue elaborando una dirección totalmente centralizada por él; los órganos de consulta, tanto políticos como técnicos, no fueron convocados como se había acordado. Además, repitiéndose la historia de sus actuaciones desde la época cardenista, se apoyaba en la derecha en contra de los sectores de izquierda que exigían una clara definición programática para el partido y un respeto a las bases en su formulación, que se opusieron a la inclusión de la quinta columna en el comité y que exigieron un deslinde y una crítica a la posición que asumía el gobierno y el PRI. Los intentos de Lombardo para controlar a los miembros de la izquierda, particularmente a Narciso Bassols y Víctor Manuel Villaseñor, llevaron a que en varios momentos se presentara la posibilidad de su renuncia, la cual pudo ser evitada por el líder hasta después de la elección para diputados.

Las elecciones de 1949 para diputados fueron para el Partido Popular la prueba de fuego y el terreno en que se dio la derrota de Vicente Lombardo Toledano. Como era de esperarse, el gobierno atacó al PP con sus mayores argucias, todas ellas ilegales, continuando con la tónica que había empleado durante el período de su formación; durante las elecciones, el PRI cometió todo tipo de violaciones a lo establecido en la ley electoral, que el gobierno se había negado a reformar para garantizar la limpieza de las elecciones; en esta actividad violatoria se destacaron los cinco lobitos cometiendo fraudes escandalosos en todos los distritos donde actuaron. La consecuencia fue que los candidatos del Partido Popular no obtuvieron ningún triunfo, destacando especialmente la derrota de Jacinto López que era candidato a la gubernatura de Sonora. Las impugnaciones del PP en el Colegio Electoral fueron rechazadas, en algunas ocasiones mediante argumentos absurdos de los delegados del PRI.[60] Todo lo anterior en realidad no podía constituir ninguna novedad para los militantes del PP, que sabían a ciencia cierta que el gobierno emplearía el fraude para impedirles el acceso a la Cámara de Diputados, no era sino una muestra más de que el gobierno de Alemán estaba dispuesto a todo para marginar a la izquierda de la política nacional y una prueba más para Lombardo de que no obtendría la "legitimidad" del Estado.

Cuando ya estaba consumada la derrota, sorpresivamente los periódicos publicaron en la noche del 22 de septiembre que Ignacio Pesqueira, candidato del PP por el segundo distrito de Sonora, había sido agraciado con una curul por el Colegio Electoral. En la misma noche, Pesqueira se encontraba presente en la Cámara de Diputados y de inmediato rindió su protesta, desconociendo un pacto de todos los candidatos del PP por el cual se deberían abstener de aceptar una diputación sin la autorización de la dirección política del partido. El pacto se había establecido precisamente para evitar que se cayera en la farsa electoral y el gobierno usaba a Pesqueira justamente para ello, para que el PP aceptara no sólo la farsa, sino que legitimara el

[60] *Ibid.*, pp. 168ss.

proceso al aceptar un puesto obsequiado graciosamente. El caso del diputado "electo" era ejemplar para ello, se trataba de un candidato de relleno, cuya campaña había sido de las peores, y sobre cuyo triunfo ningún "pepino" albergada la más mínima esperanza; era, en suma, un golpe maestro contra el partido y su líder.

Mientras Bassols y Villaseñor exigían que el pacto se cumpliera y que se expulsara del partido a Pesqueira, salvando la reputación de su organismo, que además debería denunciar la farsa electoral, los lombardistas y los derechistas sostenían que la diputación de Pesqueira debería ser aceptada. La defensa más cínica de esta posición la expuso el líder azucarero Vidal Díaz Muñoz afirmando que el partido debería alejarse de ilusiones absurdas, que encontrándose en México, "había que hacer la política a la mexicana, moviendo influencias personales, haciendo antesala en las oficinas de los personajes y recogiendo todo lo que fuera posible obtener". Los miembros de la Comisión Política votaron a favor de que fuese reconocida la diputación otorgada a Pesqueira, aceptando las reglas del juego, tragándose la farsa a la que fueron sometidos y aceptando una derrota moral; después de su aceptación era imposible que se presentaran como una alternativa para las masas. La claudicación había llegado al límite en donde se tenía que elegir entre una política independiente de oposición pero cerca de las masas, o la aceptación de las reglas del juego: mostrarse tan incondicional que el Estado les diera su bendición y les permitiera sobrevivir arrastrando sus miserias; Lombardo aceptó el segundo camino, destruyendo para siempre su proyecto del Programa Nacional Popular y su largo historial como el líder más importante que había tenido el proletariado mexicano.[61]

Al día siguiente de la resolución de la Comisión Política, Bassols y Villaseñor presentaron su renuncia de cuyo texto vale la pena reproducir los siguientes párrafos:

"Desde el primer día hemos venido sosteniendo que la lucha permanente e incansable para obtener una reforma de los métodos electorales que se aplican en nuestro país, no sólo es la mejor bandera de un partido independiente, sino que, un triunfo mínimo en esa materia es un verdadero prerrequisito para que pueda haber en México partidos políticos reales y un asomo siquiera de democracia institucional. Mientras eso no se logre, los candidatos de los partidos independientes quedan a merced del favor o del capricho del gobierno, con su función política herida de raíz y mortalmente viciada de falsificación.

"Por ello, consideramos un grave error del Partido Popular, que a nuestro juicio arruina sus posibilidades de consolidación y crecimiento, hacer el

[61] *Ibid.*, pp. 147-177.

juego a la maniobra gubernamental encaminada a integrar un Congreso de la Unión en cuyo seno, sólo en apariencia y con detrimento de su prestigio, estará representado el Partido Popular.

"En nuestra opinión, se frustra así la misión del Partido Popular, porque se decapita la gran lucha —larga y difícil pero obligada— contra métodos electorales y de selección política final, con los que no se puede transigir. Facilitando al presidente Alemán que su régimen logre constituir un congreso 'muy democrático' con todos los partidos, se abandonan las esperanzas serias de conquistar una reforma de los sistemas electorales, que ponga fin, no a las imperfecciones en el sufragio, sino a su falsificación sistemática y total".[62]

El juicio de Bassols y Villaseñor nos parece certero y la mayor prueba de ello es que después de esas elecciones el Partido Popular fue abandonado por todos los militantes que creyeron en su proyecto; su posterior permanencia en la vida nacional no es sino el desempeño del papel que aceptaron con aquella votación, de comparsa del PRI, de simulador de la democracia y un testimonio de la derrota final de Lombardo, derrota no sólo política, sino fundamentalmente moral, que lo alejaría para siempre de las masas.

Con este breve análisis de la formación del partido popular, y de sus primeros años de vida, nos parece que no puede quedar ninguna duda sobre la afirmación que hacíamos en lo referente a que el partido se alejó del movimiento social que se operaba en la reorganización sindical, todo su proceso de formación fue convertido en un proceso político a "la mexicana" en donde Lombardo quiso recoger las migajas que el gobierno le ofreciera.

B.6. *La reorganización del movimiento sindical.*

La salida de los sindicatos que apoyaban la candidatura de Gómez Z. para ocupar la Secretaría General de la CTM dio inicio al proceso de ruptura de la Confederación. Sin embargo, no se puede decir que este movimiento que se coronó con la CUT, constituida el 20 de marzo de 1947, pueda ser asimilado al movimiento general. La salida de los miembros de esta nueva central respondía a una estrategia que había definido la ASU para depurar a la CTM y contra la cual se pronunciaron tanto el Partido Comunista como Lombardo por intermedio de la propia CTM.[63]

El movimiento separatista de Gómez Z. y Campa debilitó la posición de los lombardistas y de los comunistas en la Confederación de Trabajadores de México y, sin querer especular, se puede sostener la hipótesis de que, de

[62] *Ibid.*, pp. 178 y 179.
[63] Revista *Tiempo*, 21 de mayo de 1947

haber permanecido en la Confederación, la actuación de Amilpa y de los lobitos se habría, si no evitado, sí dificultado. Al menos se puede afirmar que la salida de los sindicatos que representaban el ala más combatiente de la CTM ayudó a los atacantes de la izquierda, que la acusaban de buscar la división del movimiento obrero, y en ese sentido fortaleció la posición de Sánchez Taboada frente a los propios lobitos y en contra de Lombardo.

La crisis de la CTM derivada de la pugna Amilpa-Lombardo y la consecuente salida de las federaciones estatales y de los sindicatos lombardistas, imprimió otro carácter al movimiento; ya no se trataba de un movimiento escisionista de la izquierda, como en el caso de la CUT, sino de una lucha abierta entre los anticomunistas y la izquierda dentro del movimiento obrero. La salida de las organizaciones obreras ya no respondía únicamente a la denuncia de la corrupción y la política imposicionista de los lobitos, sino que era básicamente un movimiento de defensa, de autopreservación de las organizaciones amenazadas de ser destruidas por la política anticomunista y antiobrera del régimen. La permanencia dentro de la CTM significaba justamente convalidar la actuación de Amilpa, su traición y por lo tanto su claudicación. En el caso de la CUT esa situación no estaba presente pese a que se perdiera la Secretaría General, la existencia de los sindicatos y el cambio de línea política no era un hecho consumado, por el contrario se le podría haber combatido reforzando la posición de la izquierda, aunque era de hecho muy difícil dada la definición estratégica que había elaborado la ASU. De la misma manera que en 1937, la salida de un sector importante de la izquierda debilitó la posición del sector en su conjunto y además repercutió fuertemente en el grupo que abandonaba a la Confederación.

Sin embargo la CUT, que rompió con los lobitos, no hizo lo mismo con el movimiento lombardista; como hemos visto en su declaración de principios se pronunciaba en términos generales por el programa nacional popular, dejaba a sus miembros en libertad para elegir el partido político de su preferencia, lo cual significaba un apoyo al PP y finalmente se adhería a la CTAL y a la FSM. Después de la ruptura definitiva entre Lombardo y la CTM se alineó con los lombardistas y aportó sus contingentes a la lucha por la defensa del movimiento obrero, rehaciendo la alianza con el resto de la izquierda dentro del movimiento sindical.

El primer paso importante para la reorganización del movimiento obrero fue la firma de un pacto de solidaridad y ayuda mutua entre los tres sindicatos de industria más grandes: el minero, el ferrocarrilero y el petrolero. Los representantes de los sindicatos prometieron emplear la poderosa coalición para contribuir a la defensa de la clase trabajadora y oponerse a la fuerza que amenazaba la independencia y el progreso del país: el imperialismo. Además, hicieron hincapié en la imperiosa necesidad de construir una nueva central obrera. Los oradores denunciaron que el mayor error del movimiento obrero había sido crecer al servicio incondicional de los gobiernos

y de su inclusión en partidos políticos que habían propiciado que los líderes se lanzaran a la captura de curules y de prebendas personales. También se señaló la necesidad de industrializar el país y de luchar solidariamente con todos los sindicatos por la elevación del nivel de vida de las mayorías trabajadoras.

Los objetivos centrales del pacto eran los siguientes: *1.* Lograr la máxima fraternidad entre los socios de los sindicatos pactantes. *2.* Intercambiar experiencias y realizar discusiones sobre problemas conjuntos o generales. *3.* Presentar solidaridad en las acciones de cada sindicato. *4.* Defender los principios esenciales de la Revolución Mexicana y específicamente los derechos de la clase trabajadora, luchar por la independencia económica y política de México y rechazar toda clase de agresiones o presiones del capital imperialista. *5.* Procurar unificar su actitud mediante pactos de solidaridad y amistad con los trabajadores de otros países.[64]

A la firma del pacto asistió el secretario del Trabajo, Andrés Sierra Rojas, quien extendió las felicitaciones del Presidente y los instó para que hicieran ver a los trabajadores que sólo el trabajo y la responsabilidad podrían sacar adelante al país.

Los sindicatos de industria reunidos por primera vez desde 1937 en ocasión de la creación de la CTM, mostraron su fuerza en el apoyo que brindaron al Sindicato Mexicano de Electricistas en su lucha contra la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza Motriz, S.A. La amenaza de una huelga de los sindicatos agrupados en el pacto para apoyar las reivindicaciones de los electricistas, motivó rápidamente la reacción de la CONCANACO que alertaba contra el gran poder que habían adquirido los sindicatos en su unión: "no se trata de una central pero actúan coordinada y disciplinadamente lo cual les da un poder que ninguna central había tenido antes". Además, les acusaban de hacer su propaganda insistentemente en la "cuerda nacionalista".[65]

El segundo paso que dio el movimiento obrero en el camino de su reorganización fue la creación de la Alianza de Obreros y Campesinos de México el 4 de marzo de 1948. Bajo el liderazgo de Vidal Díaz Muñoz se unieron las federaciones que se habían separado de la CTM y que en total agrupaban a más de 130 000 trabajadores, en su mayoría campesinos. La alianza obviamente postulaba los principios del lombardismo. Este nuevo organismo se proponía tener una corta vida, pues según palabras de Lombardo, antes de que finalizará el año se constituiría una nueva confederación.[66] Después de su fundación, los miembros de AOCM desarrollaron una intensa

[64] *El Popular*, 11 de enero de 1948.
[65] *El Popular*, 10 de mayo de 1948.
[66] Revista *Tiempo*, 12 de marzo de 1948.

actividad logrando crear varias federaciones estatales como las de Oaxaca, Morelos, estado de México, Tamaulipas, Sinaloa que, junto con Veracruz, Sonora, Baja California, Yucatán y los sindicatos campesinos de La Laguna —Durango y Coahuila—, que originalmente la formaron, constituían un importante contingente obrero-campesino que había profundizado la crisis de la CTM, la cual para mediados de 1948 debería tener menos de 100 000 afiliados. La información sobre las federaciones estatales debe ser tomada con reservas ya que, de hecho, en su gran mayoría se encontraban divididas y es difícil precisar cuál de los bandos contaba con el apoyo mayoritario de los trabajadores, no obstante que el crecimiento de la AOCM fue tan evidente como la crisis de la CTM.

El siguiente paso en la reorganización fue dado el 30 de junio cuando los sindicatos signatarios del pacto de solidaridad y amistad, la AOCM y la CUT, empezaron a preparar la discusión del proyecto de la carta constitutiva, de la declaración de principios y del programa de la nueva central.[67] La nueva organización con más de 400 000 trabajadores y campesinos y se constituiría como la más importante del país, con un número de afiliados igual o mayor que el resto de las centrales juntas, incluyendo a la CTM.

Como es obvio por las informaciones que hemos presentado antes, el gobierno de Miguel Alemán no estaba dispuesto a permitir la reorganización de la clase obrera y el fortalecimiento de la izquierda lombardista. Hasta el mes de junio el Estado se había mostrado tolerante e incluso había aceptado que representantes oficiales acudieran a los actos de las nuevas organizaciones obrero-campesinas. Hasta ese momento, la lucha contra el trabajo organizativo de los trabajadores había quedado en manos del presidente del PRI, que no se cansaba de acusar a las nuevas centrales y al pacto de comunistas y de repetir que el PRI combatiría al comunismo; de la misma manera, las autoridades estatales y locales hostigaban las reuniones tanto de la CUT como de la AOCEM, y los líderes cetemistas buscaban inútilmente nulificar la acción de los independientes organizando mítines paralelos, en los cuales muchas veces fueron sometidos al ridículo junto con el general Sánchez Taboada, como fue el caso en Tampico donde el repudio fue abierto y, además, se les denunció como corruptos.[68] El gobierno federal aparentemente permanecía al margen de la lucha, pero el repetido fracaso de los cetemistas para recuperar terreno, la ineficiencia de Sánchez Taboada para asustar a los obreros con el espantajo del comunismo y la falta de resultados positivos que tenía la acción represiva de las autoridades locales, le harían modificar su posición frente a la nueva central.

Aparte de la poca productividad de los agentes encargados de trabar el desarrollo de la organización, el Estado mexicano se vio enfrentado a la ne-

[67] *El Popular*, 31 de julio de 1948.
[68] Revista *Tiempo*, 12 de noviembre de 1948.

cesidad de devaluar el peso el 12 de julio, como una de las exigencias de la política de estabilización del Fondo Monetario Internacional. Como es bien conocido, otra de las exigencias del Fondo era la adopción de una rígida política de contención salarial, lo cual era difícil implementar debido a la caída constante que había experimentado el salario real de los trabajadores desde los últimos años de la década de los treinta. En 1948 el salario real equivalía a poco más del 50% del salario real en 1939;[69] además, la misma devaluación incrementó la carestía de la vida dificultando la situación de los trabajadores. En estas condiciones era muy difícil que el gobierno pactara una tregua con las nuevas centrales, las únicas que le garantizaban la autolimitación eran las incondicionales.

Al respecto, cabe señalar que en la firma del pacto de solidaridad y amistad entre los sindicatos de industria su condición contractual mejoró con sus respectivos patrones. En el caso de los petroleros, por ejemplo, el sindicato logró que la empresa desconociera una serie de acuerdos que se habían tomado en 1947, después de la intervención del ejército en el sindicato y el excarcelamiento de los líderes del Comité Ejecutivo; el sindicato logró que se volviera al contrato colectivo vigente en 1944 y que se suprimieran los acuerdos que facultaban a la gerencia de PEMEX para reajustar personal y otras medidas que lesionaban a los petroleros. El creciente poder que iban adquiriendo la clase obrera y los campesinos organizados en las nuevas centrales les permitió enfrentar con éxito varios intentos para reformar la Ley Federal del Trabajo y oponerse a otras medidas que limitaban básicamente el derecho de huelga.

En el mes de febrero se discutió públicamente la tesis Corona, defendida por un ministro de la IV Sala de la Suprema Corte de Justicia; el meollo de la tesis era que mientras rigiera un contrato colectivo de trabajo no podía haber desequilibrio entre los factores de la producción y que por lo tanto no correspondía el derecho de huelga a los trabajadores. Contra la absurda tesis se movilizaron los grandes sindicatos de industria, la CUT, la COCM, la Confederación Nacional de Electricistas y la CNT, las que amenazaron con llegar a la huelga general si tal posición jurídica era reconocida. Es obvio que la tesis era apoyada por la gran mayoría de la prensa y por las organizaciones patronales, pero el fallo del ministro fue revocado logrando los trabajadores su propósito. En esta lucha los obreros contaron con el apoyo de Manuel Ramírez Vázquez que ocupaba interinamente la cartera del trabajo en sustitución de Serra Rojas, quien renunció a la secretaría dos días después de haber asistido a la firma del pacto entre los grandes sindicatos de industria; con su renuncia salía el último cardenista del gabinete.[70]

El 15 de mayo de 1948, el oficial mayor de la Secretaría del Trabajo anun-

[69] Jeffrey Bortz, *op, cit.*, p. 157.
[70] *El Popular*, enero-febrero de 1948.

ciaba que la Ley Federal del Trabajo iba a ser reformada; la comisión de patrones pedía que la huelga sólo procediera después de ser calificada y que se implantara el arbitraje obligatorio. Entre las reformas que se pensaba introducir estaba la vigilancia de la secretaría sobre los fondos sindicales; la reglamentación de la cláusula de exclusión que se usaba arbitrariamente para expulsar a los disidentes de los sindicatos: el reconocimiento a los sindicatos que quedaría exclusivamente en manos del presidente de la Junta de Conciliación y Arbitraje; y que la huelga sólo procedería cuando se hubiesen cubierto todos los trámites legales, con la finalidad de evitar los paros que no respetaban los procedimientos establecidos. Ante la oposición sindical contra las reformas, sobre todo aquellas que proponían los patrones y que calcaban de la legislación norteamericana, el oficial mayor declaró que la Secretaría del Trabajo no estaba estudiando ninguna reforma, que simplemente había estado recogiendo las proposiciones de los obreros y los patrones y que su síntesis sería entregada al Presidente de la República,[71] con lo cual se daba por terminado el conflicto.

Los elementos anteriores nos permiten confirmar nuestra afirmación de que hasta el mes de julio de 1948 el gobierno federal no se había decidido a intervenir directamente para terminar con el proceso de reorganización, lo cual se torna claro después de la devaluación. Al decir de Lombardo Toledano, la devaluación fue impuesta por el Fondo Monetario Internacional y decidida sin previo aviso. "Este hecho conmovió al país, porque la devaluación de la moneda nacional significaba el empobrecimiento de las grandes mayorías trabajadoras, tanto de la ciudad como del campo, y lo más grave de todo fue que el gobierno recibió la noticia de la devaluación del peso del Fondo Monetario Internacional sin previo aviso. . . alguien de los asistentes (se refiere a los directores de periódicos que fueron convocados por el secretario de Hacienda a una reunión privada para comunicarles la noticia) a la reunión le preguntó que si no tenía antecedentes y dijo Beteta que no, que él había recibido por teléfono la noticia y que eso era una noticia grave; pero que había que presentarla como positiva ante la opinión pública."[72] Lo cierto es que la medida provocó una reacción de protesta de los trabajadores que iniciaron sus movilizaciones y el 21 de agosto la coalición de sindicatos, los del pacto CUT y AOCM, acordaron realizar un paro en el Distrito Federal y una manifestación para protestar contra la devaluación y la carestía de la vida; por su parte la CTM, la CPN y la COCM declaraban que apoyarían al gobierno sin discutir ninguno de sus actos.[73]

Lo acontecido en aquella reunión fue importante para el destino del movimiento obrero. Uno de los actores, Valentín Campa, lo relata así: "Antes de elegir al orador ferrocarrilero, que sería el orador principal de la co-

[71] *El Popular*, agosto de 1948.
[72] James y Edna M. de Wilkie, *op. cit.*, p. 382.
[73] Revista *Tiempo*, 27 *de agosto de 1948.*

alición, me llamó Vidal Díaz Muñoz, secretario general de la Alianza de Obreros y Campesinos, agrupamientos que se había separado de la CTM al ser expulsado de la misma Lombardo Toledano, quien me explicó muy excitado lo siguiente: 'Hace rato estuvimos varios hablando con el Presidente Alemán sobre el problema de la devaluación y delante de mí Luis Gómez Z. se comprometió con el Presidente a que no se realizaría la manifestación del 21 de agosto, ofreciendo contrarrestar toda agitación al respecto, pero ahora aquí lo están proponiendo como orador y yo no entiendo lo que pasa'. Le dije que luego le explicaría pero que de momento guardara discreción.

"Los delegados de las cuatro secciones (se refiere a las del D.F.) y el Comité Ejecutivo General discutimos quién sería el orador por los ferrocarrileros y la mayoría se inclinaba porque yo fuera el designado, aunque algunos proponían que fuera Luis Gómez Z. Tomando en cuenta lo que me había informado Vidal Díaz Muñoz, decidí rápidamente una postura: sostener que el orador fuera Luis Gómez Z., lo cual provocó un gran disgusto de todos los compañeros de nuestra corriente. Resultó designado por mayoría.

"En nuestra reunión (se refiere a los miembros de su corriente a los cuales explicó la situación y la necesidad de que el líder de la CUT se exhibiera), tomamos las disposiciones para movilizar a los compañeros conocidos como de izquierda para que se colocarán cerca de la tribuna en el zócalo; si por alguna circunstancia Luis no se ajustaba al guión y decía un discurso retórico eludiendo los problemas, lo abuchearían y pedirían que no hablara,cosa que era fácil de realizar de acuerdo con experiencias anteriores. "Se hizo la manifestación con todo éxito y en el mitin Luis se ajustó al guión aprobado colectivamente".[74]

Es increíble que después de treinta años Valentín Campa no haya podido darse cuenta de su error. Por desenmascarar a un líder transa, que él ayudó a encumbrar y con el cual se alió para dividir a la CTM, puso en peligro todo el proceso de reorganización. Un discurso retórico de Gómez Z. habría podido cambiar el curso de los acontecimientos. Un hombre con tantos años de militancia política no podía ignorar que desafiar abiertamente al presidente de este país, desde la época de Juárez, significaba la autoeliminación.

No es de extrañar la actitud de Campa y sus compañeros de la ASU, su acción no sólo había dividido a la CTM en 1947, sino también lo lograron con el PCM. En el décimo congreso del partido se pidió la expulsión de varios militantes: Carlos Sánchez Cárdenas, Alejandro Martínez Cambreros, Miguel Arroche Parra, Luis Eduardo de Labra, Alvar Noé Zenil, entre

[74] Valentín Campa, *Mi testimonio, memorias de un comunista mexicano*, México, Ed. de Cultura Popular, 1978, p. 200.

otros, acusados de realizar trabajo fraccional bajo la dirección de Hernán Laborde, Valentín Campa y Miguel A. Velasco y de que sostenían las siguientes tesis políticas: que a causa de que el imperialismo yanqui salió muy debilitado de la última guerra, el principal peligro es la burguesía nacional y que el gobierno del Lic. Alemán no es progresista, sino abiertamente reaccionario y entreguista." Los expulsados acusaron a Ensina de estar liquidando al partido y de no tomar una actitud frente a los grandes problemas nacionales, desmentían la tesis sobre el imperialismo afirmando que éste había salido fortalecido y, además, que con Alemán participaba tanto la burguesía progresista como la entreguista y que la labor del PC era aislar a este último sector.[75] Con algunos militantes que lo siguieron y con el grupo de la ASU formaron, posteriormente, el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM).

En el mitin de la coalición destacaron cuatro demandas fundamentales: *a]* Denunciar el leonino tratado de comercio con los Estados Unidos de 1942; *b]* Poner fin al monopolio yanqui sobre nuestro comercio exterior; *c]* Comerciar con todos los países, para no depender del imperialismo; *d]* Negarnos a firmar la Carta de La Habana, o cualquier otro instrumento que implique desigualdades frente a los poderosos. Jesús Chiñas, líder del sindicato petrolero dijo: "Nuestra tarea no es elogiar sin dignidad y sin medida a los poderosos, sino señalar franca y vigorosamente los errores que a nuestro juicio se cometen en las altas esferas de la administración, no con el propósito de crear una agitación perniciosa, sino con el deseo constructivo de que el gobierno federal pueda mejorar su obra y satisfacer las aspiraciones y las necesidades de las grandes mayorías de nuestro pueblo."[76]

Por su parte, Gómez Z. señaló: ". . .es absurdo pretender que el descontento del pueblo se acalle con denuestos y calificativos injuriosos, como es absurdo también tratar de hacerlo con medidas represivas (. . .) Se ha querido forzar el ambiente y el espíritu de lucha del pueblo, tratando de ocultar al jefe de la nación que el hambre hace estragos en la carne misma del pueblo; pero el presidente Alemán se ha dado cuenta del papel sincero de los que estamos disconformes con este estado de cosas.

Si no estamos conformes con los técnicos fracasados, es lógico que exijamos el advenimiento de gentes con una clara visión política, económica, política y social, que ayuden al Presidente a resolver problemas."[77] En sus siguientes palabras atacó violentamente a la administración de los ferrocarriles que en realidad poco tenía que ver con la naturaleza del acto.

El importante discurso que según Campa tenía que pronunciar Gómez

[75] Revista *Tiempo*, marzo de 1948.
[76] *Ibid.*
[77] *Ibid.*

Z., si no lo bajaban para que subiera "el paladín de la verdad", no tenía absolutamente nada que le diera una importancia política, ni para luchar contra la carestía ni mucho menos para el proceso de reorganización en que se encontraba empeñada la clase obrera y lcs campesinos, y no pasó de ser una simple provocación, pero que tuvo los resultados que vamos a analizar.

En su testimonio frente a los esposos Wilkie, Lombardo señala justamente este momento como el de la ruptura con Miguel Alemán: "Como el pueblo en general recibió la noticia de la devaluación del peso de manera no solamente airada, sino que empezaron las manifestaciones contra el gobierno, hubo un momento en que se suponía que el secretario de Hacienda y otros funcionarios públicos saldrían del gabinete presidencial. Entonces el gobierno se convirtió en nuestro enemigo y nos empezó a perseguir de muchas maneras, para que el Partido Popular no tuviera éxito, y que prácticamente desapareciera poco tiempo después de haber nacido."[78] Sólo le faltó decir a Lombardo que la manera más eficiente para evitar que tuviera éxito era justamente destruir el movimiento social.

En sus memorias, Valentín Campa narra que: "Al día siguiente del mitin el propio Gómez Zepeda se encargó de informarnos que Jesús Díaz de León había sido llamado por el presidente Alemán muy indignado por el acto y su discurso lo había comprometido para desatar una ofensiva contra nosotros."[79] Y, en efecto, a partir de ese día el gobierno de Miguel Alemán echó mano de todos los recursos, legales e ilegales, para atacar al movimiento obrero.

B.6.1. *El golpe charro a los ferrocarrileros.* En el mes de enero de 1948 terminaron las gestiones del Comité Ejecutivo General encabezado por Luis Gómez Zepeda y en su lugar fue electo como nuevo secretario general Jesús Díaz de León, quien se suponía era un incondicional de Gómez Z., lo mismo que los restantes miembros del Comité Ejecutivo y del Comité General de Vigilancia, con lo cual el grupo de Gómez Z. y Campa pensaba que continuaría manteniendo el control sobre el sindicato. Sin embargo, y en franca colaboración con el gobierno alemanista, el nuevo secretario buscó en las fallas de la administración anterior un pretexto para desplazarlos y asumir mayor poder real dentro de la organización. En el informe que presentó Díaz de León el día 9 de febrero de 1949 a la Asamblea del sindicato, eran dos los asuntos en que había fallado la anterior administración; el primero se refería al manejo de los fondos del sindicato y el segundo a la participación de Gómez Z. y otros dos miembros en la Comisión Tripartita formada por el gobierno, la gerencia de ferrocarriles y el sindicato, para estudiar la reorganización de los ferrocarriles.

[78] James y Edna M. de Wilkie, *op. cit.*, p. 382.
[79] Valentín Campa, *op. cit.*, p. 200.

Díaz de León acusaba al anterior comité de haber usado los fondos sindicales de manera ilegal, sobre todo por haber dispuesto de más de un cuarto de millón de pesos para la formación de la CUT, para lo que no contaba con una autorización expresa del sindicato. Asimismo se acusaba a los representantes sindicales en la Tripartita de haber tenido una conducta irresponsable al aceptar acuerdos que lesionaban los intereses de los trabajadores, como la aprobación de reajustes, el cierre del escalafón por abajo para que se pudiera contratar nuevo personal, la autorización para que la gerencia pudiese contratar trabajadores de confianza, etcétera.[80]

Sobre el mal uso de los fondos, el nuevo secretario inició sus ataques el 20 de julio de 1948, 8 días después de la devaluación y cuando las protestas obreras en su contra ya estaban en alto y sobre todo las acciones de las nuevas organizaciones obreras, solicitando al Comité General de Vigilancia la renuncia del jefe del departamento de auditoría por incompetente. Con esta medida el charro pretendía poner a un contador de su confianza e iniciar una auditoría interna que pusiera en claro las anomalías del comité anterior, pero el Comité de Vigilancia no contestó la demanda solicitada. El secretario general envió nuevas cartas con la misma solicitud y a su decir el Comité de Vigilancia siguió sin contestar, abriendo un conflicto intrasindical y más específicamente entre los líderes del sindicato. Inesperadamente para los miembros del sindicato, el charro decidió unilateralmente, sin consultar siquiera a los restantes miembros del Comité Ejecutivo, presentar una demanda ante la Procuraduría del Distrito y Territorios Federales en la cual afirmaba su creencia de que la negativa del Comité de Vigilancia obedecía a un preconcebido deseo de no proporcionarle ningún dato sobre la situación económica, imposibilitándolo a rendir su informe estatutario.[81]

La denuncia ante la Procuraduría era totalmente improcedente, pues estatutariamente el conflicto se debería resolver en las instancias internas del sindicato, primero por el Comité de Vigilancia y en su defecto por la Asamblea General del Sindicato. Pese a la improcedencia del acto, fue usado por la justicia para dictar la excarcelación de Luis Gómez Z.; sin embargo, la Procuraduría le dio trámite legal y ordenó que se hiciera una auditoría por mandato del Ministerio Público. Este era el primer acto con que el "charro" cumplía el compromiso asumido con el Presidente para acabar con Campa y Gómez Z., y obviamente contaba con todo el apoyo del gobierno que contra toda legalidad dio trámite a la demanda.[82]

El Comité de Vigilancia respondió a Díaz de León desconociéndolo como secretario general del sindicato y nombrando en su lugar a Francisco Quintana.[83] Cuando este documento fue entregado a la Secretaría del Tra-

[80] Jesús Díaz de León, Informe del secretario general de Trabajadores, Ferrocarrileros de la República mexicana a la H. IV Convención General Extraordianaria, México, D.F., 9 de febrero de 1949.

[81] Revista *Tiempo*, octubre 16, 1948.

[82] *El Popular*, 17 de octubre de 1948.

[83] *El Popular*, 15 de octubre de 1948.

bajo y Previsión Social, el secretario del Trabajo, Manuel Ramírez Vázquez, informó que existía otro documento firmado por Díaz de León en el cual se señalaban fallas de procedimiento en la decisión del Comité de Vigilancia,por lo cual no podía tomar una decisión; finalmente, dio su reconocimiento a Díaz de León, violando nuevamente la legalidad para imponer al líder incondicional del gobierno y pasando sobre la decisión de 29 de las 36 secciones del sindicato que habían votado a favor de los cuerpos generales de gobierno del sindicato y condenando al "charro".[84] Las secciones que votaron apoyando a Díaz de León, habían sido intervenidas por la policía para expulsar a los trabajadores que se habían apoderado de ellas a fin de protestar contra las arbitrariedades del secretario ejecutivo e iniciar un paro de los ferrocarriles.[85]

Como consecuencia de la auditoría realizada por el Ministerio Público y arguyendo que había habido abuso de confianza en el manejo de los fondos sindicales destinados a la formación de la CUT, se ordenó la aprehensión del anterior comité ejecutivo, lo cual se cumplió, dejando al "charro" las manos libres para consumar su traición y reprimir a los líderes seccionales opuestos al gobierno y a su gestión.[86]

Con la intervención descarada e ilegal del gobierno en el sindicato ferrocarrilero, se dio un fuerte golpe al movimiento de reorganización de los trabajadores y al Partido Popular. El STERM se retiró del pacto de amistad y solidaridad de los grandes sindicatos de industria; de la misma manera salió de la CUT y en consecuencia, del proyecto de la UGOCM. Por otra parte, la CUT tomó la decisión de afiliarse al PRI, desconociendo el acuerdo de dejar a su afiliados en libertad de escoger el partido político de su preferencia. La domesticación de la CUT fue uno de los acuerdos que tomó Gómez Z. para recuperar su libertad a los seis meses de haber sido preso.[87] Únicamente Valentín Campa permaneció en la cárcel por un período mayor de tres años, con lo cual también se dio un fuerte golpe a la ASU.

B.6.2 *La formación de la UGOCM.* Pese al golpe recibido, el movimiento obrero continuó sus actividades para la formación de la nueva central, siendo la AOCM la organización más activa. El 21 de mayo de 1949 se realizó la convocatoria para el Congreso de constitución, el documento fue firmado por la AOCM, el STPRM y el STMMSRM. Los principios de la nueva central eran los siguientes: "Defensa inquebrantable de los intereses de la clase obrera, del derecho de huelga, de la libertad de asociación sindical, de los intereses de los campesinos, del régimen democrático, contribución al desarrollo económico del país siempre que ello no signifique menoscabo de

[84] *El Popular*, 29 de octubre de 1948
[85] *El Popular*, 17 de octubre de 1948
[86] *El Popular*, 30 de octubre de 1948
[87] *El Popular*, 23 de junio de 1949

los intereses legítimos de los trabajadores, lucha por la independencia de México y contra el imperialismo extranjero, lucha por la paz mundial, rechazo de todo tratado internacional que lesione la independencia de nuestro país o sujete su actividad internacional a los designios unilaterales de cualquier potencia extranjera."[88] Para poder realizar esos propósitos la convocatoria señalaba los siguientes postulados: "*1.* Independencia, respecto del Estado, de los partidos políticos y de toda fuerza extraña a los intereses de los asalariados. *2.* Plena libertad de creencia religiosa y de afiliación política para todos sus miembros. *3.* Democracia interna efectiva, que permita la participación verdadera de los trabajadores de base en el gobierno de sus organizaciones y en el control de los actos de sus dirigentes."[89]

La publicación de la convocatoria provocó la oposición inmediata de los sectores reaccionarios de la sociedad mexicana y del movimiento obrero. Los dirigentes de la CTM declararon que los sindicatos que habían firmado la convocatoria no contaban con la debida autorización de sus respectivas asambleas, por lo cual se trataba de una organización ilegal; lo mismo hacían los líderes cromistas, mientras la patronal acusaba a los sindicatos de ser marionetas de Lombardo Toledano.[90] Pese a las protestas, el 20 de junio se inició el acto constituyente de la Unión General de Obreros y Campesinos de México, con la asistencia del secretario de Gobernación, Adolfo Ruiz Cortines. La nueva central hacía suyo el programa nacional popular lombardista y en el artículo 98 de sus estatutos se disponía lo siguiente: "Por cuanto a los objetivos de carácter mediato, la UGOCM proclama, como táctica de lucha, en esta etapa, la de la unidad nacional, que debe entenderse como la alianza de la clase trabajadora con la pequeña burguesía y el sector de la burguesía nacional progresista para luchar por el desarrollo económico y social del país y por la emancipación de la nación mexicana. Esta alianza no supone la renuncia de los trabajadores a la lucha por sus particulares intereses de clase. Con el propósito de que la unidad nacional sea un instrumento eficaz al servicio del progreso económico y social del país y de la independencia de la nación mexicana, es necesario que la clase trabajadora sea su motor y su fuerza directriz y se esfuerce por desarrollar y llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución democráticoburguesa mexicana".[91]

La UGOCM, como era obvio, se afilió a la CTAL y la FSM y presentaba como novedad organizativa la formación de un gran comité de vigilancia, formado por los representantes de los sindicatos de industria, que tendría como fin impedir el gangsterismo sindical, la malversación de fondos y asegurar el cumplimiento de todos los acuerdos de la UGOCM. Con la creación de este órgano pensaban superar la desventajosa posición que les

[88] *El Popular*, 22 de mayo de 1949.
[89] *Ibid.*
[90] *El Popular*, 24 de mayo de 1949.
[91] *El Popular*, 23 de junio de 1949.

había creado el caso de Gómez Z. en los ferrocarriles y además de mostrarse ante la opinión pública como una central incorruptible y muy diferente a la CTM amilpista.

Con la constitución de la UGOCM quedaba claro el liderazgo del grupo lombardista, que en este sentido se había visto beneficiado por la represión a los ferrocarrileros y en especial al grupo de la ASU que representaba la oposición izquierdista a la línea del líder poblano. Al frente de la nueva central habían quedado únicamente lombardistas y, como ya mencionamos, el programa recogía íntegramente los postulados del nacional popular. A diferencia del Partido Popular, Lombardo no había encontrado críticos a su posición, por lo cual la insertaba con toda su obsolescencia. Es inconcebible que a mediados del mes de junio de 1949 se insistiera en la táctica de la unidad nacional, cuando ya se había dado el golpe a los ferrocarrileros, el Partido Popular ya había pasado las elecciones, cuando en suma, el fraude estaba hecho. Y, sin embargo, se continuaba llamando a la clase a colaborar con el gobierno "sin menoscabo de su independencia", para que cumpliera el programa de la revolución.[92]

La respuesta del gobierno ante el llamado de Lombardo no se hizo esperar: el registro solicitado por la UGOCM fue negado por la Secretaría del Trabajo arguyendo faltas en el procedimiento legal, se dijo que no constaban las actas de los sindicatos en donde se autorizara su participación en la central y que los sindicatos campesinos no podían ser considerados como tales.[93] Pero la negación del registro, que les impedía actuar legalmente ante las autoridades del trabajo y ante las demás autoridades judiciales, no satisfacía los intereses del gobierno que buscaba a toda costa su aniquilamiento. Su siguiente paso fue golpear al sindicato petrolero.

B.6.3. *El golpe al STPRM.* El pretexto para la intervención en el sindicato petrolero fue el haber aceptado el Comité Ejecutivo, en 1949, un aumento salarial del 20% cuando la demanda inicial era del 30%. La decisión tomada por el comité fue hecha sin haber consultado a las secciones, cuando varias de éstas ya habían votado por decretar un paro en protesta por la falta de respuesta de la empresa. Consecuentemente, varias secciones se inconformaron y el Comité de Vigilancia tomó cartas en el asunto, destituyendo temporalmente al Comité Ejecutivo, mientras se realizaban las averiguaciones. Sin embargo, el apoyo del 53% de los trabajadores del sindicato obligó a la restitución de los miembros del Comité Ejecutivo; pero en un sindicato sumamente dividido. En esta quiebra de la unidad de los trabajadores petroleros, el secretario del Trabajo fue acusado de intervenir en los asuntos internos del sindicato fomentando la división.[94] Inconformes con la

[92] *El Popular*, 21 de junio de 1949, discurso de Lombardo Toledano.
[93] *El Popular*, 5 y 6 de agosto de 1949.
[94] Angélica Cuéllar, *op. cit.*

restitución de los dirigentes, reclamaron la celebración de una asamblea general a lo cual se opuso el Comité Ejecutivo previendo una mayor división y el origen de un golpe similar al que habían sufrido los ferrocarrileros. La Secretaría del Trabajo dejó correr el rumor de que los líderes habían aceptado la suma de 8 millones por firmar el acuerdo.[95] Con este rumor, la negativa del Comité a realizar la asamblea se traducía en un fortalecimiento de la división. En esta situación, fue como el sindicato petrolero se presentó al Congreso de Constitución de la UGOCM.

En octubre de 1949 se realizó la VI Convención General Ordinaria del sindicato, en la cual se deberían elegir los nuevos miembros del Comité Ejecutivo. En los preparativos para la convención, Ramírez Vázquez, secretario del Trabajo, hizo todo lo posible para negar el reconocimiento a los dirigentes sindicales que elegían las secciones y que eran contrarios a los intereses gubernamentales y, en cambio, daba su apoyo a líderes incluso desconocidos por el comité de Vigilancia, rompiendo toda la legalidad e interviniendo descaradamente en la vida del sindicato. "El descaro del secretario del Trabajo llegó hasta el punto de exigir a los delegados a la VI Convención que hicieran el registro de sus credenciales en la propia Secretaría, para asegurar la 'legitimidad' de los representantes."[96] Este acto era absolutamente ilegal y constituyó otra abierta intervención en el sindicato.

Ya en la inauguración de la convención, los delegados espurios impuestos por el secretario del Trabajo impidieron que se iniciara la reunión en la cual se encontraba la mayoría de los delegados democráticamente electos. La acción de los entreguistas, apoyados por provocadores y gentes ajenas al gremio, obligó a que el Comité Ejecutivo propusiera para el día siguiente el inicio de la reunión. No obstante, cuando ya habían salido los delegados auténticos, Gustavo Roldán, quien había sido destituido de su cargo como representante de la sección de Azcapotzalco, encabezó a los espurios e instaló la convención, obviamente con el reconocimiento y apoyo de Ramírez Vázquez.[97]

El día 2 de diciembre, el Comité Ejecutivo intentó instalar la convención con los delegados auténticos, pero cuando éstos iban llegando al local de la reunión, un grupo de granaderos y de policías impidieron el acto, desalojando el salón. Con esto se consumaba el golpe, y el gobierno entregó el sindicato a los espurios capitaneados por Roldán.[98] La resistencia de los miembros del antiguo Comité Ejecutivo fue inútil y de esta manera se retiraba el STPRM de la UGOCM en la cual de hecho nunca tuvo una participación importante, pues, como se recordará, en su constitución el sindicato

[95] *Ibid.*
[96] *Op. cit.*, p. 89.
[97] *Op. cit.*, p. 91.
[98] *Ibid.*

petrolero se encontraba dividido por los conflictos internos. El sindicato minero era el único soporte importante que le quedaba a la UGOCM; sin embargo, ese sindicato se ubicaba en una rama que sufría una profunda crisis, pues como hemos visto el número de personal ocupado había disminuido desde 1940 a la fecha de los charrazos; su importancia estratégica tampoco se podía comparar con los sindicatos golpeados que sí tenían la capacidad para detener la marcha de la economía con una suspensión de labores. De hecho, el gran poder obrero que se apreciaba en el proyecto de la UGOCM se había desbaratado; la pérdida de la CUT, los ferrocarrileros y los petroleros implicó la pérdida no sólo de la mitad de los contingentes obreros, sino el gran poder estratégico que les brindaba la posición económica de los sindicatos de industria. Junto con la derrota y crisis del Partido Popular, el debilitamiento de la UGOCM significaba el fin del proyecto nacional popular y del lombardismo como corriente política de la izquierda mexicana. Sin embargo, el movimiento de los mineros tuvo una enorme importancia, pues en él se gestó la resistencia obrera más importante en contra del autoritarismo alemanista, al mismo tiempo que se daba en él el mayor deterioro de los grupos de izquierda.

B.6.4. *El golpe a los mineros y la resistencia obrera.* En el sindicato minero metalúrgico se dio un proceso de intervención estatal muy parecido al que sufrieron los petroleros, pero con la diferencia de que la acción de Ramírez Vázquez se localizó en los líderes más altos de la organización, que se volvieron vulnerables a la presión gubernamental debido a su antidemocracia y al seguimiento de la política de componendas que preconizaba Lombardo. En los antecedentes directos del golpe a los mineros se debe destacar el manejo de los líderes y sus prácticas antidemocráticas.

Agustín Guzmán, secretario general del sindicato, enfrentó a principios de 1948 la revisión de los contratos colectivos de trabajo de las distintas secciones. Cuando se iniciaban los trabajos, Manuel Ramírez Vázquez amenazó a los trabajadores con declarar sus huelgas como inexistentes si sus pretensiones "no se reducían a un límite que fuera aceptado por las empresas extranjeras". Con ello, el secretario del Trabajo usaba el derecho para calificar anticipadamente un movimiento decidido por la mayoría de los trabajadores y, con él, amenazar a los obreros coartando su libertad. Pero lo más grave no era la actitud ilegal del secretario, sino la reacción de Guzmán que tomó las palabras de Ramírez Vázquez como una orden y desmovilizó al sindicato arguyendo que el gobierno había indicado que a causa de la devaluación era imposible conceder aumentos salariales. Se debe considerar que la actitud del líder minero se dio en un momento en que, justo por la devaluación, las empresas mineras obtenían ganancias suplementarias y que por lo tanto estaban en condiciones de satisfacer las demandas de los trabajadores. A cambio de sacrificar las condiciones de vida de los agremiados, Guzmán se mostraba ante el gobierno como un colaborador digno de su con-

fianza, lo cual se inserta claramente en la política lombardista de buscar la alianza con el Estado.[99]

Más tarde, cuando se funda la UGOCM y Agustín Guzmán es nombrado secretario general, éste renuncia a su puesto en el sindicato minero e impone a Félix Ramírez, que era uno de sus incondicionales. Tales eran los procedimientos antidemocráticos y corruptos del líder máximo de la UGOCM[100] que con ello dejaba como letra muerta la declaración de principios en la cual se aseguraba que se lucharía por formas democráticas que aseguraran la participación de las bases en la toma de decisiones y en el control de sus líderes. Ramírez, por su parte, fue el instrumento de la intervención del secretario del Trabajo en el sindicato y como premio a su traición obtuvo el cargo de asesor de asuntos obreros de Sánchez Taboada en el PRI.[101]

Los primeros intentos de la Secretaría del Trabajo para destruir al sindicato se dieron en 1949 con el intento de realizar una asamblea extraordinaria, convocada por la sección 97, La Consolidada, en manos de incondicionales al gobierno. Sospechosamente, los gobernadores de los estados mineros ofrecieron pagar los gastos de los delegados para que concurrieran a dicha asamblea, pero el intento fracasó por la falta de apoyo de la mayoría de las secciones.[102]

En febrero de 1950, Félix Ramírez anunció que el 15 de mayo se iniciarían las labores de la VI Convención Nacional Ordinaria del SITMMSRM, a la cual asistirían el Presidente y alguno de sus colaboradores. De la misma manera que en el caso de los petroleros, llegaron a la convención delegados espurios que habían sido acreditados por el líder en acuerdo con Ramírez Vázquez. Entre las secciones que eran "representadas" por delegados impuestos destacaban la 2 de Hidalgo, 14 de Coahuila, 62 de Zacatecas, 65 de Sonora, 81 de Zacatecas, 97 de Coahuila y D.F. y 147 de Coahuila. En ellas no se habían realizado elecciones seccionales, se imponía a personas suspendidas por el Comité de Vigilancia, otros eran trabajadores de confianza, en otras se habían realizado farsas electorales con el fin de que Ramírez pudiera imponer a incondicionales, etcétera. Para redondear su trabajo, el gobierno envió a los diputados federales por los estados mineros para que ascendieran a los representantes en los lugares en que se hospedaban, con la finalidad de comprarlos o convencerlos de que apoyaran el charrazo.[103]

Ante las flagrantes violaciones a los estatutos del sindicato, el Consejo General de Vigilancia y Justicia tachó de ilegal la convención afirmando que: "intereses de carácter político extraños a la organización han estado

[99] Véase *El Popular*, 23 de diciembre de 1950.
[100] *El Popular*, 26 de octubre de 1951, segunda sección.
[101] *Ibid.*
[102] Mercedes Gaitán, *op. cit.*
[103] *Ibid*

interviniendo para impedir que ésta se lleve a cabo con apego a los estatutos que la rigen; todo auspiciado por Félix Ramírez, quien impuso a Filiberto Ruvalcaba como presidente, el cual no era miembro del sindicato, registró delegaciones que no fueron electas legalmente; no pasó lista de delegados; ni se comprobó el quorum requerido."[104] Agregando que todos los actos que se llevaron a cabo carecían de validez. De la misma manera, 16 secciones solicitaron a la VI Convención y al Comité Ejecutivo:

De la misma manera, 16 secciones solicitaron a la VI Convención y al Comité Ejecutivo:

"1. El no reconocimiento de las secciones 2, 14, 62, 65, 97, en tanto no estén de acuerdo con las normas del estatuto del sindicato. Que se nombre una comisión para que pueda investigar cada caso, y poder comprobar quién tiene la razón.

"2. Protestar por la intervención extraña en los problemas del sindicato, particularmente de los diputados federales.

"3. Protestar por el nombramiento como presidente de la Convención de F. Ruvalcaba, que no es miembro del sindicato y

"4. Hacer un llamado a todos los trabajadores que integran el sindicato-minero a fin de que en este momento de gran peligro para su integridad se unifiquen para defenderlo y repudiar cualquier intervención extraña."[105]

La UGOCM, que recibió las quejas de las secciones representadas legalmente y su demanda para que interviniera, se limitó a reclamar y a "exigir" a las autoridades del trabajo la libre determinación de las masas trabajadoras y por lo tanto el respeto íntegro a la vida interna de sus organizaciones, y decían tener la esperanza de que el señor presidente, con buen criterio solucionaría ese problema.[106] Con su "enérgica respuesta", enmarcada en la táctica de la unidad nacional y en la búsqueda de la colaboración "crítica" con el gobierno burgués progresista, la UGOCM mostraba para lo que servía: para protestar tímidamente contra los atropellos del gobierno sobre el movimiento libre.

Pese a todas las protestas de los auténticos delegados y del Consejo de Vigilancia, la convención continuó, santificada por Ramírez Vázquez, consumando el golpe al sindicato. Los delegados de las secciones que se opusieron a la maniobra decidieron abandonar la convención y desconocer sus acuerdos, dando inicio a la resistencia obrera.[107]

[104] *Ibid.*
[105] *Ibid.*
[106] *Ibid.*
[107] *Ibid.*

Para comprender mejor el movimiento minero es necesario recordar que este sindicato tenía una estructura organizativa diferente de la de los ferrocarriles y los petroleros. En éstos el sindicato de industria estaba integrado verticalmente y el Comité Ejecutivo tenía autoridad sobre las secciones, pudiendo incluso desconocer a sus líderes e imponer sanciones; en el minero se trataba más bien de una federación de sindicatos independientes, cada uno de los cuales constituía una sección, negociaba con independencia sus contratos colectivos de trabajo y el Comité Ejecutivo no estaba capacitado estatutariamente para imponer sanciones o desconocer autoridades seccionales. Esta estructura facilitaba la resistencia obrera, sin que los obreros pudieran ser *legalmente* desconocidos o sancionados, ni por el Comité Ejecutivo charro, ni por la Secretaría del Trabajo.

B.6.5. La resistencia obrera. Las secciones independientes se reunieron durante la convención con los líderes de la UGOCM con la finalidad de delinear un plan de lucha que les permitiera enfrentar la intervención gubernamental. El plan incluía: 1. Independencia sindical; 2. lucha contra la congelación de los salarios; 3. amplia solidaridad con las demás secciones del sindicato y con cualquier otra organización obrera en la lucha contra la congelación de los salarios; y 4. libertad de afiliación política para los trabajadores.[108] Para lograr mayor eficacia en su acción de proteger el trabajo del bloque de secciones mineras independientes en alianza con la UGOCM, se decidió que ésta debería entrar en contacto con las secciones pertenecientes a los sindicatos de petroleros y ferrocarrileros que no estaban de acuerdo con la sumisión de sus dirigentes nacionales al gobierno, y formar bloques de secciones similares al minero en cada uno de esos sindicatos. Por último, se acordó crear una oficina nacional de enlace entre los bloques de los tres sindicatos que deberían actuar de acuerdo con la UGOCM. De esta manera, el plan se orientaba a dar la lucha por la independencia sindical en el interior de los grandes sindicatos de industria, definiendo la lucha económica como el arma para ganar a las bases y desmantelar las dirigencias charras.

No obstante, el líder ugocemista Adán Nieto, secretario del Trabajo, al cual se había encargado la realización de los contactos con las secciones inconformes de los otros sindicatos, nunca lo hizo, ni siquiera lo intentó. Guzmán y sus secuaces cambiaron los planes y abandonaron el acuerdo establecido con las secciones mineras.[109] Cuando éstas volvieron a reunirse, en lo que se suponía sería una reunión de bloques de secciones independientes, terminaron nombrando un nuevo Comité Ejecutivo del sindicato minero opuesto al gubernamental. El nuevo comité fue encabezado por Antonio García Moreno. Con este giro, la UGOCM cambió el conflicto general por la independencia sindical en una lucha intergremial, que enfrentaba a las secciones independientes con el comité charro y con el secretario del Trabajo, Ramírez Vázquez, sin más apoyo que el de la UGOCM.

[108] *Ibid.*

[109] Mercedes Gaitán, *op. cit. El Popular,* 26 de octubre de 1956, 2a sección pp. 1-6 y 3a sección pp. 1-7. Mario Gil, *La Huelga de Nueva Rosita,* Edit. México, 1959. Daniel Molina A., *La Caravana del hambre,* Ediciones El Caballito, México, 1978.

El enfrentamiento del nuevo comité con sus adversarios no tardó en presentarse. La sección 28 del sindicato, Palau, presentó ante su empresa la demanda de revisión de contrato colectivo de trabajo y cuando las pláticas ya se habían iniciado, dado que el trámite era totalmente legal, la Secretaría del Trabajo comunicó a la empresa que no podía negociar con las secciones independientes debido a que la Secretaría sólo reconocía al comité charro, rompiendo una vez más la legalidad y tomándose atribuciones que no le correspondían. La sección, después de consultar con el comité de García Moreno, decidió recurrir al sindicato gubernamental para que éste presentara su conflicto, a lo cual se le respondió que sólo lo haría si desconocía a su comité. Ante la negativa de romper con él, la Secretaría del Trabajo les comunicó que desconocía el trámite por no haber sido presentado por el comité que gozaba de su ilegal reconocimiento.[110] De esta manera, el conflicto de Palau dejó de ser de una sola sección, para convertirse en un conflicto del conjunto de las secciones independientes.

Al mismo tiempo que se daba el conflicto en Palau, las compañías mineras: Compañía Carbonífera de Sabinas, S.A. y la Mexican Zinc Co., S.A., subsidiaria de la American Smelting and Refining Co. (ASARCO), rompieron sus relaciones con sus respectivas secciones sindicales, Nueva Rosita y Cloete, diciéndose desobligadas de cumplir el contrato colectivo de trabajo vigente.[111] Ramírez Vázquez se alió con los monopolios imperialistas para cumplir la política alemanista. Con el desconocimiento de las compañías extranjeras el conflicto se extendió a toda la región carbonífera del estado de Coahuila.

La huelga de las tres secciones enfrentó la más brutal represión del gobierno federal: sus pueblos fueron cercados por el ejército que impidió la entrada o salida de mineros y de víveres, cerró su cooperativa, intervino las cuentas bancarias y sustrajo el fondo de resistencia. Los servicios que prestaban las compañías como escuelas, hospitales, energía eléctrica y agua fueron suspendidos; muchas mujeres, ancianos y niños murieron por falta de atención médica que cada día se hacía más urgente debido a las pésimas condiciones higiénicas y a la mala alimentación.

Para colmo de males, el Comité Nacional de Solidaridad y Defensa de las Huelgas, que formó García Moreno, nunca cumplió con las funciones para las que había sido creado. Su dirección, en la cual la sección sindical del PCM cobró importancia, no sólo no apoyó sino que durante todo el tiempo quiso arrebatar el comando de los movimientos a García Moreno, procurando que se tomara una línea de enfrentamiento directo con el gobierno federal. Ante esta situación, García Moreno abandonó dicho Comité dejando en mayoría a los miembros del PCM, quienes actuaban incluso en contra de su Comité Central, el cual ante los reclamos de la UGOCM, reprobaba la

[110] *Ibid.*
[111] *Ibid.*

conducta de su dirección sindical. Cuando la sección de Palau logró que el gobierno reconociera su independencia y llegó a un acuerdo con su empresa sobre el nuevo contrato colectivo de trabajo, el comité llamó a ese acto una traición, pues habían aceptado un aumento salarial inferior al demandado y un pago parcial de los salarios caídos, con lo que traicionaban a la clase obrera al sentar un mal precedente. Con la misma actitud, quitaron bandera a la caravana de mineros que habían emprendido la marcha a la capital de la República para exigir justicia al Presidente. Durante el trayecto denunciaban a los mineros y al comité de García Moreno de aceptar ayuda de los diferentes gobiernos de los Estados por donde pasaban, y en cambio fueron incapaces de dotar al movimiento de los fondos necesarios para su sostenimiento. La posición sectaria y cómoda del Comité de Solidaridad también influyó en el aislamiento del movimiento minero.[112]

Durante la caravana, y debido a la movilización de la opinión pública a la que había despertado la terrible situación de los mineros y que demostraba que no se trataba de una minoría como afirmaba el gobierno y la prensa sino de todos los mineros y sus familias, el sindicato charro inició una contraofensiva afirmando que pediría aumento de salario para todos los trabajadores del sindicato, con ello quería impedir que las secciones del minero se unieran a las del carbón y las apoyaran en su ya dramático movimiento. García Moreno quiso aprovechar la oportunidad para que se realizara un llamado a todas las secciones a fin de discutir el aumento salarial con base en la situación real de los trabajadores mineros y metalúrgicos, con la expectativa de que en aquella reunión se pudiera desconocer al comité charro, o al menos iniciar el proceso. Nuevamente, el secretario de la UGOCM, Agustín Guzmán, se encargó de sabotear al plan de García Moreno, proponiendo a cambio que se aceptara la necesidad de aliarse con el comité charro para obtener el aumento salarial.[113] Por enésima vez, la UGOCM se mostraba como un franco obstáculo para el progreso del movimiento obrero; su táctica consistía en buscar la tallada entrevista con el presidente de la República para que éste resolviera con "justicia" el conflicto. Sólo que en esos momentos su líder Lombardo había perdido su calidad de consejero del reino y sus entrevistas con Alemán no evidenciaban más que su entreguismo.

El presidente Alemán estaba dispuesto a infligir una derrota total al movimiento obrero y se negó a cualquier arreglo que favoreciera a los trabajadores. Muestra de ello es el siguiente pasaje que narra Horacio Quiñones:

". . .conforme a los planes de Lombardo Toledano, se producía la intervención del gobernador López Sánchez (Coahuila) ante el presidente Alemán. Horario Quiñones relata los términos de la conversación entre ambos personajes:

[112] *Ibid.*
[113] *Ibid.*

R.L.S. Miguel, quiero que sepas que ya arreglé el conflicto de los mineros. La empresa está dispuesta a admitir a los trabajadores y a pagar salarios caídos. Será cosa de dos o tres millones, y si alguna dificultad hay en eso, yo estoy dispuesto a contribuir para completar los salarios caídos.

M.A.V. ¡Qué bueno Raúl! Me alegro mucho. ¿Se suspenderá la caravana del hambre?

R.L.S. Sí, aquí tengo en mi despacho a los líderes de la huelga, y están de acuerdo. Como es un conflicto de orden federal, yo quisiera que el Sr. Ruiz Cortines venga a Saltillo a legalizar el arreglo.

M.A.V. Sí, pero Ruiz Cortines está en Victoria.

R.L.S. Dile que de Victoria se venga para acá.

M.A.V. Déjame decirle primero al Chato (Ramírez Vázquez). Háblame mañana. ¿Estás seguro de que se arregla este asunto.

R.L.S. Sí, hermanito, el dinero que falte yo lo pongo.

M.A.V. Hasta mañana, pues.

El día después hubo la siguiente conversación.

R.L.S. ¿Ya hablaste con el Chato?

M.A.V. Aquí está conmigo, habla tú con él.

M.R.V. (Tomando la bocina) ¿Bueno?

R.L.S. Oye, ya arreglé el conflicto de los mineros, la empresa y el sindicato ya están de acuerdo, y yo quisiera. . .

M.R.V. (interrumpiendo) Raúl, lo de Palau puede arreglarse, lo de Rosita, no.

R.L.S. ¿Y por qué no?

M.R.V. Porque están fuera de la ley, Raúl. Son minoría.

R.L.S. Eso no es cierto chatito. Yo personalmente los conté cuando pasaron por la Muralla. Son cuatro mil doscientos hombres.

M.R.V. De todos modos están fuera de la ley.

R.L.S. No es cierto, porque aunque fuera, eso no es importante. Lo importante es que éste ya es un problema político que está perjudicando mucho a Miguel. Yo lo puedo resolver y debemos resolverlo para que estos hombres no sigan hasta México.

M.R.V. Pero no se puede, Raúl.

R.L.S. Estás loco (la palabra no fue loco, fue una palabrota). Déjame hablar con Miguel.

M.A.V. ¿Bueno?

R.L.S. Le estoy diciendo al chato.

M.A.V. Pero ya ves, el chato no quiere."[114]

Resulta obvio que ningún secretario pueda actuar de tal manera sin el pleno conocimiento del presidente, él era el responsable, el secretario del Trabajo su instrumento, como en el PRI lo era Sánchez Taboada.

El cinismo del Presidente llegaba a los extremos de la siguiente declaración hecha el día 12 de abril de 1951: "Cuando los ciudadanos se salen de

[114] Daniel Molina, *op. cit.*, p. 45.

los caminos de la ley, el gobierno no puede hacer otra cosa que intervenir exactamente de acuerdo con los ordenamientos de la propia ley; ustedes comprenderán, se volvería a situaciones anárquicas y caóticas ya que cada quien, eludiendo sus responsabilidades crearía situaciones de desorden inconvenientes al país. El asunto de los mineros ha sido ya fallado en términos apegados al Artículo 123 y por tanto, el gobierno considera que es un caso liquidado. Supóngase que el día de mañana un grupo de trabajadores textiles, por ejemplo, trata de llevar a cabo una marcha de hambre o un paro ilegal, entonces sucedería que estaría por quebrantarse el principio de autoridad, además de las lesiones que sufriría la economía del país.

"Por lo demás, *corresponde a los propios sindicatos encontrar sus propias determinaciones. El gobierno es extremadamente cuidadoso en no intervenir en las actividades interiores de los sindicatos.*"[115]

La imagen del Presidente frente a la opinión pública quedaba como si éste no hubiera tenido nada que ver con las atrocidades que su gobierno cometió en contra del movimiento obrero; pero nadie puede dudar de que fue él, si no el único, sí el principal responsable de la lucha antiobrera y antinacional.

A su llegada a la ciudad de México, los mineros fueron víctimas de nuevas humillaciones, de la negativa del gobierno de cumplir con la ley, y testigos de la impotencia total de la izquierda para ayudarlos. El conflicto minero nunca encontró una solución definitiva; algunos trabajadores, los menos, fueron reincorporados en sus antiguos puestos: a otros se les dio tierra para que se volvieran agricultores; a otros se les dio fondo de indemnización que fue, en su mayor parte, robado por los líderes. El comité de García Moreno desapareció dejando al sindicato en manos de los charros y el líder murió asesinado un año después.

El movimiento minero fue escenario de la intervención más descarada e ilegal del gobierno sobre los sindicatos que defendían el proyecto nacional popular; pero también lo fue de la descomposición de la izquierda, que en algún momento quiso representar los intereses de clase del proletariado; como la expresión del sectarismo y del oportunismo, en el intento de recoger las migajas que quedaban del movimiento obrero, llegaron hasta traicionarlo, obstaculizando su desarrollo e impidiendo cualquiera de sus triunfos. El propio Lombardo diría que la UGOCM había fallado, que sus líderes habían fallado y a pesar de sus deseos de que se rehiciera la central y su partido político, ya era demasiado tarde: la burguesía y el gobierno lo habían rebasado en todos los terrenos. Políticamente, estaba muerto.

El resto de los sindicatos no quedó a salvo de la acción charrificadora del gobierno alemanista; electricistas, textiles, artes gráficas, todos los sindica-

[115] *Excélsior*, 13 de abril de 1951, citado por Daniel Molina, *op. cit.*, p. 84 (cursivas nuestras).

tos que se movieron fueron aplastados, consumando la peor derrota que ha sufrido el movimiento obrero en nuestro país y destruyendo hasta sus raíces el proyecto nacional popular.

La insistencia de Lombardo por rehacer las alianzas perdidas ocasionó que su programa de ser reformista pero progresista, se convirtiera en una posición oportunista, con la cual quería salvar lo que pudiera de sus maltrechas organizaciones; de exigir al gobierno, pasó a mendigar su favor a cambio de su adhesión incondicional. La posición avanzada que Lombardo representó desde 1944 hasta 1947, que ofrecía una alternativa viable para las clases populares, se convirtió a partir de 1948 en una posición absurda, totalmente desligada de la realidad; su transigencia con los ataques que le hacía el gobierno, su negativa a responder y enfrentarse, acabaron por destruir su liderazgo y sus organizaciones, fue incapaz de cambiar de línea y formar un movimiento realmente de oposición, como lo exigía Bassols, sin ninguna relación con el gobierno, sin querer compartir el poder, sin espíritu de conciliación y cooperación con sus verdugos. A pesar de todo, Lombardo no veía otra posibilidad de éxito para la lucha nacionalista y popular que la alianza con el Estado, lamentablemente para él la experiencia cardenista no se podía repetir.

En cambio, Alemán, Sánchez Taboada, Ramírez Vázquez, junto con el imperialismo y la burguesía reaccionaria habían triunfado, habían retirado los obstáculos para el desarrollo del capitalismo salvaje. El movimiento obrero estaba domesticado, teniendo como líder a un Fidel Velázquez que, junto con su camarilla, sería bien cebado con puestos políticos y con respeto a sus actos ilegales para mantener sometida a la clase obrera. Velázquez no recordaría ya más de su extracción obrera y mucho menos de su compromiso con la ideología lombardista.Antes de reasumir el puesto de secretario general de la CTM, y ante la acusación de Amilpa de que se aliaba con los más corruptos de la central, declaró ante el pleno del congreso cetemista: "Ví salir a Gómez Z. por ladrón, a Lombardo por traidor y a Amilpa por imbécil, yo me quedaré". Lo cumplió hasta la fecha y vio florecer a la CTM nuevamente como la principal central, a partir de entonces la más reaccionaria y burocratizada.

CONCLUSIÓN

En los primeros años del gobierno de Lázaro Cárdenas se dio un proceso de reorganización de la sociedad mexicana que consistió fundamentalmente en la integración de grandes sectores sociales a la vida nacional, la reforma agraria integró a miles de campesinos no sólo a la producción sino también a la vida política a través de la lucha por la tierra y el cumplimiento del derecho agrario. En este proceso participaron grupos indígenas, sin por ello perder su identidad cultural; por el contrario, su cultura pasó a ser revalorizada y asumida en el nivel nacional. Los trabajadores industriales, que desde antes de la gran crisis venían realizando esfuerzos para reorganizarse y purificar sus instituciones corporativas, tuvieron en el gobierno del general michoacano un aliado para madurar rápidamente sus propósitos. La burguesía y los terratenientes participaron ampliamente en aquellas luchas por la defensa de sus intereses de clase; algunos sectores, como el agrario, fueron destruidos y otros limitados; pero en general la burguesía encontró impulsos para el desarrollo de su capital. Con excepción del movimiento revolucionario de 1910, esos primeros años del cardenismo representaron la época de mayor participación de todos los sectores de la sociedad en la vida nacional, la lucha de clases se extendió a todos los ámbitos de la sociedad y el conflicto social movió con rapidez todo el edificio social transformándolo y abriendo nuevos caminos para su futuro.

La nación mexicana se integraba y se comprometía con los destinos del país, el ascenso de las fuerzas populares y su participación en todos los ámbitos de la vida nacional iba creando una socieda civil organizada y poderosa en la cual se apoyaba el gobierno cardenista para realizar las reformas que dieron fin a los resabios coloniales más importantes, y al mismo tiempo redefinían las relaciones con el imperialismo. El momento más alto de la movilización social fue en marzo de 1938 con la expropiación petrolera, realizada en defensa de la nación, de su orden jurídico, de su autonomía y de sus recursos materiales.

Pero ese momento también fue el inicio de su declinación. La presencia

del fascismo como una amenaza mundial, así como la democracia y la libre autodeterminación de los pueblos y la creciente agresividad del imperialismo y de las fuerzas reaccionarias internas, crearon las condiciones para el cambio en la correlación de fuerzas. En estas condiciones, la izquierda oficial comete sus primeros grandes errores, la disputa por el comando del Frente Popular Antimperialista que debería hacer frente al peligro fascista y a la reacción, posibilita la maniobra del gobierno para que bajo su dirección las organizaciones populares se integraran en el frente popular a la mexicana. La alianza orgánica de las organizaciones con el Estado traería importantes consecuencias; la primera fue que el destino del movimiento popular se ligaba al del Estado mexicano, si éste fracasaba o cambiaba de orientación el movimiento obrero y la izquierda se ligaban a esos cambios y para oponerse tendrían que pasar necesariamente por la lucha contra el Estado; la segunda era sobre el comportamiento e intereses de los líderes de las organizaciones obreras, la participación en el partido oficial, como muchos participantes lo señalaron, trajo como consecuencia la búsqueda de curules y puestos políticos por parte de los líderes, desvirtuando su labor y desviando sus intereses de los propios de las organizaciones corporativas; en pocas palabras, la participación en el partido influyó en la separación de los líderes y las bases y creó fuentes no obreras de legitimidad para los dirigentes, fortaleciendo las tendencias burocráticas de las organizaciones.

Los resultados de la alianza orgánica se vieron inmediatamente en los acontecimientos del periodo de la sucesión presidencial de 1940: el movimiento obrero y la izquierda oficial pasaron a compartir con el Estado las críticas de corrupción e ineficiencia; su falta de independencia provocó que el movimiento obrero se dividiera y se debilitara, tanto frente a la reacción como al mismo Estado. La lucha electoral y la necesidad de apoyar a un candidato moderado que finalmente fue electo como presidente, sería la primera demostración de que los cambios en el gobierno afectarían a las organizaciones obreras y a su posición en la correlación de las fuerzas sociales.

El gobierno avilacamachista emprendió una acción sistemática para debilitar a la izquierda oficial en las instituciones del Estado, en el poder legislativo, en el judicial y en el ejecutivo; poco a poco cada una de estas instituciones fueron vaciadas de contenidos cardenistas y la situación de la izquierda marginada paulatinamente. De la misma manera se procedió en el partido oficial; la creación de la CNOP desbancó a la CTM como la organización más influyente. La creación de la CNOP significaba también desligar a la camarilla política de las masas, generando procedimientos de legitimación internos a ella misma, pero siempre dentro de los ámbitos del Estado; así, surgieron las condiciones para instituir esa camarilla como estamento político.

Paralelamente a este proceso y debido a las reformas cardenistas que habían creado las empresas públicas, se gestó un proceso de definición de

las relaciones entre los trabajadores de esas empresas y el Estado convertido en patrón. La ambigüedad en las relaciones generó un periodo de conflictos; los trabajadores, principalmente petroleros y ferrocarrileros, exigían un trato diferente del resto de la clase y se negaban a someterse a las disposiciones de la Ley Federal del Trabajo, además de que exigían que la política de las empresas estatales fuese en beneficio de la nación y que su desarrollo no se hiciera a costa de sus condiciones materiales.Esta ambigüedad no sólo afectó al gobierno y a los trabajadores, sino que influyó en el conjunto de las organizaciones obreras.

Durante los años de la guerra, la acción antizquierdista del gobierno de Ávila Camacho se vio favorecida por la política de unidad nacional que fracasó por la negativa de la burguesía de aceptar los compromisos que exigía el conflicto bélico. Fue para el movimiento obrero una época de concesiones tanto a la burguesía como al Estado, fue la época del apaciguamiento de los trabajadores que vieron caer rápidamente sus salarios sin que hubiese una respuesta de defensa de sus organizaciones, dando lugar al surgimiento de movimientos reivindicatorios más o menos espontáneos. De nueva cuenta se debilitaba la posición del movimiento obrero y de la izquierda en la correlación de fuerzas.

Cuando ya se preveía el final de la segunda guerra mundial y se advertían los problemas que traería la posguerra, Lombardo Toledano formuló el programa nacional popular que, centrado en el fortalecimiento de la nación, representaba una salida general para el país y al mismo tiempo una posibilidad de que la izquierda y el movimiento obrero recuperaran el terreno perdido en los años anteriores. Sin embargo, la izquierda no era la única fuerza preocupada con los problemas de la posguerra, también el imperialismo y la burguesía comercial lo estaban y buscaban que México se orientara por el camino que había tenido en el pasado: el librecambismo intentaba condenar al país a desempeñar el papel de productor de materias primas y de importador de productos manufacturados. Así se inició la lucha entre dos fuerzas diametralmente opuestas.

Con la posguerra vino el inicio de la campaña para la sucesión presidencial de 1946. En ella, Miguel Alemán, candidato de las organizaciones obreras, primer gran fruto de la CNOP, se alió con el imperialismo con la finalidad de neutralizar la fuerza de su oponente electoral, sin importarle que los destinos del país se vieran comprometidos. Desde el inicio de su gobierno dio claras muestras de su política antipopular y antizquierdista. Mientras tanto, la izquierda fracasaba —debido al dogmatismo y al sectarismo— en la tarea de rehacer la unidad perdida desde finales del cardenismo. Las pugnas entre la izquierda llevaron a la división de la CTM y posibilitaron el fortalecimiento de la burocracia cetemista dirigida por los cinco lobitos quienes, frente a la presión del gobierno y ante la amenaza de perder sus privilegios, decidieron cambiar su alianza con la izquierda por la del Estado.

A partir de la crisis de la CTM en 1948 la lucha de clases se desplaza del terreno político, de los acuerdos entre líderes y gobierno, al terreno social de reorganización del movimiento obrero, de la sociedad civil. El programa nacional popular ya había sido convertido en una imposibilidad, el desarrollo económico había seguido caminos totalmente opuestos al señalado por Lombardo, el imperialismo había impedido la cohesión latinoamericana de los gobiernos de la región, había destruido a la CTAL y con ella la posibilidad de la unión del movimiento obrero de América Latina; internamente, la alianza con el alemanismo no sólo se había tornado imposible, sino que inició una lucha abierta en contra de la izquierda del Partido Popular y de la nueva organización de los trabajadores. La lucha en el terreno de la sociedad exigía un cambio en la orientación, se debía haber abandonado la lucha por el fortalecimiento de la nación definitivamente dividida por las fuerzas de la reacción, y se debía pasar al fortalecimiento de las organizaciones de la clase obrera y de los sectores populares, pero este cambio no se dio. Lombardo Toledado se aferró a su táctica de la unidad nacional y pese al vigor que demostró, el movimiento de reorganización fue trabado por la política de buscar a toda costa la alianza con el gobierno y con el partido oficial. Mientras Lombardo quería apaciguar y mostrarse como moderado, el gobierno empezó a golpear a todas las organizaciones corporativas de la clase obrera y sometió al fraude y a la derrota moral al Partido Popular. Hasta la resistencia obrera fue trabada por el oportunismo lombardista, dando lugar a la descomposición de la propia izquierda y de su liderazgo, consumando la derrota del proyecto y de la propia clase.

El haber comprometido la independencia de las organizaciones de la clase, el dogmatismo y el sectarismo que impidieron la unidad de las organizaciones de izquierda y la incapacidad para modificar la táctica, cuando la realidad lo exigía fueron las causas fundamentales de la derrota y de las graves consecuencias que ésta tuvo para la clase y la nación. Es cierto que enfrentaron a enemigos poderosos como lo era el imperialismo, la reacción burguesa y el gobierno alemanista vendido a los yanquis, que la lucha se dio en la época del inicio de la guerra fría, que estas fuerzas utilizaron todos los medios a su alcance para infligirles la derrota, pero su tarea se vio favorecida por los errores que cometió la propia izquierda. De nada sirve demostrar la brutalidad del gobierno, su carácter anticomunista y su ilegalidad, si al mismo tiempo no se reconocen los errores cometidos, las facilidades dadas al enemigo, a fin de obtener algunas conclusiones positivas para el futuro: el uso del marxismo como una ciencia libre de determinismos economicistas, politicistas o de cualquier otra clase, la superación del dogmatismo por medio del análisis permanente de la realidad, aceptando su relatividad, su temporalidad y sobre todo ligado a la práctica como una fuente de verdad y de enriquecimiento; en este sentido el análisis de lo coyuntural, de los momentos precisos en los cuales cambia o puede cambiar la correlación de fuerzas sociales, cobra una importancia fundamental junto a los estudios estructurales de las tendencias a largo plazo, que permiten la comprensión de la

dinámica general, que debe ser constantemente enriquecida con el análisis de lo ocasional. La adecuada combinación de ambos en estrecha relación con la práctica es lo que da la posibilidad de la acción revolucionaria, despojándola del dogmatismo y del sectarismo.

Para el movimiento obrero las consecuencias de la derrota fueron sumamente graves; la instauración del charrismo, de la separación de los líderes de las bases, de la institucionalización de la legitimidad de los líderes por el Estado y no por las bases; el uso de líderes como elementos de control y de represión sobre las bases en defensa de los intereses estatales, provocó la despolitización creciente de las masas, no sólo como una negación de su interés político, sino también como un mecanismo de autodefensa contra la cláusula de exclusión de la represión, del desempleo. La derrota destruyó un liderazgo que se había formado en los últimos treinta años con grandes dificultades; si bien muchos de ellos no fueron aniquilados físicamente, sí lo fueron moralmente. Es posible que se piense que lo mejor que le podía haber sucedido al movimiento obrero era, justamente, deshacerse de aquellos líderes; sin embargo, y pese a los errores que cometieron, no deja de constituir una pérdida para el movimiento el ser descabezado, más aún cuando se sabe que la formación de los líderes es generalmente una tarea que lleva muchos años, sobre todo en una clase obrera como la mexicana. Junto con los líderes cayeron las organizaciones que la clase obrera se había empeñado en formar, desarticulando al conjunto de la clase. A su vez las organizaciones partidarias fueron destruidas moralmente como en el caso del Partido Popular o se sumergieron en un largo proceso de crisis interna como sucedió con el Partido Comunista Mexicano. Absolutamente toda la parte civil del movimiento obrero fue destruida y su lugar lo tomaron las organizaciones penetradas por el Estado encargadas más que nada de impedir que resurgiera el movimiento en forma independiente del Estado y de asegurar a éste que la clase se conformaría con el mínimo necesario para su reproducción, además de dotarlo de un apoyo político a su medida por medio de manifestaciones de obreros acarreados y amenazados de recibir sanciones en caso de negar su apoyo al régimen.

Para la nación, las consecuencias también fueron muy graves. El desarrollo del capitalismo salvaje, organizado alrededor de la producción de bienes de consumo durable, requirió de la formación de un mercado de consumo intensivo que se nutría con una distribución del ingreso regresiva, que al mismo tiempo que satisfacía la oferta de esos bienes, marginaba a la mayoría de la población de éstos y los aglutinaba en mercados que sólo podían adquirir los bienes de consumo final para satisfacer mínimamente sus necesidades. La desigualdad entre los sectores que conformaban la nación se amplió haciendo mucho más heterogénea a la sociedad. Esta desigualdad creciente no sólo se dio entre los sectores de la población, también las regiones del país la experimentaron, las grandes ciudades se desarrollaron hasta conformar un monstruoso sistema macrocefálico.

Las zonas agrícolas también experimentaron una mayor desigualdad: las destinadas a los cultivos para la exportación se vieron beneficiadas por obras de riego y otras infraestructuras, acapararon el crédito agrícola y ganadero y sus dueños, los neolatifundistas, experimentaron un rápido enriquecimiento; en cambio las zonas temporaleras, las destinadas a cultivar bienes para el consumo interno, fueron sumidas en la miseria, la tierra empobrecida exigía cada vez más esfuerzo de los cada día más miserables campesinos, cuya única riqueza era la fuerza de trabajo familiar, su único recurso de supervivencia era disponer de fuerza humana barata. Sobre la vida de estos campesinos se buscaba mantener la existencia y reproducción de un proletariado urbano también miserable.

Mientras, de la otra agricultura y de la minería sumergida en la crisis se obtenían las divisas para hacer frente a las necesidades crecientes de importación que generaba el parque industrial, ahora propiedad de multinacionales en sus sectores más dinámicos. El turismo y la creciente deuda externa se destinaban para el mismo fin. La economía se había orientado para satisfacer a una minoría de la población, en tanto que la mayoría, la que producía riqueza para esa minoría, era marginalizada, impedida de satisfacer sus necesidades con la riqueza que creaba. La nación se había dividido drásticamente en distintos mercados, cada vez más diferenciados.

Los recursos materiales de la nación se convirtieron en botín de la burguesía y del gobierno y pasaron a ser explotados de la manera más irracional: los bosques fueron destruidos, las minas explotadas disparatadamente, los ferrocarriles abandonados en beneficio del transporte carretero que favorecía la producción de autotransportes, no existió ninguna política en contra de la contaminación producida por las industrias que acabaron con la flora y la fauna de muchos ríos y lagunas, etc. Pero el capitalismo salvaje se desarrolló y generó al mismo tiempo riqueza en un polo y miseria en el otro.

El propio desarrollo económico penetrado por las inversiones extranjeras, dependiente del turismo norteamericano y de los préstamos del mismo país para solventar las importaciones y las salidas de capital de los inversionistas extranjeros, dependiente de la tecnología extranjera para continuar el proceso, puso en jaque a la nación como un todo, de su proyecto de autonomía se le condenó a la dependencia del imperialismo yanqui.

La nación dependiente y dividida en lo económico también fue desmembrada en lo político. La acción del gobierno, de la burguesía reaccionaria y del imperialismo en contra de la izquierda y de los movimientos populares, en especial los obreros, se consumó con la derrota, con la marginación total de la vida nacional; y desde entonces la participación de la izquierda ha sido casi nula. Las decisiones del país quedaron exclusivamente en manos del estamento político y de la burguesía; el resto, dominado, desor-

ganizado, despolitizado, era un simple espectador de los acontecimientos. Con excepción del clero reaccionario, las demás instituciones de la sociedad civil fueron sometidas a un Estado todopoderoso y autoritario.

Dentro del proceso de la ruptura de la nación, el Estado mexicano también sufrió las consecuencias.El poder legislativo, de por sí disminuido por el sistema presidencialista, perdió sus funciones para convertirse en una farsa democrática totalmente dependiente del ejecutivo, con la única función de dar recompensas a los miembros del testamento político y como un mecanismo del clientelismo gubernamental. El poder judicial sufrió un proceso similar, dejó de cumplir sus atribuciones de asegurar la justicia a los ciudadanos para convertirse en un justificador de las acciones del Estado; con excepción de la burguesía y su sagrado derecho de la propiedad privada, el resto de los ciudadanos quedó desprotegido; el cohecho y la corrupción suplieron al derecho, y es obvio que esos mecanismos pueden ser usados más eficazmente por los poderosos que por los débiles. El propio poder ejecutivo resintió la ruptura de la nación: sin una contraparte popular se tornó autoritario e ineficiente, burocratizado; el hecho de haber sustituido a las organizaciones de las clases populares por las organizaciones charras lo alejó realmente de las masas enfrentando un proceso constante de pérdida de legitimidad; la inserción de los charros en su seno reforzó su burocratismo y su ineficiencia; la prebenda, la corruptela y el clientelismo pasaron a ser sus formas de operación. Pese al enorme poder que concentra el Estado mexicano, la disminución de su legitimidad le fue debilitando frente a la burguesía; ésta pasó a considerarlo un mal necesario, protector de sus intereses y eficiente en el control de las masas, en mantener desarticulada a la nación.

La nación sólo perduró en la cultura del mexicano, en la ideología formada a través de siglos de lucha contra la dominación colonial e imperialista, como el producto de un largo esfuerzo de independencia del pueblo mexicano, como defensa de su identidad, de sus formas de vida, de sus tradiciones; ser mexicano sigue teniendo un alto valor para el pueblo, capaz de llegar en su defensa al patrioterismo, al chovinismo, a la identificación de lo extranjero con el mayor peligro que enfrenta el ser nacional. Pero aún aquí, la división en clases sociales tiene su influencia; para la burguesía y los sectores medios de la sociedad, la cultura nacional ha perdido significado y cada vez se orientan más a la cultura del imperialismo a la cual consideran superior, el patrón a imitar, dando muestras de su sumisión autoritaria; lo nacional para ellos no tiene otro significado que lo existente: que el *status quo*, y su defensa no puede ser otra que el dejar las cosas como están, conservar lo existente que forzosamente es identificado con su posición y sus privilegios: la defensa de la nación es la defensa de su clase y es por ello que son proclives a defender al imperialismo, a la negación nacional, en contra de los intereses populares, que son para ellos antinacionales.

Para los marginados de la nación, los que han sido privados de la educa-

ción, de la cultura, sólo queda la identidad nacional basada en la tradición que el propio Estado se encarga de reproducir; y ahí donde los burgueses, los sectores medios y el Estado ven una cultura floreciente, con relevancia en lo internacional, los marginados sólo alcanzan a ver explotación, opresión y miseria. La nación burguesa, la nación dividida, dejó de ser su nación, no participan de ella, ni en lo económico, ni en lo político, ni en lo cultural, sus valores no son los de ellos. La nación burguesa no es su nación, no es la de su identidad nacional, la de su tradición, la que los mantiene unidos como pueblo y que sin duda reverdecerá.

La derrota del movimiento obrero, de la izquierda y de su proyecto nacional popular en 1948 evidenciaba que la nación jamás se integraría dentro del modo de producción capitalista, si alguna vez se pudo plantear esa posibilidad fue realmente después del ascenso de las masas durante el cardenismo que permitió a la izquierda participar de las decisiones nacionales,pero en 1948 esa posibilidad había desaparecido. La lucha por la nación dejaba de ser algo inmediato, un objetivo cercano que podía asegurar el desarrollo autónomo, y se convertía en algo mediato, supeditado al triunfo de las clases populares sobre la burguesía y el Estado mexicano; sólo mediante la revolución los marginados en la derrota podrían volver a ser clase nacional y constituir una nación cimentada en valores superiores. Este cambio fundamental fue el que Lombardo Toledano no quiso aceptar y continuó buscando la unidad nacional en perjuicio del desarrollo independiente de la clase, única vía a través de la cual se podría plantear como proyecto la construcción de una nueva nación, de una nación socialista. Este fue a nuestro entender el error principal que cometió la izquierda y el que tuvo las mayores consecuencias para la clase obrera.

INDICE

Agradecimientos 7

Introducción 9

CAPÍTULO I: El cardenismo como antecedente 15

CAPÍTULO II: La segunda Guerra Mundial y el fracaso de la unidad nacional 47

CAPÍTULO III: El programa nacional popular 103

CAPÍTULO IV: La derrota del programa nacional popular (1944-1952) 145

Conclusión 207

La ruptura de la nación, editado por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en Imprenta Cromocolor, el 18 de agosto de 1986. Su composición se hizo en tipo English times de 10:11 y 8:10 puntos. La edición, al cuidado del Instituto de Investigaciones Sociales, consta de 2,000 ejemplares.

UNAM
FECHA DE DEVOLUCION
El lector se obliga a devolver este libro antes del vencimiento de préstamo señalado por el último sello.

22 NOV 1995 LTO

VNIVERSIDAD NACIONAL
AVTONOMA DE
MEXICO

HD6532
D98
29117
UNAM – INST. INV. SOCIALES

HD6532
D98

Ds. 29117

000 $
0007